
INCLUYE PÁGINAS SELLADAS
ABRE EL CAPÍTULO ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE
CUENTA ATRÁS PARA SALVARTE
EMMA COLT
MOLINO


INCLUYE PÁGINAS SELLADAS
ABRE EL CAPÍTULO ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE
CUENTA ATRÁS PARA SALVARTE
EMMA COLT
MOLINO

CUENTA ATRÁS PARA SALVARTE

EMMA COLT

MOLINO

CAPÍTULO 1

Maia, querida hija mía:

¿Será hoy el día en el que te acordarás de meter los platos del desayuno en el lavavajillas y ponerlo en marcha? Lo sé, ayer saliste con tus amigas. Lo sé, cuando te levantes parecerás más un zombi que una persona. Pero, si sucediera ese milagro, estoy dispuesta a hacer algo tipo subirme a la mesa y bailar «La Macarena». No me ofrezco a bailar un hiphop porque me dislocaría la cadera.

Te quiero,
Mamá

P.D. Quiéreme tú a mí y pon el p**o lavavajillas...

Hay momentos que te recuerdan que te has convertido en alguien que no te gusta. Y no solo eso, también que eres incapaz de ponerle remedio.

Últimamente me he enfrentado a unos cuantos momentos así, y el de hoy sucede en plena carretera cuando papá me pregunta:

—¿Crees que, cuando pasemos Huesca, volverás a dirigirme la palabra?

Aparto la mirada del paisaje que hay más allá de mi ventanilla y me fijo en su cabello despeinado, las nuevas arrugas que se le marcan al esforzarse en sonreír, las profundas ojeras que ahora siempre lo acompañan. Es como si en el último año hubiese envejecido cinco de golpe.

En realidad, no creo que sea cosa del último año. Sucedió de un día para otro.

El gusano de la culpabilidad que tengo instalado en el pecho se remueve cuando me doy cuenta de que me estoy comportando como una cría de siete años. No he abierto la boca desde que hemos salido de casa, llevo los brazos cruzados delante del pecho como si fuesen un escudo y, si me hundo más en el asiento, dejaré de poder ver por la ventanilla.

Es normal que papá piense que estoy enfadada con él. Sin embargo, no se trata de eso.

A ver, siendo sincera conmigo misma, un poco enfadada sí que estoy.

No hace ni una semana que llegó a casa con la noticia. Desde la cocina, donde estaba guardando la compra que había traído, gritó:

—¡Por cierto, me ha salido trabajo para varios meses en Aragón, en el Pirineo!

Esas palabras consiguieron que detuviera el programa de *La isla de las tentaciones*. Papá es consultor agrícola, así que no es extraño que le hayan ofrecido trabajo ahí. Lo raro es que lo haya aceptado. Siempre ha trabajado por los alrededores de Madrid.

—He alquilado una casita en Bolcáriz, un pueblo de la zona. Está a orillas de un pantano, te va a encantar —añadió.

Ese dato logró que me incorporara en el sofá como un resorte. Todavía estaba procesando eso de «Te va a encantar» cuando dijo algo más:

—¿Podrás mirar qué temperaturas tienen por ahí en verano? Así sabremos qué meter en las maletas. Nos iremos el martes que viene.

Mis pies alarmados me llevaron a la cocina, donde me encontré a papá ya en la puerta, saliendo con prisas. En mi cabeza se agolpaban muchas preguntas, como, por ejemplo, si de verdad había dicho que yo también iba a ir, o si era consciente de que para el martes solo faltaban cuatro días, o si había perdido el juicio. Estaba tan aturullada que solo me salió una.

—¿Y yo qué voy a hacer allí?

—Seguro que encontrarás algo —aseguró—. Perdona, tengo que meterme en la ducha o no llegaré a la reunión de las cuatro.

Los siguientes días, cada vez que intenté hacerle ver que su plan era una muy mala idea, se limitaba a decirme que era por trabajo y que no tenía elección alguna. Después, cambiaba de tema.

Al final, le dije directamente que prefería quedarme en Madrid. Entonces se puso serio.

—Maia, no voy a estar sin verte desde mediados de junio hasta principios de septiembre. —Entre nosotros se instaló un silencio denso mientras yo procesaba que no iba a librarme de pasar el verano en un pueblo perdido en la montaña. Papá consiguió dedicarme una pequeña sonrisa y añadió—: Además, los dos sabemos que, si te quedaras, correrías el peligro de convertirte en un cojín más del sofá.

Así que aquí estamos, camino de Bolcáriz. Y a papá no le falta razón cuando piensa que estoy enfadada, pero no llevo todo el viaje callada por eso. Es porque sé lo que espera que suceda los meses que vivamos allí. Que me anime a salir de casa, que dé paseos por la montaña, que conozca a gente, que mi vida sea algo más allá del sofá, el televisor y TikTok. Espera que el cambio de aires me ayude. Pero solo de pensarlo me siento tan agotada… Y, de nuevo, culpable, porque sé que está muy preocupado por mí.

Tampoco tengo fuerzas para explicarle todo esto. Así pues, como respuesta a su interrogante sobre si más allá de Huesca le dirigiré la palabra, pregunto:

—¿Cuándo empezaremos a ver vacas pastando?

Resopla con suavidad, pero creo que agradecido porque no he vuelto a decirle que prefería quedarme en Madrid.

—Todavía falta un poco —comenta. Después titubea un momento —. Podrías invitar a Vero y a Paula. Seguro que les gustaría venir unos días.

Vuelvo a mirar por la ventanilla. Noto que aparta los ojos de la carretera para observarme, pero no contesto y él sabe que no lo voy a hacer.

Hace meses que no sé nada de ellas.

Al principio lo intentaron. Venían a verme, intentaban sacarme de casa, me escribían mensajes. Vero incluso empezó a escribirme correos electrónicos contándome las cosas que pasaban en su vida. Pero ahora ya no sé nada de ellas.

Supongo que, cuando abandoné el grupo de WhatsApp que compartíamos y bloqueé sus contactos en la aplicación, comprendieron que debían darme por perdida.

Pensar en ellas hace que me vengan unas ganas locas de sacar el móvil y seguir viendo *La isla de las tentaciones*, me da igual si me mareo y acabo potando en alguna cuneta.

Entonces papá carraspea.

Cierro los ojos porque conozco ese carraspeo. Es el que tiene reservado para esos momentos en los que va a sacar un tema delicado. Pero ya acaba de mencionar a Vero y a Paula, ¿de verdad hace falta saltar a otro asunto espinoso? Para mis adentros suplico que cambie de idea.

No cambia de idea.

—Estos meses aquí te vendrán bien para cargar las pilas de cara a septiembre —dice—. El curso empieza el día 20.

Abro los ojos y los mantengo clavados en la ventanilla, aunque ya no veo nada de lo que hay al otro lado. Me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que acabaré haciéndolo sangrar.

Debería haber empezado Medicina el curso pasado, pero le pedí posponerlo un año porque no me veía con fuerzas. Papá aceptó porque, en el último año, salvo dejar que me quedara en Madrid, hay pocas cosas que no me haya aceptado.

El problema es que espera que este septiembre sí que retome los estudios, pero, cada vez que menciona la universidad, siento una

desagradable presión en el pecho. No sé cómo contarle que ya no le veo sentido a ir ahí, ni a visitar a la psicóloga, ni a verme con gente, ni a ir al gimnasio, ni a hacer las mil cosas que se supone que debería estar haciendo a los diecinueve años. No veo para qué voy a hacer nada de eso.

Para mí solo hay una cosa que aún tiene sentido: poner el lavavajillas después de cada comida. Ya nunca lo olvido.

Estos pensamientos siempre me conducen al mismo lugar. Los ojos me escuecen y se me cierra la garganta. Por un momento, me siento al borde del precipicio.

—No quiero hablar de eso —consigo decirle con voz ahogada, parpadeando con fuerza para contener las lágrimas.

Él suspira y nos quedamos en silencio. Estamos así un buen rato, durante el que consigo recuperarme.

—Necesito dormir un poco —dice papá de repente.

Miro sorprendida su teléfono, en el que la aplicación de los mapas dice que nos queda poco más de una hora para llegar. Teniendo en cuenta que llevamos cuatro horas de viaje, eso no es nada. Pero es cierto que parece derrotado; sus párpados luchan por cerrarse. Desde lo de mamá, hay muchas noches que apenas consigue dormir.

—Claro, lo que necesites —digo, cogiendo el teléfono. Estudio el recorrido que nos queda por hacer—. Dentro de muy poco hay un mirador y parece que se puede aparcar. Podemos parar allí.

Cinco minutos después, papá se adentra en el mirador y frena debajo de unos árboles. Reclina su asiento y, en cuestión de segundos, se queda dormido.

Yo salgo del coche y observo el solitario lugar. Hay mesas y bancos para sentarse a comer y disfrutar de las vistas. Al fondo, se

divisan los Pirineos. Seguro que a todo el mundo le parecen espectaculares, pero yo me canso solo de verlos, como si tuviese que pasarme los próximos tres meses escalando sus picos. Eso es lo que me provoca pensar en llegar a un sitio nuevo.

Con un suspiro desganado, aparto la mirada de las montañas y me dirijo al banco más apartado. Gracias a un respaldo de piedra muy alto queda escondido de la vista. No es que haya mucha gente, tan solo un par de familias, pero prefiero estar tranquila.

Me acomodo en el centro, me pongo los auriculares y me dedico a hacer *scroll* en Instagram. En algún momento el algoritmo decidió que me interesaban trucos para el día a día y los hechos históricos, y no para de ofrecerme ese tipo de vídeos. A mí ya me vale. Paso así un buen rato, agradeciendo la soledad. El ruido de los coches en la carretera y de las familias me llega de fondo, la temperatura es agradable, nada me molesta.

Hasta que, en cierto momento, oigo unos pasos que se acercan. No compruebo a quién pertenecen. Tan solo espero a que se den cuenta de que el banco ya está ocupado y se alejen, pero quien quiera que sea se queda parado muy cerca. Y no se mueve de ahí. Es casi como si me estuviese… ¿mirando?

Al final me resulta imposible seguir ignorándolo. Aparto los ojos del móvil y descubro que, a menos de dos metros, hay un chico de mi edad. El bocadillo envuelto que lleva en la mano me dice que se ha detenido a comer y que seguramente también busca un lugar apartado donde sentarse.

Sé que, en otro momento de mi vida, mi reacción al verlo por primera vez habría sido muy distinta. Resumido en dos palabras: está bueno. O mejor en tres: está muy bueno. Alto, cabello oscuro,

ojos azules. Labios generosos que anticipan una sonrisa bastante espectacular. Mandíbula marcada, la nariz fina. Hombros y brazos fuertes, constitución de deportista.

La Maia de antes se habría sonrojado, se habría puesto un poco nerviosa aunque habría conseguido aparentar tranquilidad.

Sin embargo, yo, la Maia de ahora, aprecio que es guapo, pero no tengo interés en hablar con él. De hecho, solo le sigo haciendo caso porque me está mirando con cara de asombro. En su expresión hay algo más, pero no logro identificarlo.

—¿Pasa algo? —le pregunto al ver que no se mueve.

Mi voz lo hace reaccionar. Se relaja un poco y da un pequeño paso atrás.

—Perdona. Me recuerdas mucho a alguien y por un momento he pensado que… —Niega con la cabeza—. Nada.

Asiento sin saber qué replicar a eso.

—Vale —acabo diciendo. Empiezo a devolver mi atención al teléfono, pero vuelve a hablar.

—¿Te importa que me siente aquí? No hay más sitio —dice, señalando un extremo de mi banco.

Eso sí que consigue llamar mi atención. Cuando hemos llegado apenas había nadie en el mirador, ¿de verdad se ha llenado tanto? Extrañada, me arrodillo para echar un vistazo por encima del respaldo. Y resulta que es cierto, las mesas y demás asientos están ocupados por familias, parejas y algún viajero solitario.

No me apetece compartir el banco, pero no veo qué otra opción hay. Suspiro para mis adentros. Si me agobio, siempre puedo regresar al coche.

—Claro —replico. Vuelvo a sentarme.

Él toma asiento mientras me dedica una sonrisa torcida, divertida.

—Muy amable —dice con fingida solemnidad, burlándose un poco de mí. Los dos sabemos que no necesita mi permiso para sentarse, tan solo ha preguntado por amabilidad.

Esta pequeña muestra de su sentido del humor consigue llamar mi atención. De hecho, no puedo evitar sonreír también. De repente me parece un poco más interesante y lo observo con curiosidad mientras desenvuelve su bocadillo. Enseguida me llega el aroma del jamón serrano.

Cuando llevo unos segundos mirando cómo come me doy cuenta de que quizá debería contestar a su comentario con otra broma, pero estoy en blanco. Llevo tanto tiempo sin entablar conversación con alguien que no sea papá que temo decir algo fuera de lugar.

Si le digo que debe considerarse afortunado porque no voy por ahí dejando sentarse en mi banco a cualquiera, ¿entenderá la broma o pensará que soy una engreída?

Dudo tanto, y todo ello sin dejar de mirarlo, que al final se gira y me tiende una mano.

—Cameron.

Alzo las cejas, nunca había conocido a nadie que se llamara así. Pero algo más llama mi atención cuando encajo su mano cálida aunque un poco áspera, como si trabajara con ellas o practicara algún deporte. Es algo que antes me ha pasado desapercibido, pero ahora es difícil de no ver.

Son sus ojos. En ellos hay tristeza y… sombras.

—Maia —digo, y me apresuro a apartarme al ver que él también me está estudiando.

Ahora el que parece sorprenderse es él, como si mi nombre también le gustara, pero no dice nada. Vuelve a su bocadillo, tan tranquilo. Yo siento el impulso de volver a mi teléfono, pero, por más oxidada que esté en relaciones sociales, no he olvidado que eso sería de muy mala educación. A ver, sí que podría hacerlo. Algo me dice que no se ofendería y, total, nunca volveremos a vernos, pero me sabe mal.

Rebusco en mi cerebro algún tema con el que empezar una conversación. Por desgracia para mí, es algo que nunca se me ha dado demasiado bien. De hecho, cuando por fin abro la boca es para decir:

—Tu bocadillo huele muy bien.

Al momento me muero de la vergüenza. ¿En serio me he puesto a hablar sobre el olor que desprende su comida?

Cameron no parece darle importancia, se limita a echarle un vistazo al bocata.

—Sí, mis padres son muy *gourmets* con el jamón serrano. —Me sonríe con picardía—. Aunque de pequeño lo que más me gustaba era la mortadela mala del supermercado.

La anécdota me hace tanta gracia que ni siquiera necesito detenerme a pensar qué contestar.

—Pero, si era mortadela mala del supermercado, tenía que ser asquerosa.

—A mí me parecía un manjar.

Me río con suavidad, imaginándome a un Cameron de niño suplicando por comer mortadela de mala calidad. Sin darme cuenta, una confesión brota de mis labios:

—A mí me encantaba el chorizo, pero una vez comí tanto que acabé vomitando. Desde entonces, no puedo ni olerlo.

Cameron se lleva una mano al corazón, como si acabase de recibir una noticia terrible.

—El chorizo no, mi segundo bocadillo preferido. —Después añade —: ¿Y eres más de pavo o de jamón york?

Se me escapa una carcajada, pero me cubro la cara con las manos, avergonzada por haber provocado esta conversación tan rara con un desconocido.

—Siento mucho que estemos hablando de fiambres y embutidos. Sé que es culpa mía.

Cameron sonríe un poco y se encoge de hombros.

—Me gusta. Es un tema original para una primera charla.

Resoplo, consciente de que solo es amable.

—Siempre se me ha dado fatal hablar con gente a la que no conozco de nada —admito—. ¿Tú de qué hablas?

Alza las cejas, como si le hubiese hecho una pregunta muy interesante. Se inclina hacia mí y parece que fuese a contarme un secreto. Lo imito y me acerco a él, curiosa.

—Del tiempo, claro —susurra.

Se me escapa una carcajada tan exagerada que me cubro la boca con la mano, de nuevo avergonzada. Cuando le echo un vistazo, lo descubro mirándome con interés a la vez que se termina su bocadillo. Nos quedamos unos instantes en silencio mientras mastica. No sé qué está pensando él, yo estoy preguntándome de dónde demonios me ha salido esa risotada.

—¿Te puedo preguntar…? —empieza a decir Cameron con prudencia. Cuando asiento se anima a continuar—: ¿Qué haces aquí,

en mitad de la nada, viendo algo en el móvil?

Dudo, cuestionándome si debería contarle que papá está durmiendo en el coche. Tal y como él ha dicho, estamos en mitad de la nada. Y acabamos de conocernos.

—Está bien, no me lo cuentes —dice Cameron, poniéndose de pie. No parece molesto, pero a mí me sabe mal igualmente. Se adelanta antes de que pueda decir nada—: Haces bien en ser prudente. Es mejor que… —Se interrumpe un momento—. Tú no confíes en nadie.

La dureza y la gravedad con la que habla me pillan desprevenida. Es como si hubiese estado escondiendo que le ha pasado algo muy malo y de repente ha dejado que salga a la luz. Supongo que cuadra con esas sombras que he visto en sus ojos, pero no por ello me asombro menos. ¿Qué le ha pasado a este chico?

Tras un momento de duda, me hace un gesto de despedida con la mano.

—Ha sido un placer, Maia.

—Igualmente —consigo contestar cuando ya me ha dado la espalda y se aleja.

Lo pierdo de vista en cuanto supera el respaldo del banco. Me quedo allí sin saber qué hacer. Miro mi teléfono, que hace rato que se ha bloqueado solo. Lo lógico ahora sería volver a engancharme a Instagram, y tengo ganas de hacerlo, pero hay otro impulso que tira de mí con más fuerza. Es un poco absurdo, pero al final me dejo arrastrar por él y me arrodillo en el banco para ver por encima del respaldo. Me asomo justo cuando Cameron se está girando hacia mí.

—¿En ti tampoco debo confiar?

Se detiene, pero se queda dándome la espalda. Pasan unos segundos antes de que responda, todavía sin mirarme:

—En mí menos que en nadie.

CAPÍTULO 2

Mi novia y yo la alquilamos para pasar un fin de semana y fue increíble. La casa está reformada de hace poco, está limpia y el entorno es una pasada. Precioso y tranquilo. No podíamos pedir más.



La calidad del wifi deja mucho que desear, pero es ideal tanto para aprovechar la temporada de esquí como en verano. La recomiendo.



¡Qué pasada de lugar! La casa es supercómoda, y que además esté en la misma orilla del pantano es un sueño. Las vistas desde las habitaciones son espectaculares. La atención de los dueños, inmejorable.



Todo iba bien hasta que alguien del pueblo nos contó que no sé cuándo una chica se tiró al pantano y se ahogó. A partir de ahí, cada noche mal rollo absoluto.



No mucho después, papá y yo volvemos a estar en marcha. Sigo dando vueltas a la conversación con Cameron. O más bien a su misteriosa despedida: «En mí menos que en nadie».

Tras pronunciar esas palabras, no ha añadido nada más. Ha hecho un gesto con la mano y ha seguido alejándose. Todavía no sé si hablaba en serio o si me estaba tomando el pelo.

Al final, me encojo de hombros. Nunca lo sabré, así que fin de la historia. Además, en estos momentos tengo otra preocupación: según el móvil de papá, estamos a unos veinte minutos de nuestro destino. Bolcáriz, pueblo en el que viven menos de mil personas (aunque en verano hay unas cuantas más) y que se alza junto al pantano de Turbiel. Llevo unos días convertida en doña Quejica, lo sé, pero qué pereza…

—¡Mira! —exclama papá de repente, señalando un punto a mi derecha.

Me apresuro a mirar hacia allí, pero lo único que veo es un puñado de vacas pastando. Cuando le dirijo una mirada interrogante se encoge de hombros, aunque no logra suprimir del todo la sonrisa.

—Has preguntado cuándo veríamos vacas pastando.

Resoplo y pongo los ojos en blanco, aunque yo tampoco puedo evitar sonreír. Sigo observando el paisaje. Hacía tanto tiempo que no salía de Madrid que se me hace muy extraño circular por una carretera franqueada por pequeños prados y montañas recubiertas de bosque con un color verde tan intenso. Antes me encantaba cuando mis padres y yo salíamos de la ciudad. Ahora ya no sé decir por qué me gustaba tanto.

Cuando por fin entramos en el pueblo, está empezando a atardecer. Papá enseguida comienza a murmurar unos: «Ah, mira qué bonito es». A mí me parece el típico pueblo de los Pirineos. Pequeño, con casas de piedra, calles empedradas y, a lo lejos, árboles y picos de montañas allí donde mires.

—Vamos a buscar algo de cena y así ya la tenemos.

Se dirige a la plaza Mayor del pueblo, que es alargada y el único lugar donde hay tiendas de algún tipo. Tampoco es que sea mucho. Una pizzería, un restaurante, una cafetería y un supermercado enano en una esquina. Incluso la iglesia y el ayuntamiento están aquí.

Como papá tiene que pasar por la pizzería a recoger las llaves de la casa, aprovechará para comprar unas pizzas y bebidas mientras yo espero en el coche con la excusa de avisarlo si molestamos a alguien por estar mal aparcados, aunque los dos sabemos que solo es una excusa para no tener que hablar con nadie. Aprovecho para desbloquear mi teléfono y seguir viendo un capítulo de *Masterchef* que tenía a medias.

Papá no tarda en regresar con las pizzas y salimos del pueblo por un camino de tierra que desciende hacia el pantano. No mucho después, por entre unos árboles de los que solo soy capaz de decir que no son pinos, divisamos una casita de dos pisos. Las paredes son de piedra, pero las ventanas, los balcones y el generoso porche son de madera. Es mona. Incluso tiene un robusto cobertizo en un lateral. Más que una casa, me parece una cabaña.

Cuando papá detiene el coche, por detrás de la casa vemos el agua. Es lo primero que nos acercamos a ver y, vale, tengo que admitirlo, el pueblo no me ha impresionado demasiado, pero el

pantano de Turbiel sí que consigue hacerlo. Es descomunal, con aguas que apenas se mecen, tan tranquilas como si nada importara. Desde donde estamos diviso algunas pequeñas playas cubiertas de piedras, pero principalmente está rodeado de bosque denso y, a estas horas, se ve bañado por la luz de la puesta de sol. Podría decirse que es la estampa de la paz, aunque sus aguas son demasiado oscuras para mi gusto.

Algo debe de ver papá en mi expresión, porque me pregunta con una sonrisilla satisfecha:

—¿Qué te parece?

—No está mal.

Es lo único que le concedo antes de quitarle las llaves. Primero, abro el cobertizo, donde hay material de esquí, una canoa con sus remos, tres bicicletas y unas cuantas cosas más.

—Podemos usar lo que queramos —anuncia papá.

Su tono intenta sonar despreocupado, pero en realidad transmite por altavoz sus esperanzas de que me anime a salir de casa, a hacer cosas sola o con otras personas.

Me temo que volveré a decepcionarlo.

Después, entramos en la cabaña. No es muy grande, pero parece bastante cómoda. Abajo están la cocina, el comedor y el cuarto de la lavadora. Arriba hay dos habitaciones, cada una con su propio baño. A papá le falta tiempo para decir:

—Ah, gracias a Dios, durante unos meses no tendré que ver el desorden que siempre dejas tras ducharte.

—Ni yo tendré que aguantar tus quejas —replico con una sonrisa falsa.

Él se apoya en el marco de la puerta de la habitación y cruza los brazos, sonriendo.

—Sería muy fácil ahorrártelas, ¿sabes? Pero no, claro, a Maia nunca le ha gustado que le digan lo que tiene que hacer. No sé a quién me recuerdas.

El ambiente se enfría al instante. Me quedo inmóvil y su sonrisa se desvanece lentamente. Se refiere a mamá.

Siempre contaban que, de pequeña (y de joven), era tremenda porque tendía a hacer lo contrario de lo que le ordenaban. En vez de poner la mesa, escondía los platos y cubiertos en algún lugar de la casa. Si tenía que estar de vuelta a las ocho como muy tarde, ella llegaba a las nueve. A los dieciséis años le prohibieron irse un fin de semana con papá, que tenía cuatro años más, pero ella se fue de todos modos. Sin avisar a mi padre de la prohibición. Ahora los abuelos lo aprecian mucho, pero, al parecer, costó un poco que lo aceptaran.

La presión en el pecho me asalta de nuevo, los ojos me escuecen. Pensar en mamá duele tanto… Ojalá los recuerdos sobre ella no regresaran una y otra vez.

—Voy a deshacer la maleta —farfullo, obligándome a respirar, a moverme.

Me encierro en la habitación que he elegido y, cuando vuelvo a salir, los dos fingimos que no ha pasado nada. No es la primera vez que sucede. En otras ocasiones papá intentó abrazarme, que hablásemos, pero, después de varios rechazos muy bordes, se rindió.

Durante la cena descubro que el televisor del salón no tiene ni una sola plataforma, tan solo esos canales horribles llenos de

publicidad, así que papá se dedica a preguntarme cosas sobre *La isla de las tentaciones*. Dice que, si a mí me interesa el programa, a él le interesa, pero, a medida que le doy detalles, frunce el ceño y parpadea confuso.

—Qué interesante lo que cuentas —dice al final. No consigue ser demasiado convincente.

—Es una gran reflexión sobre cómo funcionan las relaciones hoy en día —afirmo seria.

—Ajá.

—Si quieres podemos ver un capítulo juntos algún día —le propongo. Sigo con mi expresión neutral, aunque sé que estoy siendo mala.

Papá duda, imagino que preguntándose hasta dónde está dispuesto a llegar para demostrar que me apoya en todo. Al final me señala con el dedo.

—Ni de coña.

Me río mientras él se levanta, y durante todo el proceso de recoger la cena no puede contenerse y critica aquello que no comprende de *La isla de las tentaciones*. Yo me limito a asentir y sonreír, hasta que se da cuenta de que parece un viejo carca (sus palabras, no las mías) y anuncia que se va a dormir porque está muy cansado y mañana tiene que madrugar.

Yo también subo a mi habitación con la intención de terminar de ver el capítulo de *Masterchef* que tengo a medias…, pero descubro que el wifi va de pena y la cobertura de datos es inexistente. Me quedo mirando el móvil un buen rato, intentando asimilar lo que esto significa. Si no hay cobertura y el wifi parece un caracol…, ¿qué diantres voy a ver en la tele mientras estemos aquí?

Dejo caer el teléfono sobre la cama, frustrada. La cena con papá ha ido muy bien, como si estuviésemos en casa, pero esto devuelve a primer plano la realidad: me ha arrastrado a pasar todo el verano en un lugar en el que no quiero estar. Que sí, que ya sé por qué lo ha hecho, pero ahora mismo pesa mucho más mi enfado que mi comprensión.

Curiosamente, me duermo enseguida. Y por la mañana despierto tan temprano que todavía me encuentro a papá preparándose para salir.

—Qué bien que aparezcas —me dice mientras termina de recoger las cosas que necesita llevarse—. Te he metido dinero en la tarjeta. Acércate al supermercado que vimos para comprar lo que necesitemos para los próximos días.

Ni siquiera intento disimular el horror que sus palabras me producen.

—¿No podemos pedirlo por internet?

—¿Aquí? —Papá se ríe de mí—. Nos vemos esta tarde. Cualquier cosa, llámame al móvil.

Me da un beso y se va, dejándome en una casa sin apenas internet y nada de comida. Sé cuáles son sus intenciones con esto y mi enfado de anoche regresa. Sola, en mitad del salón de la cabaña, aprieto los labios. No pienso seguirle la corriente. Me dejo caer en el sofá y enciendo la tele, me da igual que me ametrallen con publicidad. No voy a salir a comprar.

Hora y media después, el estómago me ruge, me duele la cabeza del hambre y, si sigo viendo más programas matutinos para gente mayor, me explotará el cerebro. Y todos esos anuncios…

Pues vale, va a ganar papá. Me cambio de ropa y voy al cobertizo para sacar un carro de la compra que vi ayer. En la puerta, me detengo un momento a observar las oscuras aguas del pantano. Sigue siendo hermoso. Transmite paz. Y puede que consiga que se me pase un poco el mal humor. Un poco.

El camino de tierra que conduce al pueblo no es muy largo, pero es un poco empinado y llego arriba jadeando. Después avanzo por calles solitarias en las que mis pisadas resuenan y me llega el olor a sofrito de alguien que está avanzando la comida. No tardo ni dos minutos en pisar la plaza Mayor, que está más animada de lo que esperaba. Hay familias que ya están veraneando, abuelos solos, abuelos con sus nietos y algunas parejas o grupos de amigos que parecen estar de paso tras una excursión. Me siento en la única terraza abierta, la de la cafetería, donde la camarera se me acerca.

—Enseguida estoy contigo —me dice a toda velocidad, con un suave acento marroquí, sin detener la tarea de recoger platos sucios de varias mesas. Si está sola para toda la terraza, es normal que esté agobiada.

Asumo que tendré que esperar un buen rato y me refugio detrás de mis gafas de sol. Incluso cierro los ojos para no tener que ver a la gente. Ojalá el lugar fuese más solitario.

Unos minutos después, la camarera viene a tomar nota de mi pedido. En ese momento descubro que un nuevo grupo se ha sentado en una de las mesas. Dos chicas y dos chicos de mi edad que, de forma muy poco sutil, me dedican miraditas y cuchichean entre ellos. En cierto momento se ríen y con asombro me pregunto si se están burlando de mí.

Hace poco más de un año, algo así me habría hecho sentir muy mal. Ahora… decido pasar de ellos y vuelvo a cerrar los ojos. Sin embargo, un minuto después oigo un carraspeo.

—Perdona.

Una de las chicas, muy rubia y guapa, está delante de mí. Me dirige una sonrisa cargada de disculpas.

—Hola. Perdona; te estábamos mirando y habrás pensado que somos unos idiotas —dice—. Que lo somos un poco, ¿eh? Pero no pretendíamos hacerte sentir mal. Me llamo Sofía.

Levanta una mano. Estoy tan sorprendida que tardo un momento en devolverle el saludo.

—Maia. —Igual que ayer con Cameron, me resulta extraño estar hablando con alguien a quien no conozco de nada. Por eso tardo unos instantes en darme cuenta de que lo suyo es reconocer que ha tenido el detalle de disculparse—. No te preocupes, de verdad.

—¿Sabes qué pasa? No vemos a mucha gente de nuestra edad por aquí, y nos has llamado la atención. —Se gira hacia la mesa donde están sus amigos—: Mira, esos son Lucas y Alba…

Al decir sus nombres, alza la voz para que la oigan. Ellos también me saludan con la mano, simpáticos.

—¡Y el imbécil del peinado raro es Bruno! —grita Sofía.

Se refiere al chico que se ha dejado caer en la silla con las gafas de sol puestas de tal manera que parece que quiera presumir de resaca. Y, sí, su cabello está cuidadosamente despeinado. Levanta una mano con pereza sin ni siquiera mirarnos.

Me encantaría decir que soy de esas personas a las que le cae bien todo el mundo y sería capaz de llevarse bien incluso con el mismísimo demonio. Sofía parece ser así. Pero no es mi caso. El tal

Bruno me parece el típico engreído perdonavidas y me cae mal al instante.

—Bueno, que sepas que por las tardes, si no estamos en la playa de la Calavera del pantano, estamos en el parque de los columpios —continúa Sofía—. Pásate si quieres, no te cortes.

—Gracias, eres muy amable —consigo responder. ¿Por qué esta chica está siendo tan agradable conmigo? Supongo que ella es así y ya está, pero es que yo nunca lo he sido. Ni ahora ni antes ni cuando tenía diez años. Y, precisamente en estos momentos de mi vida, no creo merecerme su amabilidad. Encima miento de forma descarada cuando añado—: A ver si me puedo pasar algún día.

No tengo intención de hacerlo.

—Genial —dice Sofía con una sonrisa—. Pues nos vemos. Un placer, Maia.

Regresa hacia su mesa a la vez que un camión de reparto de bebidas se detiene junto a la terraza. El conductor desciende del vehículo y se acerca al lateral para bajar la lona y dejar a la vista las cajas de refrescos. Algo en él me resulta familiar. Está de espaldas, sacando cajas y apilándolas en una carretilla. Pero el color del cabello, esos hombros anchos… Cuando se gira, tengo un pequeño sobresalto. ¡Es Cameron!

Abro los ojos como platos. ¿Qué hace él aquí? Coge la carretilla y empieza a caminar por entre las mesas en dirección a la cafetería. Entonces suceden un par de cosas extrañas.

La primera es la expresión de Cameron. Es grave, malhumorada. No parece que hoy tenga un mal día y ya está, sino que es su estado habitual.

No tiene nada que ver con el chico al que conocí ayer.

A medida que avanza, sucede lo otro. Varias personas sentadas en la terraza le echan miradas, serios, como si no les gustase su presencia. Sofía y su pandilla. Un par de abuelos solitarios. El padre de una de las familias… Nadie lo saluda ni él muestra interés por hablar con nadie. Qué raro.

Me doy cuenta de que, si sigue con ese mismo recorrido, pasará por mi lado. Me pregunto si me reconocerá. Sigue avanzando. Sí, pasará justo por mi lado… Está a punto de llegar… Me dedica una mirada rápida y sigue su camino.

Pues no, no me ha reconocido. Me sorprendo al sentir un pequeño pinchazo de decepción, pero se corta de golpe cuando Cameron vuelve a mirarme, con los ojos muy abiertos, y se detiene de golpe.

—Hola. —Saludo con un gesto de la cabeza, esperando que mi expresión transmita lo que pienso, que esto me parece una gran casualidad.

Él me observa y… Ostras, definitivamente no parece muy contento de verme. Más bien al contrario.

—Un momento —dice con brusquedad.

—Vale… —susurro a sus espaldas, alucinando por su actitud.

Desaparece dentro de la cafetería, de donde emerge al cabo de unos minutos con la carretilla cargada de cajas con botellas de refrescos vacías. Mientras espero, sigo viendo las miradas que le dirigen. Es como si su presencia hubiese enturbiado el ambiente.

—Qué manía con dejar el camión justo ahí —se le queja uno de los abuelos.

—Es un momento —le contesta. No es maleducado, pero parece que para sí lo esté enviando a freír espárragos.

Entonces se detiene delante de mi mesa. Aún parece contrariado, pero su expresión se suaviza un poco.

—La chica misteriosa —me dice.

—¿Yo soy misteriosa? —pregunto asombrada, abriendo mucho los ojos.

Vale, yo soy la recién llegada en un pueblo donde imagino que todo el mundo se conoce. Eso siempre da un aura de misterio. Pero con la situación de la que he sido testigo, viendo al Cameron que conocí ayer y al que estoy viendo hoy, él tampoco se queda lejos.

—Sí. Todavía no sé si te gusta más el pavo o el jamón york.

Y así de rápido consigue arrancarme una pequeña carcajada. Me desconcierta que bromee conmigo mientras que con el resto del pueblo parece haber cierta hostilidad, pero a partir de aquí no me cuesta continuar con la conversación, como si siguiésemos en ese mirador.

—Creo que mantendré el enigma —le digo—. ¿Trabajas aquí?

—Reparto por la zona. Pero vivo en el pueblo. —Hace un gesto vago hacia la parte superior. Sus ojos se posan un instante en el carro de la compra que tengo al lado—. ¿Y tú qué haces aquí?

—He venido a pasar el verano con mi padre.

Alza las cejas como si no supiese si se trata de una buena o una mala noticia. Y aquí sí que me quedo sin saber qué decir. No está siendo grosero, así que no me lo tomo mal, pero no comprendo qué importancia va a tener en su vida que yo esté en el pueblo. Total, apenas nos vamos a ver porque tengo muy pocas intenciones de salir de la cabaña.

Un claxon impaciente lo increpa.

—Tengo que irme. Nos vemos por aquí, chica misteriosa.

«Mira quién fue a hablar», me siento tentada de replicarle. Pero me limito a observar cómo se aleja, carga las cajas y la carretilla, y sube al camión. No estoy segura, pero creo que antes de arrancar me dedica una mirada fugaz.

Todavía estoy pendiente del camión que abandona la plaza cuando alguien se sienta de forma tan repentina en la silla que hay delante de mí que me llevo un buen sobresalto.

Sofía.

—Vale, una pregunta. Y perdona que sea tan directa —me suelta a bocajarro—. ¿Conoces a Cameron?

Lo último que me esperaba era esa pregunta. De hecho, tardo un poco en contestar porque me parece un poco rara.

—En realidad, no. —Decido no contarle más. No veo por qué debería darle detalles.

—Vale, eh… —Sofía tamborilea los dedos sobre la mesa, indecisa —. Verás, Cameron… Antes estaba bien, ¿sabes? Pero ahora… Ten cuidado con él, ¿vale?

Mi asombro sube peldaños por momentos. ¿Qué quiere decir con eso?

—¡Sofía, deja a la pobre chica en paz! —le grita Lucas desde su mesa. Ya se han puesto en pie y se disponen a irse.

Sofía le hace un gesto y vuelve a mirarme.

—Solo sé prudente. —Se levanta—. Ven a vernos cuando quieras.

Asiento, incapaz de pronunciar palabra. El desconcierto me acompaña mientras termino de desayunar, hago la compra y emprendo el camino de regreso a la cabaña.

No sé qué se supone que tengo que pensar sobre Cameron. Sofía me ha lanzado esa advertencia, la gente del pueblo le ha dedicado

esas miradas tan extrañas, él ha sido antipático con ellos… Pero conmigo ha sido amable desde el primer momento. Es cierto que ayer tuve esa sensación de que esconde algo, pero… No sé, no sé qué pensar.

Entro en la cabaña, guardo la compra y subo al baño, donde al instante me olvido de Cameron y todo lo demás.

El suelo está cubierto de agua. La cisterna del váter debe de llevar un buen rato perdiendo. Tras quejarme con un fuerte lamento, cierro la llave del agua y me toca rebuscar por toda la cabaña hasta que encuentro el cubo y el mocho en la cocina. Mientras escurro agua y más agua, siento bastante pena por mí misma y me enfado con papá por traerme aquí. Que ya sé que tener que pasar el mocho no es tan grave, pero estas cosas en casa no nos pasan. Acabo fregando con bastante más fuerza de la necesaria por culpa de la rabia.

Y entonces, al chocar el mocho con la pared, uno de los azulejos que están tocando el suelo se cae con un golpe agudo.

—¡Venga ya! —me quejo. Solo me faltaba esto.

Me agacho para recogerlo y ver si puedo volver a ponerlo en su sitio. Sin embargo, algo en la pared capta mi atención. Justo por encima del suelo hay un hueco, como si la parte inferior del ladrillo se hubiese roto. Y en el espacio que queda libre hay un objeto. Solo sobresale una punta, como si estuviese tumbado. Parece… ¿un fajo de papeles? Tiro del objeto empapado, que cruje al arrastrarse por el polvo y algo de tierra que hay en el suelo. Lo miro, sorprendida. Es un pequeño cuaderno de tapas gruesas.

¿Cómo demonios ha llegado hasta aquí?

CAPÍTULO 3

12 de febrero

La tía Charo me regaló este diario el día que cumplí 13 años. Me dijo que era para que escribiese lo que se me pasase por la cabeza, que me sentaría bien. Yo le dije que, si escribía todo lo que se me pasa por la cabeza, me tiraría la vida escribiendo, no podría hacer otra cosa. Ella me dirigió una de sus miradas y nunca llegué a estrenar el diario.

Pero hoy lo he encontrado ordenando el armario y he comprendido a qué se refería. Así que voy a escribir lo que se me pasa por la cabeza:

Hoy he cumplido dieciséis años y ha sido una mierda.

El instituto es una mierda.

Este pueblo es una mierda.

Mis padres son imbéciles.

Sueño con el día en que pueda ir a la universidad. Todavía no sé si iré a Madrid o Barcelona, pero da igual. Lo importante es que perderé de vista a todo el mundo.

Pero echaré de menos a Lorena. No sé qué haría sin ella, es lo único bueno que hay en mi vida. Me angustia pensar en dejarla sola con mis padres y que empiecen a machacarla a ella con todo lo que no hace bien cuando ya no puedan hacerlo conmigo. Aunque puede que se salve, porque es mejor que yo. A ella la adoran. Yo soy la que lo ha hecho siempre todo mal.

No sé, a veces pienso que tienen razón. No me llevo bien con la gente de mi clase por mi culpa. No sé por qué, pero siempre estoy enfadada, pero es que son tan... idiotas. Solo piensan en ligar y hacer vídeos para TikTok. Ojalá yo fuera como ellos. Sería todo más fácil.

¿Por qué mi vida tiene que ser tan complicada?

25 de febrero

Ayer acudí a la fiesta de los de clase y ~~acabé~~ [redacted] ~~con Bruno . Ni siquiera~~ [redacted].

Ojalá no lo hubiese hecho.

De hecho, ojalá no lo hubiese escrito aquí, porque, si papá y mamá descubren esto, seguro que lo leerán y pondrán el grito en el cielo.

Si lo leéis, que os den, por cotillas.

Mejor lo tacho y que os den igualmente.



Parece que he encontrado un diario personal.

Lo cierro de golpe, sintiéndome mal por haber llegado a leer casi tres páginas.

Miro el cuaderno, sin saber qué hacer con él. ¿Debería dejarlo donde estaba? Estoy a punto de hacerlo, pero, al ver que el suelo sigue húmedo, me detengo. De hecho, el cuaderno está bastante empapado. Si lo guardo en estas condiciones, se estropeará.

Cojo una toalla y lo seco como puedo, sin atreverme a abrir las páginas para no romperlas. El agua las ha dejado muy frágiles. Después encuentro un secador en el armario y le doy con el aire caliente, pero pasa un buen rato y sigue muy húmedo. Ya no sé qué más hacer. Solo se me ocurre ponerlo a secar y cruzar los dedos para que el contenido no se borre por culpa del agua.

Descubro que, en mi habitación, el sol cae sobre el escritorio que hay debajo de la ventana. Lo deposito con cuidado ahí, abierto por la primera página. Cuando la cubierta y las primeras hojas estén secas, puedo ir pasándolas para que el resto también vaya secándose.

Me quedo sentada en la cama, observándolo, preguntándome a quién debe de pertenecer. Solo sé que es de una chica. Menciona TikTok, así que no puede tener muchos años, pero es imposible concretar la época porque en las fechas no escribió los años.

¿Y cómo llegó aquí? ¿Es de alguien que vino a pasar unos días a la cabaña, lo escondió y luego se le olvidó llevárselo? Pero ¿por qué lo escondería precisamente aquí?

Me muerdo el labio. Me pregunto qué habrá sido de su propietaria. Me siento un poco culpable por haber leído esas primeras entradas, pero siento curiosidad. Tenía dieciséis años y estaba muy enfadada con el mundo, pero, no sé, me ha caído bien. Adora a su hermana pequeña. Y la entiendo, yo también pasé una temporada en el instituto en la que muchos de mis compañeros me parecían un poco idiotas. Muy críos. Luego, por suerte, se les pasó y se volvieron más interesantes.

De repente, me veo transportada a esos días. No hace tanto, pero tengo la sensación de que ha pasado una eternidad. Las charlas en los pasillos y en el patio del instituto, las notas que nos pasábamos durante las clases, el drama… Cuánto drama había en nuestras vidas en ese momento. Pero con Vero y Paula lo capeábamos todo. Cuando no estábamos juntas, nos pasábamos el día chateando y haciendo videollamadas.

La nostalgia me invade y siento unas ganas tremendas de regresar a esa época. Me da igual que suponga volver a pasar por todas esas crisis y altibajos emocionales. Por las horas estudiando esas asignaturas tan aburridas. Por las discusiones con papá y mamá. Eran días buenos. Y, además, al regresar a casa estaba mamá, que…

Respiro hondo para frenar mis pensamientos. Esos días se fueron y ya no volverán. Revolcarme en esos recuerdos no me va a servir de nada.

Vuelvo a centrar la atención en el diario. ¿Qué habrá sido de la chica? ¿Se habrá arreglado la situación con sus padres? ¿Y qué pasó exactamente en esa fiesta?

Sigo observándolo, incapaz de apartar la mirada. Es como si me llamara para que siguiera leyéndolo.

No, no voy a hacerlo. Si yo escribiese un diario, no me gustaría que una desconocida entrometida lo trasteara. En todo caso, cuando esté seco del todo lo hojearé para ver si encuentro algún nombre o contacto para avisar a la chica.

Me obligo a ponerme en pie y a salir de la habitación. En el baño, coloco el azulejo en su sitio y parece que aguanta sin caerse de nuevo. Después, como el wifi funciona, puedo enviarle un mensaje a papá para avisarlo de que el váter de mi habitación pierde agua.

«Luego lo miro. Si no, avisaré a los propietarios», responde al cabo de un rato, cuando ya me estoy haciendo la comida.

Cuando me siento a la mesa, el wifi sigue funcionando, pero va tan mal que no puedo ver ni *La isla de las tentaciones*, ni *Masterchef*, ni *Las Kardashian*, ni nada de nada. Los programas de la televisión normal tampoco me interesan, por lo que, cuando termino de recoger los platos, me encuentro sin saber qué hacer. No tengo ningún libro porque hace un año que, no abro ni uno. En la casa tampoco hay. Lo único que encuentro, en el mueble del salón, son juegos de mesa. Los voy sacando. No es que tenga muchas ganas de ponerme a jugar yo sola, pero supongo que los prefiero a quedarme sin hacer nada. Sin embargo, parece que todos son para un mínimo de dos jugadores.

Entonces saco el *Cluedo*.

Me quedo mirando la caja, como atascada, incapaz de apartarla, incapaz de dejar de mirarla. Desde pequeña, fue mi juego favorito. Primero tuve la versión júnior, en la que había que descubrir quién había tenido el descaro de comerse la tarta antes de la cena.

Después me regalaron la versión para adultos y obligué a papá y a mamá a pasarse horas jugando conmigo. Los recuerdos de esos días de instituto vuelven a asaltarme. Mamá es la que pasó más tardes jugando conmigo al *Cluedo*, porque…

Devuelvo el juego al mueble con tanta brusquedad que el golpe contra la madera trasera suena como una pequeña explosión.

No quiero pensar en mamá.

Me apresuro a meter encima las otras cajas, como si pudieran contagiarme algún tipo de infección. Cierro la puerta del armario, cojo las llaves de la cabaña y salgo. Me quedo plantada en el porche, jadeando, como si acabara de correr varios kilómetros.

Estudio los árboles que rodean la cabaña y el camino que conduce a la carretera y al pueblo. Pensar en ir allí me produce un rechazo inmediato, así que rodeo el pequeño edificio en dirección al pantano. Me quedo plantada a pocos centímetros del agua y observo la inmensa y oscura superficie. El lugar no podía ser más pacífico. En estos momentos, mi única compañía son el olor a tierra húmeda, el zumbido de los insectos que pasan volando a toda velocidad cerca de mí, los grillos que cantan y algún perezoso chapoteo del agua.

Cuando me canso de disfrutar del paisaje que ofrece el bosque que hay más allá del pantano, miro a mi alrededor. Y ahora ¿qué? No quiero volver a entrar en casa. No quiero ir al pueblo.

Entonces descubro que, a tan solo unos metros, hay un estrecho sendero que parece rodear el pantano. No es extraño, claro, seguro que por la zona hay unos cuantos. No me apetece embarcarme en ninguna excursión, pero, a falta de algo mejor que hacer, empiezo a recorrerlo.

Al principio es bastante plano, pero, al cabo de poco, empieza a ascender y, en menos de un minuto, estoy jadeando de lo lindo. Supongo que es lo que pasa cuando llevas un año sin apenas moverte del sofá.

Por suerte, la cuesta no es muy larga y entro en una parte llana. Con la excusa de contemplar el paisaje, camino muy lento para recuperar el aliento. Es un poco absurdo porque no hay nadie por aquí ante quien mantener el orgullo, pero me sale así. Y es por eso, porque estoy con la vista clavada en el horizonte, que, al tomar una curva, casi choco con una roca y la persona que está sentada en ella.

—Perdón —digo, dando un paso atrás, antes de reconocer de quién se trata:

Cameron.

Estaba observando el pantano con expresión grave, pero, al reconocerme, me mira con una sonrisa ladeada.

—Seguimos encontrándonos —comenta.

—Eso parece.

No sé cómo sentirme. Puede que, en el fondo, me alegre de haberme topado con él. Es decir, puesto que me he encontrado con alguien, prefiero que haya sido con él. Hasta que me doy cuenta de que estamos solos en mitad de la nada y las palabras de Sofía regresan a mí.

«Cameron… Antes estaba bien, ¿sabes? Pero ahora… Ten cuidado con él, ¿vale?».

Cuando me ha dicho que tuviese cuidado, ¿se refería a esto, a no quedarme a solas con él sin ninguna persona a un kilómetro a la redonda?

—¿Has salido a pasear?

Asiento con lentitud, preguntándome si debería decirle que mi padre anda por aquí cerca. O si simplemente debería desearle una buena tarde con una gran sonrisa y regresar por donde he venido y no detenerme hasta llegar a la plaza del pueblo, donde seguro que habrá gente.

Su sonrisa desaparece a medida que parece darse cuenta de algo. Entrecierra un poco los ojos.

—Ya te han advertido contra mí, ¿no?

Abro la boca, aunque en realidad no sé muy bien qué decir. Esto es muy incómodo. ¿Qué se supone que puedes contestar a una pregunta así?

Opto por responderla de forma indirecta.

—Tú mismo me dijiste que no me fiara de ti —le recuerdo.

Un par de emociones cruzan veloces por su rostro. Decepción, rabia. Después, aparta la mirada y niega con la cabeza mientras ríe sin humor.

—Es cierto, te lo dije —admite con un desdén claramente dirigido a mí. Se pone en pie y me dedica una mirada rápida—. Adiós, Maia.

Se aleja caminando bosque a través, rápido, cada uno de sus gestos emana el enfado que a duras penas contiene.

Y yo me quedo ahí, con cara de idiota.

Acabo de ofender a Cameron.

Recuerdo la decepción en su expresión, como si no esperara que yo me dejase influir por lo que me dicen los demás.

Me asaltan las dudas. Es cierto que he visto cosas que me han llamado la atención y que él mismo me dijo que no me fiara de él. Sin embargo, lo que me ha hecho dudar al encontrármelo han sido

las palabras de Sofía. Pero ni siquiera sé el motivo de ese aviso. ¿Y si en realidad solo es por una tontería? Quizá no se llevan bien entre ellos. O están enfadados por algo. O tal vez… Tal vez son expareja. Son de esas personas que pegan. Los dos son tan guapos que casi parece obvio que acaben juntos.

Me muerdo un carrillo, luego el otro, al imaginármelos como pareja. Es una estampa que no me gusta. ¿Por qué? Pues no quiero pensar en ello, porque lo que esos dos hagan no es asunto mío.

Cuando consigo centrarme de nuevo, me doy cuenta de que he sido muy injusta con Cameron. Mientras no sepa el motivo del aviso de Sofía, no tengo derecho a pensar mal de él. Él no me ha dado motivos para ello. De hecho, a día de hoy todavía no sé si su advertencia iba en serio o era broma.

De repente, me enfado con Sofía aunque tampoco la conozca. ¿Por qué me ha puesto en esta situación?

Sin embargo, ese cabreo pronto deja paso a la culpabilidad, porque yo soy la única responsable de haberse dejado influenciar por alguien a quien acabo de conocer.

Se me han ido las ganas de seguir paseando por el pantano. Pero tampoco me apetece regresar a la cabaña ni dejarme ver por el pueblo.

Parece que tengo un problema, ¿eh?

Decido dar un paseo rodeando Bolcáriz. Papá me contó que hay un camino peatonal a su alrededor, con acceso a algunas fuentes naturales y cosas por el estilo. No es que sea un planazo (eso sería que el wifi de la cabaña funcionara bien), pero tendrá que valer.

Dos fuentes y un pequeño mirador después (y donde también hay mala cobertura de datos), llego a un enorme parque infantil que está

lleno de columpios. Me doy cuenta demasiado tarde de que este es uno de los lugares que quería evitar. Y es que, en un rincón apartado, sentados sobre el césped, están Sofía y los demás.

Sigo caminando con la intención de fingir que no los he visto.

—¡Maia, has venido! —grita Sofía, saludándome con la mano.

Me quedo petrificada, un poco horrorizada. ¿Que he venido? Quiero decirle que no se trata de eso, que solo pasaba por aquí por casualidad, pero ella ya camina hacia mí mientras me hace señas para que me acerque.

Como una autómata, y como una idiota, doy unos pasos en su dirección. Lo último que quiero ahora es compañía, pero me sabe mal decirle a la cara que paso de ellos. Creo que es el efecto Sofía, es tan hospitalaria que resulta difícil decirle que no.

—Ven, ven —me dice cuando nos encontramos a medio camino. La sigo hacia el resto del grupo. Están sentados sobre toallas, bebiendo cervezas y refrescos, Bruno fumando y con un altavoz por el que suena reguetón—. Chicos, vuestra única neurona os permite recordar a Maia, ¿verdad?

—Me suena vagamente —bromea Lucas.

—Hola, Maia —dice Alba.

Bruno sigue con las gafas de sol puestas y solo hace un gesto con la cabeza.

—¿Qué te apetece tomar? —pregunta Sofía, abriendo la neverita que han traído—. Cerveza, Coca-Cola… El Red Bull asqueroso de Bruno...

—Eh, un respeto al Red Bull. Sin él, no me tendríais aquí.

Los demás ríen mientras yo dudo. Quiero decir que no quiero molestar y que en realidad ya me iba, pero entonces recuerdo cómo

he acabado viéndome en esta situación. La advertencia contra Cameron. Podría aprovechar el momento para pedirle más detalles a Sofía.

—Cerveza, gracias.

Sofía me la da y me hace un gesto hacia las toallas.

—Ponte cómoda donde te apetezca.

Vuelvo a dudar. ¿Sentarme con ellos? ¿Tan cerca? Solo de pensarlo noto que la mano me tiembla un poco. Para disimular y concederme un poco de tiempo, abro la lata de cerveza. A pesar de la música y la charla de los demás, el crujido resuena en mi cabeza como un látigo.

No tengo ni idea de cómo hacer esto. Llevo tanto tiempo sin estar con grupos de personas que ya no sé cómo hacer preguntas delicadas sin incomodar a todo el mundo.

—Eh… Sofía, ¿puedo hablar contigo? —le pregunto, haciendo un gesto con la cabeza para que nos apartemos un poco. Ella alza las cejas, sorprendida, y los demás se callan. Muy bien para mí, he conseguido crear un momento incómodo para todos.

He de reconocerle a Sofía que enseguida se adapta a las circunstancias.

—Claro —dice.

Me mira con curiosidad mientras nos alejamos unos pasos. Procuro quedarme de espaldas a los demás, no tengo ni idea de si están al tanto de su advertencia sobre Cameron.

Aunque antes me haya enfadado con ella por haberme puesto en una situación comprometida, también me sabe mal rechazar sus intentos por acogerme en su grupo. Por eso acabé bloqueando los

contactos de Paula y Vero, no podía con la culpabilidad por ignorarlas.

—Oye, estás siendo muy amable conmigo y… —empiezo a decir, pero no sé cómo continuar. Miro hacia el cielo y suspiro, buscando las palabras para expresarme, pero sin contar demasiado—. Es solo que llevo una temporada muy larga sin socializar y creo que todavía no estoy preparada para…

—Está bien —dice ella enseguida—. No te sientas obligada a nada. No nos lo tomaremos mal si pasas de nosotros. Yo pasaría de nosotros si pudiera.

No puedo evitar reírme un poco ante su broma. Sigue observándome con curiosidad.

—Entonces, ¿ahora has venido porque…?

Lo suelto de golpe:

—¿Por qué debería ir con cuidado con Cameron?

La expresión de Sofía se transforma al instante. Cualquier rastro de alegría desaparece.

—¿Qué pasa, Sofía? —Oigo que pregunta Bruno.

Ella me observa unos instantes. No aparta la mirada cuando dice a sus amigos:

—Deberíamos hablarle de Julieta.

Aunque la música sigue sonando y hay unos niños jugando en los columpios más alejados, es como si una losa de silencio cayera sobre nosotros. Me giro y descubro que los demás tienen la misma cara larga que Sofía. Bruno, que parece especialmente molesto, coge su teléfono y detiene la música.

Sofía me hace un gesto con la cabeza y se sienta en su toalla. Yo me siento ni demasiado cerca ni demasiado lejos de ellos.

—Julieta era otra chica del pueblo. Siempre fuimos juntos a la escuela y al instituto, pero… —explica Sofía. Su mirada se desvía un pequeño instante hacia Bruno, que mira en dirección al pantano con la mandíbula en tensión de tanto que aprieta los dientes—. Bueno, hacía tiempo que no estaba muy bien y…

—Se suicidó tirándose al pantano —termina Bruno con brusquedad, sin mirarnos.

Por un momento, me quedo sin respiración.

—Lo siento —consigo pronunciar.

Ellos permanecen un rato largo en silencio.

—Nunca encontraron su cuerpo —dice Alba con voz débil.

Los demás hacen gestos que van desde la negación hasta el desdén.

—Hallaron todas sus cosas en la orilla —le recuerda Bruno con cierta rabia.

Alba se encoge de hombros.

—El teléfono no. Y todos sabíamos que estaba harta de sus padres. Quizá se largó y…

—Alba, deja de vivir en tu mundo de unicornios y piruletas —le espeta Bruno—. Julieta se tiró al pantano y está muerta. Llevaría el móvil en el bolsillo. Punto.

Alba se encoge y le dirige una mirada resentida, pero no insiste.

—Después de… lo que pasó, estábamos todos mal, pero Cameron dejó de hablarnos —dice Sofía—. Y un día la policía vino a buscarlo y se lo llevaron para interrogarlo. Nadie sabe por qué y tampoco nos lo contó… Y ahora pasa de todo el mundo. —Calla unos instantes—. No sé si tuvo algo que ver con la muerte de Julieta, pero desde entonces no es el mismo.

Se quedan en silencio, envueltos por una atmósfera de tristeza y rabia.

—Gracias por contármelo —musito.

—De nada. ¿Podemos dejar ya el tema? —gruñe Bruno. Vuelve a poner la música y se tumba con el brazo cubriéndole los ojos, dispuesto a pasar de nosotros.

Lucas es el que consigue romper el momento lúgubre, cambia de tema y comenta que anoche vio el final de no sé qué serie. Poco a poco se animan y recuperan la charla distendida de antes, aunque no los escucho. Me quedo ahí sentada, dando sorbos a la cerveza, pensando en lo que acaban de contarme.

¿Puede ser que las aguas de ese pantano que parece tan idílico escondan el cuerpo de una chica? Me estremezco solo de pensarlo. Esas aguas tan oscuras ya no me parecen solo oscuras, sino también sombrías, llenas de secretos.

Después, mis pensamientos se desvían hacia Cameron.

¿Por qué lo interrogaría la policía por el suicidio de una chica? ¿Y por qué, según parece, ha cambiado tanto desde entonces? ¿De verdad son circunstancias que lo convierten en alguien peligroso? A juzgar por cómo ha reaccionado cuando ha deducido que me habían advertido contra él, no solo no le gusta, es que parece que lo considere injusto. Pero, claro, eso no lo convierte en inocente de forma automática.

Suponiendo que haya hecho algo malo, claro.

El misterio que rodea a Cameron no hace más que aumentar. Parece la excusa perfecta para pasar de él, ¿no? Es lo que quiero, mantener las distancias.

Pero, por algún motivo, no consigo quitármelo de la cabeza. Lo único que siento es curiosidad. El mundo exterior me dice que debería desconfiar de él, pero algo en mi interior me empuja a lo contrario. A saber más sobre él, a resolver el misterio que es Cameron.

CAPÍTULO 4

Maia

No creo que esté en casa cuando llegues. Estoy con unos chicos del pueblo

No creo que tarde, pero tengo mala cobertura

Papá:

¡Por mí no corras! ¡Quédate el rato que quieras con ellos!

Maia

Está bien, no tardo

Papá:

¡¡¡Pero si salen de fiesta o algo puedes apuntarte con ellos, ¿no?!!!

Maia

No voy a salir de fiesta

Papá:

¡¿Por qué?!

Maia

¿Puedes dejar de poner admiraciones por todas partes?

Papá:

¡¡¡Vale!!!

Maia

Papá...

Papá:

Tú vuelve a la hora que quieras.

Maia

Enseguida voy para casa

Papá:

No tengas prisa, sal de fiesta. ¿Tienes dinero?

Maia

¡Que no voy a salir de fiesta!

Papá:

Ja ja, mira quién usa ahora las admiraciones.

Papá:

¿Maia?

Bueno, si al final sales, avísame.

Entro en la cabaña temblando por el frío. Antes he salido con tantas prisas que no he pensado en coger una chaqueta para cuando las temperaturas empezaran a bajar al mismo ritmo que el sol.

El aroma a sofrito que me recibe me hace alzar las cejas. Hacía mucho que papá no cocinaba algo elaborado. En cuanto oye la puerta cerrarse, se asoma desde la cocina con una gran sonrisa y los ojos brillantes.

—Al final has llegado pronto.

—No es tan pronto. Y estoy muerta de hambre.

—Pero podrías haber cenado por ahí y alargado más si te apetecía.

Pongo los ojos en blanco. Esto es increíble. Recuerdo perfectamente ciertas conversaciones con él y mamá, cuando les pedía que me dejaran ir a alguna fiesta o concierto, y su respuesta era un no rotundo. En cambio, mira ahora, mi propio padre me empuja a salir de fiesta toda la noche.

—Voy a poner la mesa —digo, dándolo por imposible.

Cuando nos sentamos a cenar, el hombre rebosa una energía inaudita. Me observa sin poder parar de sonreír.

—¿Con quién estabas?

—Creo que con las únicas otras personas de mi edad del pueblo —explico, sonriendo y parpadeando con fingida inocencia, pero que le transmite mi mensaje con claridad: no me ha traído al fin del mundo, pero casi.

Su reacción es parecer muy satisfecho consigo mismo.

—De nada.

Resoplo, intentando indignarme, pero se le ve tan contento que no lo consigo. Decido seguir con la conversación.

—Me parece que también hay otro chico, pero va por libre —digo como quien no quiere la cosa. Me refugio tras el gesto de beber agua con la esperanza de disimular que pensar en Cameron me turba un poco.

—¿Por dónde habéis estado?

—Me los he encontrado por casualidad en el parque de los columpios. —Le explico dónde queda exactamente y que, en efecto, casi hay más columpios que habitantes en Bolcáriz—. Suelen estar ahí o en la playa del pantano. No nos hemos movido del parque.

No le cuento que me he quedado ahí sentada, tomando la cerveza en silencio, mientras ellos me hacían el favor de ignorarme.

—Bueno, ¿pues cuento con que mañana volverás a llegar a esta hora?

La esperanza con la que me lo pregunta casi me parte el corazón. Ha pasado por alto el detalle de que me los he encontrado por casualidad. Está convencido de que su plan de traerme hasta aquí está funcionando, y se le ve tan contento que me da pena hacerlo caer de su nube de felicidad. Además, es agradable verlo tan animado.

Aun así, soy incapaz de mentirle de forma descarada. Acabo encogiéndome de hombros.

—Sí. No sé. Ya veremos.

—Bien, bien —dice—. Por cierto, el váter ya está arreglado. He avisado a los propietarios y, cuando he llegado, el manitas del pueblo ya estaba esperándome en la puerta.

Asiento, masticando la carne con lentitud mientras valoro si debería contarle que he encontrado un diario escondido en la pared. Es tan llamativo que es digno de contar, pero algo me frena. Me digo que es por respetar la intimidad de esa chica, porque, si se lo cuento a papá, seguro que querrá entregárselo a los propietarios de la cabaña. Ellos tendrán los contactos de todas las personas que se han alojado aquí y les será más o menos fácil averiguar a quién puede pertenecer. Pero eso puede suponer que el diario pase por muchas manos y que la gente lo lea.

Sin embargo, si soy sincera conmigo misma, no guardo el secreto solo por eso. No puedo evitarlo, siento el descubrimiento como algo mío. Y que estuviese escondido detrás de la pared me parece tan extraño…

—Por lo que me han dicho, el wifi seguirá sin funcionar bien. Pero dentro de nada echan una película de James Bond por la tele.

Las palabras de papá me sacan de mis pensamientos.

—¿James Bond? ¿Con anuncios? —pregunto un poco horrorizada.

Por desgracia, a falta de alternativas, acabo viendo la película. O, mejor dicho, viendo anuncios con fragmentos de una película entremedias. Desde mi asiento en el sofá, veo el mueble donde están guardados los juegos de mesa, pero no pienso hablarle de ellos a papá.

Es más de medianoche cuando subo a la habitación. Me siento en la cama, apoyada contra el cabecero, y compruebo el estado del wifi sin muchas esperanzas. Me llevo una grata sorpresa al descubrir que funciona. Va lento y no me vale para ver ningún programa, pero es perfecto para entregarme a lo que hace horas que me muero de ganas de hacer.

No sé el apellido de la chica que se suicidó en el pantano, pero sí su nombre. Solo necesito poner en el navegador «Julieta», «Turbiel» y «Bolcáriz», y me aparecen un montón de titulares de noticias que tienen una clara evolución:

»Menor de 16 años desaparecida.

»La policía halla los objetos personales de la joven desaparecida.

»Aparece flotando en el agua del pantano una zapatilla de la joven desaparecida.

»La principal hipótesis de la policía es el suicidio.

»Las autoridades dan por finalizada la búsqueda del cuerpo de Julieta.

Pincho en el primer enlace.

Al ver la fotografía que encabeza el artículo, me quedo petrificada. Un largo escalofrío me recorre de pies a cabeza, tomándose su tiempo en la columna vertebral.

Me parezco mucho a ella.

Me quedo atrapada un buen rato estudiando esa imagen de Julieta a los dieciséis años. Era guapa, desde luego bastante más guapa que yo, pero el parecido entre nosotras me pone los pelos de punta. El mismo cabello de color rubio oscuro, los ojos marrones, la nariz y la barbilla de una forma parecida… Incluso en la expresión seria de esta foto nos parecemos. Hay otra imagen en la que aparece de niña, sonriente, e incluso ahí veo similitudes.

¿Es eso lo que le pasó a Cameron? ¿Pensó que era Julieta y por eso se me quedó mirando así, como si hubiese visto un fantasma?

Tiene que ser muy extraño. Un día vas tan tranquila por la calle y te encuentras con alguien que se parece mucho a una persona que está muerta. Empiezo a pensar en qué haría si me pasara a mí, si de repente me encontrara con una mujer muy parecida a mamá, pero lo bloqueo.

No, no voy a ir por ahí.

Cuando consigo dejar de mirar las imágenes de Julieta y de estremecerme, leo esa noticia y algunas más, pero no se puede decir que aporten demasiado al resumen que me ha hecho Sofía. Solo añaden lo de la zapatilla flotando en el agua y que el fondo del pantano es tan oscuro que es muy difícil para los buzos ver algo. Prácticamente tienen que rastrear a ciegas.

En ninguno de los medios se contempla la teoría de Alba de que quizá Julieta se escapara porque estaba mal con sus padres. Tampoco hablan del interrogatorio de la policía a Cameron.

¿Por qué querrían hablar con él?

Quiero seguir leyendo, pero entonces el wifi decide que ya ha trabajado lo suficiente por hoy y para de funcionar. Dejo caer el teléfono sobre la cama con un resoplido.

Me quedo ahí sentada, embargada por sentimientos contradictorios. Esta chica me da pena y me pregunto qué la pudo llevar a estar tan desesperada como para elegir poner fin a su vida en vez de pedir ayuda. A la vez, me enfado porque hay gente que no puede elegir.

Aprieto los labios. Esto me va a llevar a pensar en mamá otra vez. Antes de que la cosa vaya a más, cierro los ojos y cojo aire con

fuerza, pero lo suelto poco a poco mientras me esfuerzo por intentar pensar en otra cosa.

Noto que no lo voy a conseguir. Y entonces mi mirada se posa en el diario, que descansa sobre el escritorio. Agradezco tanto la distracción que casi salgo corriendo de la cama para acercarme a ver si ha seguido secándose. Lo toco con mucho cuidado, la portada, las primeras páginas. Sí que parece que está un poco más seco. Lo estudio de nuevo, preguntándome a quién pertenece.

Quizá si leo un poquito más aparezca su nombre…

No, no debo.

Creo que paso un minuto entero debatiéndome entre si leer un poco más o no. Cada vez que estiro la mano para pasar a la siguiente página, la acabo retirando de golpe. Pero, si no averiguo de quién es, ¿cómo podré devolvérselo?

Al final, gana el demonio del sí pero con matices. Prometo que solo echaré un vistazo rápido a una entrada o dos, a ver si aparece un nombre. Si no, pues, cuando esté del todo seco, lo ojearé muy rápido a ver si hay suerte.

Sin embargo, solo necesito leer la primera frase de una nueva entrada para confirmar que soy débil y que me miento muy bien a mí misma. La leo de principio a fin, enganchada al sarcasmo y al enfado de la autora hacia el mundo. Me parto de risa con la descripción que hace de un par de profesores de su instituto, ya que me recuerda a algunos que yo también tuve. En la siguiente entrada que leo, repite las ganas que tiene de alejarse de su pueblo, y en la tercera incluso menciona lo mucho que le preocupa el cambio climático. Sin embargo, en la cuarta solo hay escrita una frase que me cae como una bofetada.

«Si la vida es esto, ¿de verdad vale la pena?».

Me aparto de golpe y vuelvo a pensar en Julieta, que se tiró al pantano. Ella decidió que no valía la pena. Y ahora la autora del diario también lo cuestiona.

Me gustaría enfadarme con las dos, con una por dudar y con la otra por quitarse la vida. Hay gente que no puede elegir.

Una mañana, mamá dedicó unos minutos a escribirme una nota para recordarme que pusiera el lavavajillas. Salió de casa y, cinco minutos después, un conductor despistado con el móvil la atropelló y la mató.

Todo porque yo era incapaz de poner el estúpido lavavajillas.

Mamá no pudo elegir.

Así que supongo que debería enfadarme con estas chicas. El problema es… que las entiendo. Yo también llevo meses haciéndome esa pregunta. ¿Para qué? ¿Para qué esforzarse, para qué seguir adelante? Cualquier día saldré a la calle y también podrían atropellarme y matarme. O mi corazón podría dejar de latir de repente, o se me podría caer un árbol encima, o el coche en el que estoy podría chocar con otro. Las posibilidades son infinitas. Y cualquiera de esas cosas puede pasar con tanta facilidad que he dejado de verle el sentido a pasarme años estudiando un grado en la universidad que luego no me va a servir para nada, a tener amigos, a salir a tomar algo, a viajar.

Sí, tengo las mismas dudas que ellas. Supongo que también debería enfadarme conmigo misma, ¿no?

Los ojos me escuecen y se me cierra la garganta. Parpadeo con fuerza para contener las lágrimas, pero se me escapan igualmente. Cuando no consigo frenar los pensamientos sobre mamá, cuando

empiezo a pensar en todas estas cosas, me pongo así. No sé qué hacer con esto, con estos pensamientos, conmigo misma.

Hago amago de cerrar el diario de golpe, pero una palabra en la siguiente página me deja petrificada. Al parecer, pasó un tiempo sin escribir, porque está fechada varios meses después que la anterior.

«Cameron».

No puedo apartar los ojos de ese nombre.

Cameron.

¿Cuántos Cameron he conocido a lo largo de mi vida?

Uno, solo uno. Es un nombre muy poco habitual.

Contengo la respiración cuando sujeto la página con cuidado y leo la frase completa.

«Cameron y yo hemos empezado a salir, pero no se lo contaremos a nadie».

Libero todo el aire de mis pulmones mientras intento procesar lo que acabo de descubrir.

Cameron aparece en este diario. Cameron salía con la chica que escribió este diario.

Lo dejo con cuidado encima de la mesa y después aparto las manos con la misma lentitud. Lo miro con desconfianza, como si en cualquier momento pudiese saltar sobre mí para devorarme.

Sé que la reacción más lógica sería lanzarme a seguir leyendo para descubrir si el diario habla del Cameron que yo conozco, pero a mí me produce el efecto contrario. Retiro la silla, la mirada todavía clavada en el cuaderno, y, solo cuando estoy de pie, aparto los ojos y paseo lentamente por la habitación. De vez en cuando le echo vistazos.

Julieta se tiró al pantano.

La autora del diario tenía dudas de si la vida valía la pena.

Cameron salía en secreto con la autora del diario.

La policía interrogó a Cameron por la desaparición de Julieta.

Creo que Julieta y la autora del diario son la misma persona.

He encontrado el diario de Julieta.

No vuelvo a tocar el diario. Lo dejo encima del escritorio, abierto por la misma página, pero soy incapaz de acercarme a él otra vez. Solo de pensar en hacerlo me atenaza una sensación desagradable. En ningún momento me había planteado que su autora pudiese estar muerta.

Esa noche apenas logro pegar ojo. No solo por el descubrimiento, también porque no consigo comprender cómo demonios llegó el diario a esta cabaña.

Por la mañana ni siquiera necesito ponerme el despertador, porque, cuando me llega el sonido de papá duchándose, mis ojos se abren como platos a pesar del cansancio.

Paso por el baño también, donde el espejo me confirma que es imposible esconder la cara de no haber dormido, y bajo a la cocina cuando papá se está preparando el café. El corazón me late con fuerza, pero intento aparentar que solo soy una chica de diecinueve años que acaba de salir de la cama.

—Buenos días —saludo.

—Hoy también te has levantado temprano —comenta papá, concentrado en el café.

—No tenía sueño.

Me siento a la mesa. Él se gira con la taza en la mano y, al verme, no esconde la sorpresa.

—Nadie lo diría —comenta.

—No he dormido muy bien —digo, encogiéndome de hombros.

—¿Un café con leche?

—Por favor.

Nos quedamos en silencio mientras lo prepara. Observo su espalda mientras me mordisqueo una uña y valoro cuál es la mejor manera de preguntarle lo que necesito saber.

Cuando se gira para dejarme el café delante, me apresuro a disimular.

—Gracias.

El agradecimiento que siento cuando doy el primer sorbo no es fingido. Sí que lo es el interés con el que observo a mi alrededor.

—La casa está bien —comento como quien no quiere la cosa.

—¿Te gusta? —Papá me observa con curiosidad y me apresuro a encoger los hombros para que no le dé demasiada importancia.

—¿De quién es? ¿De alguien de aquí? O de una empresa…

—Es de un matrimonio del pueblo.

—Mmm. —Doy otro sorbo al café mientras disimulo lo rápido que me vuelve a latir el corazón. Parece que papá va a añadir algo más, pero se lo repiensa. Ahora lo que me toca disimular es la decepción. Me esfuerzo por sonreír un poco al preguntarle con la intención de animarlo a hablar—: ¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Has conocido a ese matrimonio en persona?

—Sí, ayer por la mañana. —Definitivamente, hay algo que no me quiere contar. Papá no suele ser tan escueto con sus respuestas. Finjo que esta situación de tener que tirarle de la lengua es divertida.

—¿Y… —digo, haciéndole un gesto para que siga.

Papá suspira.

—No es nada. Solo que son una pareja triste. Hace… Hace un par de años perdieron a su hija mayor.

Cuando dejo de sonreír, no estoy fingiendo.

—Vaya —comento.

Nos quedamos en silencio. Supongo que papá no me lo quería contar por miedo a que me haga pensar en mamá y me sienta mal. No le falta razón, pero, después de lo que leí anoche, lo único que quiero es información.

—¿Sabes qué le pasó?

—No. —Miente. Lo sé por cómo baja los ojos, evita mirarme—. Solo sé que se llamaba Julieta.

Aprieto los dedos alrededor de la taza para disimular la tensión. Me esfuerzo por aparentar estar tranquila, incluso indiferente ante lo que me cuenta. Asiento despacio, disimulando que no noto el latido del corazón acelerado en el pecho, el cuello, las sienes.

Puede que no haya llegado a leer el nombre de su autora, pero con todo lo que sé y con lo que me acaba de contar papá…

Tengo arriba el diario de Julieta, el diario de una chica muerta.

Mientras papá se termina su café y la tostada de queso, soy incapaz de pronunciar palabra.

—Nos vemos esta tarde. No tengas prisa por volver a casa —me recuerda, dándome un beso.

—Claro —murmuro por decir algo.

—Diviértete.

Muy poco después, oigo la puerta de la casa cerrarse, pero no me muevo. Si alguien me espiase por la ventana, me vería dar sorbitos a

mi café con calma. Pero mi cabeza bulle de preguntas. ¿Por qué Julieta y Cameron escondieron su relación? ¿La policía interrogó a Cameron porque descubrieron que salía con ella? ¿Sospecharon que podría haberle hecho daño? ¿Y es por esto por lo que Cameron ha cambiado tanto, según lo que me ha contado Sofía? Pero ¿ha cambiado porque le hizo daño a Julieta o porque perdió a su novia?

Entonces me asalta el pensamiento de que debería devolver el diario a sus padres. Es lo correcto.

¿Por qué solo de pensarlo se me retuerce el estómago?

Si les devuelvo el diario, imagino que metería a Cameron en problemas, pero no es eso lo que me frena. Es otra pregunta la que más brilla en mi cabeza.

¿Por qué ella escondió el diario aquí? Encima, tan bien escondido.

Quizá solo intentaba evitar que sus padres lo encontraran, pero es que lo metió en una pared. Parece excesivo. Extraño. Inquietante.

En cuestión de segundos, la pregunta «¿Por qué lo escondió tan bien?» se ha convertido en un picor que no sabes de dónde proviene y no puedes dejar de rascártelo.

Estoy hecha un lío. ¿Qué demonios se supone que tengo que hacer?

Me froto la frente, los ojos, las mejillas.

Al final, solo se me ocurre una cosa.

Dejo el café con leche sin terminar sobre la mesa de la cocina y subo a mi habitación.

CAPÍTULO 5

1 de junio

Cameron y yo hemos empezado a salir, pero no se lo contaremos a nadie.

Todo esto comenzó hace ya unos meses, pero no quise escribir nada porque... No sé, supongo que no quería gafarlo. O quizá al principio me sentía demasiado extrañada y no estaba segura de que fuese real.

Desde que Cameron y sus padres llegaron al pueblo hace diez años, nunca habíamos hablado. Como mucho algún «hola» y «adiós». Los dos hemos ido a la misma escuela e instituto de Sabiñánigo, pero no estábamos en la misma clase y era fácil pasar de él.

En el pueblo... Bueno, yo voy a lo mío. Además, somos muy diferentes. Él es tan buen chico. Guapo, popular. Todo el mundo lo quiere. Mientras que yo, pues soy yo. La oveja negra de los Pirineos. Encima también estaba todo el lío entre nuestros padres y, con lo buen chico que es, yo no dudaba de que estaba de parte de los suyos, así que era otro motivo para ignorarlo.

En marzo coincidimos en una fiesta en casa de Beni. Les dije a papá y mamá que estaría en casa de Sofía porque no quieren que salga de fiesta fuera del pueblo por la noche. Me fui allí con la bicicleta, hasta Sallén solo son un par de kilómetros por la carretera. Me quedé hasta las doce o por ahí para llegar a casa antes de la una y no tener que aguantar otra bronca. Justo estaba cogiendo la bici y dándome cuenta de que estaba demasiado borracha como para montarla cuando Cameron salió de la casa y me dijo que me acompañaba. Me lo quedé mirando como si se hubiese vuelto loco, pero él me cogió la bici y empezó a empujarla. Me dijo que no lo mirara así, que no le apetecía volver solo al pueblo.

No hablamos durante un buen trecho. Creo que él dijo algo, pero yo había bebido demasiado y no me encontraba muy bien. Acabé vomitando en la cuneta. Cuando me giré di por sentado que me estaría mirando mal, o que me haría algún comentario

por haber bebido tanto, o que me miraría con pena como Sofía la última vez que estuve con ellas, pero solo me preguntó si ya me encontraba mejor y siguió caminando.

Al final le solté que, si nuestros padres se enteraban de que habíamos pasado más de treinta segundos solos, nos iban a encerrar de por vida. Él se encogió de hombros y dijo: «Pues no se enterarán». Y entonces dijo que le gustaba el silencio que había en la carretera a esas horas de la noche, y después dijo que la música de la fiesta era malísima, y acabé descubriendo que también le encanta escuchar Florence + The Machine. Se rio cuando le dije que es un santurrón, también cuando me burlé porque ya era muy tarde para aguantar despierto para un deportista como él.

Esa noche me acompañó hasta la puerta de casa. Sigue diciendo que vino conmigo porque no le apetecía caminar solo desde la fiesta hasta el pueblo, pero yo creo que me vio salir con el pedo que llevaba y le preocupó que fuese sola por la carretera. Le pega hacer algo así.

Después de eso, en el instituto nos saludábamos al cruzarnos, pero nada más.

Unas semanas más tarde, salí de casa escuchando música después de otra bronca con mamá. Qué pesada es siempre con lo que pensarán los demás de nosotros.

Me fui a caminar por el pantano, y cuál fue mi sorpresa cuando me encontré a Cameron en un claro haciendo flexiones. Yo seguía de mal humor, y la verdad es que volví a burlarme de él, pero se rio y admitió que es un friki del ejercicio. Después me retó a una competición de flexiones y entonces la que me reí fui yo. Y acabamos sentados mirando al pantano y hablando, ya no recuerdo de qué, pero sí recuerdo que, cuando nos despedimos, se me había pasado el enfado y pude volver a casa y pasar por delante de papá y mamá sin decirles nada.

Un poco después, Beni montó otra fiesta en su casa y, en cuanto nos reencontramos allí, Cameron me cogió de la mano y me llevó al jardín. Hacía frío, pero nos sentamos

en una hamaca, estuvimos hablando un rato y acabamos besándonos. Regresamos juntos a casa otra vez, y, cuando me tumbé en la cama, me sentía como en una nube. Los días siguientes en el instituto tan solo nos mirábamos y nos decíamos hola y adiós y nada más. Como si no hubiese pasado nada.

La semana pasada papá y mamá me hicieron acompañarlos a Sabiñánigo para acercar a Lorena a una fiesta de cumpleaños. Aproveché y me escabullí a ver ropa y libros, pero, al entrar en la librería, el estómago me dio un vuelco porque estaba Cameron. No es la primera vez que nos encontramos allí, pero sí la primera que nos paramos a hablar. No compramos nada, salimos juntos y corrimos para escondernos en el castillo de un parque infantil vacío, donde acabamos besándonos otra vez. Al poco me tuve que ir corriendo porque me despisté con la hora y papá y mamá y Lorena me estaban esperando en el aparcamiento.

Esta mañana, cuando nos hemos cruzado en el instituto, me ha pasado una notita.

«Donde las Flexiones, a las 18 h».

He ido, claro. Ni siquiera me he planteado la posibilidad de no hacerlo. Tenía mucha curiosidad. Cuando he llegado él ya estaba ahí. Ni siquiera me ha dicho «Hola», tan solo me ha mirado, muy serio, y me ha soltado:

—Sal conmigo.

No en plan «Te lo ordeno», sino en plan «Por favor, di que sí». Yo le he dicho que, si nuestros padres se enteraban, iba a ser el fin del mundo, y él me ha dicho que nuestros padres le importaban un pito (lo que ha conseguido hacerme reír), pero que en cualquier caso podíamos procurar que no se enterasen. Y entonces nos hemos enrollado, aunque la cosa no ha ido a más porque estábamos al lado del camino y habría podido aparecer alguien.

Así que tengo novio.

Y estoy feliz. Siento que por fin me ha pasado algo bueno porque Cameron es... Especial. Es guapísimo y besa muy bien, pero no es por eso por lo que me siento tan afortunada. No sé cómo explicarlo. Llevo mucho tiempo sintiendo que soy una especie de agujero negro, que me como la luz que hay a mi alrededor. Y Cameron es luz, pero se ha acercado a mí y no se ha apagado ni tiene miedo de apagarse. Es la única luz que resiste mi oscuridad.



El nombre de Julieta sigue sin aparecer en el diario, pero, por si tenía alguna duda, ahora incluso ha mencionado a Sofía.

Cierro el diario de golpe con el estómago revuelto. Acabo de enterarme de algo muy íntimo sobre Cameron y una chica muerta.

Esto no está bien.

¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Devolver el diario a los padres de Julieta, aunque ella no quería que lo leyesen? ¿Entregárselo a Cameron? Tampoco sé si eso es lo correcto.

También pesa mucho la incógnita de por qué Julieta escondió el diario en la cabaña…

Como no consigo aclararme, acabo por agobiarme. Hasta hace unos pocos días, la manera de solucionarlo habría sido dejarme caer en el sofá y ponerme la tele, pero hoy no hay idea que me atraiga menos. Tiemblo solo de pensar en los programas que me voy a encontrar. Además, algo me dice que me ayudará más a distraerme hacer algo que suponga moverme. Tipo… Pues no sé, no tengo ni idea.

Miro a mi alrededor intentando pensar en algo, pero lo único que me da una idea es el polvo que hay acumulado en un rincón de la habitación. Bajo al lavadero, donde encuentro la escoba y el recogedor, y me pongo a barrer todo el piso de arriba. Se me hace tan extraño que me doy cuenta de que, a lo largo del último año, el único que se ha encargado de limpiar en casa es papá. Yo no le he ayudado en nada, es como si esto de la limpieza hubiese desaparecido de mi cabeza. De hecho, el día que fui al supermercado solo me acordé de comprar detergente para

lavavajillas, pero ni se me ocurrió mirar si necesitábamos otros productos.

Pobre papá.

Vale, si ponerme a barrer me va a provocar un ataque de culpabilidad, no me sirve. Pero tampoco caigo en qué otra cosa hacer, y las paredes de la cabaña empiezan a agobiarme. Creo que será mejor que salga.

Devuelvo la escoba y el recogedor a su sitio y paso por la ducha. Después agradezco tener música descargada en el móvil, me pongo los auriculares y salgo. En el porche, respiro hondo. Sí, salir ha sido un acierto. Pero la sensación de relajación dura hasta que las aguas del pantano atrapan mis ojos. Es la primera vez que las contemplo desde que Sofía y los demás me contaron lo de Julieta. Ayer evité hacerlo. Ahora no puedo dejar de observarlas, demasiado consciente de lo que podrían esconder bajo la superficie.

Me estremezco y me obligo a apartar la mirada. Estoy intentando distraerme con la esperanza de que eso me ayude a decidir qué hacer con el diario, mirar embobada el pantano no es la manera de hacerlo.

Considero mis opciones. No quiero coger el sendero en el que me encontré ayer a Cameron. No creo que ahora me lo encuentre por ahí porque estará trabajando, pero prefiero ser prudente. Obvio, tampoco quiero pasear cerca del agua.

Miro el camino de tierra que parte del jardín de la casa. El paseo que se abre a mi izquierda me llevaría al pueblo, pero dónde acaba el que se encuentra a mi derecha es todavía un misterio. Solo sé que no va al pueblo y que se aleja del pantano, así que es perfecto.

Empiezo a caminar con la música a todo volumen. Mi esperanza es que acalle todos mis pensamientos indeseados. No camino muy rápido porque no me apetece cansarme. No oigo los pájaros, ni los insectos, ni el crujido de mis pisadas sobre la tierra. Bien.

Parece que la cosa funcionará, pero entonces veo aparecer, en sentido contrario, una silueta que creo reconocer. Se me escapa un resoplido. Qué pereza.

Va corriendo mientras escucha su propia música. A medida que se acerca, veo que va sin camiseta. Algo me dice que es más por lucir pectorales y abdomen que porque haga demasiado calor.

Al menos esta vez se ha quitado las gafas de sol.

Cuando llega a mi altura le hago un gesto con la cabeza y la mano con la intención de seguir caminando, pero, para mi horror, Bruno se detiene.

—Ey —dice, jadeando. Se quita los auriculares y a mí me toca imitarlo—. María, ¿verdad?

Me contengo de dar un paso atrás. Ya sé que solo está fingiendo no recordar mi nombre por fastidiar, pero lo que él no sabe es que mamá se llamaba María.

—Maia —digo, intentando evitar entrar en una espiral de recuerdos. Pero ya es tarde y a mi cabeza acuden imágenes de las excursiones por la sierra de Madrid que tanto le gustaban, de cuando fuimos en kayak por el tranquilo desfiladero de un río y yo quería morirme de lo mucho que me dolían los brazos, de cuando alquilamos un patín de agua en un lago de Francia y papá logró la hazaña de hacerse un esguince pedaleando. Mamá se rio de él durante varias semanas.

El recuerdo de la risa de mamá me devuelve al presente, donde fulmino a Bruno con la mirada. «Menudo imbécil», pienso.

Es al volver a centrarme en él que recuerdo algo. Bruno aparece en el diario de Julieta. Al recordar lo que escribió sobre él, deduzco que lo que pasó es que se enrollaron, quizá incluso algo más.

Pobre Julieta, yo también me arrepentiría si me hubiese enrollado que semejante orangután.

Pero… ¿y si Bruno no se arrepentía de haberse enrollado con ella? ¿Y si quería algo más con ella? Eso explicaría por qué se pone tan a la defensiva cuando lo que le pasó a Julieta surge en la conversación.

Los segundos pasan y nos mantenemos en silencio. Yo estoy pensando en estas cosas, mientras que él… ¿Es cruel decir que me imagino que lo único que hay en su cabeza es un gran vacío?

—Bueno —dice al fin, con una sonrisa para nada amable—, que vaya bien tu paseo. Si vuelves a acoplarte alguna tarde, tráete tus bebidas, que ayer nos quedamos cortos.

Alzo las cejas, sorprendida. Resulta que alguna neurona sí que tiene. Acaba de decirme muy finamente que no piensa compartir nada conmigo.

—Lo tendré en cuenta.

Entonces su sonrisa se vuelve burlona.

—No volveremos a verte el pelo, ¿verdad? Viniste a preguntar por el guapo de Cameron y ya.

Un humillante rubor me cubre las mejillas y el cuello. Mi primer impulso es negarlo, pero sé que solo me saldrá un balbuceo tipo «No, yo no… Qué va… No», que sería una manera de darle la razón.

Estoy horrorizada. ¿De verdad di esa impresión? No puedo negar que Cameron ha llamado mi atención, pero de eso a que los demás crean que voy por ahí intentando averiguar cosas sobre él porque me gusta… Solo con pensar que en el parque todos creerán lo mismo me siento todavía peor.

Por suerte, consigo no balbucear nada ni hacer alguna tontería como salir corriendo.

Bruno ya me caía mal, pero ahora ha pasado a ser un gilipollas de primer nivel. Y puede que yo me haya sonrojado y que por dentro me esté muriendo de la vergüenza, pero no pienso darle el placer de verme apurada. Le dedico una sonrisa compasiva.

—Pobre, creíste que iba a verte a ti y tuviste una decepción cuando pregunté por él, ¿verdad?

Un comentario así, entre amigos, provoca risas. Pero nosotros no somos amigos. Está siendo desagradable conmigo a propósito. Y no se esperaba una respuesta como esta.

Su sonrisa desaparece. La mía se ensancha.

—La vida es dura —añado, empezando a ponerme los cascos—. No te canses mucho.

Sigo mi camino, asombrándome de la facilidad con la que esas réplicas han salido de mi boca. Cuando todavía me relacionaba con el mundo nunca fui de las que se achantaban, pero tampoco iba vacilando así a la gente. Eso también me pone un poco nerviosa, porque en realidad no conozco a Bruno y no sé cómo puede reaccionar. Camino sin volver a poner la música, muy atenta a los sonidos que hace.

Lo oigo resoplar.

Después, silencio absoluto.

Ya estoy a punto de girarme para comprobar qué hace cuando escucho sus pasos.

Está corriendo.

Se está alejando.

Entonces dejo que mi cabreo fluya. Recorro el camino a toda velocidad sin volver a ponerme la música y sin fijarme en las otras pocas casas que se alzan a orillas del pantano, enfadada por lo que acaba de pasar, porque crean que estoy persiguiendo a Cameron, por no ser capaz de dejar de pensar en él, por haber encontrado ese diario, por no poder ver *La isla de las tentaciones* y, en definitiva, por estar aquí atrapada, en este pueblo con esta gente y sus problemas.

No sé cuánto tardo en llegar al final del camino. Tras una cuesta final, se estrecha de forma repentina para adentrarse en el bosque. Como no quiero perderme, doy media vuelta y regreso a la cabaña, jadeando y tan sudada que tengo que pasar por la ducha otra vez. De camino al baño cojo el diario, aparto el azulejo suelto y embuto el cuaderno en el mismo lugar donde lo encontré.

No mucho después, cuando ya estoy duchada y vestida, me dejo caer en el sofá y enciendo la tele.

Paso de todo.

No quiero saber nada del diario, ni de Cameron, ni de Julieta, ni de los demás con sus historias tristes y llenas de vacíos. Porque, en realidad, el diario no importa. Julieta está muerta, así que qué más da.

Los siguientes cinco días no me muevo del sofá. Solo veo la tele, como y duermo. Estoy todo el rato con el mando en la mano, yendo

de canal en canal. Veo programas del corazón. Han vuelto a detener a una vieja gloria del pop por conducir borracha. Veo documentales de animales. Descubro que el rugido del león puede llegar a escucharse a hasta ocho kilómetros de distancia. Veo películas malas. Nunca habría dicho que alguien pudiera llegar a actuar tan mal. Veo las noticias. El mundo se va a pique; otro motivo por el que no moverme de aquí. También veo el canal de televisión regional. Descubro que se pueden hacer un montón de excursiones por la zona.

La primera tarde que papá me encuentra en el sofá, se sorprende, pero no le da importancia.

La segunda se da cuenta de que estoy haciendo lo mismo que el último año. No aparto la mirada del televisor, pero de reojo veo que su rostro se apaga, que todo él se encoge. La culpabilidad me carcome. Quiero hacerme un ovillo y gritarle que lo siento, que no puedo, pero me quedo tiesa como un palo mirando las noticias locales.

El fin de semana intenta llevarme de excursión. Cuando le digo que estoy cansada, propone ir en coche a una granja quesera cercana. Entonces le digo que no me encuentro bien.

Papá sabe que miento, pero no insiste. Esconde un suspiro de decepción y se pasa el sábado y el domingo trabajando en la mesa de la cocina.

La culpabilidad sigue comiéndome viva, pero soy incapaz de moverme.

El lunes, cuando consigo salir de la cama, me encuentro una nota suya anunciando que hemos vuelto a quedarnos sin comida y que me ha cargado la tarjeta. No sé cómo lo ha hecho, porque ayer la

nevera estaba medio llena y ahora no encuentro nada, ni siquiera para hacerme un triste desayuno. Aguanto hasta primera hora de la tarde, que es cuando creo que habrá menos gente en la calle, y voy a comprar entonces. Me sale bien, en el pueblo solo me cruzo con dos personas.

El martes por la noche, papá se va a dormir cuando se termina la película que han puesto, pero yo no tengo sueño y me quedo viendo la tele. En el canal regional están repitiendo las noticias y hablan de no sé qué batalla legal por la construcción de un hotel en unos terrenos conocidos como El Romeral. Al principio no le hago mucho caso porque me suena a la típica historia en la que alguien quiere montar un chiringuito para hacerse rico mientras que otros quieren impedírselo. Aparece en pantalla un matrimonio de aspecto decaído, en teoría son los que quieren impedir la construcción del hotel.

—El matrimonio, cuya hija mayor falleció hace un par de años, nos explica sus razones…

Eso sí que consigue llamarme la atención. ¿Serán los padres de Julieta? Los observo con intensidad mientras hablan; también mientras muestran imágenes de ellos y la voz de la periodista explica que provienen de una familia que lleva generaciones en el pueblo. Al parecer, tienen varios negocios que desde hace años se han visto afectados por motivos de los que no me entero porque estoy intentando encontrarles similitudes con Julieta. Pero no se parecen, no como me parezco yo a mis padres, sobre todo a mamá…

Entonces sale en pantalla Eduardo Muñoz, el agradable pero eficaz hombre de negocios que está intentando construir el hotel. Es de esas personas que sabe hablar y parece tener toda la razón del mundo cuando expone lo bueno que sería el hotel para la zona.

Pero no son sus argumentos los que consiguen que me siente en el sofá. Es el color del cabello, la forma de la nariz, de la mandíbula. Sus ojos son oscuros, pero la silueta…

Es como estar viendo una imagen de Cameron dentro de treinta años.

Es su padre.

No es una suposición. No tengo ninguna duda al respecto.

Acabo de encontrarme con otro detalle que cuadra con lo que hay escrito en el diario: si ese matrimonio eran los padres de Julieta y este es el padre de Cameron, esto del hotel podría ser el motivo que los tiene enfrentados y que empujó a los dos jóvenes a esconder su relación.

Mientras sigo viendo el reportaje, algo más me hace pensar. Es bastante evidente que el padre de Cameron está forrado. Entonces, ¿qué hace su hijo trabajando de repartidor? Cameron no tiene ninguna necesidad de trabajar. Bueno, podría ser elección suya. O quizá sus padres quieren que sepa lo que es tener un empleo duro, uno en el que deba esforzarse pero no le paguen mucho...

Cameron y sus misterios.

La noticia termina y me encuentro queriendo saber más.

No, me da igual. No quiero saber nada de él. Ni de Julieta, ni del diario, ni de nada de nada.

Vuelvo a tumbarme en el sofá, decidida a ignorar mi curiosidad, y cambio de canal.

Pero no encuentro nada interesante en la tele. Muevo el pie arriba y abajo, desesperada por hacer algo. Después me mordisqueo las uñas. Aprieto los labios.

No quiero.

Pero pierdo la batalla contra mí misma.

Resoplo, molesta con mi cerebro o lo que sea que me empuja a querer saber, y cojo mi teléfono. Tengo tan buena suerte que el wifi incluso funciona un poco.

Abro el navegador y hago una búsqueda: «Cameron Muñoz».

CAPÍTULO 6

LOS ALEVINES DEL CLUB DE BALONCESTO PIRENE QUEDAN PRIMEROS EN SU CATEGORÍA

[…] el equipo ha sido imbatible toda la temporada. Liderados por su capitán Cameron Muñoz […]

LOS CADETES DEL CLUB DE BALONCESTO PIRENE, ELIMINADOS DEL CAMPEONATO REGIONAL

[...] se vio al capitán Cameron Muñoz consolando a algunos de sus compañeros [...]

LA FOTOGRAFÍA DE LOS JÓVENES PARTICIPANTES EN EL CONCURSO NACIONAL DE MATEMÁTICAS

De izquierda a derecha y de arriba abajo: Laia Singuerlín, Noa Gutiérrez, Cameron Muñoz, Daniel Cobos […]

*Todas las entradas tienen más de dos años. Después de la fecha de la desaparición de Julieta, no hay nada.

NO TIENE PERFIL

* Conclusión: Cameron no está en redes sociales.
* Sí que es posible encontrar el TikTok y el Instagram de Sofía, pero Cameron no figura entre sus amigos.

Dejo caer el móvil sobre el sofá con un suspiro. En lo que a presencia *online* se refiere, los últimos dos años Cameron ha sido un fantasma. Al menos sé que he encontrado al Cameron correcto porque he visto fotografías suyas de niño y adolescente. En todas ellas se le ve tan abierto, tan sonriente. Nada que ver con el chico que yo conozco.

Es como si fuesen dos personas distintas. Pero, claro, si Julieta era su novia y se suicidó, me parece normal que haya cambiado. Aunque su cambio parece algo radical, ¿no?

Esa sensación como de un picor que no te deja en paz vuelve a asaltarme. Hay algo que no encaja. No se trata solo de Cameron ni del lugar donde estaba escondido el diario. Es la misma Julieta. Es cierto que al principio estaba muy mal. Pero, cuando empezó a salir con Cameron, estaba feliz. Lo describió así ella misma.

«Siento que por fin me ha pasado algo bueno».

Alguien que escribe eso no se quita la vida unos meses después. Las cosas podrían haberse torcido, claro. Quizá la convivencia con sus padres empeoró mucho. O quizá la relación con Cameron no fue bien. Quizá Cameron… ¿le hizo algo? Siento un escalofrío solo de pensarlo.

Algo se remueve en mi interior al pensar que Cameron podría ser peligroso. El problema es que no sé si es mi intuición diciéndome que Cameron no ha hecho nada malo o si es mi sentido común advirtiéndome de que tenga cuidado porque me interesa más de lo que debería.

En realidad, con tantas dudas, lo que tendría que hacer es asegurarme de que me mantengo alejada de él. Sí, lo más lógico sería pasar de Cameron, entregar el diario a los padres de Julieta y olvidarme del tema, que en realidad no es asunto mío.

«Algo no encaja», repite una vocecita en mi cabeza.

Suspiro, rindiéndome a la realidad. Deshacerme del diario no sería lo más lógico, sería lo más fácil. Y sé que, si ignoro el tema, las dudas me perseguirán el resto de mis días. Será un puzle sin resolver. Además, no sé si es por haber leído partes de su diario, pero siento que le debo algo a Julieta.

Me froto la cara y los ojos, abrumada. Es como si me acabara de caer un buen peso encima. Esto no es algo que quiera hacer, sino que siento que debo hacerlo.

La pregunta es: ¿qué debo hacer exactamente y cómo?

Intento poner mis pensamientos en orden.

Hay tres cosas que necesito aclarar. Primero, por qué Julieta escondió el diario en la pared del baño de la cabaña. Segundo, qué pasó que la llevó a quitarse la vida. Sé que solo me estoy basando en mi intuición, pero, con lo que he llegado a leer en su diario, me sorprende. Y tercero…, Cameron y todas las preguntas que surgen sobre él.

Es obvio que en internet no voy a encontrar las respuestas que necesito. Podría empezar por leer todo el diario, pero no quiero hacerlo. Mentira, en realidad me muero de ganas de leerlo, pero no me parece bien. Al fin y al cabo, solo estoy haciendo caso a una intuición que podría resultar ser una simple paranoia.

Es decir, necesito hablar con gente de Bolcáriz, incluido Cameron. Ellos sí que sabrán cosas. El problema es que aquí soy una forastera.

Si empiezo a hacer según qué preguntas, no solo no me contestarán, sino que seguramente me enviarán a freír espárragos. En cuanto a Cameron…, teniendo en cuenta que hace unos días lo ofendí, dudo que tenga ningún interés en dirigirme la palabra.

Me quedo un buen rato ahí, mal sentada en el sofá, con la cabeza en blanco de ideas. La única reflexión razonable que me surge es que, antes o después, todos los habitantes del pueblo pasan por la plaza Mayor. Allí siempre hay gente. Y donde hay gente, se habla.

¿Cómo podría hacerlo para…?

Me incorporo de golpe cuando recuerdo algo que vi el primer día que estuve ahí. No, es una locura. Además, quizá ya sea tarde. Sin embargo, cuantas más vueltas le doy, mejor idea me parece. Y, la verdad, tampoco se me ha ocurrido nada mejor. Es una locura…

Pero al día siguiente, a las diez de la mañana, voy camino de la plaza Mayor. Hoy me ha recibido una temperatura que ya huele a julio. Imagino que aquí no hará el mismo calor horrible que en Madrid, pero se nota que el verano ya tiene ganas de empezar a apretar.

Me cuesta creerme que esté a punto de hacer algo así. No solo será mucha más actividad de la que he llevado a cabo en mucho tiempo, es que significará relacionarme con muchas personas. Si todo va bien, también con Cameron.

¿He dicho ya que es una locura?

El corazón me palpita con fuerza cuando llego a la plaza Mayor y me dirijo a la cafetería. El cartel sigue en la puerta.

Entro y me acerco a la mujer que hay detrás de la barra. Lleva el cabello teñido de un color pelirrojo muy chillón y parece cansada. Diría que es un poco mayor que papá. Se mueve a destajo

preparando cafés y bebidas, y metiendo y sacando platos y cubiertos del lavavajillas.

—Hola. ¿Buscáis a alguien? —pregunto, señalando el cartel que hay colgado en la puerta. «Buscamos camarera para media jornada».

—Sí… —dice la mujer sin detenerse, pero mirándome con curiosidad.

—No tengo experiencia, pero…

Ahora sí, suelta los platos que llevaba en la mano, los cuales caen en la pila con estrépito, y se yergue esperanzada.

—¿Te interesa? ¿Tienes disponibilidad?

—Sí. ¿Qué horario…?

—¡De nueve a dos! ¿Puedes empezar ahora mismo?

Balbuceo un poco, sorprendida. Esto sí que no me lo esperaba. Miro la ropa que llevo puesta: tejanos cortos, una camiseta y zapatillas.

—Vas perfecta. Yo te doy un delantal y lista. Me pasas tus datos ahora y te prometo que para las dos tengo impreso el contrato para que te lo lleves a casa y lo puedas leer con calma y firmar —dice, apresurada, cada vez más esperanzada. Como si estuviese viendo la luz al final del túnel y le costara creérselo.

No puedo evitar sonreír.

—Por mí vale.

Parece que acabo de conseguir mi primer trabajo y ni siquiera he preguntado por el sueldo. Un hurra para mí.

La mujer suelta una especie de suspiro emocionado y sale de detrás de la barra.

—¡Mi salvadora! —Me estrecha la mano con fuerza y me la zarandea arriba y abajo—. Me llamo Sonia.

—Maia.

—¡Ramón, que tenemos ayuda! —grita Sonia hacia la cocina, desde donde llega el sonido de la plancha, los platos y los utensilios que se están utilizando.

—¡Aleluya!

En ese momento la puerta se abre y entra la camarera con cara de agobio.

—¡Amina, tenemos ayuda! —le dice Sonia.

—Perfecto. Hola —saluda ella sin detenerse, dedicándome una sonrisa rápida. Deja unas notas en la ventanilla de la cocina y se lleva tres platos con bocadillos.

—Venga, te cojo los datos y en nada te tenemos en marcha —dice Sonia.

Cinco minutos después, se puede decir que ella misma me coloca y me ata el delantal. Salimos un momento fuera para que me explique la numeración de las mesas, para que me lo vaya aprendiendo.

De repente me pongo muy nerviosa. ¿De verdad voy a ser capaz de hacer esto? Nunca he trabajado de camarera. Es más, nunca he trabajado de nada. Solo me he dedicado a estudiar. Espero no ser un auténtico desastre. Las prisas de Sonia no permiten a mis dudas seguir creciendo.

—De momento, lo que necesito es que te dediques a recoger y limpiar las mesas. Con eso, Amina ya irá más tranquila.

Asiento y me pongo a trabajar. El otro día ya me fijé en que la terraza es grande, pero no es hasta que empiezo a hacer viajes

cargando platos sucios que tomo conciencia de la gran cantidad de mesas que hay. A estas horas están todas llenas, y, en cuanto una se vacía, vuelve a ser ocupada enseguida.

Cuando le he cogido el ritmo a esto, cosa que implica caminar todo lo rápido que puedo entre las mesas y sin permitirme un momento de descanso, Sonia empieza a pedirme que lleve algunos pedidos. Meto la pata un par de veces porque me equivoco con la numeración de las mesas, pero los clientes son comprensivos. Sonia se mantiene todo el rato detrás de la barra o atendiendo a la poca gente que decide sentarse dentro, pero, aunque sigue a destajo, parece más contenta. Ramón, que yo creo que es su marido y me maravilla lo rápido que se mueve por la cocina con ese tripón, cada vez que me ve, me grita con su vozarrón: «¡Buen ritmo, novata, buen ritmo! ¡Te veo bien!». La primera vez me asusto, pero las siguientes me río.

En cuanto a Amina… Creo que siempre está agobiada, porque nada en ella cambia.

El ajetreo me absorbe tanto que, de repente, descubro que son casi las dos y no ha aparecido ningún camión de reparto.

—¿Hoy no traen bebidas? —pregunto a Sonia como quien no quiere la cosa cuando entro a dejar una bandeja llena de vasos.

—Mañana. En verano vienen cada dos días.

Asiento, molesta conmigo misma por el pinchazo de decepción que siento.

A las dos de la tarde, Sonia cumple con lo prometido y me entrega el contrato. También me da un abrazo.

—Mi salvadora —repite.

De camino a la cabaña, además de agotada me siento extraña. He dedicado toda la mañana a hacer algo que no es ver la tele o perderme en TikTok. He trabajado. Me río sola. Ya sé que solo es algo temporal, pero quién me iba a decir que este verano acabaría trabajando de camarera.

Aunque hago una siesta, esa tarde solo tengo energía para mirarme el contrato. Pero es la primera vez que leo uno y no tengo ni idea de si hay algo raro en él o si debería tener en cuenta alguna cosa en concreto. Necesito la ayuda de papá.

Como me da miedo que le dé más importancia de la que tiene, esa noche entro en la cocina con el contrato en la mano y digo rápido, como para pasar desapercibida:

—Papá. Oye, he cogido un trabajo de media jornada en la cafetería del pueblo. ¿Puedes echarle un vistazo al contrato? A ver si te parece que está bien.

Él, que está sofriendo cebolla, deja la espátula a un lado y gira todo el cuerpo para mirarme. Es como si mi padre y todo su mundo se hubiesen detenido por un momento.

Pues sí que me ha salido mal.

—¿Que has cogido un trabajo? —dice.

Asiento, un poco impaciente, sosteniendo el contrato hacia él para que lo coja.

—¿Te lo miras?

Papá agarra los papeles y los observa con expresión seria. Demasiado seria. Con horror, veo que se le humedecen los ojos. Oh, Dios mío. Sí, se va a echar a llorar, y yo… Sé que lo que papá necesita es un abrazo y que le diga que todo irá bien, pero… No

puedo. No puedo enfrentarme a esto. No sabe que ese trabajo no ha cambiado nada. Que no cambiará nada.

—Te lo dejo, ¿vale? Tengo que ir al baño —digo, apresurada, y me largo de ahí a la velocidad de la luz.

Me escondo un buen rato en el baño. Cuando salgo, él ha recuperado la compostura y me devuelve los papeles.

—Te pagan poco, pero el resto está bien —dice, acompañándolo de una sonrisa tímida. Me observa, sé que se muere de curiosidad por hacerme preguntas, pero se contiene.

—Gracias —digo, y esa noche no lo volvemos a comentar.

La mañana siguiente me levanto agitada: veré a Cameron. Me digo que es porque debo encontrar alguna manera de conseguir hablar con él, pero temo que, en realidad, también tenga ganas de verlo (y soy bien consciente de que eso es una imprudencia). Me resulta un poco triste, pero no soy capaz de diferenciar la causa.

Las dos primeras horas en la cafetería, mientras me dedico a recoger y limpiar mesas, mis ojos no paran de vigilar la entrada de la plaza, esperando ver entrar un camión.

Al final, lo oigo llegar antes de verlo mientras recojo la mesa que un grupo de ciclistas acaba de dejar vacía. Al observarlo bajar del vehículo, me sonrojo un poco. Solo es por los nervios de conseguir hablar con él, ¿eh? Solo es eso. Convierto el proceso de recoger la mesa en algo lento, tan lento que una tortuga acabaría antes, mientras observo con disimulo cómo carga las cajas en la carretilla. También me fijo en las reacciones que su presencia vuelve a despertar. Disgusto. Desconfianza. Él vuelve a traer su expresión ceñuda, pasando de todos.

Termina de apilar las cajas en la carretilla y emprende el camino hacia la cafetería, pero a la mitad me descubre recogiendo la mesa. Mi intención hoy es solo romper el hielo, que vea que podemos hablar. Así pues, me limito a saludarlo con la cabeza. Él endurece el gesto y sigue su camino como si hubiese vuelto a ofenderlo.

Yo me quedo allí plantada, con cara de idiota. No lo entiendo. Cuando cruza la terraza, todo el mundo lo mira mal y no parece importarle, ni siquiera les hace caso. En cambio, es como si yo hubiese hecho algo mucho peor que los demás. Encima, cuando se marcha, es evidente que evita mirarme.

—¿Por qué el de las bebidas es tan antipático? —le pregunto a Sonia un poco después.

—Qué pena de chico. —Suspira—. Tan guapo y amargado.

La miro, curiosa, esperando a que explique algo más. Pero no lo hace.

—¿Por qué está amargado? —pregunto, intentando animarla a hablar.

—Tú no te acerques a él y todo irá bien, chica —me dice Ramón desde la cocina.

Vuelvo a mirar a Sonia, esperando alguna explicación, pero ella me da la espalda, aparentemente concentrada en preparar cafés. De hecho, me dice:

—Lleva estos a la cinco, por favor.

No insisto y cojo la bandeja con tres cafés y un refresco, recordándome que debo tener un poco de paciencia. Cuando tanto ellos como los clientes habituales me conozcan, será más fácil preguntar como si solo fuese una madrileña curiosa. En cuanto a

Cameron, me va a tocar insistir… dentro de dos días. Paciencia, Maia, paciencia.

Al salir a la terraza con la bandeja, descubro que la mesa cinco está ocupada por cuatro personas a las que conozco. Suspiro para mis adentros. Qué pereza. Pero yo misma me lo he buscado, así que me toca apechugar.

Cuando Lucas y Sofía me ven acercarme, alzan mucho las cejas.

—Buenos días —saludo como si esto no fuese muy raro.

—¿Trabajas aquí? —pregunta ella.

—Desde ayer. ¿Los cortados?

Alba y Lucas levantan la mano. Todavía no tengo del todo dominado hacer equilibrios con la bandeja y, al coger uno de los cafés, estoy a punto de tirar todas las bebidas por los aires. Por suerte, lo salvo todo a tiempo.

—Muy bien esos reflejos —sonríe Lucas.

—Para mí la Coca-Cola, gracias —dice Sofía.

Mientras se la doy, siento la mirada de Bruno estudiándome.

—Estarás muy entretenida. Aquí en verano no paran —comenta Sofía.

—Eso parece, sí.

—¿Y qué haces trabajando de camarera? Es evidente que no tienes experiencia —me suelta Bruno.

Lucas le da una patada suave en el pie.

—No todo el mundo es un pijo como tú, tío —le recrimina.

Bruno sigue mirándome con desconfianza. Qué desagradable es este tío. ¿Por qué me tiene tanta manía? Siento la necesidad de devolvérsela como el otro día. Por suerte, no me hace falta mucho

para conseguirlo. Deposito ante él el café con leche que queda en la bandeja y digo con una sonrisa muy falsa:

—Que aproveche.

Les doy la espalda y, mientras me dirijo a una mesa cercana para vaciarla, oigo a Bruno que dice:

—Esta tía me ha escupido en el café.

—¿Qué dices? ¿Por qué iba a hacerlo? —le espeta Lucas.

Tras un silencio, Sofía dice:

—¿Ha pasado algo? —Otra pausa—. Bruno, ¿qué le has hecho?

Yo me alejo hacia el interior con una sonrisa en los labios, encantada de haberle fastidiado un poco la mañana.

Dos días después, Sonia me pone un rato detrás de la barra. Un plato roto y tres lavavajillas después, la puerta se abre y entra Cameron con su carretilla.

El corazón me da un vuelco, y, sí, vuelvo a sonrojarme. Antes de que se dé cuenta de que detrás de la barra estoy yo, tengo tiempo de observarlo un momento y pensar que no hay derecho a que sea tan guapo.

Vale, pues parece que mis nervios no son solo por tener que hablar con él por lo de Julieta, ¿no? Uf, esto es… Un problema. No es buena idea. Y ahora encima me he quedado en blanco y no sé cómo iniciar una conversación con él. Me esfuerzo por encontrar algo, lo que sea, y al final mi brillante inicio de conversación es:

—Hola.

Solo entonces se da cuenta de mi presencia. No parecía posible, pero su mirada se ensombrece todavía más. Sin decir nada, empieza

a dejar las cajas de bebidas en el suelo. Después, recoge las de botellas vacías.

—Hola —gruñe al dejar caer la última caja, sin ni siquiera mirarme.

Se va. Estupendo, esto pinta de maravilla.

Dos días más tarde, nos cruzamos en la terraza, cuando él va a entrar y yo estoy con una mesa.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Nunca he estado mejor —replica sin mirarme, sin emoción alguna en la voz.

Ah, perfecto.

Dos días después, directamente da un rodeo para evitar cruzarse conmigo.

Esto está empezando a hacerme sentir muy mal. Sí, sí, ni siquiera sé si es de fiar, pero yo tengo ganas de hablar con él. En cambio, el tipo me rehúye como si tuviese la peste. ¿De verdad fue tan grave lo que hice? ¿A qué viene ese nivel de rencor?

Ahí estoy, sintiendo bastante pena por mí misma mientras vacío el lavavajillas, cuando la puerta se abre y entran dos personas. A una de ellas la reconozco. Es Cameron dentro de treinta años. Su padre. A su lado va una mujer de aspecto nórdico. Alta, cabello rubio y corto, piel clara. Por el nombre de Cameron, deduzco que debe de ser británica. Está claro de quién ha heredado el color de los ojos. Mientras que Eduardo sonríe y saluda a todo el mundo, la madre de Cameron se mantiene en silencio, con pocas ganas de hablar.

—Sonia, veo que por fin has encontrado ayuda —comenta Eduardo, mirándome con curiosidad.

—Esta es Maia: mi salvadora —dice Sonia.

Sonrío a los padres de Cameron. No sé qué decirles. ¿Conozco a su hijo, pero me odia? ¿Saben que su hijo tenía una relación secreta con una chica del pueblo desaparecida?

Sonia les prepara unos cafés para llevar. Están a punto de salir cuando la puerta se abre de nuevo y entra otra pareja. En el local se hace un silencio inmediato. Son los padres de Julieta.

Las dos parejas se quedan mirándose. Tras unos instantes, Eduardo les tiende la mano para saludarlos, pero ellos se quedan inmóviles. Antes de que la situación se vuelva más incómoda, la madre de Cameron tira del brazo de su marido y se van sin despedirse.

Después, mientras Ramón prepara unos bocadillos para llevar a los padres de Julieta, no dejo de observarlos con discreción. Lo que veo en ellos… Me recuerdan a papá. Ese dolor dibujado en el rostro, la desolación que no logran disimular.

Las implicaciones de lo que estoy haciendo me golpean con fuerza. Esta gente ha perdido a su hija. ¿Quién soy yo para retener su diario? No tengo derecho a seguir guardándomelo. Puede que lo que lean en él les duela mucho, pero quizá les ayude a comprender por qué Julieta se quitó la vida. Debo entregárselo.

Al mediodía, al llegar a la cabaña, voy directa al baño y rescato el diario de detrás del azulejo roto. Después me siento en mi cama y lo ojeo una última vez. No puedo evitarlo, necesito despedirme. Irónicamente, lo abro por una página en la que al fin aparece el nombre de Julieta.

El problema es lo que leo en la línea de abajo. Es algo que me empuja a leer una entrada entera.

Algo que lo cambia todo.

CAPÍTULO 7

15 de abril

~~Creo~~

~~Creo q~~

~~Julieta la loca la loca la loca. Soy Julieta la loca.~~

No sé si me estoy volviendo loca o he visto un asesinato.

Me cuesta mucho escribir esto. Todavía estoy un poco borracha y — 

Me tiembla mucho la mano.

Esta mañana Cameron y yo hemos discutido. Los padres de Bruno se han ido el fin de semana y a él le ha faltado tiempo para montar una fiesta. A mí me apetecía ir, pero Cameron ha dicho que pasaba y tampoco quería que yo fuese. Yo pensaba ir igualmente, y entonces él me ha dicho que Bruno desfasa mucho y que yo solo quería ir a esa fiesta porque habría alcohol y pastillas. Me he enfadado, porque ¿quién se cree que es para juzgarme? Y él ha dicho que no me juzgaba, solo que no quiere que me meta mierda, pero yo necesitaba desconectar de todo. Le he recordado que mi vida no es tan fácil como la suya. Él me ha dicho que ya quedaba menos para irnos a la uni, que superaremos juntos el tiempo que falta. «Julieta, tú y yo», es lo que dice siempre. Pero yo hoy solo podía ver que todavía falta más de un año para eso. Le he gritado que no me comprende y que lo que sucede es que está celoso por lo que pasó entre Bruno y yo.

Soy una cabrona.

No me merezco a Cameron.

Se ha quedado hecho mierda, pero yo he ido a la fiesta igualmente. He bebido mucho. Y entonces Bruno ha aparecido con una pastilla, me la he tomado, y poco después ha empezado a besarme. Cuando me he dado cuenta de lo que estaba haciendo, he parado, pero me sentía fatal y—

Solo quería ver a Cameron.

He ido hacia su casa pasando por el atajo del bosque, pero casi al final del camino había un coche, ya casi en la calle. No sé por qué me he fijado primero en el coche. Supongo que porque lo he reconocido, es de estos que ahora están de moda entre la gente con pasta. Los negros con la línea roja. Papá alquiló uno una vez para ir a no sé qué reunión.

Después los he visto a ellos. Iba bastante colocada y estaban a contraluz, y no sé quiénes eran, pero había un hombre apretando a una mujer contra el coche. He tardado un poco en darme cuenta de que la estaba estrangulando. Ella ha soltado los brazos, él ha apretado un poco más, y entonces la ha dejado caer al suelo. Ella se ha quedado allí, sin moverse, y yo he comprendido lo que había pasado y he gritado.

El hombre se ha girado hacia mí y he echado a correr por el bosque porque no sabía qué otra cosa hacer. Podía oír cómo corría detrás de mí. Me he caído, pero tenía tanto miedo de que me alcanzara que he podido levantarme y echar a correr otra vez.

He vuelto a salir al pueblo y me he escondido detrás de un coche. El hombre se ha quedado en el borde del bosque, buscándome, pero al final se ha ido. No he visto quién era.

He vuelto a casa y lo primero que he hecho ha sido ir al váter a vomitar.

Ahora me encuentro mejor.

No sé qué hacer.

Si se lo cuento a papá y mamá, no sé si me creerán. Me pedirán detalles y acabarán enterándose de que iba borracha y de que tomé una pastilla, y mi vida será todavía peor que antes. Seguro que no me dejarán salir más.

En realidad, supongo que debería ir a la Policía, pero, con lo que cuentan de los polis de aquí, no sé si son de fiar. Además, no sé quiénes eran, solo sé que eran un hombre y una mujer. Y ese coche podría ser de cualquiera. Hasta mi padre ha llegado a conducirlo.

No digo que haya sido papá. Pero podría ser cualquiera.

¿Y si me lo he imaginado? Iba muy colocada, quizá— Puede que se me haya ido la pinza. Imagina que lo cuento y al final resulta que no era cierto. Ya solo me falta que me llamen loca. Papá y mamá no me dejarían ir a la universidad.

Si es cierto, tampoco sé si alguien me creerá. Podría esperar, a ver si aparece la mujer mue—

Acabo de vomitar otra vez.

No sé qué hacer.

Creo que he visto un asesinato.

O tal vez me estoy volviendo loca.



Joder.

¿Qué?

Joder, joder, joder.

Paso la página para ver qué hay escrito después, pero descubro que el agua hizo que la tinta se corriera y las palabras son ilegibles. El resto del diario, aunque ya no había escrito mucho más, está igual.

Hostia. La hostia.

¿Julieta vio un asesinato?

Me quedo un buen rato con la mirada perdida, sin saber qué hacer ni qué pensar. Mentira, no es que no sepa qué pensar, es que lo único que soy capaz de repetirme una y otra vez es que Julieta vio un asesinato.

Dudó de sí misma, contemplaba la opción de habérselo imaginado, pero la descripción de lo que vio es muy detallada. Si fuese una alucinación, ¿sería tan coherente? Es cierto, había bebido y tomado algo más, pero ¿de verdad eso podría llevarla a inventarse algo así y creer que es real?

No lo sé, quizá sí.

De repente, parece que devolver el diario a los padres de Julieta es todavía más urgente. Mi intención siempre fue hacerlo a través de papá, pero, en cuanto le explique lo que he leído, querrá llevarlo directo a la Policía. En realidad, es lo razonable.

Pero Julieta no se fiaba de la Policía de aquí.

Y llegó a escribir que el asesino podría ser cualquiera, incluso su padre. No creo que pensara que su padre fuese un asesino, pero si

tenía acceso a un coche como el que describe…

Entonces, normal que no se fiara de nadie.

¿Ese sería el motivo por el que escondió el diario aquí? Tendría sentido. Tenía miedo de que sus padres o cualquiera se enteraran de lo que creía haber visto y la tacharan de loca. Tenía miedo de que sus padres la machacaran todavía más por haberse drogado. Tenía miedo del asesino.

Miro a mi alrededor. No me cuesta imaginarme a una asustada Julieta entrando en esta misma habitación, después al baño, y escondiendo el diario con prisas. Si sabía que el azulejo estaba suelto, imagino que antes había pasado unas cuantas horas en la cabaña. Si sus padres lo sabían o no, ya es otra cosa.

De repente, tomo conciencia de que Julieta también estuvo aquí. Hasta este momento solo la había sentido como alguien lejano, un fantasma del pasado. Pero ahora la noto presente, como si la tuviera al lado. Ya no es un fantasma, es una presencia. Siento su confusión, su angustia, su miedo. Me estremezco cuando me recorre un escalofrío, a pesar de que no hace fresco.

¿Y ahora qué demonios hago?

Vuelvo a ojear el diario con la absurda esperanza de que las palabras emborronadas por el agua se hayan corregido y me permitan leer lo que Julieta escribió los días posteriores. ¿Y si al final solo se lo imaginó? Si fue eso, entonces ya no estoy tan segura de que sus padres deban leer el diario, no sé si Julieta lo hubiese querido. Pero si es cierto… Joder, no tengo ni idea de qué hacer.

En los artículos que he leído sobre ella, nadie menciona que fuese testigo de un asesinato. Eso significa que no llegó a contárselo a

nadie, ¿no? ¿Por qué? Otra pregunta inquietante me asalta. ¿Por qué no confió en nadie… ni siquiera en su novio?

Al final todo acaba volviendo a Cameron, el que ha cambiado de una manera tan radical que resulta sospechoso a ojos de todo el mundo. El que fue interrogado por los policías. ¿Quizá Cameron sí que sabía algo? Pero, en ese caso, lo habría contado y habría aparecido en alguna noticia. Alguien habría dicho algo. Papá suele decir que siempre hay algún periodista que se entera de algo. Siempre.

Me cubro la cara con las manos y gimo, sobrepasada por tantas dudas. Maldigo el día en que encontré el diario. ¿Por qué Julieta tuvo que esconderlo justamente aquí?

Esa pregunta me conduce a una nueva posibilidad: ¿Y si Julieta escondió algo más en la cabaña?

Vuelvo a mirar a mi alrededor, esperanzada. Quizá haya algo más, algo que pueda darme una respuesta, que me ayude a decidir qué hacer.

Como si me fuese la vida en ello, empiezo a buscar. No sé el qué, pero la esperanza me empuja a inspeccionar cada rincón del baño. Primero compruebo si hay más azulejos sueltos. Después abro armarios y cajones, incluso levanto la tapa de la cisterna del váter por si hubiese algo dentro.

Al no encontrar nada, salgo a la habitación. No solo reviso cada rincón del escritorio y del armario (donde descubro que, detrás de la cajonera, hay un espacio donde cabe mi brazo y sería un buen escondite), también miro debajo del colchón e incluso me meto bajo la cama para revisar bien el somier. Nada.

Hago lo mismo en la habitación y en el baño de papá, también sin resultados. Después bajo al salón, voy a la cocina y al lavadero, pero no encuentro nada.

Entonces me doy cuenta de que no he comprobado el suelo de madera. ¿Podría haber algún tablón suelto? Vuelvo a recorrer toda la cabaña, pisando y golpeando, escuchando los crujidos y fragmentos que suenan a vacío.

En el piso de arriba, un tablón pegado a la pared se mueve. Cuando piso un extremo, el otro se levanta un poco.

Me arrodillo y meto los dedos en la rendija. Me araño la piel, pero sigo luchando por moverlo, por levantarlo sin partirlo.

Al fin, consigo desencajarlo.

Debajo no hay nada. Solo cemento.

Se me escapa todo el aire del cuerpo y hundo los hombros. Me había convencido de que acabaría encontrando algo.

Vuelvo a colocar el tablón en su sitio, aunque tengo que dedicarle el doble de tiempo que al sacarlo porque me cuesta la vida encajarlo. Después me miro los rasguños de los dedos. Si al menos hubiesen valido la pena…

Se me ocurre entonces que todavía tengo otro sitio don-de mirar: el cobertizo. Me dirijo allí desganada, convencida de que no encontraré nada…

Y, efectivamente, no encuentro nada. Tan solo trastos inútiles y telarañas.

Son las cinco de la tarde, estoy sudada, sucia, hambrienta, me duelen los dedos y sigo sin tener ni idea de qué hacer.

Creo que empezaré por una ducha.

Me arrastro al baño. Al menos el agua fresca me ayuda a sentirme un poco mejor. Mientras me estoy secando, me doy cuenta de algo: si alguien asesinó a una mujer en el pueblo, saldría en las noticias, ¿no? Alguien tuvo que encontrarla. O quizá la echaron de menos, pero nunca la encontraron, como a Julieta.

Cuando termino en el baño, voy a la cocina, donde me preparo un bocadillo de jamón serrano. El olor me transporta a ese mirador, al día en el que conocí a Cameron.

Aparto el recuerdo de forma brusca. ¿Por qué un pequeño detalle como este me hace pensar en él? Con todas las dudas que hay en torno a él, no debería estar acudiendo a mi cabeza a la mínima. Y mucho menos con recuerdos agradables.

Me siento en la mesa mientras como y compruebo el estado del wifi. Parece que ha decidido funcionar un rato, así que lo aprovecho para hacer una búsqueda. Pongo «Bolcáriz», «mujer muerta», «estrangulada». Al escribir esas palabras y pensar que podría ser real, algo que quizá Julieta vio, se me revuelve el estómago.

Los resultados que me aparecen no tienen nada que ver con lo que busco. Añado la fecha del 15 de abril de hace dos años, y entonces Google directamente no encuentra nada. Quién lo iba a decir, he dejado a Google sin palabras.

Quito el nombre del pueblo y la fecha, pero entonces me aparecen noticias de mujeres asesinadas en toda España. La cantidad de resultados me asombra tanto que me siento enferma. ¿Se puede saber qué le pasa al mundo? Aparto el bocadillo porque, definitivamente, no me lo voy a comer.

Añado «Huesca» a la búsqueda.

Uno de los resultados sí que me llama la atención.

El 17 de abril de hace dos años, hallaron el cuerpo de una mujer en una cuneta a treinta kilómetros del pueblo. Le habían robado la cartera y el móvil. En un bolsillo llevaba un poco de cocaína. Todo indicaba que había salido a comprar droga y la noche había terminado en un robo con muy mal final.

Se llamaba Izíar Garrido y era una periodista de Zaragoza.

La autopsia determinó que, en el momento de encontrarla, llevaba uno o dos días muerta. También que trasladaron el cuerpo hasta el lugar donde fue encontrado, pero dónde falleció es una incógnita.

Murió estrangulada.

Es demasiada casualidad. Sí, apareció a treinta kilómetros de aquí, pero las fechas coinciden. También la manera de morir.

¿Llegó a enterarse Julieta de que habían encontrado a esta mujer?

Paso media hora más leyendo artículos sobre la muerte de Izíar Garrido, pero todos cuentan los mismos detalles. Entre ellos, que no saben quién la mató. De hecho, tras unas pocas semanas hablando del caso, los medios ya se olvidaron de él.

Las dudas vuelven a acecharme.

El sentido común me dice que tengo motivos para ir a papá con el diario y las noticias sobre Izíar Garrido, y pedirle que vayamos a la Policía, pero…

Julieta no confiaba en nadie, ni siquiera en la Policía.

¿Y si llegó a contarlo, pero alguien se encargó de silenciar el caso del asesinato de Izíar? No solo de silenciarlo, sino de conseguir que quedara sin resolver. Si el asesino tenía un coche caro, es decir, si es

alguien con dinero, podría tener influencias en muchos sitios. Otra frase de papá: «El dinero lo compra todo y a todos».

Este pensamiento me lleva a otro, a uno terrible.

¿Y si en realidad mataron a Julieta por lo que había visto?

No, no puede ser. Todo el mundo tiene muy claro que se suicidó. No pudo soportar la presión por lo que sucedió y… O quizá dudaba tanto de sí misma que tampoco pudo soportarlo. También está la teoría de Alba, que solo fingió su muerte. Quizá escapó por miedo, porque sabía que el asesino la había localizado.

O tal vez la muerte de Julieta no tiene nada que ver con la de Izíar. Puede que solo se lo imaginara, que solo fuesen las drogas o alguna enfermedad mental que no le supieron diagnosticar y…

Una extraña sensación de irrealidad empieza a embargarme. La cabeza se me embota y todo a mi alrededor parece volverse más denso y lento; el aire, los sonidos, la luz.

¿De verdad estoy pensando que una chica que dicen que se suicidó podría haber sido asesinada? Es un disparate. Estas cosas no pasan. Bueno, sí que pasan, pero solo en la ficción. Libros, películas, series, esas cosas. Puede que a Julieta se le fuese la cabeza y que a mí me esté pasando lo mismo, sus palabras me han contagiado.

No, algo así no puede haber sucedido.

Cuando papá llega a casa más tarde, me encuentra sentada en el sofá, ante el televisor apagado. Creo que han pasado un par de horas y ni me he enterado. Por disimular, digo que acababa de sentarme, y enciendo la tele y pongo algo, no sé el qué.

Durante la cena, papá me pregunta:

—¿Estás bien?

Me doy cuenta de que debo de llevar medio minuto con el tenedor en la mano sobre el plato con la mirada perdida en el vacío.

—Sí. Eh… Bien, solo estoy cansada.

Papá bebe agua mientras me observa.

—¿El trabajo bien? ¿Qué tal la experiencia?

—Bien. —Me encojo de hombros.

Soy consciente de que está intentando entablar una conversación, pero en mi cabeza empiezan a repetirse con fuerza unas palabras: «Cuéntaselo. Cuéntaselo y quítatelo de encima».

Pero mi boca se niega a pronunciarlas.

Sigo sin saber si algo de esto es real. No puede serlo.

Con la excusa del cansancio, me voy temprano a la cama. Me cuesta dormirme y me despierto agotada. La sensación que me invadió anoche todavía me acompaña. Me siento flotar lentamente, como si me hubiese sumergido bajo el agua.

Al entrar en el baño, me miro en el espejo. Me pregunto si Julieta también se miró así en algún momento, cuestionándose si estaba perdiendo la cabeza.

Por un instante, incluso me parece verla, mirándose, mirándome.

Sé que solo me lo he imaginado, pero me sobresalto igual. El momento me ayuda a despejarme de golpe, como si alguien me hubiese sacado del agua de un tirón.

No, no estoy enloqueciendo. Y, aunque no tenga pruebas, algo en mi interior me asegura que Julieta no se inventó nada.

Esto es real.

Pero sigo sin saber qué hacer.

Puesto que soy incapaz de adoptar una decisión, decido intentar tomar un poco de distancia, dejar de pensar en ello un rato. Quizá

después consiga ver el conjunto y decidirme al fin.

Nunca me ha resultado fácil apartar un tema de mi cabeza. A no ser que otra cosa consiga captar toda mi atención, sigo dándole vueltas sin parar. Sin embargo, esta vez lo logro centrando toda mi atención en cada cosa que hago. Me fijo en cuánto muevo el grifo para abrir el agua, en la sensación en mi piel cuando el agua fresca cae sobre mis manos, en cada movimiento que hago para lavarme los dientes. Todo así. Más tarde, en la cafetería, me entrego a recoger, limpiar y llevar pedidos como si fuesen a ponerme nota. Incluso entre viaje y viaje, leo el menú y lo memorizo. Cuando Sonia descubre que puedo recitar todas las tapas y bocadillos, me entrega una libretita y un bolígrafo, y me envía a coger mis primeros pedidos.

—¡Chavala, qué crac! —exclama Ramón en algún momento desde la cocina.

—Mis hijas trabajaron aquí todos los veranos durante años y nunca se aprendieron la carta —me explica Sonia. Descubro entonces que ella y Ramón tienen dos hijas gemelas que ahora viven y trabajan en Zaragoza. Una es informática y la otra será doctora; están muy orgullosos de ellas.

Ese breve momento de confianza me lleva a plantearme si podría preguntarles por Julieta. Seguro que la conocían, que han oído cosas. Pero al instante me doy cuenta de que sigue siendo demasiado pronto. Continúo trabajando.

Al mediodía vuelvo a quedarme dormida de lo cansada que estoy, pero, en cuanto abro los ojos, siento la necesidad imperiosa de salir de la cabaña, de moverme, de caminar. Creo que, de manera

inconsciente, estoy buscando maneras de mantenerme ocupada y así no pensar. No pienso luchar contra ello.

Muy poco después, vestida con ropa deportiva y zapatillas que me traje solo porque papá insistió, vuelvo a coger el camino de tierra en dirección contraria al pueblo. Quiero evitar a la gente en la medida que pueda. También quiero evitar recorrer el sendero al lado del pantano porque sé que me llevará a pensar en Julieta.

Camino rápido y, como estoy en tan baja forma, no tardo ni quince segundos en empezar a jadear. Es lamentable, lo sé, pero no me importa. De hecho, me sorprende lo bien que me sienta, como si mi cuerpo agradeciera el movimiento. El camino se estrecha y se adentra en el bosque, y esta vez no me detengo. Sigo avanzando, me fijo en los troncos de los árboles, en la forma de sus hojas y en cómo la luz del sol de la tarde pasa a través de ellas. El lugar es hermoso.

Entonces, al final de una cuesta, no puedo más. Los pulmones me suplican un descanso a base de una respiración ruidosa y medio ahogada. Los músculos de las piernas me arden. Estoy cubierta de sudor, algunos mechones del cabello se me pegan a la frente. Madre mía, espero que no haya nadie más por aquí que me vea con este aspecto, medio abrazada al tronco de un árbol para no caerme al suelo.

Cuando consigo respirar con un poco más de normalidad, levanto la mirada. A través de los árboles, al fondo puedo ver el pantano. Y si miro hacia abajo, atisbo el sendero que recorrí el primer día. Lo sigo hasta que diviso la roca donde…

Me yergo de golpe.

Cameron vuelve a estar allí.

Está lejos, pero es inconfundible.
Y de repente ya sé lo que tengo que hacer.

CAPÍTULO 8

Conocí a Izíar Garrido el primer día de clase del grado de Periodismo. Desde el principio, nos dejó a todos claro que nunca aceptaba un «No» por respuesta y que cuestionaba sin piedad las informaciones oficiales. Para ella, siempre había algo más por descubrir, algo escondido.

Creo que llamarnos amigas sería ser poco precisa. Éramos compañeras de profesión y, a lo largo de nuestras carreras, nos hemos ido reencontrando a pesar de que yo me especialicé en política, y ella, en narcotráfico y casos de corrupción.

Izíar era brillante y despiadada en su trabajo, de las mejores, pero su gran capacidad para recabar información siempre estuvo acompañada de ese constante cuestionamiento. Tras dos metidas de pata que ella misma admitió, le cayó la etiqueta de «conspiranoide». Estos días leo en algunos artículos que la tachan de haber sido una periodista poco rigurosa. Las personas que escriben eso se olvidan convenientemente de mencionar que Izíar fue la primera en destapar las primeras señales del mayor caso de corrupción que ha azotado nuestro país y que, más adelante, otros medios se atribuyeron el mérito de haberlo descubierto.

Hace menos de un mes tomé un café con ella y me comentó que quería hacer las cosas de otra manera, intentar no dejarse llevar por esa necesidad de cuestionarlo todo que tantos problemas le había causado. No estaba pasando por un buen momento, ni profesional ni personal. De hecho, según contó a sus padres, quería ir a pasar un par de meses en el hostal El Águila de un pueblo llamado Sallén para desconectar, cargar las pilas y entrar con fuerzas en una nueva etapa de su vida.

Me consuela pensar que vivió sus últimos días en un lugar tan entrañable como Sallén, en un hostal cuyas fotografías transmiten calidez.

Me desespera que no pidiera ayuda a nadie y saliera a comprar droga ella sola en un lugar solitario y desconocido, donde acabó topándose con la persona o las personas equivocadas. Nadie sabía de una adicción que la autopsia confirmó.

A la espera de que la policía haga su trabajo y encuentre al culpable de su muerte, me frustra que lo único que puedo hacer yo es escribir sobre ella. Al menos me queda el hacerlo de la manera más justa posible. Sé que este no es el típico obituario. Podría haber escrito un texto en el que solo hablara de sus bondades y obviara sus problemas, pero me consta que Izíar lo habría odiado.

Va por ti, Izíar. Allí donde estés, descansa en paz.

Me olvido del cansancio y deshago el camino tan rápido como mis piernas me lo permiten. Una voz en el fondo de mi cabeza intenta advertirme de que estoy siendo demasiado impulsiva, de que debería pensármelo mejor, pero la aplasto y la destierro a un rincón lejano. Me obligo a caminar más rápido, no quiero dejar ir la oportunidad. Cuando tengo claro que no me perderé, atajo a través del bosque hasta que encuentro el sendero y lo recorro en dirección a la roca. Cameron sigue allí.

No sé qué lo alerta de mi llegada, si mis pasos o mi respiración escandalosa, pero enseguida se gira y me clava la mirada. Me detengo con un respingo. No es la primera vez que me fijo en el intenso color azul de sus ojos, pero sí es la primera que me siento fascinada por ellos. Teniendo en cuenta que no sé si me puedo fiar de él (sobre todo después de lo que leí en el diario), no hay quien me entienda. De hecho, en vez de ser prudente y esperar a hablar con él cuando haya más gente a nuestro alrededor, me quedo ahí plantada.

—Hola —saludo, todavía jadeando.

Como respuesta, él me observa con los ojos entrecerrados, como si sospechara que traigo conmigo intenciones ocultas. No le falta razón, pero finjo no darme cuenta.

—Quería pedirte disculpas por… —Respiro un par de veces—. No debí hacer caso a nadie sin saber exactamente de lo que hablaban.

Esto es de lo que me he dado cuenta cuando he visto a Cameron desde lo alto. He estado intentando acercarme a él como si no hubiese pasado nada, pero yo vi claramente que lo ofendía. Sigo sin

comprender por qué se molestó tanto conmigo, que apenas me conoce, pero en un caso así parece claro que es necesaria una disculpa.

Me observa unos instantes.

—Vale, pero respira —dice.

Se me escapa una risita, muerta de vergüenza, y me doblo sobre mí misma y apoyo las manos en las rodillas.

—Sí, gracias —farfullo. Estoy agotada y no consigo recuperar la respiración. Tenía tanta prisa por llegar aquí antes de que se fuera que no se me ha ocurrido pensar en mi penosa forma física—. Vale, un momento.

Me siento en el suelo con la espalda apoyada contra un árbol. Nos quedamos en silencio mientras me recupero y… se produce un minuto curioso.

Intento mirar hacia el pantano, pero mis ojos se desvían una y otra vez hacia Cameron. ¿Cómo no hacerlo? Está ahí sentado, tan cómodo con su cuerpo, tan guapo, tan… prohibido. Él hace lo mismo. Observa el agua, pero, sin ningún tipo de reparo, va girando ese rostro perfecto para estudiarme con lo que parece abierta curiosidad.

Vamos que puede decirse que durante largos momentos nos dedicamos a mirarnos el uno al otro. Pero, mientras que a mí se me escapa una sonrisa de timidez porque estoy intentando llevarme bien con él, Cameron se mantiene serio. Tengo la sensación de que me está dando una tregua antes de seguir con el combate.

Cuando por fin siento que vuelvo a ser persona, reparo en que debo de llevar el cabello apuntando hacia todos los lados posibles.

Me rehago la coleta con rapidez y respiro hondo, recuperada. Como si mi respiración normal fuese un pistoletazo de salida, me pregunta:

—¿Ya te han dado los detalles de por qué soy una compañía poco recomendable?

No esconde que está molesto, ni la mezcla de burla y desdén en su tono voz.

Me sorprendo por lo directo que es, pero a la vez me gusta.

—No todos —admito.

Cameron se limita a asentir. Sé lo que me gustaría decir a continuación, pero me detengo a valorar si es arriesgarme demasiado o si lo puedo hacer pasar como una deducción mía. Decido confiar en mis dotes de disimulo.

—Por lo que me han contado… —Carraspeo. Lo siguiente lo digo con suavidad—. Julieta y tú estabais saliendo, ¿no?

Cameron se queda inmóvil unos instantes, petrificado. Después vuelve a clavarme la mirada.

—Eres la primera que me lo pregunta.

—Bueno, es que algunos detalles… Supongo que me llamaron la atención.

Él asiente.

—Sí, era mi novia —admite sin mirarme.

Por un momento, veo tal desolación en su rostro que me siento culpable por haber sacado el tema. Ni siquiera puedo imaginar lo que debe de ser que tu pareja muera y el resto de gente piense lo peor de ti. Si es que es eso, claro. Cameron podría estar fingiendo. Hay que decir que, si ese fuese el caso, significa que es muy buen actor.

—¿Qué haces aquí, Maia? ¿No me tienes miedo? —me pregunta con su estilo directo, todavía sin mirarme.

—¿Debería tenértelo?

Cameron vuelve a observarme con curiosidad, pero también con algo de reparo, y no contesta.

Recuerdo cómo me miró el día en que nos conocimos. Ahora que ya sé de dónde venía su sorpresa, no puedo evitar preguntarme si por eso me contempla así ahora. ¿Es porque le recuerdo a Julieta?

Pensar en que nos pueda estar comparando no le sienta muy bien a mi autoestima. Siempre he sabido que mis rasgos son muy normales, nunca seré tan guapa como ella. Estoy siendo superficial, lo sé, pero no puedo evitarlo.

—No vayas contando por ahí que Julieta era mi novia —suelta de repente.

La manera de decirlo no es agresiva, pero desde luego no me lo está pidiendo por favor.

—Claro.

Estoy recibiendo vibraciones bastante claras de que Cameron no me quiere aquí. Disimulo la mezcla de emociones que se me acumulan en el pecho. Derrota, porque no voy a averiguar nada más; decepción, por no ser suficiente; y un poquito de humillación. Me pongo de pie.

—Bueno, no quería molestarte. Solo quería disculparme. —Hago un gesto de despedida con la mano—. Adiós.

—No me molestas.

Ni siquiera intento esconder el escepticismo.

—Es solo que… —empieza a decir al ver mi expresión.

Decido ser directa yo también.

—¿Es porque te recuerdo a ella? He visto fotos.

Cameron alza las cejas. Carraspea antes de responder:

—Es cierto que tenéis un parecido. Pero no os parecéis. Tú y yo hemos hablado muy poco, pero creo que sois bastante distintas. —Una pausa—. Así que no, no es eso. Es que… —resopla y deja caer la cabeza un momento con aire de perdedor—. Cambiemos de tema. ¿Qué te parece Bolcáriz?

Vale, no me esperaba un cambio de asunto tan radical, pero le sigo la corriente.

—Bonito. Pequeño.

—Muy pequeño. —Sonríe.

—Pero creo que me gusta más lo que hay fuera. —Señalo con la cabeza hacia el pantano, el bosque.

—A mí me pasa lo mismo. —Su mirada se pierde un momento mientras observa las tranquilas aguas. Entonces me mira—: ¿Te apetece que te enseñe un sitio con buenas vistas?

Su ofrecimiento consigue sorprenderme otra vez. Intento que no se me noten las dudas, que me estoy preguntando por enésima vez si es de fiar y recordándome que, hasta el momento, no ha hecho nada que me haga desconfiar. Asiento.

—Por favor.

Se pone de pie con una agilidad que me da envidia.

—Solo te pido que no vayamos muy rápido —pido con una mueca —. Llevo una temporada sin moverme y estoy en muy baja forma.

—¿Y eso? —pregunta, curioso, mientras empezamos a caminar por el sendero.

De repente, el suelo me parece de lo más interesante. Me maldigo por haber mencionado el año que llevo apoltronada en el sofá.

—Eh… —Me encojo de hombros y no consigo pronunciar nada más.

—Otro misterio como el del pavo y el jamón york, ¿eh? —bromea, haciéndome el favor de hablar de otra cosa.

Al ver su expresión pícara, mi corazón palpita con demasiadas ganas. Me esfuerzo por disimular y le devuelvo la sonrisa.

—Exacto —digo, pasando de aclarárselo.

—Es por aquí.

Señala un caminito que se desvía de nuestro sendero. Suspiro al ver que va cuesta arriba y está lleno de rocas que casi parece que estén dispuestas para crear escaleras.

—Lo que sea por unas buenas vistas —digo con resignación.

—Iremos poco a poco. No tenemos prisa.

—¿Llevas linterna? Porque a mi paso se nos puede hacer de noche.

Se ríe con suavidad y tengo que recordarme que no es oportuno quedarme maravillada por cómo se transforma su rostro. Y eso que parece que se contiene, que no está dispuesto a relajarse del todo.

—No está tan lejos —aclara, tendiéndome una mano para ayudarme a subir el primer escalón de rocas.

Por un momento me siento tentada de aferrarme a mi orgullo y no aceptársela. Tengo que ser capaz de subir yo sola esa altura. Aunque es verdad que es un primer escalón muy alto, que estoy cansada de mi caminata anterior, y que las probabilidades de que me falle la pierna y me meta un castañazo son muy elevadas.

Como prefiero aceptar ayuda antes que partirme los dientes, cojo su mano. Vuelvo a encontrarme con esa piel cálida y un poco

áspera. Un cosquilleo demasiado agradable nace en mi propia mano y me recorre el cuerpo entero.

Cuando estoy arriba, no me suelta enseguida, sino que se queda un momento mirándome, el ceño un poco fruncido, hasta que me suelta la mano de golpe y sigue ascendiendo.

Avanzamos en silencio un par de minutos. No va muy rápido.

—Si necesitas parar, dímelo —me ofrece en cierto momento.

—Voy bien. —Es verdad.

Debo de convencerlo, porque vuelve a darme conversación.

—Eres de Madrid, ¿no?

—¿Tanto se me nota?

—Bueno, tienes un aire a chica de ciudad. —Capto la broma en su voz, pero aun así me quedo perpleja. No sé si me gusta esa manera de definirlo.

—¿Un aire?

—Sí, se te nota. ¿Tú no piensas de mí que tengo aires de pueblerino?

—Joder, no.

La carcajada de Cameron resuena por el bosque. Es lamentable lo orgullosa que me siento por haberle hecho reír así.

—En realidad, yo también soy madrileño. Nos vinimos aquí hace… unos diez años. Mis padres querían algo más tranquilo.

Me quedo parada un momento, sorprendida por la coincidencia.

—¿Por dónde vivíais?

—En Salamanca.

Ahora directamente me quedo boquiabierta. Ya sé que no es ninguna novedad que los padres de Cameron tienen dinero, pero el

barrio de Salamanca… Cuando se da cuenta de que me he detenido, Cameron me imita y se gira.

—¿Qué pasa?

—¿Qué haces trabajando de repartidor?

Divertido, Cameron cruza los brazos delante del pecho, regalándome una visión muy interesante de sus músculos.

—¿Estás diciendo que cierto tipo de trabajos solo pueden hacerlos cierto tipo de personas? A eso se le llaman prejuicios, ¿no?

Lo fulmino con la mirada, aunque no estoy molesta.

—Sabes que no me refiero a eso. Solo me pregunto si alguien que vivía en el barrio de Salamanca necesita un trabajo en el que seguro que no le pagan muy bien.

—Mi familia perdió todo su dinero.

Abro la boca mientras siento que me sonrojo por la vergüenza.

—Lo siento, yo… —empiezo a disculparme, horrorizada por mi metedura de pata. A la vez mi cerebro balbucea que cómo es posible, si su padre tiene un montón de negocios por la zona.

Entonces Cameron sonríe y me doy cuenta de que me está tomando el pelo.

—Eres un idiota.

—Lo sé —afirma con todo el morro. Después añade—: Lo único que pasó es que decidí que pasaba de ir a la universidad, mis padres se cabrearon y me dijeron que tenía que trabajar. Creo que ellos tenían otra cosa en mente, pero escogí esto.

Seguimos subiendo.

—¿Y tú cómo has acabado trabajando en la cafetería? —pregunta entonces—. Creí que estabas aquí de vacaciones.

—Sí, pero me aburría.

Me alegro mucho de que no me esté mirando y no vea mi aire culpable al mentirlo. Me salva del momento el último de los escalones, que desembocan en una gran roca, plana, que parece un mirador natural al pantano.

—Hala —se me escapa.

—Buenas vistas, ¿eh? —dice, sentándose en el suelo.

Decir que las vistas son buenas es quedarse corto. Son impresionantes. Desde esta altura puede verse todo el pantano, lo increíblemente extenso que es y lo hermosos que son los bosques que lo flanquean.

Me siento a su lado y estamos un buen rato en un silencio cómodo, observando el paisaje. Respiro hondo, dejo que la paz que respira el lugar se filtre por mi piel.

—¿Te gustaría volver a vivir en Madrid? —le pregunto.

—Antes tenía clarísimo que no. Me encantaba vivir aquí.

—¿Ya no?

La expresión de Cameron se ensombrece. Rasca algo del suelo.

—Aquí todo el mundo tiene secretos. Y mira el pantano. Parece tan bonito, pero…

—Sus aguas son muy oscuras —termino por él.

—Exacto.

Intercambiamos una mirada de complicidad.

—Es bonito, pero tiene algo inquietante —añado.

Volvemos a quedarnos en silencio. De reojo, veo que de vez en cuando me echa vistazos. Al final lo miro.

—¿Qué?

—Nada.

—Venga ya.

—Me preguntaba qué haces cuando estás en Madrid. Intentaba adivinarlo.

Se me escapa una mueca de vergüenza. No me apetece que se entere de que llevo un año sin hacer nada.

—Mejor hablemos de otra cosa —pido, ignorando su mirada sorprendida—. ¿Qué ibas a estudiar en la universidad?

—Administración y Dirección de Empresas. Pero me he dado cuenta de que solo lo habría hecho por mi padre. Como tiene todos sus negocios… No creo que me hubiese gustado mucho.

—¿Te gustaría estudiar otra cosa en algún momento?

Mira al horizonte y se encoge de hombros.

—No me lo planteo —replica—. ¿Tú no estudias?

—Eh… No. Iba a estudiar Medicina, pero… —Voy a contárselo. No me puedo creer que vaya a hacerlo, pero es lo que quiero. Aun así, se me hace un nudo en la garganta. Encojo las piernas y me las abrazo, sintiéndome muy pequeña. Soy incapaz de mirarlo cuando digo—: Mi madre murió y…

Y ya no puedo añadir más. El nudo en la garganta crece, los ojos se me humedecen y me cuesta una barbaridad controlar las lágrimas. No me atrevo a apartar la mirada del suelo.

—Lo siento —dice con suavidad.

Asiento. Cuando consigo poner bajo control mis emociones, me atrevo a mirarlo.

—Siento lo de Julieta.

Nos dedicamos sonrisas tristes, llenas de dolor, comprendiéndonos muy bien el uno al otro. Sin embargo, los dos rompemos pronto la conexión. No creo que sea solo porque nos conocemos poco, también porque los dos somos conscientes de que

hay cosas que no nos estamos contando. Desde luego, yo tengo secretos.

—Oye, una pregunta —dice.

Lo miro con curiosidad. Duda, parece que se lo esté pensando.

—¿Eres más de playa o de montaña?

Me río. Veo que esta es su manera de ser habitual: parece que va a decir algo muy serio y sale con alguna tontería. Decido seguirle la corriente porque agradezco que aligeremos el ambiente. Pienso la respuesta.

—Pues fíjate, hace unos días te habría dicho playa. Pero venir aquí hoy me ha recordado lo mucho que me gusta estar en la montaña. Es… No sé. Tiene una energía especial.

—Buena respuesta.

—Lo sé —digo, fingiendo soberbia—. Ahora tú. ¿Carne o pescado?

—Eso ni se pregunta. Carne, por supuesto. ¿Taylor Swift o Imagine Dragons?

—Taylor Swift hasta el fin de mis días. ¿*Los juegos del hambre* o *Crepúsculo*? Me refiero a las películas.

Cameron se parte de risa.

—Las películas de *Crepúsculo* son muy viejas. Además, ¿tú las has visto?

—En realidad, no he visto ninguna, así que no puedo opinar. Pero sabes que *Crepúsculo* sigue teniendo muchos fans.

—¿No has visto *Los juegos del hambre*? ¿En serio? —me pregunta, asombrado.

—No. ¿Fútbol o baloncesto?

—Baloncesto, siempre. ¿Pavo o jamón york?

Me río y niego con la cabeza.

—Esa no te la voy a contestar.

—Venga ya. —Se inclina un poco para hacer chocar nuestros hombros con suavidad—. Por favor, no me tortures.

Le devuelvo el gesto.

—No.

De repente, me doy cuenta de que estamos flirteando. Creo que a él le sucede lo mismo, porque nos separamos. Yo me froto un ojo, él se pasa la mano por el cabello. Carraspeo.

—Debería ir a casa. Gracias por enseñarme este lugar.

—No hay de qué.

Nos ponemos de pie. Lo lógico sería que echáramos a andar para deshacer el camino, pero nos quedamos mirando. Me pierdo en esos ojos tan azules. Después me fijo en sus labios.

Aparto la mirada de golpe. Dios mío, creo que estaba pensando en besarlo. Y me atrevería a decir que su expresión era parecida.

¿Qué me pasa? Estaba tan cómoda que me he olvidado por completo de que Cameron podría tener algo que ver con la muerte de Julieta. Que podría estar escondiendo algo. Que me he acercado a él para intentar encontrar información, algo que me ayude a decidir qué hacer con todo lo que he descubierto.

—Hay otros sitios por aquí que están muy bien. Puedo enseñarte alguno más —se ofrece.

El corazón se me acelera. Estudio su expresión. Es… No veo malas intenciones en ella, pero tampoco es del todo abierta. Él sigue envuelto en sombras.

—¿Me das tu móvil? —pide—. Así nos será más fácil quedar.

—Eh, sí, claro. Aunque en casa tengo muy mala cobertura.

Intercambiamos los números de teléfono.

—¿Dónde os alojáis? —pregunta entonces.

Con toda la indiferencia que soy capaz de reunir, contesto:

—En una de las cabañas de aquí abajo. En la primera una vez que sales del pueblo.

Cameron se queda un momento inmóvil.

—¿En serio?

—¿La conoces?

Un instante de pausa. Carraspea y desvía la mirada para contestar:

—Sí, de pasar por delante.

Emprendemos el camino de regreso en silencio y apenas volvemos a intercambiar unas pocas palabras. Cameron me acompaña por el camino, hasta que nos detenemos cerca de la cabaña.

—Pues… Nos escribimos para quedar —digo.

—Hecho.

Nos damos la espalda y me prohíbo girarme para mirarlo.

Yo no he dicho que sé a quién pertenece la casa.

Él tampoco. Es más, creo que ha mentido. Estoy convencida de que estuvo ahí más de una vez con Julieta.

CAPÍTULO 9

Cameron

Maia

Maia

Cameron

Cameron

¿Invierno o verano?

Maia

Primavera

Cameron

No, elige entre invierno o verano

Maia

Un poco de cada uno

Cameron

Mujer imposible

Maia

Lo sé, ¿y tú?

Cameron

Me encanta la nieve

Maia

¿Para esquiar o para hacer muñecos de nieve?

Cameron:

Un poco de todo

Me lo he pasado bien esta tarde

Maia:

Yo también

Cameron:

¿Crees que tendrás agujetas mañana?

Maia:

Esa pregunta es muy personal

Cameron:

Jaja. Hay una playa pequeña cerca de tu cabaña. El camino es plano

Maia:

¿Una playa para bañarse?

Cameron

Ya no me baño en el pantano. Pero creo que te gustará

Maia

Ok

Cameron:

¿A las 18 h en la roca?

Me estoy metiendo en un juego peligroso.

Estoy tumbada en la cama, apoyada sobre los codos, leyendo el último mensaje de Cameron. Ya sé que le voy a contestar que sí porque no veo otra manera de conseguir información sobre Julieta, igual que sé que debo ser prudente con él. Pero esta tarde he descubierto que me gusta demasiado su compañía. Creo que a él también le gusta pasar el rato conmigo.

Contesto a su mensaje: «Ok».

Dejo el móvil y recuerdo algunos momentos de esta tarde, cuando me ha dado la mano para ayudarme a subir, cómo ha cambiado su cara las pocas veces en que se ha reído, cómo me miraba. Suspiro. Sí, son recuerdos demasiado agradables.

No son ni las once, pero estoy tan cansada de trabajar y de las excursiones de hoy que me duermo sin darme cuenta.

Por la mañana, cuando me siento en la cama para levantarme, descubro que, efectivamente, tengo agujetas. Y encima son nivel desastre absoluto. Cada paso que doy es una tortura. Cuando empiezo a bajar los escalones hacia la cocina, casi ruedo por las escaleras porque es como si mis músculos se negaran a trabajar para doblar las piernas. Suerte que estoy sola, porque con cada movimiento se me escapa un gemidito ridículo.

Para ir a trabajar, tardo en recorrer la cuesta del camino hasta el pueblo el doble de lo normal. En plano la cosa mejora, pero sigue costándome mover las piernas. Esto es horrible, ¿desde cuándo las agujetas pueden llegar a doler tanto?

Por suerte, durante la mañana me voy encontrando mejor. Eso sí, cada vez que tengo que agacharme a recoger alguna cosa que se haya caído al suelo, necesito sujetarme a lo que tenga a mano para poder levantarme. Solo pido que nadie se dé cuenta. Al menos hoy Cameron no reparte aquí y no corro el peligro de que me vea.

Cuando, a las seis de la tarde, llego a la roca donde nos hemos encontrado dos veces, ya me está esperando. Sonríe al verme, aunque me sigue mirando de esa manera curiosa, como si intentara descifrar algo sobre mí.

—Hola —saludo.

—¿Lista?

En realidad, no. Mis piernas piden a gritos quedarse quietas durante varios días, pero no pienso decirlo en voz alta. Así que asiento. Sin decir nada más, Cameron se carga la pequeña mochila que lleva a la espalda y se pone en marcha. No mintió, avanzamos un par de minutos en silencio por un tramo del sendero totalmente plano. Él abre el camino. Cuando coge un desvío hacia otro camino más cercano a la orilla, también plano, se gira un momento.

—Hay una leyenda en esta zona sobre una bruja. ¿La conoces?

Niego con la cabeza. Él vuelve a mirar hacia adelante.

—Había una mujer mayor que vivía en el bosque. La típica que conocía todas las plantas y remedios, y a la que todos acudían cuando se encontraban mal, pero también le tenían un poco de miedo.

—¿Por qué?

—Vete a saber. ¿Porque se atrevía a vivir sola en el bosque? ¿Porque sabía muchas más cosas que ellos? Lo típico. Y entonces llegó la peste negra y la acusaron de haberla provocado.

—¿Esto es una leyenda o es real? Porque a mí me suena muy real —digo sin esconder la mala leche. Siempre que oigo historias sobre las cazas de brujas, me pongo negra.

—Yo te diría que la primera parte es real. A ver qué te parece la segunda —sugiere—. Convencidos de que era una bruja que había creado la peste, la arrastraron por el bosque hasta el pueblo y la ataron a una pira y le prendieron fuego.

—Sigue sonando muy real. Y desagradable.

—Pero, al parecer, mientras el fuego la envolvía, ella solo sonreía. Cuando el fuego quemó las cuerdas que la ataban, descendió de la pira, desnuda porque las ropas también se le habían quemado. Cogió una de las ramas más largas de la pira, que parecía el palo de una escoba. —Cameron se detiene y se gira para acabar la historia —. Miró a todos los que allí había y les gritó con su voz de bruja: «¡Yo os maldigo! Por lo que me habéis hecho, moriréis todos». Se fue volando en su escoba improvisada y todos los habitantes de este pueblo y de los de alrededor murieron por la peste, que se extendió por toda Europa.

Cameron sigue andando y lo imito.

—Esa leyenda da muy mal rollo. Y seguro que se inventaron lo de salir volando solo para no admitir que habían matado a una mujer inocente —observo.

—Me contaron esa leyenda de pequeño y tuve pesadillas durante un par de noches.

—Normal —digo—. Pero eso de que la peste empezó aquí…

—Sí, lo sé, la peste negra vino de Asia y entró por…

—Por Italia —le informo—. Se calcula que entre Europa y Asia mató entre ochenta y doscientos millones de personas.

—Eh… No, fueron unos veinte millones.

Miro al cielo, aunque principalmente veo las copas de los árboles, mientras repaso los datos en mi cabeza.

—Eso fue durante la Primera Guerra Mundial.

Cameron se detiene de forma brusca y me clava la mirada.

—Estás equivocada —dice tras unos segundos—. Es al revés.

—No lo estoy.

—¿Cómo estás tan segura?

—He visto muchos documentales —digo sin entrar en más detalles. Es mejor decir que has visto documentales en vez de la verdad, que es que el algoritmo de Instagram te dispara publicaciones de curiosidades históricas sin parar. Y este último año me ha dado para ver muchas publicaciones.

—Documentales —dice. Como si le supiera mal por mí, añade—: Pues no sé de dónde sacan sus datos, pero están mal.

—Que no. Que la peste negra fueron entre ochenta y doscientos millones. Y en la Primera Guerra Mundial solo veinte —insisto.

—¿*Solo* veinte millones? ¿Te parecen pocos?

Sé que me está provocando, pero pongo los ojos en blanco igualmente. Saco el teléfono para buscar los datos y demostrarle lo equivocado que está. Mierda, no tengo cobertura.

—¿Tú tienes cobertura?

Mira su teléfono y niega con una sonrisa.

—Eso es porque tengo yo razón.

—¡Que no! ¿Siempre eres así de tozudo?

—Mira quién habla.

—Yo no soy tozuda…

—¿Seguro? —me interrumpe con una sonrisilla pedante.

—A ver, a todos nos gusta llevar la razón, ¿no? Pero en este caso…

Avanzamos mientras Cameron sigue insistiendo en tener la razón y no para de burlarse de mí, y yo me desespero y soy incapaz de parar de sonreír. Así seguimos cuando llegamos a nuestro destino, una pequeña playa muy acogedora y vacía. Desde aquí se divisan otras pequeñas playas en la orilla contraria. Juraría que en una de ellas hay varios puntitos que corresponden a Sofía y compañía.

—¿Qué te parece? —me pregunta.

—Está genial.

—He traído merienda.

Lo miro, sorprendida. Al instante me siento un poco mal, a mí ni se me ha ocurrido traer algo.

—No es nada especial —dice al ver mi expresión.

Se sienta en el suelo cubierto de pequeñas piedras y empieza a abrir la mochila. Voy a imitarlo, pero descubro que mis estúpidas agujetas siguen impidiéndome doblar las piernas con normalidad. Sin ningún tipo de sujeción, me caeré de culo y encima me iré quejando del dolor todo el camino.

—¿Qué pasa? —me pregunta Cameron al ver que dudo.

—Eh…

Algo debe de transmitir mi cara porque su expresión pasa de la curiosidad a la picardía.

—Tienes agujetas.

Cierro los ojos, muerta de vergüenza.

—Tienes *muchas* agujetas —añade.

—Tengo tantas que no creo que pueda sentarme sin hacer el ridículo —admito.

Cameron resopla, divertido, mientras se pone en pie y se coloca delante de mí.

—Ven, que te ayudo.

Hace un gesto para que extienda las manos. Cuando lo hago, me sujeta por los antebrazos. No sé si es de manera consciente, pero me acaricia la piel por el camino. Se me pone la piel de gallina… hasta que dice:

—Venga, abuelita.

—Oye, que te den —intento espetarle, pero es difícil porque me estoy riendo a la vez. Me dejo caer y él aguanta mi peso hasta que estoy sentada en el suelo, mordiéndome el labio para no maldecir en voz alta por el dolor. Todavía me queda un poquitín de orgullo—. Gracias.

Él hace un gesto para quitarle importancia y vuelve a sentarse.

—Cada inicio de temporada de baloncesto me pasaba lo mismo —comenta mientras sigue abriendo la mochila.

—¿Jugabas a baloncesto? —pregunto, aunque sé la respuesta.

—Sí. Ahora ya no.

No añade nada más y se nota que no quiere hacerlo. De la mochila saca un par de vasos de aluminio, un termo y una fiambrera. Espero, curiosa por saber qué hay dentro.

—¿Te gusta el zumo de manzana?

—Me encanta.

Cameron me pasa los vasos y el termo para que lo sirva, y abre la fiambrera. Dentro hay unas cuantas galletas de mantequilla, claramente caseras.

—¿Las has hecho tú? —pregunto asombrada.

—Si las hiciera yo, estarían quemadas o algo peor —dice, ofreciéndome una.

—Está buenísima —lo elogio cuando le doy un mordisco. No lo digo por decir.

—Pues no te lo vas a creer, pero las ha hecho mi padre.

—¿En serio?

Me quedo callada, intentando visualizar al hombre que aparecía en televisión y en la cafetería horneando unas galletas. No, no parecen imágenes compatibles.

—Era una receta de mi abuela —añade Cameron.

—Creo que tu padre fue a la cafetería el otro día —digo. No admito que sé que era él porque lo vi en ese reportaje. Eso supondría dar muchas explicaciones. También pondría sobre la mesa el mal rollo entre sus padres y los de Julieta, y todavía me parece pronto para algo así—. Lo pensé porque os parecéis mucho. Iba con… ¿Tu madre es rubia? ¿Británica?

Cameron asiente.

—A veces se pasan por allí.

El sonido de una campanita nos interrumpe. Tardo un segundo en darme cuenta de que a Cameron debe de haberle entrado un mensaje. Eso significa…

—¿Tenemos cobertura? —Me falta tiempo para sacar mi teléfono —. ¡Sí!

Antes de que la perdamos, me apresuro a abrir el navegador y pregunto cuánta gente murió por culpa de la peste negra. Le muestro el resultado.

—Mira, listo. Lo dice la *Wikipedia*, no yo —digo, mostrándole la pantalla de móvil.

—No lo muevas tanto —pide.

Me sujeta por la muñeca para estabilizar mi mano. Mientras lee, intento no fijarme demasiado en lo mucho que me gusta notar su mano envolviéndome el brazo así. Ni siquiera me atrevo a carraspear, aunque sé que sería una manera disimulada de aliviar la tensión.

—Vale, pues parece que tenías razón —dice al fin.

Lo miro con la intención de chulearme un poco, pero descubro que nuestras caras están bastante más cerca de lo que creía. Nos quedamos mirando un momento…, pero los dos nos apartamos a la vez.

—Espero que hayas aprendido la lección y ya sepas que no siempre llevas la razón —digo con una sonrisa repelente.

—Ya sé que no siempre tengo razón. —Se queda un momento pensativo—. Antes sí que lo creía. Siempre estaba muy seguro de mí mismo. Antes… no era consciente de ello, pero creía que siempre tendría la vida a mi favor. Ahora… En fin, no sé si me explico.

—Sí, perfectamente.

Recuerdo la despreocupación con la que vivía antes de lo de mamá, como si no fuese consciente de nada. Ir a clase, salir con mis amigas, viajar con mis padres… Daba por sentado que las cosas siempre fuesen a ser así y que no pudiesen truncarse.

Tras este momento, nos quedamos unos instantes en silencio. Después seguimos comiendo y charlando de esto y aquello hasta que llega la hora de regresar. Una vez superado el bochorno, porque tiene que ayudarme a levantarme, Cameron vuelve a acompañarme hasta la cabaña. La tarde ha sido muy agradable, así que no me da vergüenza decir:

—Creo que te debo una merienda. Aunque mis galletas serán de supermercado.

—Mañana por la tarde tengo lío. ¿Pasado mañana a la misma hora?

—En la roca.

Asiente. Cuando empieza a alejarse, me dice:

—No hagas travesuras, Maia.

Lo miro confundida.

—¿A qué te refieres?

—Tú sabrás.

Entro en la cabaña con el ceño fruncido. Cameron y sus misterios.

Al día siguiente sí que llegamos a vernos cuando Cameron trae el pedido de bebidas a la cafetería. En ese instante estoy recogiendo un par de mesas, así que puedo observar su habitual expresión arisca, sus gestos bruscos. Sin embargo, cuando empieza a cruzar la terraza y me ve, todo él se suaviza. No llega a sonreírme, pero me hace un gesto con la cabeza y me guiña un ojo. Yo sigo a lo mío, sonrojándome un poco y sintiéndome bastante patética por ello.

Ninguno de los dos hace el gesto de hablar con el otro. Mejor así. Si Cameron está tan mal con todos sus vecinos, en cuanto nos ven juntos empezarán las habladurías.

Al mediodía, cuando salgo de trabajar, camino hacia la cabaña despistada porque la perspectiva de pasar toda la tarde sola y sin nada que hacer no me resulta demasiado atractiva. Imagino que me tumbaré en el sofá a ver lo que echen, pero por primera vez en mucho tiempo no estoy deseando que llegue el momento. Es extraño.

De repente, un cosquilleo en la parte posterior de la cabeza me hace detenerme. Tengo la sensación de que alguien me observa. O quizá solo he oído algo, pero, como iba despistada, no me he dado cuenta. Me giro y no veo a nadie. Estoy sola en la calle. Sigo caminando, pero la extraña sensación de ser observada no desaparece.

La tarde del siguiente día llego a la roca cinco minutos después de las seis, pero Cameron no está. Todavía tarda cinco minutos más.

—Pensaba que ya no vendrías —comento. No estoy molesta, tan solo extrañada. Tengo la sensación de que Cameron es de los que avisa si no va a aparecer.

—Perdona —dice, sin dar más explicaciones.

Me fijo en que lleva algo colgando del hombro.

—¿Es una cámara de fotos? —pregunto, curiosa.

—Es una réflex, de mi madre. Antes me gustaba hacer fotos, hacía mucho que no la cogía. ¿Te apetece usarla?

—Claro. Aunque nunca he hecho fotos con una de esas.

Al cabo de un rato, concluyo que ha traído la cámara de fotos para no tener que hablar. Está callado, serio. Me da la sensación de que, si le pregunto si le pasa algo, me dirá que está bien, así que le sigo la corriente.

Lo observo tomar algunas fotografías, aunque a la que me despisto mirando el pantano descubro que me está haciendo fotos a mí. Pongo cara de susto, nunca se me ha dado bien posar para las fotos.

Después me explica cómo usar la cámara y alucino con lo lejos que enfoca el objetivo, que es bastante largo. En cuanto puedo, le

hago fotos yo a él, claro. Observo el resultado en la pantalla y me maravillo de lo fotogénico que es. No hay derecho que sea tan guapo. Sinceramente, a su lado me siento un poco adefesio. Sin embargo, sigo descubriéndolo observándome. En sus ojos creo adivinar esa mezcla habitual de interés y curiosidad, como si tuviese que descifrar algo sobre mí.

Al final olvidamos comernos las galletas que he traído.

—Tendremos que saborearlas mañana —dice, alzando las cejas en un gesto interrogativo.

—Mañana —asiento. No necesitamos especificar nada más.

Al día siguiente, al salir del trabajo, vuelvo a tener la sensación de que me observan. Esta vez hay más gente en la calle, una pareja y una familia, pero van a lo suyo. Ellos no me miran, pero algo me dice que hay alguien que sí lo está haciendo. Pero sigo sin ver a nadie más. No sé de dónde sale esta sensación. Estaré un poco paranoica por lo de Julieta e Izíar Garrido. Pero no tengo motivos, nadie sabe que he encontrado el diario.

Sin embargo, cuando llego a la cabaña, compruebo que el diario sigue donde lo escondí, detrás de la cajonera del armario. Sí, continúa allí.

Esa tarde le pido a Cameron que volvamos a subir a la roca desde la que hay esas vistas tan espectaculares del pantano.

—Vale, me arrepiento mucho de habértelo pedido —confieso cuando llegamos arriba y jadeo tanto que parezco un caballo.

—Has insistido tú en ir a este ritmo —me recuerda.

—Ya… Es que no puede ser esto de estar en tan mala forma, ¿no? —comento mientras muevo mi camiseta para airearme—. Si no,

tendré treinta años y pareceré una abuela de verdad.

Mi comentario llama la atención de Cameron.

—¿Dónde te ves a los treinta años?

La primera respuesta que acude a mi cabeza es: «En el sofá, viendo *La isla de las tentaciones*».

—No lo sé —digo en cambio. Después, no sé por qué, admito—: Llevo tiempo evitando pensar en el futuro. ¿Tú?

—Lo mismo. No le doy vueltas.

Se sienta. Lo observo, parece relajado. Quizá lo suficiente como para poder plantearle alguna pregunta… Dudo. Sé que es arriesgado. Quizá se lo tome mal. O quizá entonces él me haga las mismas preguntas a mí, preguntas que no tengo interés en contestar. O quizá, quién sabe, me salga bien.

Tras otro gesto indeciso por mi parte, me siento a su lado.

—¿Es por lo de Julieta?

Durante unos segundos, Cameron no reacciona. Sigue mirando el horizonte. Después desvía la vista hacia el suelo.

—No quiero hablar de ella.

No lo dice enfadado ni tenso, pero el tono es definitivo. No cambiará de idea.

—Vale —respondo enseguida.

¿Qué voy a decirle? Yo tampoco estoy dispuesta a hablar de mamá, no puedo quejarme.

Me doy cuenta de que no voy a conseguir que Cameron cambie de opinión. Al menos, no en el poco tiempo que tengo. Los días van pasando y no quiero que termine el verano sin decidir qué hacer con el diario. Por ahora he conseguido enterrar el agobio y la

preocupación en un rincón de mi cerebro, pero no sé cuánto más podré mantenerlos ahí.

Por mucho que me guste la compañía de Cameron y por mucho que me guste él, sigo sin saber si se encierra en sí mismo porque está traumatizado o porque esconde algo. Además, cuando empiezo a darle vueltas a eso, siempre me acabo planteando lo mismo: si Julieta lo quería tanto, ¿por qué no confió en él?

Paso el resto de la tarde disimulando la frustración y el desánimo. Cuando llego a la cabaña, voy directa al armario de mi habitación y rescato el diario de su escondite. Releo la angustiosa entrada del asesinato, al final de la cual dudaba de su propia cordura. La entiendo tanto…

Paso la página con la absurda esperanza de que algo haya cambiado en las siguientes entradas, pero siguen ilegibles. Al menos las dos primeras. Sin embargo, la tercera… Parece que no esté tan estropeada, pero continúo sin entender nada.

Se me ocurre una idea.

Saco el teléfono y hago una foto a una parte de la página. Después voy al editor de fotos y manipulo los valores de nitidez de la imagen. El cambio no es milagroso, pero con esfuerzo creo distinguir las primeras palabras: «Creo que sé…».

Por un momento se me corta la respiración.

Esperando que signifiquen lo que yo creo, sigo haciendo fotos y editándolas.

CAPÍTULO 10

25 de abril

Creo que sé quién es la mujer a la que vi cómo estrangulaban. Una periodista, se alojaba en un hostal de Sallén. Pero la encontraron a treinta kilómetros de aquí. No sé... ¿Y si no tiene nada que ver? ¿Y si solo es casualidad? Sigo sin saber si me lo imaginé y me estoy volviendo loca o si fue real. Pero es que, aunque se lo cuente a alguien, ¿quién me va a creer? ¿A mí?

Está Cameron, pero tengo tanto miedo de perderlo... Sé que él me creería e intentaría ayudarme, pero entonces todo el mundo se enteraría de lo nuestro y será un circo. Nuestros padres se enfadarán, seguro que papá y mamá me prohibirán verlo más. Y fijo que todo el mundo le preguntará qué hace saliendo conmigo cuando podría estar con alguien mejor. Todo el mundo sabe que él y Sofía se han enrollado varias veces, incluso es raro que no hayan llegado a salir nunca.

No sé qué hacer. No quiero perderlo.

Sé que está preocupado por mí porque



No consigo leer nada más. Me he llevado una decepción porque de entrada he pensado que Julieta había identificado al asesino. Al menos ahora sé que llegó a descubrir lo de Izíar Garrido. Diez días después de que sucediera, seguía teniendo dudas de si se lo había imaginado o no.

Sigo pensando que es todo demasiada casualidad como para ser una invención suya, pero… Yo qué sé, yo también llevo días llena de dudas.

Al menos sé por qué no confió en Cameron. Me da mucha pena que sintiera que no era suficiente para él. No sé cómo era su habitación, pero me la imagino escribiendo esas palabras en la cama, de noche, para asegurarse de que sus padres no la descubrían. Me encantaría decirle a través del tiempo: «¡Qué dices, tía! Además, él bien que te ha elegido a ti, ¿no?».

Me gustaría decir que, después de leer esto, me tranquilizo acerca de Cameron. No puedo negarlo, es lo que más ganas tengo que pase. Poder estar con él sin estar pendiente de cada pequeño detalle, dudando de si sospechar de él o no.

Pero no lo consigo, porque ¿y si Julieta al final sí que confió en él y por eso acabó muerta? Esto es una mierda.

Acaricio el diario, las palabras borrosas que acabo de leer gracias a la cámara de mi teléfono. Mi dedo índice se detiene en la palabra que ha terminado siendo un «Sofía».

A mí tampoco me gusta la idea de que ella y Cameron se enrollaran. Ese pensamiento de que quizá Sofía quiere que haya algo más entre ellos regresa a mí, pero la lógica me dice que hay que

descartarlo. Hace más de dos años de todo esto, ha pasado mucho tiempo.

Sin embargo, mi cabeza empieza a dar vueltas sin parar.

¿Y si la muerte de Julieta no tiene nada que ver con lo que vio o dejó de ver, ni con Izíar Garrido? ¿Y si es algo relacionado con los líos que había entre ellos? Bruno parecía perseguir a Julieta, pero ella estaba con Cameron. Él y Sofía se habían enrollado varias veces, pero Cameron estaba con Julieta. Es… muy retorcido, pero la situación se les podría haber ido de las manos y… O simplemente Julieta se hartó de todo, se tiró al pantano y yo veo fantasmas donde no los hay.

Aún necesito respuestas, y sé que por parte de Cameron me va a costar mucho conseguirlas, si es que las consigo algún día.

Se me escapa una mezcla de suspiro y gruñido. No voy a dejar de verme con él, pero ya sé qué otro paso debo dar y me da una pereza tremenda. Era un paso lógico desde el principio, pero lo he estado evitando porque significa pasar tiempo con un grupo de gente, en el que además está el imbécil de Bruno. Pero quizá ellos llegaron a enterarse de algo… o están implicados de alguna manera.

Tengo la suerte de que, a la mañana siguiente, el grupo aparece por la cafetería. Le pido a Amina que me deje su mesa y, cuando ya les estoy dejando el pedido, pregunto:

—¿Estaréis esta tarde en la playa del pantano?

—¡Sí! —se anima Sofía—. ¿Te pasarás?

—Me apetece, sí. —Me siento un poco culpable al mentirle de forma tan descarada. Dedico una sonrisa a Bruno—. No te preocupes, traeré mi propia bebida.

Los otros tres miran a Bruno, acusadores.

—¿Eso es lo que le dijiste? —pregunta Sofía, incrédula, dándole un cachete en el brazo.

—Qué ranciooooo —se burla Lucas.

—Tú sí que sabes hacer amigos —me dice Bruno sin energía, forzando una sonrisa.

—Tengo un buen maestro —replico antes de irme. Oigo que los demás se ríen.

Muy poco después, aprovecho mi pausa de media mañana para escribir a Cameron.

Maia:

Oye, no dijimos nada de esta tarde y quería pasar un rato con Sofía y los otros

Cameron:

Pásatelo bien. ¿Nos vemos mañana?

Maia:

Ok

Ni siquiera me planteo preguntarle si quiere venir. Teniendo en cuenta lo que opinan de Cameron, imagino que la situación sería muy tensa. Él tampoco parece mostrar interés, y lo que me interesa es estar a solas con ellos para sacar en algún momento el tema de Julieta.

Esa tarde, aunque me apetece bastante más pasarla con Cameron a pesar de todas mis dudas, me dirijo a la plaza Mayor y busco en el móvil cómo llegar a la playa de la Calavera. Está cerca. Solo tengo que salir del pueblo por el otro lado y caminar un par de minutos por

la carretera. Desde ahí sale un sendero que desciende a la playa. El camino no es exigente, ni siquiera para mi baja forma, pero, mientras me acerco a la playa, me falta un poco la respiración. Estoy nerviosa. Me detengo un momento, respiro hondo para calmarme y doy los últimos pasos que me acercan al grupo. Oigo sus voces antes de verlos. Hoy han traído varias tumbonas plegables y parece que me esperaban, porque hay una vacía.

—¡Maia! —me saluda Sofía en cuanto me ve—. Gracias a Dios, alguien nuevo que rompa el aburrimiento.

—Oye, ¿nosotros qué tenemos de malo? —Se ríe Alba.

Sofía entra en una explicación sobre ver siempre a las mismas personas en un pueblo donde no hay nada que hacer. Lucas se cambia de sitio para sentarse al lado de Bruno y me señala su asiento.

—Como tú y Bruno habéis hecho tan buenas migas, mejor siéntate aquí —comenta con ironía.

No digo nada, pero no voy a negar que prefiero no sentarme al lado de ese imbécil. Les muestro lo que he traído: seis cervezas y un Red Bull. Todos (menos Bruno) lo celebran y Alba lo coge todo para guardarlo en la neverita que tienen.

—Bruno, que ha tenido el detalle de traerte un Red Bull —le dice Lucas.

Desde detrás de sus gafas de sol, Bruno me dedica una sonrisa muy poco sincera. Yo no esperaba que de repente el tío se hiciese amigo mío, pero de verdad que no entiendo qué problema tiene. Quizá ha captado que lo de traer el Red Bull ha sido un gesto más irónico que amable. Es decir, es una broma. Pero parece que ni para eso tiene sentido del humor.

—¿Qué tal el curro en la cafetería? —me pregunta Alba cuando ya estoy sentada y me han dado una cerveza.

—Bien. No paro, pero la gente es simpática. Se nota que están de vacaciones.

—Es cierto. Yo he trabajado muchas tardes del año en una cafetería de Zaragoza y no tiene nada que ver con lo de aquí —suelta Lucas.

Con ese comentario, veo una oportunidad para hacerles preguntas. Necesito averiguar todo lo que pueda sobre ellos.

—¿Estudias en Zaragoza? —le pregunto a Lucas.

—Sí, señora. Turismo.

Miro a los demás con curiosidad y Alba cuenta que ella también estudia en Zaragoza, pero Filología Hispánica. Sofía explica que Bruno y ella estudian en Barcelona; él, Administración y Dirección de Empresas en no sé qué universidad privada; ella, Biología.

—¿Y tú? —me pregunta Sofía.

Debería haber previsto que hacer preguntas siempre invita a que también te las hagan a ti. Las manos me sudan un poco mientras busco la manera de contestar sin contar nada.

—Por ahora no. Estoy… En un paréntesis.

Uno que no tengo perspectivas de cerrar, pero eso me lo guardo. No sé si Sofía esconde algo relacionado con Julieta, pero decido que me cae muy bien cuando pilla enseguida que no quiero dar más detalles y cambia de tema. El problema es que, sin saberlo, me hace otra pregunta comprometida:

—¿Qué has hecho hasta ahora por las tardes? ¿No te has aburrido como una ostra?

Me encojo de hombros y carraspeo, intentando disimular.

—Veo la tele, salgo a pasear. Esta zona es muy bonita.

Técnicamente, no he dicho ninguna mentira. Lo único que he hecho ha sido obviar la presencia de Cameron.

—Es cierto que lo es —admite Sofía—. Supongo que nosotros la tenemos muy vista.

—Lucas, acaba de contarnos lo de tu chica —dice entonces Alba.

Él resopla y se pasa la mano por la cara.

—No hay mucho más que contar. Nos enrollamos un par de veces antes de acabar el curso, nos estuvimos escribiendo… Y hace unos días que pasa de mí.

Sofía y Alba hacen una mueca compasiva.

—Pues pasa tú de ella —dice Bruno con desdén, como si la conversación lo aburriera.

—¿Tú la has visto? —pregunta Lucas con los ojos muy abiertos.

Le falta tiempo para buscar una foto en su teléfono y enseñárnosla. Es cierto, la chica es muy guapa.

—Si no tuviese novia ya, yo me enrollaría con ella —comenta Alba.

—Tú sí que sabes. —Lucas sonríe satisfecho.

—¿Tú estás con alguien, Maia? —me pregunta Sofía.

Niego con la cabeza.

—Rompí con mi novio hace un año y medio, y desde entonces nada.

Sofía suspira, desanimada.

—Excepto Alba, los demás podríamos montar el club de los solteros. Qué pena damos.

Me río porque sé que está exagerando, pero Lucas se agobia un poco.

—Me estoy deprimiendo. Vamos a bañarnos.

Sofía, Alba y Lucas se quedan en bañador y se meten en el agua entre risas, empujones y quejas por lo fría que está. Yo me quedo fuera con la excusa de no haber traído bañador. Hace calor, pero creo que nunca me apetecerá meterme en el agua de este pantano. No puedo evitar pensar en Julieta. Nunca encontraron su cuerpo…

Me pregunto si es por ese mismo motivo que Bruno tampoco se baña. Se queda en su silla, ignorándome. Se enciende un cigarro y se distrae con algo de su teléfono.

Cuando los demás dejan de hacer el payaso en el agua, salen y acabamos hablando de series y también de *La isla de las tentaciones*, conversación a la que tengo mucho que aportar porque soy una experta.

A la que me doy cuenta, ha empezado a anochecer. Creía que se me haría muy pesado estar tanto rato con un grupo de gente, pero han pasado más de dos horas y apenas me he enterado. Cuando llego a la cabaña un poco después, papá está haciendo la cena.

—Hola, cielo —me saluda—. ¿Hoy también has estado paseando por el pantano?

La culpabilidad me asalta. Papá no sabe que he estado quedando con Cameron. Le he explicado que salía a pasear, pero he obviado que tenía compañía. Al menos hoy puedo contarle la verdad.

—He estado en una de las playas con el grupo que conocí el primer día.

Papá se limita a mirarme un momento, sonriendo como si no le diera más importancia, y dice:

—Muy bien.

Sigue a lo suyo, sin preguntar más. El pobre ya ha aprendido que, cuando lo intenta, me agobio porque lo veo llenarse de esperanzas y salgo corriendo.

Los siguientes diez días son muy extraños.

Por las tardes, quedo o con Cameron o con la pandilla, como los llama papá. Las horas que paso en la playa de la Calavera o en el parque de los columpios siempre me sorprenden por lo entretenidas que son. Solo estamos allí, charlando de esto y aquello, bebiendo refrescos o cerveza según el día, jugando a cartas más de una vez. Estaba convencida de que me aburriría y, sobre todo, de que me agobiaría de pasar tanto rato con un grupo de gente.

Pero es divertido, y me hace recordar lo bien que me lo pasaba con Vero y Paula. Cada vez que acuden a mi cabeza, me siento como una mala persona. Aparté de mi vida a mis mejores amigas y no miré atrás. Y ahora, en realidad, solo estoy pasando ratos con Sofía y los demás hasta que pueda preguntarles por Julieta e Izíar, ¿no? Mi sensación de ser una desalmada interesada se acrecienta.

Luego está Cameron, el que más sentimientos contradictorios me provoca. Sé que esconde cosas y sé que debo ser prudente, pero, cada tarde que hemos quedado, debo contenerme para no salir corriendo para encontrarme con él cuanto antes. Cuando por fin lo veo, siento un vacío en el estómago. Y entonces esos ojos azules se posan en mí, me dedica esa sonrisa ladeada y se me queda mirando como si se alegrara de verme, pero yo siguiera siendo un misterio para él. Mira quién fue a hablar.

Mientras estamos juntos, no nos tocamos mucho. Es como si los dos lo evitásemos. Yo, desde luego, hago un esfuerzo. No es solo

que me dé miedo quedar en evidencia si estoy malinterpretando a Cameron, es que temo que, si en algún momento tengo la oportunidad de acariciarlo, no podré parar.

Estoy bastante convencida de que yo también le gusto. En su caso, no sé si no da ningún paso porque nota que yo me contengo o si es por otro motivo. Con él nunca sé qué pensar. Y cada día que paso a su lado es más difícil, porque no se burla de mí por estar en una forma física lamentable, porque sabe lo que es pasarlo mal, porque me gusta su sentido del humor, porque hace cosas como traer una bolsa de palomitas y su tableta con *Los juegos del hambre* descargada para que hagamos una peculiar sesión de cine en mitad del bosque.

Ese día, cuando termina la película, observo el bosque que nos rodea.

—¿Y se supone que tengo que seguir viniendo aquí sin cagarme de miedo? —me quejo—. Ahora siempre estaré pensando que en cualquier momento alguien me disparará una flecha desde algún árbol.

Cameron se come las últimas palomitas con despreocupación.

—No te preocupes, yo te haré de escudo.

Sé que no hay segundas intenciones en su comentario, pero me quedo mirándolo con una sonrisa.

—Tú serás mi escudo, ¿eh?

Estamos sentados uno al lado del otro, bastante cerca porque era la única manera de ver bien la pantalla de la tableta. Él asiente. Me mira los labios. Sé que no debo, sé que es una imprudencia, pero me pregunto qué sentiré al besarlo. Hace mucho tiempo que no

beso a nadie, y los labios de Cameron son generosos, de aspecto suave.

Las voces de unos niños que pasan por ahí cerca nos sobresaltan y nos apartamos de golpe. Los dos fingimos que no ha estado a punto de pasar nada.

—Gracias por la película. Ha sido una muy buena idea —le digo—. Aunque ahora quiero ver la siguiente.

—Otro día la traigo.

Las siguientes veces que nos vemos, mantenemos una distancia muy prudente el uno del otro. Esos días, de vez en cuando, vuelvo a tener la sensación de que alguien me observa. Siempre es al salir de trabajar, aunque alguna de las tardes que voy a la playa de la Calavera o al parque también me pasa. Una vez incluso llegué a retroceder unos pasos hasta la esquina, pero, al llegar allí, solo me encontré con una calle vacía. Habría jurado oír unos pasos, pero podría habérmelos imaginado. Sigo sin saber si estoy paranoica.

Una tarde de casi mediados de julio, cuando el calor ya aprieta mucho, al pisar la playa, me encuentro a Bruno sentado solo en un extremo y a los demás en el otro. Sofía me hace señas para que me siente con ellos.

—Bruno tiene un mal día.

—Ah. —Solo digo eso, aunque pienso: «¿Otro?». Me temo que soy muy transparente, porque los tres hacen una mueca.

—Ya sé que no está siendo nada amable contigo, pero no se lo tengas en cuenta, por favor —me pide Sofía.

—Vale —digo, aunque para mis adentros me reservo el derecho a seguir pensando que es un idiota.

—Bruno siempre ha sido complicado, y con lo que pasó… —dice Lucas.

Calla cuando ve que está hablando de más. Intercambia una mirada con Alba y Sofía, y la primera toma la iniciativa.

—Siempre estuvo muy colgado de Julieta.

—Cuando Julieta… —añade Sofía, aunque es incapaz de acabar la frase—, lo pasó muy mal. Todavía lo está pasando mal, por eso tiene días así.

—Siento que tuvierais que pasar por eso —digo. Asienten, se quedan en silencio. Yo trago saliva mientras rezo para que no se den cuenta de que me he puesto nerviosa. Por fin, ¡por fin!, ha surgido la oportunidad de preguntarles por el tema. Cuando lo hago, tengo que esforzarme por encontrar el equilibrio entre no parecer ni demasiado interesada ni demasiado despreocupada—. ¿Sabéis por qué lo hizo?

Se encogen de hombros con caras largas.

—No nos gusta hablar de ello —replica Sofía con aire triste.

Mierda. No van a contarme nada más. Me muerdo el labio con fuerza, pensando desesperada alguna manera de continuar la conversación. Si no es sobre Julieta, al menos sobre Izíar.

Pero, si ahora les pregunto, eso será extraño. Para que funcione, antes debo darles algo. Al darme cuenta de lo manipulador que sería hacer algo así, pienso que debería frenarme, pero aun así me encuentro diciendo:

—Mi madre murió hace un año. La atropelló un coche.

Desvío la mirada hacia el pantano. No soy capaz de añadir más, pero estoy sorprendida porque me ha costado menos decirlo que otras veces, incluso cuando se lo conté a Cameron.

—Lo siento, es una putada —dice Lucas.

Me encojo de hombros y decido cambiar de tema. Al menos en apariencia.

—¿Os puedo hacer una pregunta que no tiene nada que ver con todo esto? —Ellos asienten, creo que aliviados por el cambio en la conversación—. He estado leyendo artículos y noticias sobre esta zona y… Leí que hace un tiempo encontraron a una periodista muerta a treinta kilómetros de aquí.

—Me suena de algo… —dice Sofía, intentando recordar.

Alba pone cara de no tener ni idea de qué hablo. Lucas parece que se lo esté pensando, pero acaba negando con la cabeza. Me trago una nueva decepción.

—Solo tenía curiosidad y me preguntaba si se había resuelto el caso. No sé si sabéis algo.

Los tres se encogen de hombros.

—Pero, con la policía que tenemos por aquí, tampoco es de extrañar —dice Alba.

La miro, interrogante.

—De vez en cuando se dice que hay algunos policías que no son trigo limpio. Así que a saber de quién te puedes fiar.

Asiento y no insisto. Cambiamos de tema y me esfuerzo por comportarme con naturalidad.

Más tarde, de regreso a la cabaña, siento mucha pena por mí misma porque acabo de chocar con otra pared. He confirmado las dudas de Julieta sobre la policía, pero este grupo no sabe nada de la muerte de Izíar Garrido. Tampoco me van a contar más sobre Julieta.

¿Y ahora qué se supone que debo hacer?

Esa noche y la mañana siguiente estoy muy frustrada. Sonia incluso me pregunta si he dormido mal.

—Hija mía, estás de un serio hoy… —comenta.

El resto de las horas me esfuerzo para que no se me note tanto, pero, después, de camino a casa, voy todo el rato revolcándome en mi propia pena y confusión.

Por eso tardo un poco en darme cuenta de que la puerta de la cabaña está entreabierta.

Frunzo el ceño, extrañada. Papá no ha dicho que fuese a venir antes hoy.

Empujo la puerta con cuidado. Dentro solo hay silencio.

—¿Papá? —llamo.

Nada. Siento un escalofrío. Sé que esta mañana he cerrado la puerta. Miro el cerrojo. Está intacto. De repente, me asalta una duda. ¿He cerrado con llave al salir?

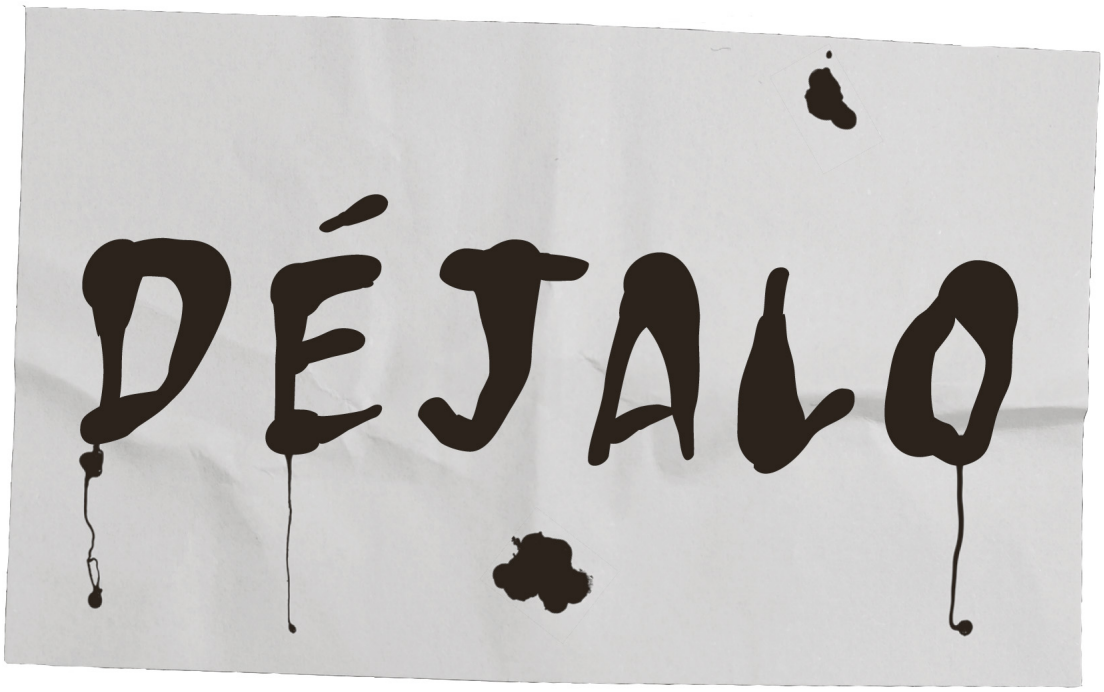
Intento recordarlo, pero no lo consigo. Estaba perdida en mis propios pensamientos y quizá me he despistado. Echo un vistazo prudente a la planta baja, atenta a cualquier cosa o sonido extraños. Nada. La cabaña está en silencio.

Subo las escaleras con la misma prudencia, muy atenta. No parece que haya nadie aquí arriba.

Cuando al fin me convenzo, corro de nuevo abajo para cerrar bien la puerta. Después subo a mi habitación para cambiarme de ropa. Al entrar en el baño, se me escapa un grito.

En el espejo, hay colgada una hoja con una palabra escrita con pintura roja. Todavía está fresca y gotea. Parece sangre.

CAPÍTULO 11


DÉJALO

No sé cuánto rato paso mirando la nota, las gotas que resbalan con lentitud por la hoja de papel hasta estrellarse en la pila. La respiración se me acelera y me cuesta un poco respirar, las manos me tiemblan. Quiero salir corriendo, quiero pedir ayuda. ¿Y si no he revisado bien la cabaña y resulta que no estoy sola?

No me permito pensármelo. Arranco la hoja de papel de golpe y salgo corriendo de la habitación. Miro a toda velocidad debajo de la cama, dentro del armario. Vacíos.

Después corro a la habitación de papá y hago lo mismo; su baño también está vacío. Bajo las escaleras corriendo y reviso el salón, la cocina, el lavadero. Estoy sola.

Abro la puerta, salgo al porche y observo el bosque que nos rodea. Ni veo ni oigo a nadie.

El terror que sentía remite un poco, pero el alivio enseguida deja paso a la ira. Arrugo la nota y me encierro en la cabaña de un portazo. La hago pedacitos y descargo la rabia con ella. No soporto que hayan intentado asustarme y lo hayan conseguido. No soporto que me digan qué debo hacer. No soporto no saber qué está pasando ni en quién puedo confiar.

Tiro los trocitos de papel a la basura y me aseguro de que queden escondidos lo más abajo posible para que papá no los encuentre por accidente. Después descubro que tengo las manos manchadas de rojo. La sensación de tenerlas cubiertas de sangre me angustia tanto que me las froto con desesperación con agua demasiado caliente.

Cuando por fin no queda rastro de pintura, las dejo debajo de un chorro de agua fría. Quiero quedarme así un buen rato,

agradeciendo el cambio de temperatura, pero de repente recuerdo el diario. ¿Y si se lo han llevado?

Regreso corriendo a la habitación y me apresuro a meter la mano detrás de la cajonera del armario. Tanteo el espacio vacío, completamente vacío…

No, ahí está.

Suspiro aliviada. Dejo el diario donde estaba y me siento en la cama, intentando calmarme.

Cuando el miedo y la rabia dejan de ser lo único que siento, me esfuerzo por reflexionar. ¿A qué se refiere la nota? ¿A Julieta, al diario o a Izíar Garrido? ¿Y quién diantres la habrá dejado?

Los primeros que acuden a mi cabeza son Cameron, Sofía y todos los demás. Les he hecho preguntas a todos sobre Julieta e Izíar, pero estoy bastante convencida de haber sido discreta. Además, Sofía, Lucas y Alba realmente no parecían saber nada sobre la muerte de Izíar. Bruno ni siquiera estaba escuchando. Aunque… ¿y si nos oyó? Estaba bastante lejos de nosotros, pero quizá no lo suficiente. No lo sé. En cuanto a Cameron… ¿Por qué iba a dejarme una nota así ahora y no hace semanas?

¿Y si no es ninguno de ellos, sino que han comentado a otras personas que he preguntado y eso ha llegado a quien no debía?

Un escalofrío me recorre la columna vertebral.

Entonces todavía se me ocurre otra posibilidad. ¿Y si alguien se ha enterado de que me estoy viendo con Cameron y no le gusta porque…?

De nuevo, no tengo ni idea.

Me doblo sobre mí misma y escondo la cara detrás de las manos. Siento que la cordura se me escapa entre los dedos. No es solo por

no saber qué hacer o en quién confiar o si estoy alimentando una fantasía.

También es por estar valorando tantas opciones de lo que podría haber pasado. Si es real o no, si Julieta se suicidó porque no veía ninguna manera en que su vida fuera a mejorar o porque no soportó la presión psicológica de haber visto un asesinato, si Julieta se suicidó o si fue asesinada, si su muerte tiene algo que ver con la de Izíar Garrido o solo es simple casualidad, y un largo etcétera. Por poder ser, lo del diario incluso podría ser una broma de mal gusto. A este paso, acabaré poniendo la cabaña patas arriba buscando las cámaras ocultas que demuestren que alguien se está divirtiendo a mi costa.

¿Se sintió así Julieta? Su situación no era la misma, pero ¿llegó un punto en el que ya no sabía qué pensar y… no pudo soportarlo?

Me incorporo de golpe, al mismo tiempo que tomo aire con fuerza.

No.

No me puedo permitir dudar tanto de mí misma. Debo aferrarme a algo que me ayude a guiarme, y en estos momentos lo único que me sirve es mi intuición.

Respiro hondo y me esfuerzo para ordenar mis pensamientos.

Con todo lo que sé, para mí tienen sentido dos teorías distintas. La primera se explica porque Julieta presenció el asesinato de Izíar y la mataron por ello. La segunda, en cambio, se basa en que Julieta presenció el asesinato de Izíar, pero acabó muriendo por otro motivo. Por otro lado, ese cuadrilátero que dibujan Julieta, Cameron, Sofía y Bruno me llama la atención.

En ninguna de las dos opciones contemplo que Julieta se quitara la vida. Me lo dicen las entrañas, no fue así. Me estremezco.

Hasta ahora no había cuestionado la versión oficial sobre su muerte. Hacerlo es demasiado horrible. Que se hubiese suicidado ya sería muy malo, pero que en realidad alguien le hiciera daño y todo el mundo crea que se quitó la vida es espantoso. Injusto.

Me acerco al espejo del baño. Por un momento, la vuelvo a ver a mi lado, mirándome. Nada más, solo mirándome, pero es suficiente para que tome mi decisión: encontraré la manera de hacerle justicia a Julieta. Todavía no sé cómo, pero la encontraré.

Camino por la habitación mientras lo pienso.

Puedo seguir viéndome tanto con Cameron, Sofía y los demás para ver si, poco a poco, logro desentrañar lo que hay, o hubo, entre ellos.

En cuanto a mi primera teoría, descubrir quién mató a Izíar conduciría al asesino de Julieta.

Me quedo inmóvil. ¿De verdad me planteo resolver un asesinato que aún es una incógnita para la policía? Claro que, si las malas lenguas son ciertas, quizá no les ha interesado resolverlo…

Pienso en todo lo que sé hasta el momento, buscando un hilo del que tirar.

Solo se me ocurre uno.

Tengo muy presente la nota que me han dejado, pero que les den.

No he comido, se me ha pasado el hambre. Salgo de la cabaña, que esta vez me aseguro de cerrar bien, y voy directa al cobertizo. Cojo la bicicleta que tengo más a mano, es la que tiene las ruedas hinchadas y parece que está en buen estado, y la empujo en

dirección al pueblo. Cuando llego al final de la cuesta, subo a la bicicleta y a cada rato compruebo el teléfono hasta que tengo cobertura y puedo buscar cómo llegar al hostal El Águila. Está en Sallén, Julieta hablaba de él en su diario.

Me alarmo porque, aunque está a solo dos kilómetros de aquí, tendré que ir por la carretera. Me inquieto al pensar en lo que le pasó a mamá. ¿Y si me acaba sucediendo lo mismo que a ella? A medida que me dirijo a la salida del pueblo, siento que me flaquean las fuerzas. No sé si seré capaz.

Sin embargo, cuando alcanzo la carretera, noto que me voy tranquilizando: es ancha y puedo ir por el arcén. Y, como si los astros se hubiesen puesto a mi favor, el recorrido incluso es bastante plano.

Mientras pedaleo, estoy muy atenta a todos los coches que me adelantan o con los que me cruzo. Voy en tensión, lista para reaccionar ante cualquier señal rara. Si algún vehículo se acerca mucho, si alguien me observa demasiado rato, si veo alguna cara conocida. En algunos momentos me parece oír una moto, pero no llego a verla nunca. Tampoco veo nada extraño.

Quince minutos después, llego a Sallén. El hostal El Águila está en las afueras. Pasan algunos coches y hay personas por la calle, pero nadie parece prestarme atención. La moto que he oído antes entra lentamente en el pueblo. El conductor es irreconocible porque lo cubren el casco y una cazadora. Mientras ato la bicicleta a una barandilla, lo observo pasar, suspicaz, pero se pierde dentro del pueblo.

El hostal está rodeado por un muro no muy alto. Empiezo a recorrerlo, observándolo con atención. Al pasar por delante de la

cancela, descubro que, más que un hostal, parece un pequeño hotel. A través de la acristalada entrada observo que hay una pequeña recepción detrás de la cual está un hombre, concentrado en un ordenador.

Sigo avanzando hasta la parte posterior del edificio, donde hay, más que una calle, un pasillo ancho entre el muro y otro edificio.

Estudio el muro, que es rugoso. Con suerte, la superficie me facilitará trepar por él. Solo quiero echar un vistazo al otro lado. Ver si es una opción viable para venir en otro momento del día, cuando nadie pueda descubrirme… Es decir, en plena noche.

Miro a izquierda y derecha, asegurándome de que no haya nadie cerca…

Salto para sujetarme a la parte superior del muro mientras intento trepar por la pared con los pies. Me resbalo varias veces, pero al fin encuentro un punto de apoyo.

Estoy tan concentrada en seguir ascendiendo que tardo unos segundos en procesar que estoy oyendo pasos. Corren hacia aquí. Antes de poder reaccionar, unas manos tiran de mí. Caigo hacia atrás con un grito.

Unos brazos me rodean, evitando que caiga al suelo, y choco con un cuerpo sólido. Voy a gritar otra vez, pero me cubren la boca. Empiezo a moverme, frenética. Grito igualmente, pero es imposible que nadie me oiga.

—Maia, cálmate. No te voy a hacer daño —dice una voz que reconozco.

Me callo y me quedo inmóvil unos segundos. Cuando vuelvo a moverme para apartarme, los brazos me sueltan con suavidad. Me giro enseguida para encararme a él.

Cameron.

—¡¿Se puede saber qué haces?! —le grito.

Lo admito, estoy un poco histérica. Por un momento he pensado que iban a matarme, que debería haber hecho caso a la nota que me han dejado.

—¿Tú me lo preguntas a mí? —replica, señalando el muro. Aparenta tranquilidad, pero su mirada me dice que está conteniendo el enfado.

Me llevo las manos a la cabeza, todavía intentando superar el susto que me he pegado. Lo empujo con todas mis fuerzas, furiosa, pero solo consigo que retroceda medio paso. Eso todavía me frustra más.

Entonces me fijo bien en la ropa que lleva puesta. Una cazadora de motorista que he visto hace tan solo unos minutos.

—¿Me has estado siguiendo? —pregunto, incrédula.

—Llevo días vigilándote.

Abro la boca, incapaz de hablar. ¿Y lo admite así, con esa tranquilidad?

—¿Has sido tú? —Mi incredulidad crece por momentos. Estoy tan fuera de mí que vuelvo a empujarlo, solo para que mi frustración se dispare cuando ni siquiera se mueve. Es como haber empujado una pared—. ¿De qué vas? ¿Se puede saber a qué ha venido lo de la nota?

Cameron se queda un momento parado.

—¿De qué nota hablas?

—Venga ya, ahora no te hagas el inocente —le espeto.

—No te he dejado ninguna nota. —Lo dice mirándome a los ojos, sin vacilar—. ¿Es lo que antes tenías en la mano? ¿El papel que has

arrugado?

Me es imposible abrir más los ojos.

—¿Lo has visto? ¿Estabas espiándome?

La cabeza me va a mil, intentando procesarlo todo. La pregunta de quién me ha dejado la nota si no ha sido Cameron queda relegada a un segundo plano. Estoy demasiado ocupada procesando que está pirado.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué hacías intentando colarte aquí? —me pregunta como si estuviese enfadándose por momentos. Me indigno ante su actitud.

—¡No te atrevas a pedirme explicaciones! —le grito. Cuando me doy cuenta de que podemos acabar llamando la atención, me esfuerzo por bajar el tono—. Explícame tú qué haces aquí.

Da un paso hacia mí y me fulmina con la mirada. No pienso achantarme. Me da igual que me saque una cabeza. Me quedo donde estoy, apretando los labios, retándolo. Cuando habla, se acerca un poco más a mí:

—Llevo días vigilándote porque ni por un momento me he creído que quisieras ser mi amiga. ¿A qué estás jugando?

Parpadeo un par de veces, intentando disimular la sorpresa que me embarga.

—¿Y por qué no iba a querer ser tu amiga? —consigo replicar.

—Venga ya, Maia —dice Cameron con un gesto despectivo—. Hace dos años que nadie se acerca a mí. Soy antipático, soy al que la policía interrogó. Estoy seguro de que a Sofía le faltó tiempo para decirte que no te acercaras a mí. Eres lista, lo normal es que pasaras de mí. Sin embargo, te empeñaste en hablar conmigo. —Hace una pausa—. Tú estás buscando algo.

Ahora sí, me quedo sin palabras. Noto que las mejillas me arden.

No es solo por sentirme descubierta, es que mis sentimientos encontrados me confunden. Intento decirme que, aunque no hubiese hallado el diario, me habría acercado a Cameron igualmente, porque la realidad es que, a pesar de todas las dudas, me gusta. Mucho.

Sin embargo…

La vergüenza me recorre de pies a cabeza cuando me doy cuenta de que tiene razón. Cameron me despertó curiosidad desde el principio, pero, si no hubiese surgido la necesidad de averiguar más cosas sobre Julieta, seguramente no habría hecho nada al respecto. Me habría quedado todo el día tirada en el sofá, porque supongo que al final habría optado por acercarme al pueblo a descargarme programas en el teléfono para luego verlos en la cabaña.

No voy a negarlo, me admira que me haya visto el plumero. Lo he subestimado. Pero, si se dio cuenta, ¿por qué no dijo nada?

¿Por qué no pasó de mí?

Parece que los dos hemos estado jugando a nuestro propio juego.

Me cabrea haber sido tan transparente. También me alarma, porque sigo sin ver claro hablarle del diario y tengo que encontrar una manera de salir de esta.

Al ver que no contesto, Cameron se impacienta. No solo eso, sino que se enfada un poco más. De repente, hay un destello peligroso en su mirada.

No puedo evitarlo, cuando da un paso hacia mí retrocedo, pero choco con la pared y me quedo ahí atrapada.

—Una cosa es que te dé morbo acercarte al tío que la policía interrogó…

—No me acer… —empiezo a defenderme, un poco ofendida, pero me interrumpe.

—Pero otra es pretender colarte en un hostal a plena luz del día. Me debes una explicación.

Dejo pasar unos segundos antes de decir:

—No me acerqué a ti por morbo. Y no pretendía colarme en el hostal a plena luz del día. Solo tanteaba el terreno.

Cameron alza una ceja, como esperando que siga explicándome.

—Para venir en otro momento —acabo de confesar.

Mientras hablo, sopeso mis opciones. Hablarle del diario no es una de ellas. Pero quizá puedo ponerlo a prueba de otra manera…

—Hay algo que no cuadra en la muerte de Izíar Garrido —digo.

Observo su reacción con mucha atención. Frunce el ceño, desconcertado. No aparta la mirada ni un segundo cuando pregunta:

—¿Quién?

Sigo estudiando su rostro. Su confusión parece tan sincera como su impaciencia. Continúa esperando explicaciones por mi parte.

—Era una periodista. Hace dos años la encontraron muerta a treinta kilómetros de aquí. Al parecer, había salido a comprar drogas y alguien la estranguló. Se alojaba precisamente en este hostal.

De entrada, Cameron sigue sin reaccionar. Es como si oyera por primera vez los detalles que le acabo de dar. Es decir, que parece que Julieta no llegó a contarle nada. Pero las dudas siguen sin abandonarme.

¿Y si es muy buen actor y me está engañando?

Ya no sé qué pensar de nadie. De él menos todavía, precisamente porque quiero, o mejor dicho, me muero de ganas por creerlo.

Tras esa primera falta de reacción, Cameron se alarma. Da un paso atrás.

—¿Y crees que yo tengo algo que ver con eso?

—En realidad, no. He estado leyendo mucho sobre el caso y no me cuadra para nada que se trate de un robo que acabó mal. Creo que alguien le hizo daño por otro motivo, no sé cuál. Y pensé… —Me encojo de hombros—. Cogí el trabajo en la cafetería y me acerqué a ti, Sofía y los demás con la esperanza de oír cosas o haceros preguntas. Quizá sabíais algo más.

Está cogido con pinzas. Con unas pinzas muy finas y endebles, pero necesito que cuele. Me esfuerzo para no retorcerme con inquietud bajo la escrutadora mirada de Cameron, que no sé qué está pensando. Me está estudiando, supongo que decidiendo si me cree o no.

—Es decir —dice al final con una suavidad que es falsa—, me estás diciendo que crees que una mujer no fue asesinada de forma casual y has decidido investigarlo tú sola, no solo arriesgándote a que te detengan por colarte en el hostal, sino a acabar como ella.

Aparto la mirada.

Si lo dice así… Es verdad que suena imprudente, incluso un poco estúpido. Puede que el enfado por la nota que me han dejado me haya empujado a actuar de forma un poco impulsiva. Recuerdo el momento en el que Cameron me ha agarrado para obligarme a bajar del muro, el miedo que he sentido al pensar que iban a hacerme daño.

Ha sido horrible. No quiero volver a pasar por algo así ni en sueños.

Sin embargo, ¿qué se supone que debo hacer? Mi situación sigue siendo la misma. No veo ninguna otra opción que no sea seguir adelante.

—Pues sí —le admito a Cameron.

Su expresión se transforma.

No deja de estar enfadado, pero no se molesta en ocultar la preocupación.

—Maia, no puedes hacer esto. Este lugar… No sabes de quién puedes fiarte aquí.

«Lo sé, créeme», pienso, pero mantengo la boca bien cerrada.

—Prométeme que vas a dejarlo —añade.

Aprieto los labios. Podría mentirle y decirle simplemente que me olvidaré del tema. Aunque lo más probable es que vea la mentira.

También puedo decirle la verdad y conseguir que juegue a mi favor.

—No te voy a prometer eso —declaro—. Pero te dejaré que me ayudes a descubrir la verdad.

—¿Disculpa?

—Lo que has oído.

Si Cameron y yo investigamos esto juntos, podré observar sus reacciones. Con suerte, me servirá para concluir si me puedo fiar de él… o no.

Espero, mirándolo como si el corazón no me estuviese latiendo a mil por hora. Veo su incredulidad ante mi propuesta. También el momento en el que cede.

Farfulla una maldición.

—Vale.

Sonrío como si solo fuese una mujer de negocios que acabara de cerrar un acuerdo comercial muy satisfactorio. Intento no hacer caso al cosquilleo que me recorre la piel de todo el cuerpo.

¿Estoy haciendo lo correcto o me estoy metiendo en la boca del lobo?

CAPÍTULO 12

Agente Guardia Civil: Cameron, ¿sabes dónde está Julieta?

Cameron Muñoz: No.

Agente Guardia Civil: Tenemos el registro de llamadas del móvil de Julieta y hemos visto que os llamabais mucho. A veces más de una vez al día. ¿Por qué?

Cameron Muñoz: Porque… Porque estamos saliendo.

Agente Guardia Civil: ¿Sois novios?

Cameron Muñoz: Sí.

Eduardo Muñoz: Joder, Cameron.

Agente Guardia Civil: ¿Tus padres no lo sabían?

Cameron Muñoz: No. Los de Julieta tampoco.

Agente Guardia Civil: ¿Así que lo vuestro era un secreto?

Cameron Muñoz: Sí. Nuestros padres se llevan muy mal, pero esto no tiene nada que ver. No sé dónde está Julieta, pero ella nunca se iría así.

Agente Guardia Civil: Nos han contado que hace unas semanas pasó algo entre ella y otro chico en una fiesta. Un tal… Bruno. ¿Sabes a qué me refiero?

Cameron Muñoz: No.

Agente Guardia Civil: Varias personas que estaban en esa fiesta nos han contado que los vieron besándose. ¿Te lo

han contado a ti también?

Cameron Muñoz: (No contesta)

Agente Guardia Civil: Contéstame, Cameron.

Eduardo Muñoz: Oiga…

Cameron Muñoz: No, no lo sabía.

Agente Guardia Civil: Ya. ¿Estás seguro? Porque enterarte de algo así seguro que te haría enfadar mucho, ¿no?

Eduardo Muñoz: ¿No ve la cara que ha puesto? Claro que no lo sabía.

Agente Guardia Civil: Que conteste Cameron a la pregunta, por favor.

Cameron Muñoz: Que no, no lo sabía.

Agente Guardia Civil: ¿Estás seguro de que no sabes dónde está Julieta, Cameron?

Cameron Muñoz: ¡Que no lo sé, joder!

Eduardo Muñoz: Cameron, cálmate.

Cameron Muñoz: ¡No me pienso calmar! ¡Alguien le ha hecho daño a Julieta y estamos aquí perdiendo el tiempo!

Agente Guardia Civil: Sabes que, si le has hecho algo a Julieta, nos acabaremos enterando, ¿verdad? Fingir estar desolado no te va a servir de nada.

Cameron Muñoz: ¡Que yo no le he hecho nada a Julieta!

Eduardo Muñoz: Oiga, hemos venido aquí de buena fe. Ni siquiera he traído un abogado. Si van a acusar a mi hijo de algo, háganlo de forma apropiada y tomaremos las medidas necesarias. Por el momento hemos acabado.

—Tu plan es una mierda.

Cameron y yo nos hemos alejado de la parte trasera del hostal y nos hemos sentado a la sombra de la terraza de un restaurante que hay junto al río que atraviesa Sallén. Su cazadora y el casco descansan en una tercera silla. Ya nos han traído un refresco y un bocadillo a cada uno; al parecer, ninguno de los dos hemos tenido tiempo de comer.

Los saboreamos en un silencio que no es incómodo, pero sí tenso. No dejamos de observarnos el uno al otro. Sin embargo, nuestras miradas no tienen nada que ver con las que nos hemos dedicado otros días. Ahora son calculadoras. Nos estamos valorando el uno al otro. Y supongo que todavía estamos un poco molestos. Yo todavía no le he perdonado el susto que me ha dado, y, teniendo en cuenta cómo acaba de valorar mi plan, él también tiene recriminaciones que hacerme.

—¿A qué te refieres? —le pregunto porque no sé a qué parte del plan se refiere.

—Lo de colarte en el hostal para encontrar información de la periodista en el ordenador —explica—. Es absurdo. Suponiendo que te salga bien, como mucho tendrás sus datos personales. Eso no te va a ayudar en nada.

—No lo sabes. Quizá disponen de alguna información más —me defiendo—. Además, ¿tienes una idea mejor?

Cameron se pone las gafas de sol y me dedica una sonrisa de suficiencia.

—En realidad, sí.

Alzo las cejas con gesto interrogante esperando a que me la explique, pero se limita a sonreír y masticar. Resoplo.

—¿Qué tienes, diez años?

—Luego te la cuento. Dime qué ponía en la nota.

—Solo decía: «Déjalo». Supongo que se refiere a lo de Izíar Garrido, pero solo he preguntado por el tema a Sofía, Alba y Lucas. Bruno estaba por ahí, pero no sé si nos oyó.

Al escuchar el nombre de Bruno, Cameron hace una mueca de disgusto, pero no dice nada.

—¿Tú los ves haciendo algo así? ¿O metidos en un asunto extraño? —añado.

Cameron se encoge de hombros.

—Hasta hace dos años, te habría dicho que no, pero no lo sé. Ya no sé quién es de fiar y quién no.

—Quizá no fueron ellos. Podrían habérselo comentado a alguien y que haya llegado a oídos de alguna persona implicada que he preguntado por Izíar.

—Puede ser.

—Si descubriésemos algo importante, ¿la policía es una opción? Alba hizo un comentario que… No sé, como si no fuesen de fiar. — Ojalá me responda que tiene un familiar policía a quien le confiaría la vida. Por desgracia, cuando su expresión se ensombrece, sé que la respuesta me va a decepcionar.

—Hace tiempo que corre el rumor de que algunos están metidos en tráfico de drogas. Pero, o no los pillan, o no hay interés en pillarlos. Así que nadie se fía mucho de ellos.

—¿Tráfico de drogas? —pregunto, de repente interesada.

Cameron asiente y me apresuro a buscar un artículo en mi teléfono. Una especie de obituario en el que leí que Izíar Garrido estaba interesada en ese tipo de casos. Le paso el móvil y se quita las gafas de sol para leerlo. Aprovecho para estudiar bien cada una de sus reacciones. Realmente no parece saber nada del tema… Cuando termina de leer, asiente.

—Quizá esté relacionado. —Hace una pausa—. ¿La policía está metida en esto y tú pretendes ir contra ellos?

—Supongo. —Sonrío antes de darle un mordisco a mi bocadillo, fingiendo una despreocupación que no siento.

Cameron resopla y farfulla algo que suena a «Increíble». Decido cambiar de tema.

—¿Por qué no me contaste que eres motero?

—No soy motero —replica como si fuese una exagerada—. Solo tengo una moto.

—Ya, pero no es precisamente una Vespino.

Cameron se ríe, sorprendido.

—¿Una Vespino? ¿Qué tienes, sesenta años?

Me encojo de hombros. Papá me ha contado más de una vez que de joven condujo una de esas motos que, definitivamente, no se parecen en nada a la moto enorme de Cameron. Es toda azul, de esas con un diseño espectacular que llama la atención y no te fijas solo en la moto, también en quien la conduce.

—Me gusta ir en moto. A veces, si estoy agobiado, me dedico a conducir y me ayuda —explica Cameron—. Y no te lo conté porque no surgió en la conversación.

—Claro, viene muy bien cuando no te pueden reconocer debajo de ese casco —digo, dedicándole una sonrisa falsa.

—Sí, cuando se acercan a ti de manera sospechosa, viene muy bien —replica imitando mi tono y mi expresión.

Mierda, me la ha devuelto. Doy un sorbo a mi refresco, un poco enfurruñada.

—¿Vas a contarme qué idea mejor tienes? —le pregunto al cabo de unos segundos.

La sonrisa de Cameron se ensancha y se vuelve más sincera, aunque yo desconfío. Es la sonrisa del que sabe algo que tú no, y eso nunca es bueno. Sus ojos chispean de diversión antes de volver a ponerse las gafas de sol.

—¿Tienes planes para esta noche?

—Eh… ¿No?

—Ven conmigo.

Tras pagar en la barra del restaurante, Cameron me conduce de regreso al hostal. Se quita las gafas de sol y se las cuelga del cuello de la camiseta.

—Tú sígueme la corriente —dice.

Es su única explicación antes de cogerme de la mano y tirar de mí hacia la puerta. Estoy demasiado desconcertada como para resistirme o fijarme en lo agradable que me resulta el contacto con su piel. A la que me doy cuenta, estamos dentro y ante el recepcionista. No sé si es por su edad o por algo en su actitud, pero debe de ser el propietario.

—Hola, chicos —nos saluda—. ¿En qué os puedo ayudar?

—Queremos una habitación para esta noche —pide Cameron, tan tranquilo.

Me quedo inmóvil, petrificada, y me sonrojo a lo bestia. Él me da un apretón en la mano, como si quisiera asegurarse de que no salgo

corriendo, mientras se mantiene ahí de pie, con su sonrisa, tan tranquilo.

—Claro —dice el hombre, que nos echa un vistazo divertido. A sus ojos, somos dos jóvenes que buscan un lugar donde pasar la noche y echar un polvo.

Nunca había pasado tanta vergüenza. Quiero que el suelo, el centro de la Tierra y el universo entero me traguen y me hagan desaparecer de aquí. Pero no tengo tanta suerte y no me libro de quedarme ahí mientras el hombre introduce nuestros datos en el ordenador y nos da la llave de la habitación que Cameron paga. Ya sé que, suponiendo que fuésemos una pareja que quiere pasar aquí la noche, tendríamos todo el derecho a hacerlo, pero es que no somos pareja. ¿Y de verdad Cameron pretende que durmamos aquí? ¿En la misma habitación?

—Me llamo Rafa, cualquier cosa que necesitéis estaré por aquí —dice el hombre—. ¿Mañana desayunaréis en el hostal? Así ya os reservo mesa.

—Sí, definitivamente —afirma Cameron sin dudar.

Yo me esfuerzo por no poner caras raras. ¿Se puede saber qué demonios pretende?

—Vendremos en un rato —anuncia después.

Vuelve a cogerme de la mano y me guía hacia la calle de nuevo. Hasta que no nos hemos alejado una distancia prudencial, no le suelto la mano y me encaro con él.

—¡¿A qué ha venido eso?!

Cameron a duras penas contiene la risa.

—Qué pena no haberte grabado para que pudieras verte la cara.

—¡No tiene gracia! Además, no pasaré la noche contigo.

—¿No? —Me mira y alza las cejas un par de veces, como si pretendiera ser seductor. Cuando ve mi cara de indignación, se ríe un poco más—. No tienes que quedarte si no quieres. Yo dormiré aquí y, por la mañana, intentaré conseguir algo de información.

—¿Cómo?

—Ese es mi secreto.

Por más que le insisto para que me lo cuente, no habla.

—Voy a hacer un poco de turismo por la zona. Dentro de un rato me compraré algo de cena y volveré al hostal —anuncia—. Tú piensa qué quieres hacer.

Y el tío echa a andar, tan tranquilo, como si no le importara lo más mínimo si sigo sus pasos o no. Por unos momentos me tienta dejar que mi orgullo tome el control e irme en dirección contraria a buscar un banco en el que sentarme a enfurruñarme y… no sé, supongo que a pensar en una alternativa para intentar averiguar algo. Pero enseguida me doy cuenta de que estoy tan falta de ideas que da pena. Es decir, que me trago el orgullo y sigo a Cameron, a pesar de que no tengo claro si debo quedarme en el hostal con él o no.

Durante un buen rato me guía por el pueblo, que es más grande que Bolcáriz. Me cuenta cosas sobre algunos edificios o monumentos, sobre un par de restaurantes que le gustan, sobre las fiestas mayores que organizan en agosto. En otras circunstancias me habría interesado, pero estoy demasiado absorta intentando tomar una decisión sobre esta noche. Al final, en un impulso saco el teléfono y escribo un mensaje a papá: «Estarás contento, he aceptado salir de fiesta esta noche. Dormiré en casa de una chica del pueblo».

En cuanto lo envío, me recorre otra de mis oleadas de culpabilidad por mentir a mi padre. Intento convencerme de que es por un buen motivo, que voy a pasar la noche en la habitación de un hostal con un chico que es un secreto andante, porque… ¿Sabes qué? Será mejor que no le dé demasiadas vueltas.

«¡Estupendo! Ve dando señales de vida, ¿ok? Pero pásatelo bien», contesta papá. Y yo le pregunto a Cameron:

—¿Dónde vamos a comprar la cena?

Él solo me mira de reojo, sin dar a entender si le parece bien o mal que me quede, y me conduce a una hamburguesería que, al parecer, le gusta mucho. Más tarde, cuando entramos en el hostal, Cameron cargado con el casco de su moto y yo con una bolsa con dos hamburguesas descomunales, una caja con patatas fritas y dos refrescos, ya está anocheciendo.

En circunstancias normales, sé que sería una colección de bostezos y pies arrastrados por el cansancio. Está siendo un día largo y con demasiadas emociones. Sin embargo, mientras cruzamos la puerta de entrada, subimos las escaleras al tercer piso y espero a que Cameron abra la puerta, me siento lista para echar a correr en cualquier momento. Tengo el corazón desbocado y no es por los escalones que acabamos de ascender.

Sigo a Cameron al interior de la habitación abuhardillada, que, para ser de un hostal, tiene un tamaño muy digno. Me niego a mirar el mueble más grande y me centro en el baño, que es minúsculo; en la pequeña mesa redonda que hay en un rincón junto a dos sillas y donde dejo la bolsa con la comida; en el televisor pequeño pero nuevo que hay al lado; en la ventana desde la que se divisan los

techos de pizarra inclinados de otras casas del pueblo y, al fondo, las montañas verdes.

Por desgracia, ya no puedo posponerlo más: le echo un vistazo a la cama. Primero pienso que no es muy grande para dos personas. Y entonces acuden a mi cabeza unas imágenes muy inoportunas de cómo sería acostarse con Cameron en esa cama. Desnudos, uno encima del otro, besándonos y…

Al instante miro hacia el techo, tan apurada y con las mejillas tan encendidas que siento que podría explotar en cualquier momento. Regreso junto a la ventana, como si observar tejados fuera uno de mis pasatiempos preferidos.

—En seguida vuelvo —dice Cameron.

Le oigo abrir y cerrar la puerta, y, en cuanto sé que estoy sola, apoyo la frente en la pared, abrumada. Yo y mi estúpido y traicionero cerebro. Esta noche va a ser muy larga.

Me siento en una de las sillas con las piernas encogidas. Cojo el mando del televisor y lo enciendo para ver si encuentro algo interesante. Justo en ese momento la puerta vuelve a abrirse, y me sobresalto tanto que casi me caigo de la silla.

—Solo soy yo —dice Cameron, que sonríe con picardía—. Tengo el entretenimiento perfecto para esta noche.

Abro mucho los ojos. ¿De verdad va a proponer que…?

—Abajo tienen una biblioteca minúscula. No te vas a creer lo que he encontrado en la estantería —dice, enseñándome lo que lleva en la mano.

No es un libro, es… ¿Un DVD? Todavía abro más los ojos al ver el título de la película.

—¿La segunda parte de *Los juegos del hambre*? —pregunto, incrédula. Me río, tanto por la sorpresa como por el alivio.

—Rafa dice que alguien se la olvidó y que nos puede prestar un reproductor. ¿Te apetece verla?

—Me encantaría.

Descubrir que su plan para la noche es ver una película ha conseguido tranquilizarme de golpe. Tanto que, cuando tenemos el DVD en marcha, no tengo problemas para sentarme en la cama junto a Cameron, ambos apoyados contra el cabezal separados por una distancia prudencial. Sin embargo, vemos la película en silencio, sin rastro de la complicidad que habíamos tenido los días anteriores en el bosque.

A mitad de la película, decidimos cenar.

—Está buenísima —digo con admiración tras dar el primer mordisco a mi hamburguesa.

—Y has estado a punto de perdértelo —bromea, refiriéndose a mis dudas sobre si quedarme o no. Cuando sonrío, añade—: Supongo que habría encontrado la manera de invitarte otro día.

No le da más importancia, pero mi calma se evapora y a partir de ahí apenas soy capaz de prestarle atención a la película. Cuando termina un rato después, Cameron se estira con un bostezo y la camiseta se le levanta un poco y… no, no me fijo en el trozo de piel que queda al descubierto. Para nada. Ejem.

—¿Quieres ir a ver si hay más pelis? —propone.

Niego con la cabeza.

—Es tarde, supongo que deberíamos… —me interrumpo al darme cuenta de que iba a decir «acostarnos». No «dormir» o algo por el estilo, no. Acostarnos. Es oficial, hoy mi cerebro se ha fundido.

Sin embargo, Cameron no dice nada. Nos quedamos en silencio. De repente tomo conciencia de lo cerca que estamos el uno del otro. ¿Cuándo ha sucedido?

Necesito romper el momento.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —suelto al instante—. En realidad, un par.

Me observa con prudencia.

—Tú pregunta.

Es decir, que se reserva el derecho a no contestar. Creo que teme que le pregunte por Julieta. Pero no va por ahí, porque ya sé que sigue siendo pronto para eso.

Lo observo mientras valoro por qué pregunta es mejor empezar. Él espera, en apariencia tranquilo. Esos ojos que tanto me fascinan también me observan. Decido comenzar por la pregunta menos personal, al menos para mí.

—Si sospechabas que me estaba acercando a ti por algún interés retorcido y malvado, ¿por qué no me enviaste a la mierda?

Cameron mira al techo mientras se encoge de hombros.

—Supongo que tenía curiosidad por saber tus motivos.

Frunzo un poco el ceño. Vale... Creo que solo me ha dado media respuesta, pero no insisto. Decido pasar a la pregunta más personal.

—¿Por qué, cuando desconfié de ti, te enfadaste tanto? Me refiero al principio de todo, cuando me dijeron que… —Dejo la frase a medias. Él sospecha que fue Sofía quien me habló mal de él, pero no se lo he confirmado. No quiero crear más malos rollos—. Y después, esos días en la cafetería, cuando pasabas de mí como de la mierda.

—No pasaba de ti como de la mierda.

Sonríe cuando ve mi expresión de absoluta incredulidad. Incluso la exagero para que le quede claro que no se lo cree ni él, ni yo, ni la persona más ingenua del mundo.

Se remueve un poco, se mira los pies al contestar.

—A nadie le gusta que piensen mal de él —dice al fin, mirándome solo un momento.

—Cameron, venga ya. Vale que te reserves el derecho a no contestar, pero me estás dando largas. No me conocías de nada, ni siquiera soy del pueblo, ¿qué más te daba lo que yo pensara de ti?

—¿No lo sabes todavía? Soy una persona muy sensible.

—Te estoy hablando en serio.

—Yo también.

—Eso es mentira —replico, empezando a molestarme—. Te agradecería que no intentaras tomarme por estúpida.

Empiezo a moverme con la intención de bajar de la cama y hacer algo, no sé el qué, porque no es que el espacio dé para mucho. Sin embargo, la mano de Cameron me rodea la muñeca y me la sujeta con suavidad. Me quedo quieta, sorprendida, muy consciente de los centímetros de mi piel que están en contacto con la suya.

—Maia.

Ahora sí, Cameron me está mirando con mucha atención. Parece estar debatiéndose entre si hablar o no. Veo el momento en el que decide hacerlo, también que le cuesta un poco.

—Cuando una chica a la que apenas conoces, pero que te tiene impresionado, te mira como si pudieses llegar a hacerle daño, duele. Sobre todo si es la primera chica que te gusta en mucho tiempo —dice con suavidad—. Y cuando después parece querer pasar tiempo contigo sin motivo… Hay una mezcla de curiosidad y de conformarse

con lo poco que te den, porque, sean cuales sean sus motivos, estar con ella es agradable.

Si lo que pretendía era dejarme sin palabras, lo ha conseguido. Cameron acaba de confesar que se siente atraído por mí. Ya sé que yo ya lo había pensado, pero tener la confirmación… La respiración se me acelera un poco. Él sigue sujetándome y es como si no pudiésemos dejar de mirarnos a los ojos, a los labios…

Solo tenemos que inclinarnos un poco para besarnos.

Por un momento, me pregunto qué estoy haciendo. Esto es una mala idea. Sin embargo, pronto solo soy capaz de estar pendiente de lo suaves que son sus labios, de la oleada de calor al notar su lengua contra la mía, de lo mucho que me gusta cuando me sujeta el rostro con ambas manos, como si fuese algo precioso que teme que se escape.

Se aparta un momento.

—El día que apareciste por el pueblo, me pareció una broma de mal gusto. Tener a alguien que te gusta tan cerca… —empieza a decir, pero se interrumpe para besarme otra vez. Es un beso dulce, pero que tiene sabor a despedida. Ahora soy yo quien lo sujeta por las muñecas, mi petición silenciosa para que no se aparte. Sin embargo, acaba cortando el beso—. Soy un desastre, Maia. No quieras acercarte más a mí.

—¿No soy yo quien debería decidir eso? —Me gustaría hablar con más firmeza, pero me temo que mi tono, falto de aire, suena a súplica.

—Solo quiero protegerte.

—¿De qué?

No contesta. Se limita a darme un último beso, rápido, casto, y se aparta de mí. Me mira como si estuviese luchando consigo mismo.

—Voy a devolver la película.

Un par de segundos después, la puerta se cierra detrás de él y yo me quedo sola sobre la cama, acariciándome los labios, recordando los besos, queriendo más… y sabiendo que no debería.

Estoy hecha un buen lío.

De repente, la puerta de la habitación se abre con brusquedad. Cameron se queda en el umbral, todavía con el DVD bajo el brazo. Está pálido.

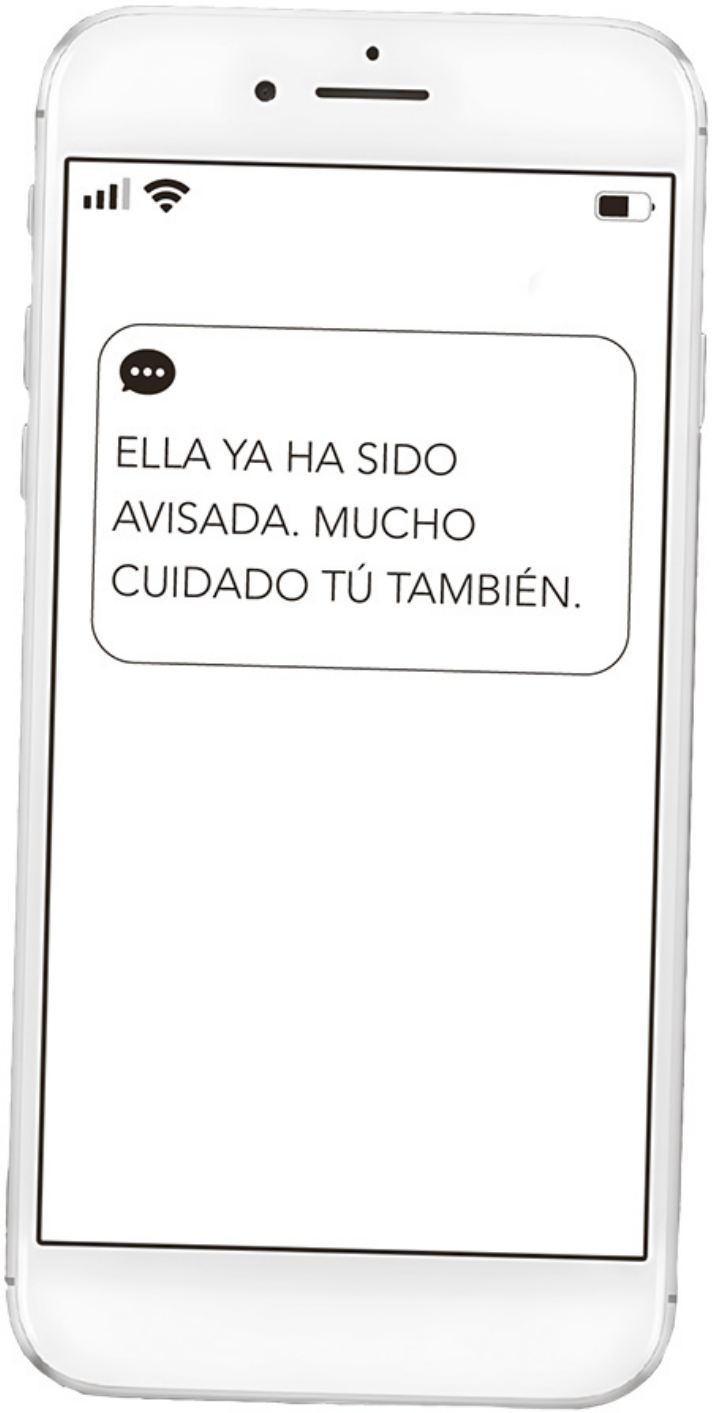
—¿Qué pasa?

—He recibido un mensaje.

No espera a que le pregunte nada más. Se acerca para mostrarme su teléfono, que lo lleva en la otra mano. En pantalla, hay una fotografía en la que aparecemos Cameron y yo saliendo del hostal cogidos de la mano. Está bastante ampliada, parece que la han tomado de lejos, pero somos claramente nosotros.

El texto que la acompaña me pone los pelos de punta.

CAPÍTULO 13


ELLA YA HA SIDO AVISADA. MUCHO CUIDADO TÚ TAMBIÉN.

Me quedo atascada un buen rato mirando la foto, releyendo el mensaje. Las manos me tiemblan. ¿Alguien nos ha estado siguiendo esta tarde? ¿Alguien… que conoce tanto a Cameron como para tener su número?

—¿Quién te lo ha enviado?

Cameron, que se ha asegurado de cerrar bien la puerta, niega con la cabeza.

—Es un número que no tengo en la agenda. Podría ser cualquiera.

Dejo el teléfono sobre la cama, en la que apoyo las manos con la esperanza de controlar el temblor, intentando valorar las implicaciones de haber recibido un mensaje así, pero no lo consigo.

—¿Y si llamamos al número? —propongo.

—Eso sería provocar. —Cameron se ríe un poco a su pesar—. Eres una temeraria, Maia.

Hago un gesto de exasperación con las manos.

—Entonces ¿qué hacemos? Esto significa… —Callo un momento para intentar reflexionar con calma—. Si les molesta que estemos en el hostal, significa que saben que Izíar Garrido se alojaba aquí. Están preocupados porque saben que estamos investigando su muerte. Es decir, esto confirma que no murió por un robo con violencia. Fue por otro motivo y no quieren que se descubra.

Él coge una silla para sentarse frente a mí, los brazos apoyados en las piernas. Me observa, pensativo, inquieto. Asiente.

—Tiene sentido.

—¿Y qué hacemos? ¿Deberíamos ir a la policía? —digo con poco convencimiento.

Se supone que, si recibes un mensaje como este, deberían hacerte caso, pero, si alguien en la misma policía no quiere que la verdad salga a la luz, se asegurará de que la cosa se quede en nada y la verdad sobre Izíar y Julieta permanecerá enterrada.

Cameron también tuerce el gesto, su expresión se ensombrece.

—No creo que nos ayuden.

Su tono invita a dar el tema por zanjado. Es evidente que no los aprecia demasiado.

Ahí es cuando una duda estalla en mi cabeza. ¿Y si Cameron se ha enviado el mensaje a sí mismo? ¿O ha pedido a otra persona que se lo envíe?

¿Por qué haría algo así? No tiene ningún sentido. O quizá sí. Ha visto que estaba dispuesta a seguir investigando lo de Izíar y esta es su manera de intentar disuadirme.

Pero, cuando le he hablado de la muerte de la periodista, realmente parecía no saber nada.

Estoy volviendo a comerme la olla y solo conseguiré volver a sentir que estoy perdiendo el juicio. Debo frenarlo. Cierro los ojos y me imagino que en mi cabeza aparece una enorme puerta de la que cuelga un cartel de *stop* gigante. Lo mantengo ahí unos cuantos segundos, hasta que siento que el torbellino de pensamientos se detiene.

El truco funciona, pero vuelvo a quedarme en esa situación en la que todo me grita que puedo confiar en Cameron, pero tengo tantas ganas de que sea así que se me podría estar pasando algo por alto y vuelven a entrarme las dudas.

De repente, me siento agotada. El cansancio del día por fin ha hecho acto de presencia y soy incapaz de pensar con claridad.

—Entonces ¿qué hacemos? —vuelvo a preguntar.

Cameron se masajea la frente. Supongo que me consuela un poco ver que él tampoco lo sabe.

—Desde luego no saldremos del hostal en plena noche —dice al fin—. Nos quedamos aquí. Vamos a intentar descansar y mañana por la mañana decidiremos qué hacer.

—Vale —susurro.

Sin decir nada más, me pongo en pie para encerrarme en el baño. No tenemos ni pijama ni un triste cepillo de dientes, pero solo es una noche, no es el fin del mundo.

Antes de volver a salir, le envío un mensaje a papá: «Todo bien por aquí. nos vamos a dormir. buenas noches».

No espero a ver si contesta a mi descomunal mentira. No hay nada que esté bien. Y no tengo fuerzas para ver su respuesta, que seguro que será animada y destilará esperanza en cada letra.

Mientras Cameron pasa por el baño, aprovecho para quitarme los pantalones y me meto bajo la sábana. Me aseguro de estar en el extremo del colchón y doy la espalda al resto de la habitación.

A pesar de que por las noches refresca, en la habitación no hace nada de frío. Sin embargo, todo mi cuerpo tiembla y parece incapaz de parar. Supongo que son el exceso de emociones y los nervios. No ayuda que, cuando Cameron sale del aseo, oigo con claridad como también se quita los pantalones antes de meterse en la cama. Imagino que se queda en el extremo del colchón, porque ni siquiera me roza.

Me encojo para intentar temblar menos y cierro los ojos con la esperanza de que el sueño me venza pronto.

Tan solo necesito unos minutos para descubrir que puedes estar agotada, pero no dormirte. Y seguir temblando como una hoja.

Cameron suspira.

—Maia. Ven.

Antes de comprender qué me está pidiendo exactamente, noto cómo se mueve. De repente, sus brazos me envuelven. Se me escapa un grito ahogado muy poco digno, y otro cuando me arrastra hacia el centro del colchón.

—¡¿Qué haces?!

—Estás haciendo temblar toda la cama. —Pega el pecho a mi espalda, sus piernas a las mías y me abraza. Después susurra—: Todo irá bien.

Le contestaría que no puede prometer algo así, que no lo sabe, pero lo único que hago es suspirar. Su abrazo sienta muy bien. Es una locura permitir algo así, lo sé, otra más del listado que ya llevo hoy: pretender investigar lo de Izíar Garrido, acceder a pasar la noche con él en un hostal, el beso. En fin.

La calidez de su cuerpo y esa sensación de sentirme protegida me reconfortan tanto que el temblor acaba desapareciendo. Cuando por fin me duermo, ni siquiera me doy cuenta.

Despertamos los dos a la vez cuando algún vecino de habitación cierra su puerta con demasiada energía.

Al abrir los ojos, descubro que estamos tumbados cara a cara. Ya es de día, pero todavía es temprano. Nuestras piernas y manos están entrelazadas, relajadas. Quizá lo sensato sería separarnos, pero ninguno de los dos lo hace. Nos quedamos mirando.

Estudio el rostro de Cameron, sus ojos todavía soñolientos. No había tenido la oportunidad de verlos tan de cerca, de descubrir el círculo más oscuro que rodea el iris, cada línea, cada pequeña mancha. Vuelvo a maravillarme por ese increíble color azul. También por la línea recta de su nariz, los pómulos marcados, la mandíbula que unos cuantos modelos querrían para sí. Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, muevo la mano y recorro sus rasgos con fascinada delicadeza. Qué hermoso es.

Cameron cierra los ojos y me deja hacer, pero, tras unos segundos, mueve su mano para atrapar la mía. La manera de hacerlo, la mirada que me dedica, parecen querer repetir lo que me dijo ayer: «Soy un desastre, Maia. No quieras acercarte a mí».

Así pues, no es ninguna sorpresa cuando dice:

—Deberíamos bajar a desayunar o los dos llegaremos tarde a trabajar.

No tendría que gustarme tanto escuchar su voz de recién despertado. Ni sentirme tan decepcionada porque esté demostrando tener mucho sentido común.

Suspiro para mis adentros y asiento, aunque todavía tardamos unos segundos en dejar de mirarnos y ponernos en marcha. Los dos pasamos por la ducha y bajamos a la cafetería del hostal, donde el mismo Rafa nos trae las tostadas y los cafés que hemos pedido. En ese momento, Cameron le dice con una amabilidad que no le había visto hacia otras personas:

—Rafa, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro —responde este, curioso.

—Verás, Maia es estudiante de Periodismo —miente Cameron, señalándome. Espero que, durante la mirada fugaz que me dedica

Rafa, no pueda ver que los ojos están amenazando con salírseme de las cuencas por la sorpresa. ¿Se puede saber qué demonios está haciendo?—. Tiene que hacer un trabajo para septiembre sobre un crimen que haya sido olvidado por los medios, y anoche, informándose sobre la zona, descubrió el caso de Izíar Garrido.

A la vez que Rafa se sorprende, recuerdo el motivo que nos ha traído a este hostal. ¿Cómo es posible que lo haya olvidado? ¿Y cómo es posible que Cameron haya vuelto a no avisarme de que iba a hacer algo así?

—A Maia le sabía mal preguntarte porque imaginamos que es un tema muy delicado —explica Cameron, a la vez que me esfuerzo por entrar a toda velocidad en el papel de una tímida estudiante de Periodismo. Él termina con tono de disculpa—: Pero yo siempre quiero ayudarla, así que no he podido evitar preguntarte. Por intentarlo no perdemos nada, ¿no?

—Menudo asunto —dice Rafa, negando con la cabeza—. Tuvimos aquí a la policía, la habitación cerrada varios días… Una pesadilla.

Al ver que Rafa parece dispuesto a hablar, me falta tiempo para intentar aprovecharlo.

—En el artículo me encantaría hablar sobre lo que hizo Izíar mientras estuvo aquí. Su día a día, si hablaba con gente… Cosas así.

—Entraba, salía. Con nosotros no habló mucho —responde.

Me desespero ante otra respuesta vaga. Es lo único que consigo cada vez que hago preguntas.

—¿Te interesa saber si algo en su comportamiento llamaba la atención? —me pregunta Cameron, ayudándome.

—Sí, claro. Cualquier cosa que me ayude a… eh, completar el artículo —confirmo. Me sonrojo un poco, cosa que espero que pase

por timidez y no vergüenza por mis pésimas dotes de improvisación. Definitivamente, estrangularé a Cameron en cuanto nos quedemos solos.

—Mira, te contaré lo mismo que le conté a la policía. Así tendrás información de primera mano y sacarás mejor nota —me dice Rafa, cómplice—. Esa chica unas veces salía de excursión a la montaña y otras veces se arreglaba mucho para salir. Una vez la vi subirse a un coche pijo.

La mención del coche provoca que me sonroje un poco más.

—¿Cómo era el coche? —pregunto, recordando la descripción que Julieta hizo del coche del supuesto asesino de Izíar.

—Azul. Muy bonito.

Asiento, intentando disimular la decepción.

—¿Sabes a quién pertenecía?

—No. Pero ¿queréis saber mi opinión? —Cameron y yo nos apresuramos a asentir—. Yo creo que ligó con algún tío de la zona. Uno con pasta, que por aquí tenemos unos cuantos.

—Esas excursiones… ¿Sabes adónde iba? —pregunta Cameron.

—Ni idea. Alguna vez comentó que le encantaba esta zona. —Rafa decide dar la conversación por terminada y me pregunta—: ¿Tienes suficiente para tu artículo?

Me esfuerzo por sonreír con una mezcla de entusiasmo e inocencia.

—Sí, muchas gracias, de verdad. Sacaré notaza.

Cuando Rafa se aleja, yo tomo un sorbo de café y aprovecho para fulminar a Cameron con la mirada. Él me dedica una sonrisa lenta y pícara que, no hay derecho, lo único que hace es aumentar su atractivo.

—Me gusta ver tus reacciones de sorpresa —susurra con todo el morro. Lo único que puedo hacer yo es poner los ojos en blanco.

Un poco después, cuando abandonamos el hostal en dirección al solitario aparcamiento donde aparcó la moto, no dejamos de mirar con disimulo a nuestro alrededor por si hay alguien observándonos, pero no detectamos nada extraño.

—Rafa no nos ha dicho nada que nos ayude —comento cuando alcanzamos la moto y Cameron empieza a sacar un casco extra que lleva en el baúl posterior.

Me ha convencido para llevarme a Bolcáriz en moto. Luego, con el camión, recogerá la bicicleta. La idea de ir en moto no me hace especial ilusión, pero no le puedo negar que, tras los mensajes recibidos, no parece prudente meterse con la bici por la carretera.

—A Izíar le interesaban los casos de tráfico de drogas, ¿verdad?

Asiento, preguntándome a qué viene la pregunta. Es evidente que le está dando vueltas a algo. Se muerde el labio, pensativo.

—Si iba de excursión a la montaña… Quizá estaba buscando una plantación de marihuana.

—¿Qué? —Me quedo de piedra.

—Desde hace unos años, de vez en cuando vuelve el rumor de que unos tipos tienen una plantación de marihuana en la montaña, en una zona de esas a las que nadie llega.

Proceso sus palabras, las implicaciones de lo que me está contando.

—¿Crees que la encontró y por eso la…? —No consigo terminar la frase.

—Puede.

Sería una explicación. Maldigo por no poder hablarle a Cameron de los dos coches de lujo que parecen estar relacionados con Izíar. Uno azul y uno negro con una línea roja. ¿Qué tienen que ver el uno con el otro? ¿Pertenecen a la misma persona o al mismo grupo de gente?

—Las drogas mueven mucho dinero, ¿no? El propietario de esa plantación podría tener un coche de lujo —reflexiono en voz alta—. ¿Y si Izíar no solo encontró la plantación, sino que se acercó al propietario?

—Eso sería un juego muy peligroso.

—Pero posible. —Intento no pensar en que llevo semanas jugando un juego peligroso al acercarme a Cameron sin saber si podría tener algo que ver con la desaparición de Julieta.

Cameron se lo piensa unos instantes, pero acaba asintiendo.

—No me pidas que busquemos la plantación —dice entonces.

Boqueo varias veces como un pez fuera del agua, preguntándome cómo demonios sabía que iba a proponérselo. ¿Me habrá delatado mi expresión? ¿Me conoce más de lo que me gustaría?

—Ya sé que sería peligroso, pero, si encontramos la plantación y además resulta que hay por ahí un coche de lujo azul, ya será información para llevar a la policía. O a un periodista que lo publique si no te fías de ellos —razono—. Es que no veo qué otra cosa podemos hacer. No vemos claro ir a la policía. No tenemos pruebas suficientes como para que un periodista nos haga caso. Entonces…

—Que Izíar Garrido no murió al ir a comprar drogas lo tienes tú más claro que yo —me interrumpe Cameron.

Me callo de golpe. Yo lo tengo más claro porque creo que Julieta vio el asesinato de Izíar.

Las dudas vuelven a asaltarme. ¿Debería confiar en Cameron? ¿Debería contarle de una vez lo del diario? ¿De verdad puedo confiar en él o solo quiero confiar en él? Joder, si anoche incluso me besé con él y, si hubiera sido por mí, no habría parado. Quiero llevarme las manos a la cara, pero me contengo.

—¿A ti no te parece todo un poco raro? —pregunto con voz más débil de lo que me gustaría.

—Sí, un poco sí —admite él—. Pero no creo que justifique ponernos en peligro de esa manera.

—Vale, ¿y qué otra cosa podemos hacer?

—No lo sé.

Levanto las manos, frustrada.

—Entonces lo único que podemos hacer es olvidarnos del tema.

—No digo eso. Pero sí creo que deberíamos enfocarlo de otra manera —insiste.

Camino arriba y abajo, cada segundo que pasa estoy más agobiada. Sé que otra manera de enfocarlo sería confiar en él de una maldita vez, enseñarle el diario y ver qué pasa. Pero el miedo a que sea un error me bloquea.

—De acuerdo. Pues ya veremos qué hacemos —cedo.

—Démonos unos días para pensar qué podemos hacer, ¿vale? Encontraremos la manera.

Asiento sin esconder el desánimo y Cameron procede a darme indicaciones sobre cómo ir de pasajera en la moto, que puede resumirse en no ser un peso muerto. Después me ayuda a ponerme el casco y él mismo me lo abrocha, cosa que no es nada sexi. No, para nada.

Los dos kilómetros de trayecto hasta Bolcáriz me parecen diez. Me agarro con tanta fuerza a Cameron que dudo que pueda respirar. Creo que prefiero ser conductora antes que pasajera.

Me deja en las afueras del pueblo porque sigue siendo mejor que no nos vean juntos.

—No he visto que nos siguiera nadie, pero ten cuidado, ¿vale? —me pide cuando nos despedimos.

Asiento sin poder evitar conmoverme por la preocupación en su voz y emprendo el camino hacia la cafetería. Me pregunto si debería dejar el trabajo. Tal y como están yendo las cosas, me temo que seguir allí no me va a servir para averiguar nada útil sobre Julieta o Izíar. Pero, si lo hago, no solo les estaré haciendo una faena a Sonia y Ramón, sino que creo que se preocuparían por mí. Les dije que estaría en Bolcáriz hasta principios de septiembre, si dejo el trabajo de golpe… Sí, pensarán que me pasa algo (y no les faltará razón).

De hecho, durante la mañana estoy escandalosamente distraída. Cojo mal un par de pedidos y olvido varias veces a qué mesa estaba llevando unos platos. Ramón me pregunta si sufro de mal de amores. Sonia le dice que no sea rancio y me pregunta si he descansado poco. Amina me sorprende diciéndome que no me preocupe.

Será mejor que no les dé detalles de mi noche. Cuando a las dos termina mi turno, estoy agotada, pero pensar en ir a encerrarme en la cabaña se me hace una montaña. Supondrá quedarme otra vez a solas con mis pensamientos.

Acabo sentándome en el muro bajo de un parque infantil y, aprovechando que tengo cobertura, me dedico a buscar información

sobre plantaciones de marihuana en esta zona. No me aparece nada.

—¡Maia!

Me sobresalto un poco al escuchar mi nombre, pero me relajo al ver que se trata de Lucas, que se acerca. Por cómo va vestido, parece que venga de hacer alguna excursión. Con un suspiro se sienta a mi lado, a una distancia razonable.

—¿Cansado?

—No sé por qué dejo que mi hermano me convenza para irnos de excursión cada dos por tres —se queja—. El tío parece una cabra, y yo, un pobre perezoso. No puedo seguirle el ritmo.

Me río ante la imagen que se dibuja en mi cabeza.

—¿Tú cómo vas? ¿Has acabado de currar? —me pregunta.

—Sí, pero tengo mala cobertura en la cabaña y… —Hago un gesto para mostrarle el móvil, pero me callo porque no creo que sea prudente explicarle qué información estaba buscando.

—¿Y? —pregunta, curioso.

La tentación me invade. ¿Y si se lo dejo caer a ver qué pasa? Quizá sabe algo y Lucas me parece de fiar. No le contaré toda la verdad, claro. Puedo disimular el motivo de la pregunta.

Me río fingiendo estar un poco avergonzada.

—No te lo vas a creer, pero en la cafetería había alguien hablando de unas plantaciones de marihuana y me ha picado la curiosidad. Soy una cotilla.

—Uf —dice, estremeciéndose un poco—. Cuidado con ese tema. Mira.

Saca el teléfono y busca algo en su WhatsApp. Tarda un poco en encontrarlo, pero finalmente me tiende el móvil y dice:

—Mira, lee esto. Es la primera vez que oí hablar de las plantaciones.

CAPÍTULO 14

Alba:

Oye, que mis padres se han enterado de que alguien ha montado una plantación de marihuana cerca de aquí

Pero es que en plan gigante, no sé cuantas mil plantas

Bruno:

Me parto. ¿Dónde está? Vamos a comprar

Sofía:

Si tus padres se han enterado, la policía también

Hugo:

Exacto, y también estarán sacando tajada

Bruno:

¡¿Pero dónde está?!

Cameron:

Por el Cuello de Argal, yo también lo he oído

Bruno:

Joder, está en el quinto pino

Alba:

¿Os acordáis de esos tíos raros que vimos pescando en el lago? ¿Serán esos?

Hugo:

Tenían una pinta muy chunga. Yo me mantendría alejado

Cameron:

Sí que son esos. Yo pasaría de ellos y del tema o nos meteremos en un lío

Bruno:

¿Y tú cómo sabes tanto, Cameron?

Cameron:

Tengo fuentes

Devuelvo el teléfono a Lucas, pero no sin antes darle *sin querer* a la flecha que lleva a los mensajes más recientes del chat. Son de hace dos años.

—Gracias. ¿Y nunca supisteis nada más? ¿Si siguen ahí o no?

Lucas se encoge de hombros.

—A los tipos esos raros no hemos vuelto a verlos, pero eso no significa nada. El tema daba muy mal rollo. —Me dedica una mirada de soslayo—. ¿Curiosidad satisfecha?

—Sí, gracias. Ya tengo suficiente, es cierto que el tema da mal rollo.

Debo darle la razón a Cameron. Si la supuesta plantación está tan lejos y los tipos que cuidaban de ella parecían tan chungos, intentar acercarse sería una auténtica imprudencia.

Entonces ¿qué otra cosa podemos hacer? Se me escapa un suspiro desanimado ante la falta de posibilidades. Al darme cuenta, intento disimularlo como cansancio.

—Bueno, voy a ver si como algo —digo, levantándome.

Nos despedimos de Lucas con un gesto y cada uno se va en una dirección diferente. No puedo decir que camine hacia la cabaña arrastrando los pies, pero simbólicamente sí lo hago. Cameron ha dicho que encontraríamos la manera de seguir investigando lo de Izíar, pero creo que solo estaba intentando ser optimista para que me olvidara de lo de la plantación.

¿Cómo se enteró Cameron de ese tema? En el chat no llegó a revelarlo.

Joder, otra duda sobre Cameron que ya no sé si está justificada o no.

Subo los peldaños del porche de la cabaña con otro suspiro desanimado. Cuando meto la llave en la cerradura, oigo unos golpes. Sucede todo tan rápido que tardo en procesar que se trata de alguien que corre hacia mí. Unas manos me agarran con fuerza y tiran de mí.

Se me escapa un grito y las llaves se me caen al suelo. Por un momento me siento transportada al día anterior, al momento en el que Cameron me obligó a bajarme del muro del hostal y me dio un susto de muerte. El miedo se me vuelve a disparar mientras pienso que será él otra vez, aunque no sé por qué está haciendo esto ni por qué ha tirado de mí con tanta... rabia.

Entonces las manos me obligan a girar, me agarran el cuello de la camiseta y me empujan sin miramientos. Mi espalda choca con la puerta con tanta violencia que se me escapa un resoplido dolorido y desconcertado. No comprendo por qué Cameron… No tiene ningún sentido que él esté haciendo esto.

Al fin, miro hacia arriba y descubro de quién se trata. No es Cameron.

Es Lucas.

Cualquier rastro de su amabilidad de antes, de su despreocupación y simpatía habituales, han desaparecido. Su rostro está transformado por la ira.

—¿Qué eres, la mayor estúpida del país? —me espeta.

Tira de mí de nuevo para volver a estamparme contra la puerta.

—¡¿Qué haces?!

La voz me sale aguda, evidenciando lo asustada que estoy. Intento agarrarlo de los brazos para que me suelte, intento empujarlo, pero solo consigo que me zarandee.

—¿Los avisos no son suficientes? ¿Ahora incluso vas preguntando por la plantación? ¡¿A ti qué te pasa?! —me grita, acercándose a mi cara.

De repente, Lucas sale volando hacia atrás. Es tan brusco que caigo de rodillas en el porche. En el claro que hay delante de la cabaña, Cameron está arrastrando de malas maneras a un sorprendido Lucas. La expresión de Cameron… da miedo.

—¡Suéltame, cabrón! —le grita Lucas, intentado golpearlo.

Como respuesta, Cameron le da un puñetazo en el costado. Lucas gime de dolor, pero se lo devuelve. Entonces se enzarzan en una pelea de golpes y puñetazos en el cuerpo que me deja petrificada. Nunca había visto nada tan violento, parece que quieran matarse el uno al otro.

Entonces Cameron consigue sentarse encima de Lucas, lo sujeta por la camiseta, tira de él y lo estampa contra el suelo con tanta fuerza que Lucas se queda atontado. Cuando Cameron repite el golpe, yo consigo reaccionar.

—¡Para!

Corro hacia ellos y tiro de Cameron con todas mis fuerzas. Solo consigo que se caiga de lado y siga con medio cuerpo encima de Lucas, pero al menos deja de golpearlo. Por su expresión parece que esté a punto de volver a abalanzarse sobre él, así que lo empujo de nuevo.

—¡Que lo vas a matar!

Al fin, me mira y su mirada se enfoca. Estaba tan furioso que parecía haberse olvidado de sí mismo. Está jadeando, agotado. Mira a Lucas, todavía enfadado pero tomando conciencia de lo mal que habría podido acabar esto.

Lucas se está recuperando y se sienta con un gemido, llevándose una mano a la parte posterior de la cabeza.

—¡Solo quería asustarla, joder! —le grita a Cameron.

Me quedo boquiabierta, incrédula. ¿Quería asustarme dándome una paliza? Es lo que me ha parecido que iba a suceder.

Para Cameron son las palabras equivocadas. Se incorpora de un salto, vuelve a sujetarlo por la ropa y lo obliga a ponerse en pie. El enfado de Lucas deja paso al miedo, cosa razonable porque incluso yo me asusto otra vez.

—¡Joder, Cameron, cálmate! ¡Que no iba a hacerle daño!

—Te he visto hacerle daño, no me vengas con historias.

—¡Solo quería asustarla para que deje de husmear!

Sus palabras consiguen abrirse paso entre el miedo y el desconcierto que me aprisionan y recuerdo que ha mencionado unos avisos.

—¿Me dejaste tú la nota?

—Sí —admite.

—¿Y el mensaje a Cameron?

—Que sí, también yo. —Aprieta las manos de Cameron hasta que consigue que lo suelte—. Dejad de meter las narices en asuntos que no os importan.

—¿De qué hablas? —le pregunta Cameron.

Lucas resopla con desprecio y me señala.

—Esta el otro día preguntó por la periodista como quien no quiere la cosa —dice mientras empieza a sacudirse la ropa para librarse del polvo. Va haciendo muecas de dolor—. Ayer estabais en el hostal donde se alojaba y hoy aparece preguntando por la plantación.

El corazón me da un vuelco. Cameron y yo intercambiamos una mirada. Los dos estamos pensando lo mismo. Lucas sigue desempolvándose la ropa, enfadado pero despreocupado, como si no acabara de contarnos que…

—¿Los de la plantación mataron a Izíar Garrido? —pregunto con un hilo de voz.

Lucas se endereza de golpe y me mira con los ojos muy abiertos. Después ve que la expresión de Cameron es un espejo de la mía.

—¡No! —nos grita como si no estuviésemos entendiendo nada—. Ellos no tocaron a esa periodista, pero andaba husmeando en el tema de la plantación. Si se enteran de que alguien intenta relacionarlos con su muerte, se pondrán nerviosos.

—Ya. Esa mujer los molestaba y apareció muerta por casualidad, ¿no? Qué golpe de suerte para ellos —dice Cameron.

—Solo intento salvaros la vida, imbéciles. Son gente peligrosa.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —le pregunto.

Lucas resopla, molesto.

—Vendo para ellos en Zaragoza, ¿vale? He estado un par de veces ahí arriba y los he oído hablar. Cuando la periodista apareció muerta, tuvieron que cambiar la plantación de sitio. Les daba miedo que atrajera a policías que no fueran los que tienen en nómina.

—¿Tienen a policías en nómina? —exclamo.

—Esto ya te lo dijo Alba, ¿no? —responde como si yo fuese tonta. Es decir, que sí—. Tú y tus preguntitas, joder.

—¿Sabes de qué policías sí podemos fiarnos? —interviene Cameron.

—Por lo que a mí respecta, de ninguno. Yo de vosotros no confiaría en nadie. —Empieza a alejarse hacia el camino—. Idos a la mierda y olvidaos de la plantación.

En dos pasos, Cameron lo alcanza y lo sujeta por el cuello de la camiseta.

—Si vuelves a tocarla, te mato —le susurra.

Lucas se libra de él con un gesto brusco y se aleja, pasando por el lado de la bicicleta que esta mañana se ha quedado en Sallén. Imagino que Cameron ha venido a devolvérmela y se ha encontrado con el espectáculo.

Nos quedamos en silencio. Hay tantas cosas que deberíamos decirnos que ninguno de los dos sabe por dónde empezar. Yo sigo demasiado impresionada.

Mientras Cameron intenta adecentarse la ropa, decido guardar la bicicleta, pero recuerdo que las llaves se me han caído cuando Lucas me ha agarrado.

Regreso al porche y echo un vistazo rápido al suelo, pero no las veo. Me arrodillo y aparto con brusquedad las sillas y la tumbona, que chocan con la pared y la barandilla de madera. Maldigo para mí cuando las llaves siguen sin aparecer.

—¿Estás bien? —pregunta Cameron. No me giro.

—No encuentro las llaves.

—Ahora te ayudo a buscarlas. —Oigo que sube al porche y se acuclilla detrás de mí. Con suavidad, repite—: ¿Estás bien?

Apoya los dedos en mi hombro, apenas es un roce, pero me estremezco. Aparta la mano.

—Ibas a matarlo —murmuro.

Lo oigo suspirar.

—Lo sé —admite. Parece arrepentido—. Cuando he visto lo que te estaba haciendo… No veía nada más, solo…

Ahora sí, me giro para mirarlo.

—No te reconocía, Cameron.

Por su expresión, creo que comprende lo que no estoy diciendo en voz alta. ¿Qué más esconde? Porque verlo así, convertido en esa especie de monstruo, ha hecho regresar con fuerza todas las preguntas sin responder que tengo sobre él.

—No soy violento. —Hay algo de súplica en su voz. Baja la mirada. Cuando vuelve a hablar, se le rompe la voz—: No soportaría que también te pasara algo.

Me estremezco ante esa alusión tan directa a Julieta. Sé que debería aprovechar el momento para preguntarle por ella, además de preguntarle si cree a Lucas o si opina como yo que los de la plantación sí que tuvieron algo que ver con lo de Izíar, pero soy incapaz. No sé cómo aliviar la desagradable presión que me está creciendo en el pecho. Ni cómo desenredar la maraña de pensamientos que se me acumulan en la cabeza. Lo que sé, lo que no sé, las dudas… Tantas dudas... Nunca habría dicho que Lucas sería capaz de amenazarme como lo ha hecho. En todo caso, lo habría esperado de Bruno. Ya no sé qué pensar de nadie de este pueblo.

Tampoco habría dicho que Cameron pudiera ponerse tan violento.

Ya no sé nada.

La presión en el pecho aumenta. Empiezan a escocerme los ojos. Tengo miedo. Me siento superada. También frustrada porque no

tengo ni idea de qué hacer. Y sola, me siento muy sola. Desamparada.

Quiero que papá me abrace. Pero más que eso…

Respiro hondo para calmarme, esforzándome por desviar mis pensamientos. Llevo un año embutiendo un montón de emociones en un rincón de mi cabeza para que no me molesten, para que no me hagan sentir. Pero lo que acaba de suceder ha abierto una grieta en el muro que las contiene y están escapándose en un goteo, amenazando con explotar.

Todo lo que está pasando hace que necesite… Quiero un abrazo de mamá. Quiero que me rodee con sus brazos y no me suelte, que me diga que todo irá bien, que puede ayudarme. La quiero aquí. Pero no está y…

Me falta el aire y se me escapa una respiración ahogada.

—¿Maia? —dice Cameron, preocupado.

—Estoy bien —me apresuro a decir—. Es solo que…

Vuelvo a respirar ruidosamente, la garganta se me cierra. No logro controlar las lágrimas, que se me escapan y me ruedan por las mejillas. Intento secármelas, pero es inútil porque siguen brotando una detrás de otra, imparables.

—Echo tanto de menos a mi madre… —confieso.

Escondo la cara detrás de las manos, intentando contenerme, pero entonces surge de mí, de lo más profundo, un sollozo que me rompe. A ese sollozo lo siguen otros y pierdo el poco control que me quedaba. Lloro como llevaba un año sin llorar. Lloro con gemidos desproporcionados y un llanto desconsolado, desgarrador. Y también empiezan a salir las palabras que llevo tanto tiempo guardándome:

—Quiero que esté aquí. Que me ayude, que me diga que soy una idiota por haberme metido en este lío, y quiero que papá esté bien y… —Al fin saco lo que llevo un año sin poder decir en voz alta—: No quiero aceptar que tengo que seguir con mi vida sin ella. Sé que es lo que todo el mundo espera que haga, pero no quiero. ¡Quiero que vuelva!

Sigo llorando un mar de lágrimas, sacando toda mi pena y mi frustración. De repente, los brazos de Cameron me rodean y me atraen hacia él. No me resisto. Dejo que me acune y nos quedamos así, abrazados en el suelo del porche, Cameron en silencio mientras yo dejo salir el llanto de todo un año.

No sé cuánto rato pasa. Bastante. Cuando lo único que sale de mí son suaves sollozos, Cameron se aparta un poco para observarme con el ceño fruncido. No me mira con lástima, cosa que agradezco; muchas personas sí han llegado a hacerlo y no lo soporto. En él solo veo comprensión.

Me sujeta el rostro con delicadeza y me seca las lágrimas con los pulgares.

—Déjame que busque las llaves y entramos. Si te apetece darte una ducha, mientras tanto te preparo algo para comer.

—No tengo hambre.

—Pero te sentará bien comer —insiste.

No le cuesta encontrar las llaves. En realidad, no estaban tan escondidas. Me ayuda a ponerme de pie, abre la puerta y me hace un gesto para que entre yo primero. No me pasa desapercibido que duda un momento en el umbral antes de entrar, como si se estuviese mentalizando para enfrentarse a unos cuantos recuerdos.

No le pregunto por ello. He explotado y estoy agotada, con la cabeza un poco embotada. Siento como si me moviera con lentitud y los sonidos me llegaran un poco apagados, lejanos. Mis pensamientos también van más lentos.

Siguiendo la propuesta de Cameron, subo a ducharme. Mientras tanto, él prepara unos macarrones deliciosos que nos comemos en silencio. Yo soy incapaz de hablar, y Cameron… él también parece afectado por todo lo sucedido.

Cuando terminamos, nos quedamos sentados, mirándonos. Es como si nos estuviésemos preguntando: ¿y ahora qué?

Pues no tengo ni idea.

Siento un pinchacito en el corazón, conmovida, cuando Cameron se ofrece a hacerme compañía hasta que llegue papá, pero, como estoy mucho mejor y su madre le ha pedido que la acompañe al supermercado, le digo que no hace falta.

Voy con él hasta la puerta, donde se detiene un momento. Estamos de pie uno delante del otro, sin saber qué hacer. Creo que queremos darnos un beso, pero ninguno de los dos lo ve claro.

Al final, da un paso atrás. Tras despedirnos con la promesa de ir hablando, se va. Me quedaría observándolo desde la puerta, pero me obligo a encerrarme en la cabaña.

Después de recoger la mesa y la cocina, me siento en el sofá y enciendo la tele. Necesito distraerme un poco. Solo ponen programas del corazón, pero no importa porque no me entero de nada. Sigo abotargada, un poco insensible.

Por eso me sorprende cuando, un rato después, papá entra en la cabaña y al instante me echo a llorar. No como antes, pero lo suficiente como para que se alarme y corra a sentarse a mi lado.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Ha sucedido algo?

—Quiero que mamá vuelva —digo con voz temblorosa.

Tras un momento, papá suspira y me abraza.

—Lo sé. Yo también.

Se le rompe la voz al decirlo y nos quedamos así un buen rato, abrazados, los dos llorando.

—Siento haber estado… —empiezo a decir en cierto momento. Siento que le debo tantas disculpas.

—No tienes que disculparte por nada, Maia.

—Pero es que sigo sin saber si podré empezar la universidad, ni…

Papá vuelve a interrumpirme.

—Ya lo irás viendo. Paso a paso, ¿vale?

Asiento, deseando que sus palabras me tranquilicen, pero no es así porque, si intento pensar en el futuro, en lo que pasará en septiembre y más allá, sigo viendo una pared negra.

—Maia, necesito preguntarte algo —dice entonces con una gravedad inusual.

—Dime…

—¿Por qué estás viendo esta mierda de programa?

Se me escapa una carcajada y, al mirarlo, descubro que todavía tiene lágrimas en las mejillas. Se las seco con la mano. Un poco más entera que antes, consigo decir:

—No hay derecho, papá. No es justo.

No necesita más explicaciones. Sabe que me refiero a mamá.

—No, no lo es. —Me da un apretón en la mano—. Pero saldremos adelante, ¿vale?

—Vale. —Asiento sin mucha convicción.

—Sobre todo si no vemos esta mierda de programa. En serio, Maia, ¿qué estás viendo?

Papá odia los programas del corazón con toda su alma.

Vuelvo a reírme a pesar de todo, y pasamos unos minutos envueltos en una extraña mezcla de risas y lágrimas.

Los siguientes días son raros.

Sigo con la sensación de tener la cabeza embotada. Es como si fuese por ahí un poco atontada.

Voy a trabajar a la cafetería y hablo, sonrío, limpio mesas y llevo pedidos, pero es como si mi cuerpo estuviese en un lado y mi mente en otro, observándome moverme desde la distancia.

De vez en cuando, Cameron me escribe mensajes. Me pregunta cómo estoy. Mi respuesta siempre es parecida: «Bien, pero cansada. Necesito estar unos días en casa».

«Te entiendo», contesta, y sé que lo dice con absoluta sinceridad. No insiste y al día siguiente vuelve a preguntarme cómo estoy.

Un mediodía, al llegar a la cabaña, me encuentro apoyados en la puerta varios DVD: todas las películas de *Crepúsculo* y las que me faltan por ver de *Los juegos del hambre*. Me río, le envío una foto a Cameron con un simple «gracias» y mis tardes se vuelven bastante más entretenidas. Obviamente, ni se me ocurre pasarme por la playa de la Calavera o el parque de los columpios para no arriesgarme a encontrarme con Lucas y los demás.

Todos esos días transcurren así, pero de vez en cuando me acuerdo de mamá, de que no voy a volver a verla, y necesito parar un rato a llorar. Tras unos minutos, me encuentro mejor y puedo seguir con lo que estuviese haciendo.

Sin embargo, no sé si es al quinto o al sexto día, al pensar en mamá no siento la necesidad de ponerme a llorar. Duele y la echo muchísimo de menos, pero no me bloquea.

Ese mismo día, me doy cuenta de que ya hace varias semanas que se me ha pasado la necesidad constante de ver *reality shows*. Ahora la idea de pasarme todo el día en el sofá me echa para atrás.

Supongo que todo esto es bueno, ¿no? Estoy dando un paso adelante, signifique lo que signifique esto. Sé que es lo que papá quiere. Aunque, si intento pensar en mi vida más allá de septiembre, sigo sin ver nada.

Al cabo de una semana, en un día de julio especialmente caluroso, sucede otra cosa.

Me siento con ánimos de volver a pensar en Julieta, en su diario y en Izíar Garrido. También veo claro cuál es el único paso que puedo dar a continuación. Supondrá hacer un acto de fe o, simplemente, fiarme de mi intuición. Porque sí, hay ciertas dudas que siguen ahí, pero creo que puedo confiar en Cameron.

Le enseñaré el diario de Julieta.

CAPÍTULO 15

Querida hija mía,

Espero que hayas descansado. Anoche se me olvidó avisarte de que hoy tenía que irme muy temprano y seguramente llegaré bastante tarde.

No me esperes a cenar, por favor. Estaré unos días así.

Tampoco veas ese programa del corazón, por favor, te licuará el cerebro y se te saldrá por las orejas.

Papá

Señor padre,

Tienes un revuelto de huevo, patata y cebolla en la nevera. Intenté preparar mi primera tortilla de patatas, pero me temo que la giré demasiado pronto y fue un desastre.

Ya decía yo que últimamente me salía algo raro por las orejas...

Maia la Licuada

Maia,

Me encanta que hayas intentado preparar tu primera tortilla de patatas. otro día la hacemos juntos. El revuelto estaba delicioso.

Pasado mañana tendré que pasar la noche fuera...

Te quiero,

Papá

Releo la última nota de papá varias veces. Lo conozco lo suficiente como para saber que se ha contenido para no llenarla de signos de admiración que delaten lo mucho que le emociona que me haya animado a intentar cocinar un plato un poco elaborado.

Lo curioso es que, por primera vez en mucho tiempo, en vez de sentirme mal porque se esté llevando la impresión equivocada, se me escapa una sonrisa. Después me muerdo la uña del dedo pulgar, pensativa. Sin saberlo, papá me ha dado el momento ideal para hablarle a Cameron del diario de Julieta.

Un poco más tarde, cuando estoy a punto de llegar al trabajo y veo que tengo cobertura, primero le envío un mensaje a papá para decirle que no se preocupe por lo de quedarse a dormir fuera una noche, que estaré bien. Después escribo a Cameron:

«Necesito hablar contigo. ¿Pasado mañana a las 18 en la roca?».

Me parece mejor que tengamos esa primera conversación fuera de la cabaña. El otro día vi que entrar suponía un esfuerzo para él y es mejor que no esté incómodo desde el principio. No va a ser una conversación fácil.

Cuando lo envío, tengo el corazón desbocado. No espero a ver si me contesta enseguida, pero el resto de la mañana no puedo evitar estar pendiente del teléfono. Mi mensaje es muy críptico y hará suposiciones sobre el tema de conversación, pero sean cuáles sean estarán equivocadas.

A media mañana descubro que tengo un nuevo mensaje suyo: «Claro. Nos vemos allí».

Respiro aliviada porque no me pida más explicaciones. Guardo el teléfono y el resto del día y el siguiente procuro centrarme en trabajar, en ver alguna película por las tardes y en no dar vueltas a lo que pasará con Cameron.

El día señalado por la mañana me levanto temprano para despedir a papá con un abrazo y por la tarde estoy en la roca quince minutos antes de las seis. Al principio camino por el pequeño claro arriba y abajo, pero es diminuto y acabaré por marearme. Me siento sobre la roca y contemplo el pantano, con la esperanza de que las aguas mansas me ayuden a tranquilizarme. Sin embargo, su eterna oscuridad me recuerda una vez más que Julieta podría estar ahí debajo y solo consigo que el estómago se me retuerza de forma desagradable.

Cuando por fin lo oigo acercarse, me pongo en pie de un salto. Me quedo ahí, como si fuese una recepción de bienvenida oficial, con la diferencia de que yo me balanceo inquieta sobre los pies, pasando el peso de la punta a los talones sin cesar.

Al menos ahora ya estoy acostumbrada al vuelco que me da el corazón cada vez que lo veo y me maravillo de lo hermoso que es, aunque en esta ocasión hay que sumarle la casi histeria por lo que estoy a punto de contarle. ¿Cómo de mal se lo tomará? Porque estoy segura de que, de entrada, no le va a gustar descubrir que he estado guardando este secreto.

El estómago se me retuerce un poco más cuando su sonrisa me dice que se alegra de verme.

—¿Cómo estás?

—Mucho mejor. Gracias por el otro día. Y por las películas.

Me observa, creo que valora si estoy siendo del todo sincera. Teniendo en cuenta que la última vez que nos vimos lloré lo nunca visto, supongo que es normal que tenga dudas. Pero no le he mentido. Es cierto que me encuentro mucho mejor. Me cuesta un poco explicarlo, pero es como si me sintiese un poco más ligera. No es que estuviese cargando con ningún peso sobre los hombros, pero sí que había algo que de alguna manera me hundía. El haberlo sacado me permite ver las cosas de otra manera. Supongo que con más optimismo. Excepto por la conversación que debemos tener ahora, que no tengo ni idea de cómo va a ir. Tampoco tengo muy claro cómo empezarla, a pesar de que llevo varios días intentando planificarla.

Me noto las manos sudorosas y sé que no es por el calor. Me las froto en el pantalón.

—¿De qué querías hablar? —pregunta Cameron al ver que no digo nada.

Asiento y le hago un gesto con la mano para que se acomode en la roca, cosa que hace sin discutir. Se le ve cómodo mientras espera, curioso. Yo me quedo de pie ante él.

—Necesito preguntarte algo. Es delicado.

—Vale… —La curiosidad se transforma en prudencia.

Lo suelto sin darme tiempo para repensármelo:

—¿Qué crees que le pasó a Julieta?

Tras un pequeño gesto de sorpresa de Cameron, descubro lo que significa que la expresión de alguien se cierre. Eso es lo que hace su rostro, que de repente se vuelve una máscara neutra que procura no transmitir ninguna emoción. Ni enfado, ni pena, ni sorpresa. Nada.

—¿Por qué me preguntas eso?

Me rasco la sien aunque no me pica y miro un momento al suelo.

—Te prometo que te lo explicaré, pero… eh, es importante.

No le digo más, pero necesito saber qué opina él para encontrar la mejor manera de hablarle del diario.

Cameron deja pasar unos segundos. Me esfuerzo para no retorcerme bajo el peso de su mirada.

—Se supone que se suicidó —dice al fin.

Alzo las cejas al oír cómo lo expresa. Ese «se supone» no podía ser más significativo.

—Pero tú no lo crees —afirmo.

Cameron vuelve a tomarse un momento para contestar. Cuando lo hace, habla con lentitud.

—No, no lo creo.

—¿Qué crees que le pasó?

Cameron suspira. Por un momento, pienso que se va a plantar, que me va a exigir saber a qué viene este interrogatorio. Sin embargo, es al contrario. Era un gesto de resignación, como si desistiera de contar lo mínimo posible.

—No lo sé. Las semanas de antes estaba rara, pero decía que estaba bien.

Se sumerge un momento en sus pensamientos, como si estuviese recordando esos días.

—¿Pudo haberse escapado? Quizá quería irse a vivir sola a otro sitio o…

Me callo cuando Cameron niega con la cabeza.

—Está muerta.

La seguridad implacable con la que lo dice me provoca un escalofrío.

—Pero no la encontraron, quizá… —empiezo a insistir. No puedo negar que, en el fondo, tengo la esperanza de que eso sea lo que sucedió. Pero él me interrumpe.

—Tenía dieciséis años, Maia. ¿Dónde iba a irse sola? Es cierto que ella aquí no era feliz, pero… —Se limpia una mancha imaginaria del pantalón y baja la mirada en un gesto de timidez inusual en él. Cuando sigue hablando, su voz se rompe un poco—. Estábamos enamorados. No me habría abandonado sin decirme nada. Y tampoco creo que se suicidara. Mis padres se han hartado de decirme que los suicidios muchas veces no se ven venir, pero en su caso no me lo creo. Habíamos hecho muchos planes y…

Calla y se encoge de hombros. Me quedo en silencio, esperando. Sé que no necesito volver a preguntarle para que siga hablando.

—Alguien del pueblo le hizo daño —dice al fin, tan serio, tan convencido, que siento otro escalofrío.

—¿Cómo lo sabes?

Cameron resopla y se pasa la mano por la frente y el cabello.

—¿A qué vienen todas estas preguntas, Maia? Simplemente lo sé, ¿vale? Tuvo que ser alguien de aquí, pero podría haber sido cualquiera, así que los odio a todos. ¿Y sabes por qué no pienso irme nunca del pueblo? Porque algún día espero saberlo, y entonces… —Aprieta los labios en un intento de contener la furia, pero me queda muy claro de qué se ve capaz de hacer si algún día descubre quién le hizo daño a Julieta. Sin embargo, de repente su expresión se rompe y lo único que veo es vulnerabilidad—. Y tampoco me voy porque todavía espero verla aparecer algún día.

Sus palabras me rompen el corazón. Solo puedo imaginar lo que debe de ser vivir así. Asiento mientras tomo aire y lo suelto

lentamente, dándome unos segundos antes de hablar. Ya no puedo posponerlo más.

—Yo también creo que alguien hizo daño a Julieta.

Mis palabras, desde luego, consiguen captar su atención. Su mirada se afila.

—¿Por qué? —pregunta, aunque su tono desprende otra cuestión: ¿y tú qué sabes?

Vuelvo a coger aire, consciente de que cada frase que voy a pronunciar a partir de ahora será un paso imposible de desandar. Ya no hay vuelta atrás.

—Porque vio el asesinato de Izíar Garrido.

Cameron entrecierra los ojos y abre un poco la boca, sorprendido.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunta al fin, prudente.

—Hace unas semanas, hubo un problema en la cabaña en el baño de mi habitación. El caso es que… encontré algo escondido. Un cuaderno, un diario. —Mientras hablo, no puedo evitar que se me noten los nervios al revelar por primera vez lo que llevo tantas semanas guardándome. Y, además, a Cameron—. Al principio no sabía de quién era, pero no tardé en deducirlo. Era de Julieta.

El asombro transforma la cara de Cameron.

—¿Julieta tenía un diario? —Asiento—. ¿Y estaba escondido en la cabaña?

Cuando vuelvo a asentir, Cameron se pone en pie, supongo que por la sorpresa. Es como si estuviese a punto de echar a correr en busca del diario.

—Julieta vio algo. Tenía dudas, pero vio a un hombre matando a una mujer. Ella, y yo también lo pienso, creía que se trataba de Izíar Garrido.

Cameron no dice nada. Me da que todavía está intentando comprender lo que acabo de contarle y lo que significa. No solo está asombrado, sino que empieza a estar horrorizado.

—En el diario hablaba de vosotros dos y… —empiezo a decir, pero me interrumpo porque no creo que sea buena idea seguir por ahí—. Siento mucho no habértelo contado hasta ahora, Cameron. No sabía en quién podía confiar y… Lo siento.

—¿Por eso te acercaste a mí? ¿Porque… porque querías averiguar si yo maté a Julieta? ¿Por eso has pasado todo este tiempo conmigo? —estalla Cameron.

Y es esa mezcla de sorpresa absoluta e indignación la que me convence al fin, sin fisuras, de la inocencia de Cameron. La primera preocupación de alguien culpable habría sido averiguar si el diario contaba algo que pudiese perjudicarlo.

Hago un gesto suplicante con las manos para que se calme. Sé que le pido mucho, pero necesito que me escuche.

—Cameron, no he fingido nada —aseguro, mirándolo a los ojos. Es la verdad, necesito que lo comprenda. También que me comprenda a mí, así que sigo hablando—: Al principio ni siquiera sabía si era real. Después no sabía en quién podía confiar, porque Julieta no se lo contó a nadie y… —Me doy cuenta demasiado tarde de lo que estoy diciendo. Un destello de dolor cruza la expresión de Cameron—. No te lo contó porque dudaba de sí misma y no quería perderte.

Mis palabras no consiguen lo que yo buscaba. Con cada sílaba que he pronunciado, Cameron parecía más incrédulo, más dolido. Me mira como si no me conociera.

Sabía que contarle esto no sería fácil. Suponía que se enfadaría, porque tiene motivos. Lo que no me esperaba era que verlo mirarme así doliera tanto. Y es en este momento, cuando veo que he perdido a Cameron, que me doy cuenta de que estoy enamorada de él.

La revelación es como recibir un golpe en el pecho. Por un momento me quedo sin aire y siento que me rompo en pedazos.

Los ojos me escuecen, pero parpadeo rápido varias veces.

No tengo ningún derecho a llorar.

—Lo siento, Cameron. En el pueblo nadie hablaba demasiado y… No he sabido hacerlo de otra manera.

—Dame el diario —exige, dejando claro que mis disculpas y explicaciones no le importan lo más mínimo.

—No. —Es el «no» más difícil que he pronunciado nunca.

—¿Disculpa?

—Quiero estar a tu lado cuando leas el diario. No será fácil para ti. No creo que debas estar solo.

Cameron resopla, una media risa carente de humor y llena de desdén.

—¿Vas en serio? ¿Ahora quieres apoyarme? Ya ni siquiera puedo mirarte a la cara.

Retrocedo un paso porque es como si me hubiese abofeteado. Podría volver a intentar defenderme, pero sé que no serviría de nada. Además, puede que él no me esté comprendiendo a mí, pero yo sí que lo comprendo a él. Si yo estuviese en su situación, también estaría furiosa.

A pesar de todo, no voy a ceder con lo de entregarle el diario. Sigo pensando que dejarlo que lo lea solo es un error.

—Todo el tiempo que hemos pasado juntos, todo lo que me has ayudado estas semanas, ha significado mucho para mí. Eso no lo dudes, por favor —digo con la voz un poco temblorosa—. Voy a regresar a la cabaña. Sé que no es fácil para ti entrar allí, pero, cuando quieras leer el diario, te espero ahí.

Le doy la espalda y emprendo el camino de regreso sin darle tiempo a contestar. Cuando no oigo que sus pasos me sigan, no sé si sentirme aliviada o preocupada. Mi intención es darle espacio y tiempo para que se tranquilice, pero quizá me sale mal. Quizá no sirva para nada. O quizá solo consigo enfurecerlo más.

Unos minutos después, entro en la cabaña. Me espero un momento en la puerta, pero Cameron no aparece. La cierro… y me quedo sin saber qué hacer. En realidad, solo tengo una opción: esperar mientras cruzo los dedos. Si Cameron aparece exigiendo que le entregue el diario, me quedaré hecha polvo, pero tendré que ceder. No solo porque quiero estar a su lado cuando lo lea, también porque no sabría qué pasará después. Me cuesta explicarlo, pero siento que sería una forma simbólica de tener que dejar ir a Julieta. Nunca la conocí, pero sería como perderla.

Pasa algo más de una hora durante la que espero sentada en el sofá o caminando arriba y abajo por el salón. He debido de sentarme y levantarme unas veinte veces. Soy incapaz de hacer otra cosa.

Entonces, a través de la ventana, veo una figura que se acerca. La reconozco al instante.

Cameron.

Ni siquiera intento mantener un poco de dignidad u orgullo. Corro hacia la puerta y la abro de golpe, y me quedo en el umbral,

expectante. Él sube las escaleras y aguarda en el porche. Está más tranquilo, pero todavía parece molesto, como si tuviese un conflicto consigo mismo. Me observa unos instantes, como si eso pudiese ayudarlo a acabar de decidirse. Me obligo a ser paciente, pero la espera me está matando.

—Si hago el esfuerzo de ponerme en tu lugar, supongo que entiendo por qué lo has hecho. Pero, Maia, joder… —Se frota los ojos y el rostro con fuerza, como si fuese un intento de aliviar la rabia—. Ya no sé si tengo que enfadarme contigo o con el hijo de puta que ha causado todo esto.

Aprieto con fuerza la mano que tengo apoyada en el marco de la puerta para no correr a abrazarlo. Eso lo asustaría. Y posiblemente lo animaría a salir corriendo. Pero no puedo evitar sentirme un poco esperanzada.

—Averigüemos juntos quién es ese hijo de puta —propongo. Todavía no se lo he dicho a Cameron, pero estoy convencida de que se trata de uno de los colegas de Lucas de la plantación. Solo tenemos que encontrar la manera de demostrarlo. Tal vez debamos recurrir a Lucas para conseguirlo. No sé cómo lo convenceremos, pero habrá que buscar la manera.

La expresión de Cameron se suaviza. Suspira. Después pasea la mirada por la cabaña.

—Es cierto que me cuesta entrar aquí. Julieta y yo… Sabes que esta cabaña es de sus padres, ¿no? —Cuando asiento, continúa—: Ella a veces cogía las llaves, cuando sabía que no había nadie. Me invitó varias veces.

Puedo imaginar sin problemas qué hicieron esas veces que estuvieron aquí. Me parece lo más normal del mundo, pero no me

apetece pensar en ello. Lo que hago, en cambio, es salir para situarme a su lado y le ofrezco la mano para que entremos juntos.

Tras un momento de duda, me la coge.

Entramos y lo guío hacia la mesa para que se siente en una silla.

—Voy a buscar el diario —susurro.

Asiente, y solo entonces me suelta la mano.

Subo al piso de arriba y rescato el diario de su escondite, tras la cajonera del armario. Me quedo un momento ahí de pie, acariciándolo. Una vez lo haya terminado de leer, sé que tendrá más sentido que se lo quede Cameron. Tiene todo el derecho del mundo a pedírmelo. Así pues, no puedo evitarlo, siento que esto es una despedida. Vuelvo a notar la presencia de Julieta en la habitación, como si estuviese observándome. Espero que le parezca que estoy haciendo lo correcto. Yo creo que sí.

Lo ojeo, haciendo pasar las páginas por última vez. Van tan rápido que casi no lo veo. Dos páginas que parecen despegarse de golpe.

Me detengo de forma brusca.

Retrocedo hasta el punto donde me ha parecido verlo. Sí, ahí está. Parece que dos páginas se habían quedado pegadas por el borde. Son del fragmento que se estropeó con el agua, así que me llevo una buena sorpresa cuando, al acabar de separarlas, puedo leer con claridad varias frases de una entrada que hasta ahora me había pasado desapercibida.

CAPÍTULO 16

15 de mayo

[redacted] he visto un coche negro con una línea roja.

Era él. Era él. Era él.

Ya sé quién es.

~~Cam~~

~~No~~

No sé qué hacer. ¿Qué voy a hacer? Nos va a destrozar la vida a—[redacted]

Me ha visto mirarlo. Creo que sabe que lo he reconocido.



Releo las frases varias veces mientras un lento escalofrío me recorre la espalda.

Julieta llegó a identificar al asesino de Izíar.

Era alguien a quien conocía. Alguien tan cercano que consideraba que destrozaría su vida y la de alguien más. Fuerzo los ojos hasta que me duelen por intentar descifrar las palabras borrosas, pero no lo consigo. El resto de la entrada también es imposible de leer. Tras ese día todavía llegó a escribir dos veces más, tan solo unas pocas líneas cada vez. Después, nada.

Compruebo que no me hayan pasado desapercibidas más páginas pegadas entre ellas y cierro el diario con una respiración temblorosa. Lo que acabo de leer refuerza dos posibilidades. En primer lugar, la teoría de Alba. Quizá Julieta confirmó que el asesino la había descubierto y escapó por miedo a que intentara hacerle daño.

Ojalá fuese eso lo que pasó. Lo deseo con todas mis fuerzas.

Por desgracia, en el fondo sé que no es así. Sigo creyendo que lo que pasó es la segunda posibilidad que esta entrada confirma: el asesino se vio descubierto por Julieta y la mató.

Esto va a ser muy difícil para Cameron. Da igual que siempre haya estado convencido de que alguien hizo daño a Julieta, leer su diario y ver, página a página, que no pudo ayudarla… será demoledor.

Mientras bajo las escaleras hacia el salón con el diario en la mano, decido no avanzarle nada de lo que acabo de leer. Lo único que puedo hacer ahora es estar a su lado.

Cameron sigue sentado en el mismo sitio, los brazos apoyados sobre la mesa. Parece que esté esperando pacientemente, pero está

un poco pálido. En cuanto divisa el diario entre mis manos, le clava la mirada y lo sigue hasta que lo deposito con cuidado ante él. Lo observa en silencio, su nuez se mueve cuando traga saliva. Parece que lo anhela tanto como lo teme.

Sé que solo es una imaginación mía, pero por un momento me parece ver a Julieta sentada a su lado, apoyándolo en este momento difícil. O, si de verdad es un fantasma, quizá lo que está haciendo es gritándonos desesperada para que le hagamos justicia. Tiene motivos para estar enfadada.

Cameron al fin se atreve a mover la mano y, con dedos temblorosos, acaricia la cubierta, rugosa tras haberse mojado y secado.

—¿Dónde lo encontraste?

A medida que le doy los detalles, va frunciendo el ceño.

—Si lo escondió así… Sí que tenía que estar asustada —comenta.

Tras unos segundos, toma aire y abre el diario. Hace un gesto impresionado.

—Es su letra. —Carraspea—. Creo que en el fondo pensaba que sería un error. O una broma. No sé.

Me limito a asentir mientras me siento delante de él. Lo entiendo. Hay cosas que son demasiado difíciles de creer.

Veo cómo sus ojos se deslizan por las frases de la primera entrada.

Entonces su expresión se transforma en una de absoluta desolación y le tiembla la barbilla. Cierra el diario de golpe.

—Necesito un rato más. No me esperaba esto y… —Apoya los codos sobre la mesa y esconde el rostro tras las manos.

—No hay ninguna prisa. Hoy mi padre no dormirá aquí, así que… —No termino la frase y encojo los hombros, creo que con eso ya queda claro que de verdad no necesitamos apresurarnos.

Cameron aparta las manos y asiente sin demasiado ánimo. Nos quedamos en silencio mientras valoro de qué manera puedo ayudarlo. La situación es tan jodida que solo se me ocurre una idea.

—Es temprano, pero podríamos cenar. El otro día compré bases para hacer pizzas.

Tarda un momento en contestar.

—Suena bien —dice al fin.

—¿De qué te apetece? —pregunto mientras me pongo en pie—. Tenemos beicon, jamón york, atún, cebolla… También hay pollo en el congelador.

—Atún y beicon —responde—. Pero te ayudo a prepararlas, me irá bien distraerme.

En la cocina, trabajamos en silencio. Mientras yo pongo el horno en marcha, preparo la bandeja y cubro las bases de pizza con tomate frito, Cameron saca el resto de la comida de la nevera.

—¿Quieres? —me pregunta.

Cuando lo miro, lo descubro sujetando un paquete de jamón york. A pesar de que sigue afectado, no se me pasa por alto el brillo travieso en su mirada. Su pregunta no tiene nada de inocente. Hace un momento ya he dicho que también me apetecía una pizza de atún y beicon.

Lucho por contener la risa.

—No quiero, gracias. Es que… —Lo que no me esfuerzo por contener es el estremecimiento que me recorre al pensar en comer

jamón york—. Lo odio. Y el pavo también. Ese olor, la textura, el sabor…

Me estremezco de nuevo.

Al ver la expresión encantada de Cameron solo por haber descubierto al fin esta tontería sobre mí, el corazón me da un vuelco. Quiero que se entere de otras tonterías sobre mí, y yo quiero enterarme de la suyas…

No es el momento. Me obligo a aplastar y apartar esos sentimientos que he descubierto cuando, en la roca, me ha mirado de esa manera. Como si lo hubiese perdido, a pesar de que nunca ha sido mío.

Esta situación es una mierda.

Unos minutos después, metemos las pizzas en el horno.

—¿Te apetece ver alguna de las pelis que me dejaste? Solo me falta la última de *Crepúsculo*, y debo decir que tengo muchas ganas.

Cameron se estremece.

—*Crepúsculo* para mí es como el jamón york para ti.

Los dos nos reímos, aunque de forma algo tímida, como si no nos sintiéramos con derecho a hacerlo abiertamente.

—¿Y un juego de mesa? Aquí hay algunos. Con suerte estarán mejor que el *Monopoly* del hostal.

Esta idea ya no parece disgustarle tanto.

—¿Qué hay?

Me siento en el sofá, al lado del mueble. Lo abro y empiezo a sacar cajas. Un *Risk*, un cuatro en raya, un *Trivial* de hace mil años, dos que no conozco de nada… Me detengo al encontrarme con el *Cluedo*. Me quedo con la caja en las rodillas, estudiándolo mientras me inunda una riada de recuerdos y emociones. Las muchas veces

que jugué con mamá, lo que me entregaba al juego, lo que me reía con ella y cómo me enfadaba cuando me ganaba varias veces seguidas…

Por un momento vuelvo a sentir ese dolor inmenso, paralizante. No volveré a tener momentos así con ella. Nunca más.

Entonces, algo nuevo sucede. Ese dolor… Sigue ahí, pero se transforma poco a poco en otra cosa. En melancolía. Triste, sí, pero me descubro sonriendo al darme cuenta de lo preciosos que fueron todos esos ratos. O al recordar que mamá era muy competitiva y bastante incapaz de dejarme ganar solo por tenerme contenta. En ese sentido, papá siempre ha sido el blando.

La echo tanto de menos… Pero sé que siempre tendré esos momentos conmigo.

Puede que solo esté llevando a cabo un acto de resignación, que siempre he visto como algo negativo, pero no sé de qué otra manera hacerlo. Prefiero convivir con recuerdos que duelen, sí, pero me hacen compañía, que sufrir hasta el bloqueo por lo que he perdido.

—¿Estás bien? —me pregunta Cameron.

Asiento y sorbo por la nariz. No estoy llorando, pero sé que el sonido ha sido sospechoso. Carraspeo y le muestro el *Cluedo*.

—Siempre ha sido mi juego preferido. Hubo un curso en que mi madre y yo jugábamos casi cada día. Antes de cenar, mientras esperábamos a que mi padre llegara a casa de trabajar.

Cameron no dice nada. Espera, paciente, mientras sigo concentrada en la caja del juego. Tomo aire.

—¿Quieres jugar? —le propongo.

Cuando lo miro, lo descubro estudiándome con atención.

—Me encantaría —dice con cierta solemnidad. Se ha dado cuenta de que este es un momento importante para mí.

Nos instalamos en la mesa de centro y preparamos el juego para solo dos jugadores. Comer pizza allí mientras jugamos no es lo más cómodo del mundo, pero nos apañamos. Ni siquiera hemos comentado la opción de ponernos en la mesa. El diario de Julieta sigue ahí encima. Es imposible no sentir que apartarlo para jugar y cenar sería una falta de respeto.

Jugamos tres partidas, y en ningún momento se me escapa que estamos jugando a un juego en el que debemos resolver un crimen. Menudo paralelismo con nuestras vidas en estos momentos. No sé si es irónico o macabro.

—¿Cómo lo haces? —pregunta Cameron, dejándose caer contra el respaldo del sofá cuando gano la tercera partida—. Es imposible hacerlo tan rápido.

—Tengo mucha práctica —digo sin esconder lo contenta que estoy de haber vuelto a ganar.

Me dejo caer también contra el respaldo. Al girar la cabeza para mirarlo, descubro que estamos mucho más cerca de lo que pensaba. Parece que tenemos tendencia a que nos pase esto. Nos quedamos así tan solo unos segundos, que son suficientes para que regrese todo aquello que me estaba esforzando tanto por reprimir. La atracción, la necesidad de besarlo, de tocarlo, los recuerdos de los besos que ya nos hemos dado…

Nos acercamos a la vez para besarnos. Tras un primer momento en el que nuestros labios se tocan casi con dulzura, perdemos la timidez y es como si liberásemos el deseo que teníamos contenido. Nos enrollamos casi con desesperación y a los pocos segundos estoy

sentada a horcajadas en su regazo y me está acariciando la piel por debajo de la camiseta.

Soy consciente de que esto no es buena idea porque aquí no hay solo atracción o la necesidad de olvidar un rato. Por mi parte también hay sentimientos, muchos sentimientos. No tengo ni idea de adónde conducirá esto y podría acabar con el corazón roto, pero, cuando te están besando como si te necesitaran para vivir y te acarician hasta hacerte enloquecer…, qué más da el sentido común.

Acabamos subiendo a mi habitación entre besos. A falta de preservativos, tenemos que hacer otras cosas, pero no tengo ninguna queja. Y Cameron es dulce y susurra mi nombre varias veces como si fuese algo precioso, y nos acabamos durmiendo abrazados y descubro lo mucho que me gusta dormir así con otra persona, los dos completamente desnudos, sintiendo el contacto piel con piel.

En algún momento, me despierta el roce de unos dedos que, con delicadeza, me apartan un mechón de pelo de la cara. Frunzo un instante el ceño por el desconcierto. Por la luz que noto a través de los párpados, ya debe de ser de día.

Entonces recuerdo.

Abro los ojos.

Volvemos a estar como la mañana que despertamos en el hostal. Cara a cara, con las piernas y brazos enredados. Los ojos azules de Cameron me dan los buenos días.

Nos dedicamos una sonrisa, aunque enseguida me entra la timidez al recordar todo lo que hicimos. Y lo desnudos que seguimos estando. Aprieto los labios para no permitirme a mí misma echarme

a reír como una idiota y nos quedamos así un buen rato, tan solo observándonos. Al cabo de poco, mis sentimientos acaban apareciendo en mi rostro. Como si hubiesen estado escritos pero escondidos y ahora fuesen revelados a la luz del día. Dejo que suceda.

Lo interesante es que al rostro de Cameron le acaba pasando algo parecido.

No necesitamos decirlo en voz alta. Los dos sentimos lo mismo.

Mi corazón hace algo muy extraño, es como si intentase dar un vuelco y latir emocionado a la vez.

Pero el momento se ensombrece por esa duda que todavía no he resuelto… Y como soy así, que, si necesito una respuesta, la busco, ni siquiera me doy tiempo a comerme la cabeza sobre si es buena idea o no preguntar.

—Necesito preguntarte algo más —digo. Mi tono evidencia que va a ser una pregunta con espinas.

Cameron me da un apretón suave en la mano que sujeta entre las suyas.

—Pregunta.

Pienso en la mejor manera de formularlo.

—¿Cuánto te recuerdo a Julieta?

Cameron suspira, pero no se molesta. En realidad, parece que comprenda la pregunta.

—Muy poco. Ya te lo dije, os dais un aire, pero no os parecéis. —Piensa un momento—. Julieta lo vivía todo con mucha intensidad y eso la hacía especial. A veces también difícil. Pero quién es fácil, ¿no? —Durante unos segundos, parece que se suma en algunos recuerdos mientras me acaricia los dedos con aire ausente—. Tú lo

llevas todo más por dentro, pero eres serena. Hasta que no te conocí, no me di cuenta de lo mucho que necesitaba algo de serenidad en mi vida. Y sentido del humor. Me gusta tu sentido del humor. —Sonríe. Después añade con un brillo travieso en la mirada —: Pero también te guardas muchas cosas, esa es tu parte difícil.

—Mira quién fue a hablar, el que es un libro abierto.

Cameron no sigue mi broma, se mantiene serio.

—No esperaba volver a encontrarme con alguien especial, Maia.

Y fíjate tú qué cosa tan bonita me ha dicho de buena mañana. Me acerco a él para darle un beso. Nos sonreímos con complicidad y volvemos a quedarnos en silencio, tan solo disfrutando del momento. Hoy ninguno de los dos tiene que ir a trabajar, así que no tenemos prisa. Sin embargo…

—No puedes posponerlo más —me obligo a decir.

—Lo sé.

No mucho después, bajamos al salón, donde el diario de Julieta sigue esperando sobre la mesa, paciente. Cameron ocupa la misma silla que ayer y vuelve a estudiarlo con esa mezcla de deseo y miedo. Entonces me mira.

—Eh… No te lo tomes mal, pero necesito estar solo.

—Claro. Lo entiendo.

Es cierto. Cada uno vive estas cosas a su manera. Algunos necesitan a alguien a su lado; otros, soledad.

—Iré arriba —dice.

Cuando va a levantarse, hago un gesto para que se detenga.

—Quédate aquí. Voy a comprar el desayuno, eso te dará tiempo.

—¿No te importa?

—Para nada.

Me coge de la camiseta y tira de mí hasta que puede darme un beso, una mano en la cintura, la otra acunándome el rostro. Sin prisas e… intenso.

A pesar de la gravedad de la situación, salgo de la cabaña sintiéndome extrañamente ligera. Los labios todavía me cosquillean.

Acercarme al pueblo y recorrer las calles en dirección a la plaza Mayor supone abandonar la burbuja en la que Cameron y yo hemos pasado la noche. Hace calor y regresa la angustia por no saber cómo solucionaremos lo de Julieta e Izíar. ¿De verdad ayudará que Cameron lea el diario?

—Nos echabas de menos, ¿eh? —me pregunta Sonia cuando me ve entrar en la cafetería.

—¿De qué te sorprendes? ¡Somos irresistibles! —grita Ramón desde la cocina.

Aseguro a Ramón que está en lo cierto y pido cuatro cruasanes para llevar. No son muy grandes y yo con uno y medio tendré suficiente, pero no sé cuánto come Cameron.

—¿Son para ti y tu padre? —pregunta Sonia mientras los introduce en una bolsa de papel.

Aprieto los labios y asiento, entre muerta de vergüenza y preocupada. No han vuelto a mencionar a Cameron, pero después de lo que me dijeron al principio… Mejor que no se enteren de que hemos pasado la noche juntos.

—A ver si lo traes un día por aquí —me dice Sonia.

—¿A quién? —pregunto un poco alarmada, pensando que se refiere a Cameron.

—A tu padre, mujer. Nos encantaría conocerlo, pero trabaja mucho.

—Mira quién fue a hablar —me río. Ella y Ramón trabajan de sol a sol.

—¡Pero nos encanta, moza! —grita Ramón.

—¿Y tú por qué siempre estás cotilleando las conversaciones ajenas? —le grita Sonia.

Les dejo picándose con su cariño habitual y salgo a la calle. Me detengo un momento para ponerme las gafas de sol y de reojo veo que se acerca alguien. Es Bruno en otra de sus sesiones de *running*. Al menos esta vez no se detiene, sino que se limita a hacerme un gesto con la cabeza.

Empiezo a caminar mientras lo veo alejarse. No tardo en darme cuenta de que vamos a seguir el mismo camino, debe de dirigirse al camino de la cabaña, igual que la otra vez que nos encontramos.

Mientras observo su espalda, que se hace cada vez más pequeña, me pregunto si estará compinchado con Lucas en eso de la plantación. No me extrañaría… Eso me lleva a cuestionarme algo que me alarma. ¿Estará haciendo esta ruta con la excusa de vigilarme?

La idea me empuja a apretar el paso para asegurarme de que no lo pierdo de vista. Acabo medio corriendo con todo el disimulo posible, pero, al menos al llegar a la cabaña, todavía lo puedo ver, alejándose por el camino. No se ha girado para mirarme ni una sola vez. Entro en la cabaña pensando que puede ser una forma de disimular…

El salón está vacío.

En circunstancias normales, mi primer pensamiento sería que Cameron está en el baño o que ha ido un momento a la cocina.

Pero la silla que antes ocupaba está en el suelo, como si se hubiese levantado de forma brusca.

El diario no está sobre la mesa.

Cameron se ha ido.

CAPÍTULO 17

Maia

¿¿¿Dónde estás???

…

…

¡¡¡Cameron!!!

Llamada
Rechazada

Llamada
Rechazada

Llamada
Rechazada

Llamada
Rechazada

Contacto bloqueado

Cameron me ha bloqueado.

Me quedo mirando el teléfono, intentando comprender qué está pasando. Jadeo como si acabara de terminar una carrera, a pesar de que lo máximo que he hecho ha sido subir las escaleras.

Por si acaso, he comprobado que Cameron no estuviese en la cabaña. Cuando he descubierto que el wifi se dignaba a funcionar, me ha faltado tiempo para escribirle e incluso llamarlo a través del chat…, pero me ha bloqueado. Cameron me ha bloqueado.

La respiración se me corta un momento y después se me acelera todavía más. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué se ha ido?

La bilis me sube por la garganta al darme cuenta de que me ha traicionado. Todo era mentira. El tiempo que hemos pasado juntos, las cosas que me ha dicho… Lo que cree que le pasó a Julieta. Cameron y Lucas deben de estar compinchados en lo de la plantación y… No sé, Julieta se enteró y… Pero ¿por qué entonces Cameron me ha seguido la corriente? ¿De verdad fingió esa pelea con Lucas?

Me llevo las manos a la cabeza. Esa sensación de estar perdiendo el juicio regresa. Ya no sé qué pensar, ni en quién confiar, ni a quién puedo pedir ayuda.

El aislamiento y la angustia son como una serpiente que se enrosca alrededor de mi corazón, de mis pulmones, y aprieta con fuerza. Me siento tan tan sola…

Vuelvo a acordarme de Julieta. Así es como se sintió ella. Con solo dieciséis años y sin saber qué hacer. Sin saber si alguien acabaría haciéndole daño. ¿Es eso lo que me va a pasar a mí? ¿Cuando

menos me lo espere aparecerán Cameron y Lucas y…? ¿Y yo me he enamorado de Cameron?

Siento náuseas y tengo que correr al baño, aunque no llego a vomitar nada. Después me acerco a la pila y abro el grifo para lavarme la cara. Siento la presencia antes de alzar los ojos y mirarme en el espejo. Ahí está Julieta, a mi lado. Sigo sabiendo que en realidad no está ahí, pero aun así la siento. Y veo cómo me mira a través del espejo. No está asustada. Está enfadada. Por lo que le pasó, por lo que me puede pasar a mí, porque siento que he perdido.

Me enfado con Cameron por lo que me ha hecho y por todas las preguntas sin responder. ¿Por qué ha jugado conmigo?

El enfado de Julieta se convierte en el mío. ¿Quién coño se han creído que son? No pienso quedarme aquí sentada esperando a ver qué pasa. Quiero explicaciones. Quiero que se sepa la verdad.

Tengo que encontrar a Cameron.

Salgo del baño y corro escaleras abajo, ignorando la vocecita que, desde el fondo de mi cerebro, intenta advertirme de que esto es peligroso. Dejo atrás la cabaña, que me aseguro de cerrar bien, con el objetivo de ir a buscar a Cameron a su casa.

Solo que, cuando llego al camino, me detengo de golpe porque me doy cuenta de que no tengo ni idea de dónde vive Cameron.

—¡Joder!

Qué idiota soy.

—Maia, ¿estás bien?

Me giro, sobresaltada, para encontrarme con Bruno, todavía sudado y sin camiseta, jadeando con suavidad mientras se quita los

auriculares inalámbricos. Supongo que ya venía de regreso de su ruta de correr.

Ni siquiera intento esconder el gesto de fastidio.

—El que faltaba —farfullo.

Se queda un momento inmóvil, en apariencia sorprendido por mi comentario. Resoplo. Ya no me creo nada de nadie.

—¿Tú también estás metido en el chanchullo de la plantación con Lucas? —le espeto—. ¿Cameron está con vosotros? ¿Me estás vigilando?

Bruno retrocede un paso, alarmado.

—¿De qué hablas?

Su confusión y sobresalto parecen sinceros, pero a estas alturas ya no me fío de mi criterio para juzgar a la gente.

—¿Dónde vive Cameron? —le pregunto.

El cambio de tema primero desconcierta a Bruno, pero después se extraña.

—¿Por qué…? —empieza a decir, pero se interrumpe. A su colección de emociones ahora se suma preocupación—. Oye, ¿qué ha pasado? ¿Necesitas que te ayude con algo?

Me parece tan absurdo que el gilipollas de Bruno esté ofreciéndose a ayudarme como si mi bienestar realmente le preocupara que me echo a reír. Vale, pues no quiere contestarme. Paso de él.

Me pongo a andar en dirección al pueblo. Ya encontraré a alguien que me indique dónde vive Cameron. Bolcáriz es diminuto, todo el mundo se conoce. Si hace falta, puedo acercarme a la cafetería a preguntarles a Sonia y a Ramón. Supondrá tener que dar algunas explicaciones, pero ya me inventaré algo.

—¡Espera! —dice Bruno a mis espaldas. Lo oigo correr hasta que se sitúa delante de mí para cortarme el paso—. Maia, por favor. ¿Qué sucede?

Me detengo, no solo porque Bruno es un armario y no lo puedo esquivar, sino porque su expresión me hace dudar. El tío parece realmente preocupado.

—¿Cameron te ha hecho algo?

La pregunta es como si chocara contra una pared imaginaria que me obliga a detenerme, a respirar, a pensar. De entrada, miro a Bruno mientras parpadeo varias veces. Parece que confía tan poco en Cameron que no le extraña que me haya hecho daño. Cuadra con la mala fama de Cameron en el pueblo.

Si Bruno estuviese metido en todo este asunto, ¿qué necesidad tendría de fingir así? ¿Es solo para confundirme?

Es demasiado retorcido.

Dudo. Quizá Bruno no sabe nada.

Estos pensamientos me llevan a otros. Antes también me ha parecido retorcido que Cameron me haya estado siguiendo la corriente y engañando todo este tiempo. ¿Qué perseguía? ¿Descubrir cuánto sé del asunto? ¿Tan solo jugar conmigo? Eso sería pura crueldad, enfermizo. Y no, no creo que sea eso lo que ha estado pasando.

La cara me arde al darme cuenta de que he dado por sentado que Cameron me había traicionado, pero ni se me ha ocurrido plantearme otra opción. Cuando me he ido de la cabaña, lo he dejado leyendo el diario. ¿Y si ha leído algo que le ha revelado quién es el asesino? Algo que…

«Esto nos va a destrozar la vida».

Las palabras que Julieta escribió en su diario me golpean.

—Oh, Dios mío.

—¿Maia?

Bruno ha dicho mi nombre sin gritar, pero me sobresalto igual. Por un momento he olvidado que estaba ahí. Enseguida pienso que quizá puede ayudarme. Necesito que pueda ayudarme.

—¿Conoces a alguien del pueblo que tenga un coche negro con una línea roja? —pregunto con urgencia—. Un coche de lujo.

Bruno vuelve a sorprenderse por el cambio de tema.

—Por favor, es muy importante —le digo antes de que pueda volver a preguntarme qué me pasa.

—Eh… —Piensa un momento—. He visto a varias personas por aquí con ese coche.

Me desespero. Ya estamos otra vez igual. Es cierto que «varias personas» no reduce mucho el listado de sospechosos, pero necesito identificar a una persona en concreto en los próximos segundos. No tengo tiempo de ponerme a investigarlos a todos. La culpabilidad por haber dudado de Cameron aumenta al sentir que las posibilidades de ayudarlo se me escapan de entre los dedos.

—¿Y un coche azul, también de lujo? —pregunto sin esperanzas.

Bruno alza las cejas y ladea un poco la cabeza, como si mi pregunta hubiese activado un recuerdo de alguna manera significativo.

—En realidad… —Duda un momento—. Hay alguien que tenía dos coches así, el negro y el azul.

—¿En serio?

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no zarandearlo y gritarle que me diga quién de una vez, joder. Él asiente como si no

se diese cuenta de que estoy a punto de explotar de la tensión.

—Los cambió hace algún tiempo, pero siempre tiene varios coches de ese estilo. Es difícil no fijarse en ellos.

—¿Quién es, Bruno? —pregunto sin esconder la impaciencia.

—Eduardo.

—Eduardo, ¿quién? —Hago un gesto todavía más impaciente.

—Eduardo, el padre de Cameron.

Es como si todo a mi alrededor se detuviera. El aire, los sonidos, el tiempo. Mi corazón.

El padre de Cameron.

El padre de Cameron mató a Julieta y a Izíar Garrido. Una periodista y… la novia de su propio hijo.

Cameron habrá leído en el diario lo del coche negro, y, después de lo que nos contó el hombre del hostal sobre Izíar y el coche azul, no le habrá costado atar cabos.

Que alguien hubiese matado a dos mujeres me parecía terrible, pero que además se trate del padre de Cameron…

«Esto nos va a destrozar la vida».

Tengo que reaccionar. No me puedo quedar aquí como una idiota, horrorizándome y nada más.

—Bruno. —Clavo la mirada en él para que comprenda lo importante que es—. Necesito saber dónde vive Cameron. Por favor.

—Cuando llegues al final del camino, no entres en el pueblo. Gira a la derecha por la calle que sube. Es la primera casa de la última calle —replica enseguida—. Maia, ¿qué pa…?

No espero a que acabe de hablar ni me molesto en contestarle. Echo a correr en dirección al pueblo con el objetivo de llegar a casa de Cameron cuanto antes. El trayecto es todo cuesta arriba, pero

consigo atravesarlo corriendo y sin detenerme ni una sola vez. Sé que en circunstancias normales sería incapaz de hacerlo, pero me empujan la necesidad, el miedo y la certeza de que Cameron matará a su propio padre.

Al fin entro en la última calle y diviso la primera casa. Es enorme, resguardada tras un muro que la rodea, pero con dos puertas de garaje que dan a la calle.

Me abalanzo hacia la cancela, la empujo y la zarandeo, pero está cerrada. Pulso el timbre varias veces seguidas.

—¡Cameron! ¡Cameron! —Lo grito a pleno pulmón, sin importarme si llamo la atención de los pocos vecinos que hay por aquí.

Pasan los segundos y no tengo respuesta. Vuelvo a llamar al timbre y a Cameron.

Entonces oigo un crujido metálico que no sé identificar. Me giro, buscándolo, siguiéndolo cuando vuelve a repetirse.

¡Una de las puertas de los garajes se está abriendo!

Me sitúo delante para ver de quién se trata. No tardo en ver la parte inferior de una moto y un pie que reconozco. Cameron da gas a la moto, que ruge, impaciente por arrancar a toda velocidad.

Me cuelo por debajo de la puerta antes de que acabe de abrirse y me sitúo delante de la moto para evitar que arranque en cuanto tenga espacio para pasar. Incluso apoyo las manos en el manillar.

Cameron lleva el casco puesto y no puedo verle la cara, pero ahora ya sé que es él.

—Maia, apártate. —Su voz, cargada de tensión, me llega amortiguada a través del casco.

—¡Es tu padre! ¡Sé que es tu padre!

Cameron se levanta la visera del casco de un manotazo. Sus ojos me miran con furia.

—¡¿Ya lo sabías?!

—¡No! Me he encontrado con Bruno y me ha contado que tu padre solía tener esos coches. El negro y el azul.

Las manos enguantadas de Cameron aprietan los puños de la moto con rabia.

—Se los cambió hace dos años. Estaban nuevos y dijo que se había cansado de ellos. ¿Y sabes qué más pasó hace dos años? —Me está gritando, aunque sé que no es contra mí—. ¡Que mi madre se enteró de que el muy cabrón tenía una aventura y estuvieron a punto de divorciarse!

De repente, Cameron se pone en movimiento. Es como si no pudiese soportar más la ira que se acumula en su interior. Baja de la moto con gestos bruscos y se arranca el casco. Con un grito, lo empieza a golpear contra la pared, con tanta fuerza que no tarda en comenzar a romperse. Cuando se agota, lo tira al suelo con rabia y se gira hacia mí.

—¡Mi propio padre, Maia!

Doy un solo paso hacia él mostrándole las palmas de las manos, como si eso pudiese ayudar a apaciguarlo.

—Tenemos que asegurarnos de que es él.

—¡No necesito asegurarme, ya lo sé!

Yo tampoco tengo dudas de la identidad del asesino de Julieta, pero es lo primero que se me ha ocurrido para intentar evitar que se vaya. Porque imagino que su padre no está en casa, sino trabajando, y que su intención era ir a buscarlo allí.

—¡Entonces tenemos que demostrar que es él!

La mandíbula de Cameron se tensa de tanto que aprieta los dientes. Niega con la cabeza.

—¿Sabes la de contactos que tiene? Nunca conseguiremos demostrar una mierda. Seguro que incluso algún amiguete de la policía lo ayudó a encubrir los asesinatos —me espeta mientras se dirige a una estantería que hay situada en un lateral con cajas de herramientas, botes de pintura y cosas por el estilo. También hay otro casco de moto, más viejo, que Cameron coge y se pone. Se me cae el alma a los pies. No voy a conseguir evitar que se vaya.

—Cameron, por favor. —Avanzo para cortarle el paso—. Encontraremos la manera de demostrarlo. Si hace falta también buscaremos la manera de demostrar que lo ayudó un policía.

Cameron me agarra por los brazos y me mira a los ojos.

—Te mantendrás bien alejada de mí.

—No. —Lo digo furiosa, decidida a no dejarlo pasar. Pero solo tiene que hacer la fuerza justa para apartarme de su camino—. ¡Cameron!

Consigo agarrarlo de un brazo y detenerlo.

—Quédate, por favor. Quiero ayudarte. Hazlo por mí —suplico. Es un intento desesperado, absurdo y un poco patético, pero no sé de qué otra manera conseguir que se quede.

Cameron ni siquiera duda.

—Esto no tiene nada que ver contigo.

Vuelve a sujetarme por los brazos y me empuja para forzarme a retroceder demasiado rápido, con toda la intención de hacerme trastabillar y que me caiga hacia atrás. Es increíble cómo noto que, a pesar de todo, tiene cuidado de acompañarme en la caída para que

no me haga daño. Tan solo ha sido una estrategia para dejarme sentada en el suelo, demasiado lejos de la moto.

—¡No!

Para cuando estoy de pie, Cameron ya está sobre la moto, arrancándola. Sin mirar atrás, sale del garaje con un rugido y a toda velocidad. Corro detrás de él hasta la calle, pero solo llego a tiempo de verlo girar por la esquina.

—¡Joder!

Mi grito resuena por la calle. Cameron va a hacer algo terrible y no tengo manera de detenerlo. Estoy furiosa conmigo misma por mi derrota y con él por no haberme hecho caso. De repente lo envidio, a mí también me gustaría tener un casco de moto que golpear contra la pared hasta destrozarlo. Pero ni siquiera puedo coger el que ha dejado tirado en el suelo porque la puerta del garaje ya se ha cerrado sola.

En mi cabeza se acaba repitiendo una única pregunta: «¡¿Y ahora qué demonios hago?!».

¿Qué tengo que hacer, llamar a la policía para avisarlos de que Cameron se dirige al trabajo de su padre para matarlo? Suponiendo que me hagan caso, encima Cameron tendrá problemas graves.

Acabo tirándome de los pelos, literalmente. Quizá el dolor consiga que se me ocurra alguna idea.

Entonces alguien gira por la esquina caminando a paso ligero. Es Bruno. Al verme, parece tranquilizarse, pero se me acerca con prudencia. Yo apenas le hago caso, sigo mirando hacia el final de la calle, como si eso pudiese provocar mágicamente el regreso de Cameron.

—El que ha pasado con la moto era Cameron, ¿no? —me pregunta.

Me limito a asentir. Me siento tan superada que me estoy bloqueando. Lo único que me veo capaz de hacer en estos momentos es llevarme las manos a la cabeza y caminar arriba y abajo. Nada más. De hecho, me pongo a hacerlo sin darme cuenta. Solo tomo conciencia de ello cuando Bruno me habla.

—Oye, sé que hemos tenido nuestros piques, pero no soy un desalmado. Es evidente que tienes un problema y quiero ayudarte.

Esa sinceridad, que no esperaba en él, consigue que me detenga. También que me desbloquee poco a poco. Primero me hago a la idea de que el que tengo delante es, en efecto, Bruno. El nombre que hasta ahora, para mí, iba unido a «el gilipollas». Pero está aquí, y parece genuinamente preocupado y dispuesto a ayudarme.

Por un momento, me siento tentada de decírselo. «Creo que el padre de Cameron asesinó a Julieta y a Izíar Garrido. Cameron también lo cree y acaba de ir a matarlo». Así, con esas palabras. Estaría bien confiárselo todo a otra persona. Sería muy agradable compartir la carga.

También sería un error, porque, si Bruno estaba colgado de Julieta, enterarse de esta manera de que el padre de Cameron podría ser su asesino podría provocar un desastre aún mayor.

Mi conclusión es que necesito su ayuda con desesperación, pero no puedo contarle por qué.

—No puedo darte detalles, pero necesito encontrar al padre de Cameron.

Bruno entrecierra los ojos. Veo la pregunta escrita en ellos. «¿Qué está pasando con el padre de Cameron?».

Por suerte, no la hace.

—Imagino que ahora estará trabajando. Pero tiene la oficina en Sabiñánigo.

—¿En Sabiñánigo? —No logro esconder el pánico en la voz. Eso está a media hora de aquí en coche. No tengo manera de llegar hasta allí.

—Te llevo.

—¿Qué?

A pesar de mi pregunta, lo miro esperanzada. Bruno ya ha empezado a caminar y me hace un gesto con la cabeza.

—Vamos.

Tras un momento de duda, porque no consigo creerme mi buena suerte, me apresuro a seguirlo.

CAPÍTULO 18

Izíar:

Eduardo, solo quería volver a darte las gracias por concederme algo de tu tiempo hoy. Todo lo que me has contado me será muy útil para mi tesis doctoral

Eduardo:

Me alegra haber ayudado. He pasado un rato muy agradable

Izíar:

Yo también. Siento que te debo una cena por todo lo que me has ayudado

Eduardo:

Te compro esa cena. Dime cuándo te va bien

Izíar

Pasado mañana me va perfecto. No tendré prisa para irme…

Eduardo:

Te recojo a las ocho. Dime dónde

Bruno vive cerca de Cameron, en otra casa de tamaño impresionante con un jardín gigante. Tras indicarme que aguarde en la entrada, sube de dos en dos los escalones hacia el piso de arriba. No me hace esperar más de treinta segundos, pero me parecen minutos. Eternos, interminables minutos. Ni siquiera tengo ánimos para curiosear en qué tipo de casa vive, más allá de percatarme de que es enorme.

Cuando regresa, Bruno se ha puesto una camiseta y lleva el móvil y la llave de un coche en la mano. Abre una puerta que conduce al garaje, donde nos espera un vehículo de tamaño mediano, nuevo y pijo. Es muy Bruno.

Al instante me siento mal por haber pensado esto. Sigo sin salir de mi asombro, pero me está ayudando sin hacer preguntas.

—Gracias —digo cuando nos encerramos en el coche, como si eso pudiese compensar mis pensamientos injustos.

Él ya está arrancando y empieza a hacerlo retroceder mientras la puerta del garaje se abre. Niega rápidamente con la cabeza para quitarle importancia.

Salimos a la calle y, mientras seguimos en el pueblo, conduce poco a poco. Por más nerviosa que me ponga, no se lo puedo recriminar. Siempre hay gente caminando por la calzada, y cuanto más avanza el verano, más visitantes hay.

Agradezco cuando llegamos a la carretera y Bruno pisa el acelerador. No es imprudente, pero se nota que conoce la ruta y sabe que tenemos prisa. Aun así, me desespero al pensar que todavía tardaremos casi media hora en llegar. Cameron nos debe de

llevar unos diez minutos de ventaja. Pueden pasar tantas cosas en ese tiempo… Siento náuseas solo de pensarlo. Por más que comprenda a Cameron, no quiero que se destroce la vida matando a otra persona. Encima a su padre. Y da igual si lo intenta pero no lo consigue, el desastre sería el mismo. Me agobio tanto que acabo intentando llamarlo otra vez, pero sigo bloqueada. Maldita sea.

—¿Me prestas tu teléfono? —pido a Bruno, iluminándome de repente—. Es para llamar a Cameron.

—Veinticuatro. Treinta y tres. Noventa y nueve.

Tardo un par de segundos en comprender que me está dando el código para desbloquear el móvil. Me apresuro a cogerlo y, como todavía tiene memorizado el número de Cameron, lo llamo enseguida.

El teléfono suena una vez. Dos veces. Tres veces.

Sigue sonando hasta que la llamada se corta. No es que me sorprenda, pero aun así maldigo para mí. Decido intentar enviarle un mensaje: «Soy Maia; llámame, por favor».

Espero varios minutos, pero no tengo respuesta. Vuelvo a llamarlo, pero nada.

Los siguientes veinte minutos son los más largos de mi vida. De vez en cuando sigo intentando llamarlo, pero para sorpresa de nadie no contesta. Al fin, entramos en Sabiñánigo. Me pego a la ventana estudiando frenética nuestros alrededores con la esperanza de divisar una moto azul o a Cameron.

—Es allí —dice Bruno cuando recorremos la calle en la que se concentran bancos, tiendas y algún restaurante. Señala hacia un local, una oficina grande y nueva. Un cartel la identifica como «Muñoz S. L. - Inversiones y promoción inmobiliaria».

Cuando pasamos por delante, Bruno reduce la velocidad y los dos miramos hacia dentro. Hay varias personas trabajando, se ve todo tranquilo. No parece que haya pasado nada fuera de la normal. En la calle tampoco. Miro hacia todos los lados, pero no hay rastro de Cameron ni de su moto.

Me dejo caer en el asiento al tiempo que resoplo con fastidio. Joder, y ahora ¿qué? Mientras Bruno aparca el coche un poco más allá del local, vuelvo a llamar a Cameron desde su teléfono. Nada.

Dejo caer el móvil en el salpicadero y me cubro la cara con las manos, desesperada. ¿Y ahora qué demonios hago? ¿Esperar aquí a ver si Cameron aparece? Me he aferrado a la esperanza de que Eduardo estuviese en la oficina, pero ¿y si Cameron sabía que no está aquí y ha ido a buscarlo a otra parte? ¿Y si ya ha sucedido una desgracia?

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta Bruno.

—No lo sé —admito.

El silencio se alarga mientras sigo escondiéndome tras las manos. Sé que, en cualquier momento, Bruno me pedirá explicaciones. Será muy difícil no dárselas.

Por eso me sorprende cuando dice:

—Allí. —Lo descubro mirando por su retrovisor lateral—. Es Cameron, ¿no?

Me giro a toda velocidad para mirar por la luneta trasera. Una moto azul que reconozco, igual que el casco y a su conductor, está aparcando en la acera, un poco antes de la oficina de Eduardo. Bajo del coche a toda velocidad y corro hacia él con el corazón a punto de salírseme por la boca. Lo veo desplegar la pata de la moto, bajar de ella y empezar a quitarse el casco. Sus gestos son algo más

tranquilos que antes, pero todavía bruscos. No creo que haya cambiado de idea respecto a su padre. Vuelvo a sentir ganas de vomitar.

—¡Cameron!

Su cara de sorpresa al verme es genuina, así como lo poco que le gusta que yo esté aquí.

—¿Cómo has llegado? —pregunta con el ceño fruncido.

—Me ha traído Bruno —explico, jadeando tanto por la carrera como por los nervios.

—Bruno —dice, entrecerrando los ojos.

—Luego te cuento —añado rápido. Voy echando vistazos hacia la oficina y a nuestro alrededor, deseando que su padre no aparezca justo ahora—. Tú has tardado más que nosotros en llegar.

—Ya. —Resopla, una media risa como si le hubiese pasado algo irónico e indeseado—. Me sentía culpable por haberte dejado sentada en el suelo.

Asiento con lentitud, esperando a que siga hablando. Hay algo más.

—He aprovechado para ir hasta el lugar donde encontraron a Izíar Garrido. Durante el recorrido he visto varias cámaras de seguridad de diferentes sitios. Si la policía las comprobó, es imposible que no vieran a mi padre pasar por ahí cuando llevó el cuerpo.

—¿Quieres decir que quizá no fue él?

—No, creo que confirma que alguien de la policía lo ayudó. O eliminando las grabaciones o procurando que no se viesen. Lo que sea.

A mí, de repente, me están entrando dudas.

—¿Y si no fue él? ¿Y si hemos interpretado mal…?

—Fue él —me interrumpe—. Hay demasiadas cosas que cuadran. Además, ahora entiendo por qué no me ha machacado más por haber cogido el trabajo de repartidor. En su momento se enfadó y sé que le sigue repateando, pero en circunstancias normales a estas alturas ya habría encontrado la manera de que lo dejara o me despidieran. Es… joder, no se puede ser más hijo de puta.

—No entres a hablar con él.

Cameron ríe sin humor, como si yo hubiese dicho una tontería.

—Claro que sí.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Le contarás directamente todo lo que sabes? Lo negará. Y encima seguro que te hará dudar. Yo bien que acabo de dudar solo con lo de las cámaras.

—¡¿Y entonces qué coño hago, Maia?! —estalla, acercándose a mí. No me aparto porque no le tengo miedo. Sé que solo está muy muy frustrado. Y enfadado, dolido y confuso. Tiene motivos para estarlo.

—Vamos a pensar juntos lo que podemos hacer —propongo, aparentando una seguridad que no siento. La realidad es que no tengo ni idea de cómo vamos a solucionar esto—. ¿Tienes el otro casco?

Cameron asiente.

—Pues vamos a algún sitio con la moto. Donde tú quieras. Conduce un rato más, sabes que te sentará bien. Te ayudará a pensar con más claridad.

Me mira como si le estuviese pidiendo mucho, demasiado. A la vez, duda.

—¿Todo bien? —nos interrumpe la voz de Bruno.

Me giro hacia él, que está dirigiendo a Cameron una mirada llena de desconfianza. Después me mira a mí con gesto interrogante. Yo desvío la mirada hacia Cameron. Veo el conflicto en su interior, la nueva luz con la que está valorando a Bruno. Cameron se apartó de sus amigos porque, en parte, creía que podrían haber hecho daño a Julieta. Ahora sabe que no fue así… y todavía no sabe qué hacer con ello. Tiene demasiados problemas como para afrontarlo. Además, sigue siendo muy mala idea soltarle aquí y ahora toda la verdad a Bruno.

—Todo bien, y creo que nunca podré agradecerte lo suficiente que me hayas traído hasta aquí —le digo—. Sé que te debemos una explicación, y te la daremos… Solo danos un par de días, por favor. Es… complicado.

Bruno no parece nada convencido. Con todo y con eso, dice:

—Vale.

Sigue mirando a Cameron con recelo. Él le devuelve la mirada. A Bruno le parecerá que lo está desafiando, pero yo sé que en realidad está bloqueado. Es incapaz de decir nada.

—Vamos, por favor —insisto con suavidad.

Cameron aprieta los dientes, todavía no lo tiene claro. Entonces estira la mano y abre el baúl de su moto. Respiro aliviada. Me falta tiempo para coger el casco que hay dentro y me lo pongo. Cameron también se pone el suyo y sube a la moto.

—Gracias, de verdad —le digo a Bruno antes de sentarme detrás de Cameron.

Mientras nos alejamos en dirección a la salida del pueblo, sé que sigue observándonos, nada convencido.

Abandonamos Sabiñánigo y cogemos la carretera en dirección a Bolcáriz. Cameron conduce sin prisas, noto que está haciendo un esfuerzo para calmarse. A mí me encantaría decir que empiezo a encontrarle el gustillo a lo de ir de pasajera, pero me temo que no es así. Pero, como es lo que hay, procuro no darle vueltas. Rodeo su cintura con los brazos, notando la solidez de su espalda, y me dejo llevar. Me permito distraerme con el paisaje, los árboles, los prados, algunos de ellos con vacas o caballos, las montañas que nos rodean, a las que nuestros problemas deben de parecerles insignificantes.

Puede que Cameron ya no esté a gusto viviendo en el pueblo, pero comprendo que le encante vivir en esta zona.

Me relajo tanto que es como si se me vaciara la mente.

Y entonces surge una idea. Es algo que podría funcionar, pero es peligroso. Debo pensarla bien.

Alcanzamos el pueblo, pero pasamos de largo. Cameron todavía conduce unos kilómetros más, tomando las curvas con suavidad, hasta que se desvía por una carretera tan estrecha que solo permitiría el paso de un coche. Sin embargo, a pesar de la época, no hay nadie más.

Al cabo de un poco, vuelve a desviarse. Esta vez avanzamos lentamente por un camino de tierra. Tras superar unos árboles, se abre a un claro en el que hay unas viejas ruinas. Solo quedan en pie dos arcos y una pared, además de varios montones de piedras. Debe de ser una antigua ermita.

Cameron espera a que baje de la moto para plantarla y descender él también. Cuando consigo quitarme el casco, me lo encuentro ahí de pie, inmóvil, el casco todavía puesto. Es como si se hubiese

quedado ensimismado. Guardo el casco en el baúl; él sigue sin moverse.

Le subo la visera y descubro que tiene los ojos enrojecidos, húmedos. Cuando me mira, desolado, parece un poco avergonzado.

—Cameron…

Le desabrocho el casco y le ayudo a quitárselo. Enseguida se escabulle hasta uno de los montones de piedras, donde se deja caer, los brazos apoyados en las rodillas y la mirada clavada en el suelo. Mi siento a su lado y me limito a esperar. Suspira varias veces. Le diría que llore si es lo que necesita, pero no sé si lo agradecerá.

—La maté yo, Maia.

Lo miro, sobresaltada.

—¡¿Qué?!

—Si no hubiese salido con Julieta, estaría viva. Si la noche de esa estúpida fiesta no me hubiese enfadado, estaría viva. Solo venía a verme a mí por eso y se encontró con…

Me relajo al darme cuenta de que no hablaba de manera literal, a pesar de que él lo siente así. Recuerdo la entrada del diario en la que Julieta contaba que, esa noche, fue a ver a Cameron después de la fiesta porque se sentía culpable.

—Es como si la hubiese matado yo —termina.

—Cameron. —Sujeto su mano entre las mías con la esperanza de que eso lo empuje a mirarme, a prestarme toda su atención cuando le digo—: Entiendo que pienses eso. Pero sabes tan bien como yo que no es cierto. Aquí el único culpable es la persona que le hizo daño.

No menciono a su padre porque temo que eso vuelva a enfurecerlo. Tras unos segundos, parece desinflarse, como si se

hubiese quedado sin fuerzas de golpe. Esconde la cara detrás de las manos y se le escapa un sollozo lleno de rabia. Lo abrazo por la cintura y apoyo la cabeza en su hombro. Nos quedamos un rato así.

Ni siquiera puedo imaginar cómo se siente. Sí sé lo que es perder a alguien a quien quieres, pero descubrir que su propio padre mató a su novia… Hay cosas demasiado difíciles de comprender, incluso de creerte que son reales.

Cuando vuelve a hablar, lo hace con voz ahogada.

—Lo único que quiero es matarlo, Maia.

Disimulo la alarma que siento al ver que ha vuelto a enfadarse, que está luchando por contener la ira.

—Vuelve a pasar la noche conmigo —le pido, intentando que no se me note la desesperación. Entonces me doy cuenta de algo importante—. ¿Te preocupa dejar a tu madre sola con tu padre?

Cameron niega con la cabeza.

—Lo peor de todo es que la adora.

—Pues vente, por favor. Mi padre estará en la cabaña, pero lo convenceré.

Recuerdo la idea que he tenido antes, pero no parece el mejor momento para plantearla. Sigo teniendo que darle más vueltas. Así pues, me limito a decir:

—Iremos hablando de lo que podemos hacer, ¿vale?

Es como si el aire se cargara de tensión mientras Cameron se lo piensa, mientras se debate entre aceptar mi propuesta o lanzarse a por su padre y que le den a todo; y yo ya no podría hacer nada.

Cameron asiente y ahora la que se desinfla soy yo, pero del alivio.

—Quedémonos aquí un rato más, por favor —pide.

—Claro.

Nos quedamos un rato así, sin movernos, en silencio. No sé cuánto tiempo pasa, pero en algún momento mi estómago ruge y Cameron dice que él también tiene hambre. Ninguno de los dos hemos comido nada en todo el día y hace rato que ha pasado la hora de comer.

Cameron nos conduce a otro pueblo cercano, todavía más pequeño que Bolcáriz y Sallén, pero en el que hay un restaurante donde nos preparan unos bocadillos que terminamos comiéndonos en un pequeño y solitario mirador. Sentados uno al lado del otro en un banco, no puedo evitar recordar el día en que nos conocimos. ¿De verdad solo han pasado unas semanas? Cuando pienso en la Maia de ese día, me cuesta reconocerme. Las cosas han cambiado tanto…

Más tarde, Cameron envía un mensaje a su madre avisándola de que no dormirá en casa y me pide conducir un rato más. Eso hacemos. Cuando llegamos a la cabaña, ya está atardeciendo. En cuanto abro la puerta oigo los pasos de papá descendiendo por las escaleras. Todavía tiene el cabello húmedo, acaba de ducharse.

—Hola, papá.

—Hola, cariño —saluda, contento de verme. Se me acerca para darme un beso, momento en el que termino de abrir la puerta para que vea a Cameron.

—Vengo acompañada.

—Hola —le dice papá, mirándolo con curiosidad.

—Buenas tardes. —Cameron se esfuerza por sonreír.

—Papá, este es Cameron. Cameron, mi padre, Marcos.

Papá, que a veces puede ser muy formal, lo saluda con un apretón de manos y le hace un gesto para que entre.

—Papá, Cameron ha tenido una… eh, una discusión con sus padres. ¿Te importa si pasa aquí la noche? Solo será hoy.

Soy consciente de que estoy poniendo en un compromiso a papá y de que esto es incómodo tanto para él como para Cameron. Y todavía lo será más, porque la primera reacción de papá es mirar el sofá, en el que es imposible que Cameron pase la noche en condiciones. Cuando me mira, dispuesto a decirme que no lo ve claro, se encuentra con mi sonrisa y se da cuenta de que mi intención es que Cameron duerma conmigo.

Soy mala, lo sé, pero tengo que esforzarme por no sonreír un poco más al ver su conflicto. Se debate entre dejar salir su vena protectora o aceptar que su hija ha crecido. Y me conoce: sabe que, si nos dice que no, buscaremos otro sitio donde dormir. Por ejemplo, el hostal donde ya pasamos una noche.

—De acuerdo —dice al fin.

—Gracias. —Me acerco a darle un beso en la mejilla. Él me da unas palmaditas resignadas.

—Solo no hagáis… —No termina la frase, como si el simple hecho de pensarlo fuese una tortura.

—Por Dios, papá, ¿por quiénes nos has tomado? —Me pongo como un tomate.

Mientras se aleja hacia la cocina, juraría que lo oigo farfullar algo tipo: «Como si yo no hubiese tenido diecinueve años».

Si Cameron estuviese de mejor humor, sé que sonreiría, pero está perdido en sus pensamientos. El resto de la noche se une a nuestra rutina familiar. Apenas habla, pero ayuda a preparar la cena, come con nosotros, se sienta a ver una película. En algún momento me parece ver un asomo de sonrisa en sus labios. Papá lo estudia con

curiosidad, pero no lo fuerza a hablar porque se ha dado cuenta de que no está muy bien.

Yo me paso la noche fingiendo una ligereza que, en estos momentos, no hay ni en la vida de Cameron ni en la mía. Me horroriza un poco ver con qué facilidad soy capaz de hacerlo. Llevo tantas semanas mintiendo a papá que ya me sale sin pensar.

Todo esto me hace sentir mal. No es solo que me sienta culpable, es que no me gusta. Siempre he confiado en mis padres. En otras circunstancias, nunca le habría escondido algo así.

Me digo que ya queda menos. Pronto podré contárselo todo. Alucinará como nunca y tendré que darle muchas explicaciones, pero espero que ese día pueda comprenderme.

Nos vamos a la cama un poco después de medianoche. Cameron y yo nos tumbamos frente a frente, nos quedamos mirándonos en silencio. Ninguno de los dos tiene demasiado sueño.

El momento de paz me empuja a sacar algo que llevo guardándome todo el día.

—Cuando esta mañana he vuelto y no estabas… De entrada he pensado que sí que tenías algo que ver con lo de Julieta y que por eso te habías llevado el diario —confieso en un susurro.

Cameron me dedica una media sonrisa triste.

—No te culpo.

—¿No? Cuando me he dado cuenta, me ha parecido terrible. Siento que te debo una disculpa.

—La gente lleva dos años pensando mal de mí. Tú también tenías dudas, supongo que con razón. No te preocupes.

—No me gusta haberlo hecho. Lo siento.

Cameron se pone bocarriba con un suspiro.

—Si quieres me enfado contigo, pero no tengo energías. Y me gustas demasiado. Además, prefiero que me abraces.

Me incorporo apoyándome sobre el codo.

—¿Así es como lo pides?

—Soy un maestro de la sutileza.

No puedo evitar reírme. Me acomodo y apoyo la espalda contra el cabezal de la cama. Cameron se sienta entre mis piernas, recostado en mí, y yo lo abrazo por atrás. Me dedico a acariciarle el cabello, el lateral del cuello, los brazos. Es increíble lo mucho que me gusta hacerlo.

Tras unos minutos, reúno el valor suficiente para dar el siguiente paso.

—Oye…, tengo una idea.

Enseguida sabe a qué me refiero. Se tensa, aunque solo un poco.

—Te escucho.

Le cuento mi idea. Cuando termino, Cameron se incorpora y se gira para fulminarme con la mirada, enfadado.

—¿Estás loca?

CAPÍTULO 19

Eduardo,

He hecho el chequeo habitual que me has pedido a Izíar García y lo que he encontrado no me gusta. Te adjunto informe, pero en resumen: su nombre no es Izíar García, sino Izíar Garrido. No está estudiando nada, ni doctorado, ni máster, ni un cursillo de cocina. En realidad es periodista. No tiene muy buena fama y está yendo a un psiquiatra, pero le interesa publicar sobre corrupción y narcotráfico. Mucho cuidado con ella.

Saludos,
Miguel H.
Agencia de Detectives MHS

Fichero adjunto

Cameron y yo nos pasamos las siguientes dos horas hablando entre susurros airados. Yo me dedico a explicarle mi idea, las diferentes fases, lo que hay que tener en cuenta, etcétera, pero él se dedica a replicar siempre lo mismo:

—No.

Entonces le pregunto si tiene una idea mejor y se me queda mirando, apretando los labios. No, no la tiene. Intento valorar otras opciones menos peligrosas, pero en todas ellas existe la posibilidad de que las pocas pruebas que tenemos acaben en las manos equivocadas o perdidas. Por algo he estado tan atascada todas estas semanas, sin saber en quién confiar.

—Que no, Maia, que no —me insiste Cameron.

A estas alturas ambos estamos muy frustrados con el otro. Nos encontramos de pie, enfrentados, con la cama entre nosotros.

—Será mejor que intentemos descansar. Mañana pensaremos en otra cosa.

Es mi intento para que haya paz, aunque la mirada que nos dedicamos por encima de la cama es de todo menos conciliadora.

—Vale —accede él.

—Bien.

Lo irónico es que no nos tumbamos dándonos la espalda, sino encarados, como si en vez de dormir pretendiésemos seguir con nuestra batalla de miradas. Sin embargo, a medida que pasan los segundos, distingo otra cosa más allá del ceño fruncido de Cameron.

Es preocupación. Por mí.

La irritación se me pasa de golpe. No puedo estar enfadada con él cuando la protección es la base de su negativa. No quiere que me pase nada.

Al ver el cambio en mi expresión, él también se relaja. Sin necesidad de decir nada, nos movemos hasta que nos encontramos en el centro de la cama y él me abraza por la espalda. Y, en esos momentos de paz antes de que nos durmamos, me doy cuenta de que, en realidad, el enfado de Cameron no es por lo que yo estoy dispuesta a hacer. Es porque hace rato que sabe que hacerlo así es nuestra única oportunidad para que la verdad salga a la luz.

No puedo culparlo por haberse enfadado. Al fin y al cabo, yo seré el cebo.

A la mañana siguiente, nos despertamos tarde. El sol entra con fuerza por la ventana y, desde la cocina, nos llegan las voces del pódcast que papá está escuchando. Cuando miro a Cameron, veo la resignación en sus ojos.

—No me gusta —dice.

—A mí tampoco. Esta situación es una mierda.

Conseguimos levantarnos y actuar con bastante normalidad delante de papá. Cameron logra mostrarse más hablador que anoche. Mientras desayunamos, comentamos que, antes de comer, iremos a hacer una pequeña excursión por el pantano. Papá se limita a decir: «Vale, yo he quedado para comer con unos conocidos», mientras nos estudia. Imagino que está preguntándose cómo de serio es lo nuestro y cómo de dramático será decirnos adiós en septiembre. Vuelvo a sentir el habitual pinchazo de culpabilidad

cuando pienso, por enésima vez, que, si supiera la verdad… No, mejor que no sepa qué haremos esta mañana.

En realidad, es cierto que la primera parte es una simple excursión: subimos hasta el mirador natural donde Cameron me llevó la primera vez, a la roca desde la que se contemplan las impresionantes vistas del pantano. Lo que se sale de la normalidad es lo que hacemos después: apoyamos su teléfono contra una piedra, nos sentamos delante y ponemos la cámara a grabar. Nos presentamos con nuestros nombres y Cameron es el primero en explicar cuándo empezó a salir con Julieta en secreto, por qué no se lo contaron a nadie, los problemas de Julieta con sus padres, los planes de futuro que habían hecho juntos, qué pasó cuándo desapareció.

No es fácil para él. En algunos momentos se le rompe la voz, pero consigue contarlo todo sin interrumpirse.

Después me toca a mí el turno. Explico mi llegada al pueblo, cómo encontré el diario de Julieta, y lo muestro a cámara. Cameron no se ha separado de él desde ayer por la mañana. Después leo todas las entradas legibles y, a continuación, explicamos por orden todo lo que hemos descubierto hasta llegar a la conclusión de que el asesino de Izíar y Julieta es Eduardo Muñoz. Al decir su nombre, a Cameron se le cierra la garganta, ya no puede seguir hablando. Me toca a mí terminar:

—Esta tarde, Cameron se acercará a Sabiñánigo. Echará el diario en un buzón de correos para enviárselo a los padres de Julieta. Pase lo que pase a partir de ahora, lo recibirán. También programaremos para que, dentro de tres días, se envíe un correo electrónico con un enlace para descargar este vídeo. Lo enviaremos a muchas

personas. En realidad esperamos que nuestro plan salga bien y podamos detener el envío para enseñar este vídeo directamente a la policía, pero… —Me encojo de hombros, sin saber cómo terminar—: Por si acaso.

Cameron detiene la grabación y comparte el vídeo conmigo, así también lo tengo. Cualquier precaución es poca. Esta tarde, lo colgará en un servicio de envío de archivos grandes y preparará el correo del que yo he hablado. En destinatarios pondrá a los padres de Julieta, a su madre, a papá, a Bruno, a Sofía y a Alba, a varios periodistas cuyos nombres hemos encontrado en internet y nos han parecido serios, incluso a otras personas del pueblo.

Todavía sentados en el mirador, nos miramos. Cameron traga saliva.

—Esta ha sido la parte fácil.

—Si todo va bien, mañana se habrá acabado.

Cameron asiente, a pesar de que los dos sabemos que eso es mentira. Si todo va bien, la verdad sobre las muertes de Julieta e Izíar saldrá a la luz. Ni siquiera somos capaces de imaginar lo que supondrá eso. La vida de Cameron cambiará, eso seguro. Pero no es algo que hayamos hablado, porque primero hay que superar esta noche. Después, mañana. Cruzar los dedos para que todo salga bien.

Me alegra que papá no esté en casa porque a estas alturas ninguno de los dos somos capaces de disimular los nervios. Regresamos a la cabaña, donde nos obligamos a comer algo. Después, acompaño a Cameron fuera, hasta la moto. Antes de ponerse el casco, se detiene y nos miramos. ¿Qué podemos decirnos

en un momento así? No tenemos ni idea. Si todo va bien, pronto nos reencontraremos, sanos y salvos. Si no…

Prefiero no pensar en ello.

Por un momento, Cameron vuelve a dudar. Veo que está a punto de pedir que nos lo repensemos. Como no quiero volver a entrar en esta conversación, me pongo de puntillas para besarlo. Es un beso de despedida, tan dulce como desesperado.

Sin decirnos nada más, él se va en su moto y yo me encierro en la cabaña, asegurándome de cerrar bien la puerta.

Ahora solo puedo esperar.

Hoy parece que el wifi tiene ganas de funcionar a ratos, y a media tarde me entra un mensaje de Cameron. Es un vídeo. En él se ve cómo sus manos introducen el diario de Julieta en un sobre acolchado con muchos sellos en el que están escritos los nombres de los padres de Julieta y su dirección. Después lo introduce en un buzón. El vídeo termina ahí.

El siguiente paso de Cameron empujará la bola por una rampa y ya será imparable. Ahora sí, los nervios me asaltan de forma salvaje. El corazón y el estómago se me encogen de manera dolorosa y tengo que forzarme a respirar con lentitud para no ponerme a hiperventilar.

En ese momento, papá llega a casa. Estoy tan mal que no me cuesta nada fingir que no me encuentro muy bien y que iba camino de meterme en la cama.

—Vaya —dice. Me pone la mano en la frente para ver si tengo fiebre. Me emociono al recordar que era un gesto que mamá

también hacía mucho—. Todavía falta un rato, pero ¿crees que vas a querer cenar?

—No creo... —Es cierto. Dudo que sea capaz de meterme nada en el estómago sin que vuelva a salir al instante por los nervios.

—Bueno, pues descansa. A ver cómo estás mañana.

Subo a mi habitación y me tumbo en la cama sin cerrar la puerta. Por unos instantes escondo la cabeza entre los brazos, abrumada por seguir mintiendo tanto a papá. Me recuerdo que no soy una mala hija, tan solo intento hacer lo correcto en una situación de mierda. Con un suspiro resignado, me pongo música y me armo de paciencia, porque ahora lo único que puedo hacer es seguir esperando.

Papá ve algo en la tele mientras cena y se va a la cama temprano. A medianoche por fin me entra el mensaje que llevo horas esperando. Es otro vídeo de Cameron. Me siento en la cama, el corazón a mil por hora, y lo reproduzco. El volumen no muy alto, rodeada de oscuridad.

En la pantalla, primero se ve a un Cameron serio, que acaba de darle al botón de grabar. Después la cámara se mueve de forma un poco mareante, acompañada de golpes y crujidos del micrófono. Se pone el móvil en el bolsillo delantero del pantalón, para que la cámara sobresalga. Después avanza por un pasillo amplio, que conduce a unas escaleras que descienden, también anchas. Es así como descubro la lujosa casa en la que ha vivido Cameron los últimos diez años de su vida.

En el vídeo, baja las escaleras y gira, pasando de largo de un enorme salón y adentrándose en otro pasillo hasta detenerse ante

una puerta abierta. Es un despacho. Tras el escritorio, tecleando ante un ordenador, se sienta Eduardo Muñoz.

—Papá. —Se oye a Cameron decir. El sonido no es perfecto, pero se le entiende sin problemas.

Eduardo parece mirar hacia la cámara.

—Dime.

—Es que… —Cameron entra en el despacho. Lo calcula tan bien que se acerca lo justo para que Eduardo quede bien encuadrado—. Ha pasado algo raro. ¿Conoces la casa del pantano de Julia y Nando?

Me admiro de lo natural que suena Cameron. No solo está conteniendo la ira por lo que su padre ha hecho, sino que consigue que suene creíble que se acerque a hablar con él. Por lo que me ha contado, no suelen hablar de temas muy personales.

En el vídeo Eduardo alza las cejas, sorprendido.

—¿Los padres de Julieta?

—Sí. Este verano se alojan ahí un hombre y su hija, una chica de mi edad. Eh… El caso es que estuve hablando con ella y me ha dicho que encontró un diario de Julieta escondido en la casa. Que cuenta cosas raras, como si le hiciera pensar que Julieta en realidad no… Que no se suicidó.

Eduardo se deja caer hacia atrás en la silla. Parece asombrado de verdad.

—Joder. Eso es muy grave. ¿No te ha contado nada más?

—No.

—¿Y tú has visto ese diario? ¿Te lo ha dado?

—No, no quiere dármelo. Pero… me ha dicho algunas cosas que solo sabía Julieta.

Eduardo se queda en silencio, mordiéndose el interior de la mejilla. Tengo la sensación de que está intentando disimular la preocupación con reflexión.

—No sé qué hacer —lo presiona Cameron.

—No hagas nada. Déjame pensar cuál es la mejor manera de llevar esto.

—Vale.

—Pero, Cameron, si esta chica ha actuado así… No puede estar muy bien. No te fíes de ella.

—Ya.

—¿Y la conozco?

—No lo sé. Trabajaba por las mañanas en la cafetería de Sonia, pero creo que lo ha dejado.

Eduardo asiente, ya perdido en sus pensamientos.

—Yo me encargo —dice al fin.

—Gracias.

Cameron abandona el despacho y regresa a su habitación, donde coge el teléfono, asegurándose de que se le vea de nuevo, y detiene la grabación.

Yo me apresuro a dar el siguiente paso: envío un mensaje a Sonia avisándola de que estoy con fiebre y de que mañana no podré ir a trabajar. Por eso Cameron ha dicho que cree que he dejado el trabajo, porque damos por sentado que Eduardo querrá zanjar el asunto cuanto antes.

Respiro hondo. Vale, ahora ya no hay vuelta atrás. Lo hemos planificado de tal manera que yo me exponga al mínimo peligro, pero es imposible que la cabeza no se me llene de «¿y si…?». ¿Y si

nos hemos equivocado? ¿Y si hemos calculado mal la reacción de Eduardo? ¿Y si hago algo mal? ¿Y si acabo muerta como Julieta?

Sí, lo sé, el plan es mío. Me he ofrecido como cebo porque quiero que se sepa la verdad, pero eso no significa que no esté muerta de miedo. Me pregunto si Julieta pasó sus últimos días así, temiendo que Eduardo fuese a por ella, sin saber si lo haría y cuándo. Deseando que la dejara en paz. Asustada, muy asustada.

Paso muy mala noche. Me duermo a ratos, pero me voy despertando a menudo con pequeños sobresaltos. La última vez es cuando papá entra en la habitación para ver cómo me encuentro. Como todavía estoy atontada, no me cuesta hacerlo pasar por malestar.

—Todavía estoy rara. No iré a trabajar. Anoche ya envié un mensaje —murmuro.

—Vale, descansa.

Papá me da un beso y se va a trabajar. Durante los treinta segundos que pasan desde que sale de la habitación hasta que cierra la puerta de la cabaña, tengo tiempo de despejarme del todo. Salgo de la cama y bajo corriendo a cerrar la puerta por dentro.

Después compruebo el móvil. Por suerte, el wifi funciona. Tengo un mensaje de Sonia diciéndome que no me preocupe y que no quiere presionarme, pero que espera que me recupere en un plis, y otro de Cameron:

Cameron:

Ha salido pronto de casa y ha ido directo a la oficina

Parpadeo, desconcertada. Eso sí que no nos lo esperábamos. El plan es que yo no abandone la cabaña en ningún momento. Al menos, sola no. Tengo que quedarme aquí encerrada hasta que aparezca Eduardo, al que Cameron lleva siguiendo desde primera hora. Cuando aparezca, pondré el móvil a grabar. Cameron se dejará ver en cuanto Eduardo cruce la puerta y lo confrontaremos con la verdad, con la esperanza de grabar su confesión.

Estábamos convencidos de que Eduardo vendría esta misma mañana. Pero si ha ido a la oficina… No me esperaba que se lo tomara con tanta calma.

Aunque sigo con los nervios a flor de piel, subo al baño y me cambio de ropa. Cuando vuelvo a bajar, sigo sin noticias de Cameron. Como temo que el wifi me la esté jugando, le envío un mensaje:

Maia:

¿Seguís en Sabiñánigo?

La respuesta llega enseguida:

Cameron:

Sí

Un par de segundos después, me llega otro mensaje.

Cameron:

Creo que la cagué al decirle que antes trabajabas en la cafetería por las mañanas. Esperará por la tarde para ir para allá

Tuerzo el gesto mientras me muerdo el labio. No, no creo que sea eso.

Me siento en el sofá, contrariada. Estaba convencida de que Eduardo aparecería enseguida, de que nos quitaríamos esto de encima pronto, lo antes posible. Pero resulta que lo único que puedo hacer ahora es… esperar.

Los minutos pasan y sigo sin novedades de Cameron, a pesar de que el wifi está funcionando bien. Podría desayunar para pasar el rato, pero me temo que lo vomitaría al instante.

Me dedico a pasear arriba y abajo por el salón.

—¡Socorro!

Me quedo petrificada. El grito ha llegado débil, algo lejano. Una mujer.

—¡Ayuda!

Ahora ha sonado más cerca. Noto un extraño calor en la cara, fruto de la sorpresa, del miedo y del desconcierto. El vello de los brazos se me eriza. Alguien sube los escalones del porche corriendo. Un segundo después, se deja caer sobre la puerta. Doy un respingo al escuchar el golpe. Ahora aporrea la puerta con las manos, frenéticamente.

—Por favor, necesito ayuda, me han… Por favor, por favor —suplica la mujer.

Sigo sin moverme, sin saber qué hacer. La respiración se me entrecorta. Estoy aterrorizada. ¿Esto tiene algo que ver con Eduardo o de verdad ahí fuera hay una mujer que necesita ayuda? La mujer sigue golpeando la puerta, suplicando, sollozando.

No puedo quedarme aquí sin hacer nada. Sigo llena de dudas, pero no puedo negarle ayuda a alguien que la necesita. Por si acaso,

pongo a grabar el móvil. Me acerco a la puerta.

—¡Un momento! —aviso.

—Gracias, gracias… —susurra la mujer.

Por los sonidos que me llegan, creo que se aleja un paso de la puerta. Eso me tranquiliza. Un poco. Giro la llave y abro poco a poco, con prudencia, lista para cerrar la puerta de golpe si veo cualquier cosa extraña. Al otro lado, una mujer me mira expectante, jadeando… aunque ya no parece asustada.

Me sorprendo al reconocerla. Y esa es mi perdición.

En esa fracción de segundo, empuja la puerta, se abalanza hacia mí y me clava algo en el brazo. Noto un pinchazo fino, como una picadura. Es tan rápido que solo tengo tiempo de gritar un alarmado «¡Eh!» y dar un paso hacia atrás. El móvil se me cae al suelo. Un calor extraño se me extiende desde el pinchazo hacia el resto del cuerpo y ella se me queda mirando, como si esperara algo… con una jeringuilla medio vacía en la mano. Era una trampa.

Sintiéndome estúpida estúpida estúpida por haber metido así la pata, reacciono. Me abalanzo hacia ella y la empujo con todas mis fuerzas. Es alta y más fuerte de lo que pensaba, pero cae al suelo del porche con un grito sorprendido. Me apresuro a cerrar la puerta de la cabaña con un golpe y cojo la llave para girarla… Solo que los dedos de la mano no consiguen sujetarla. Es como si se hubiesen quedado dormidos, incapaces de moverse. De hecho, no los siento.

Me doy cuenta de que es el brazo en el que me ha inyectado algo, así que lo intento con la otra mano… Pero me pasa lo mismo.

—No… —gimo.

Esto es malo. Muy muy malo. Cerrar o no la puerta con llave es cuestión de vida o muerte. Pasar la llave significará darme tiempo

para pedir ayuda con el móvil, que Cameron o quien sea llegue a tiempo antes de que…

Pero no consigo sujetar la maldita llave. Estoy tan concentrada en esto que tardo unos segundos en darme cuenta de que, a mi alrededor, el salón se mueve de una forma extraña. Lenta, deformando las cosas. Cada miembro del cuerpo empieza a pesarme, a pesarme tanto…

Las piernas dejan de sostenerme. Me derrumbo como un saco de patatas y aterrizo sobre el hombro izquierdo. Oigo y siento un crujido que me pone los pelos de punta. Curiosamente, todavía tardo unos segundos en notar un dolor agudo, como no había sentido nunca, que se me extiende por todo el brazo.

Pero no grito, porque la voz no me sale.

Cameron ya me lo advirtió.

No confíes en nadie.

CAPÍTULO 20

La imagen se mueve como si el móvil se encontrara en la mano de (presumiblemente) Maia. Muestra la puerta de la cabaña de los hechos. La mano de Maia abre un poco la puerta. Fuera hay una persona, pero no se la distingue. La persona empuja la puerta, la imagen se vuelve confusa (presumiblemente, el teléfono está cayendo al suelo).

Maia: (grita).

A partir de aquí, la imagen se mantiene fija, solo se distingue el techo de la cabaña.

Pasamos a describir exclusivamente los sonidos de la grabación.

Se oye otro grito (no se puede distinguir si es de Maia o de otra mujer) seguido de un golpe fuerte, presumiblemente la puerta de la cabaña cerrándose.

Durante diecisiete segundos, se oye una respiración acelerada que se va volviendo más lenta (presumiblemente de Maia).

Maia: No…

Se oye un golpe sordo, presumiblemente Maia cayendo al suelo.

Se oye un crujido que se identifica con la apertura de la puerta de la cabaña. Después un golpe suave que indica su cierre.

Mujer sin identificar: ¿Dónde está el diario, chica? (La voz presenta un leve acento extranjero).

Se oyen pasos (presumiblemente de la mujer sin identificar).

Una mujer aparece en cuadro, mirando a cámara. Se agacha para coger el teléfono. La cámara pasa a apuntar al suelo. La grabación se detiene.

Identificación positiva de la mujer: Karen Stuart.

Relaciones familiares:

- Esposo: Eduardo Muñoz
- Hijo: Cameron Muñoz

Debería estar asustada. Debería estar temblando de miedo. Debería estar gritando pidiendo ayuda. Sin embargo, estoy… No sé si «tranquila» es la palabra adecuada para describirlo. ¿Indiferente, quizá? Como si lo estuviese viendo desde la distancia. Como si yo no fuese yo. Ni siquiera me preocupa el dolor sordo y palpitante del brazo izquierdo, ni el hecho de no poder moverlo ni un solo milímetro.

Sé que no es normal y debería angustiarme por ello, pero no lo consigo. Hay una parte de mi cerebro diciéndome que mi vida corre peligro, que debo reaccionar, pero la parte que debería morirse de miedo y ordenar a mis músculos moverse… es como si se hubiese ido de vacaciones.

La mujer vuelve a acercarse a mí. Me estudia con una mezcla de aprensión, nervios y disgusto. Como si realmente no le gustara hacer esto, pero no tuviese otra opción.

—Chica, te he preguntado dónde está el diario —insiste con su elegante acento británico.

Cuando la he visto ahí, en el porche, me ha costado creerme que era ella. Pero el color de esos ojos, la forma de los labios… Sí, era la mujer de la cafetería. Alta, de porte elegante, sobria. La madre de Cameron.

¿Qué hace ella aquí? Ni siquiera sé cómo se llama… ¿Por qué ha venido ella en vez de Eduardo? Significa eso que… Mi cerebro va lento y me cuesta encontrar una explicación. ¿Es porque Eduardo y la madre de Cameron están juntos en esto? ¿O la madre de Cameron está actuando por su cuenta? Pero ¿cómo…? Mis

pensamientos están demasiado enmarañados. Sin embargo, uno sí que consigue brillar y llamar mi atención.

Cameron. Cameron sigue vigilando a su padre. No sabe nada de esto, no sabe que su madre… Esto lo va a destrozar todavía más. Pero tiene que saberlo.

El miedo por Cameron sí que consigue que mis músculos reaccionen. Tengo que llamarlo, al menos enviarle un mensaje. Necesito mi móvil. ¿Dónde está? Recuerdo que se me ha escapado de la mano cuando la madre de Cameron me ha clavado la aguja. Debe de estar en el suelo. Con un gran esfuerzo, intento ponerme bocabajo, pero se me escapa un gemido lastimero cuando siento una punzada horrible en el hombro izquierdo. Además, al no poder mover el brazo, ni siquiera consigo desplazarme. Con cuidado, intento hacerlo hacia el otro lado. Esta vez sí que logro girarme. Desde donde estoy, busco el teléfono con la mirada. No lo veo. Me arrastro por el suelo con la esperanza de verlo en algún rincón…

—¿Buscas esto?

Giro la cabeza para descubrir a la madre de Cameron mostrándome mi teléfono, que se guarda en el bolsillo del pantalón. Me doy cuenta de que debe de llevar un buen rato observando mis lentos intentos por encontrar el aparato.

Resopla, impaciente, y parece darme por imposible. Recorre el salón con la mirada, me da la espalda y empieza a abrir los cajones y las puertas de los muebles. Lo revisa todo bien. Al no encontrar lo que busca, entra en la cocina. Mientras la oigo abrir y cerrar cajones, incluso la nevera y el congelador, no puedo dejar de pensar en Cameron. Tiene que saber que su madre también está implicada. O quizá solo es ella, aunque todavía no consigo que eso tenga sentido

en mi cabeza… Pero ahora da igual. Lo importante es avisar a Cameron.

Pero, a falta de mi móvil, no tengo manera de contactar con él. Mi única opción es escapar de aquí. Encontrar a alguien que me ayude.

Miro la puerta de la cabaña. La madre de Cameron no ha llegado a cerrarla con llave. Para volver a abrirla, solo necesitaría bajar la manilla. El problema es cómo alcanzarla. Puedo arrastrarme por el suelo, pero levantarme hasta ahí… Necesitaría apoyarme en algo.

Mi cabeza, a pesar de que parece haber sido sumergida en una densa e interminable niebla, logra urdir un plan. Será difícil, pero tengo que hacerlo por Cameron. Una voz en el fondo de mi cabeza intenta recordarme que también es por mi propia vida, pero es como si sus gritos me llegaran apagados.

Me quedo quieta, con la frente apoyada en el suelo, pendiente de los sonidos de la madre de Cameron. La oigo terminar en la cocina y dirigirse al lavadero. Allí tampoco encuentra lo que busca, claro. Cuando sale de esa parte de la casa, no la miro. Se detiene un momento, sé que me observa. Me mantengo inmóvil. Que piense que ni siquiera tengo energías para moverme.

Entonces la escucho subir las escaleras.

Al instante empiezo a arrastrarme por el suelo, mordiéndome el labio para no gemir desesperada por lo lenta que avanzo. Me parece que tardo una eternidad en alcanzar una de las sillas de la mesa. Entonces me tengo que enfrentar a otro problema. Con un brazo inutilizado, no tengo suficiente fuerza para usar la silla como soporte para levantarme. Me siguen llegando los sonidos de la madre de Cameron desde arriba, pero no tardará en volver a bajar, preguntando de nuevo por el diario.

Decido que ya me preocuparé de cómo alcanzar la manilla cuando la tenga al lado. Lo primero es llevar la silla hasta allí.

Doy un empujón a la silla con el brazo derecho. Por suerte, la parte inferior de las patas está cubierta con una almohadilla para que no rayen el suelo, así que no hace ruido. Después de ese primer empujón, me arrastro por el suelo hasta alcanzarla. La empujo de nuevo. En un recorrido lento y penoso, la voy moviendo hasta que logro pegarla a la pared, junto a la puerta.

Ahora llega la parte todavía más difícil, la que no sé cómo hacer. Me agarro al asiento con la mano derecha e intento incorporarme, pero me falta fuerza. Tras un segundo fracaso, me decido por la opción dolorosa. Apretando los dientes para no emitir ni un solo sonido, me apoyo sobre el hombro izquierdo, recojo un poco las rodillas debajo del cuerpo y entonces sí que consigo levantarme. Me quedo de rodillas, la mano derecha apoyada en el asiento. La aparto un momento para colocarla en la manilla y hacer fuerza hacia abajo…

La puerta se abre.

Si no tuviese todas las emociones adormiladas, sé que me alegraría. Mucho. Ahora solo logro sentir un alivio amortiguado, pero es suficiente para seguir moviéndome. Estoy más cerca de avisar a Cameron.

Me aparto de la silla y apoyo la mano derecha en el suelo con la esperanza de conseguir gatear. Las piernas me flaquean un poco y no lo logro del todo, así que consigo salir al porche con una mezcla de gateo y arrastre. Es humillante y patético, pero me vale. Mientras avanzo hacia las escaleras, miro hacia el camino. El lugar es solitario,

pero quizá tenga suerte y pase alguien a quien pueda llamarle la atención…

Unas manos me agarran de los tobillos y tiran de mí hacia atrás.

—¡No!

Vuelvo a caer, tumbada y bocabajo. Las manos me arrastran hacia el interior de la cabaña. El camino, las escaleras, el porche, se alejan de mí. La puerta vuelve a cerrarse en mis narices. La madre de Cameron me empuja para que me ponga bocarriba haciéndome rodar sobre mi brazo izquierdo. Esta vez no contengo el grito de dolor.

—¿A dónde te crees que vas? —me grita, más asustada que enfadada.

Resoplo, aunque no sé si transmite lo que estoy pensando. «¿A ti qué te parece, tía lista?». De repente, las pocas energías que había conseguido reunir para avisar a Cameron me abandonan. Estoy agotada por el esfuerzo y el fracaso. Ahora ya no volverá a perderme de vista, no tendré otra oportunidad para intentar escapar o pedir ayuda. Esto ya no tiene solución. La indiferencia por lo que pueda sucederme gana del todo. Total, si ya no hay nada que hacer, ¿para qué preocuparse?

La madre de Cameron se ha dado unos segundos para calmarse.

—Chica, no tenemos todo el día —me dice al fin—. Dime dónde tienes el diario.

—Me llamo Maia —farfullo. No me gusta que me llame «chica». Estoy tan cansada que me cuesta pronunciar las palabras. Es como si tuviese que tirar de ellas para que salgan.

—Vale —asiente, haciendo un gesto de impaciencia. Sigue nerviosa.

—¿Y tú?

—¿Qué?

—Tu nombre.

No sé por qué le pregunto ahora por su nombre. Es un poco absurdo, pero creo que es culpa de la droga ganándome la partida. Cada segundo que pasa, todo va más lento, más desordenado.

—Da igual cómo me llame.

Pienso que me sabe mal no saber cómo se llama la madre de Cameron. Él me importa mucho, estoy bastante convencida de estar enamorada de él, y creo que debería saber el nombre de su madre. Su madre… Las dudas de antes regresan. ¿Por qué su madre es la que está aquí, preguntando por el diario de Julieta? No tiene sentido.

—Creíamos que vendría Eduardo —murmuro.

Ella se queda un momento inmóvil. Me cuesta interpretar su expresión. Creo que primero está confusa. Después, preocupada.

—¿Qué significa eso? —dice al fin.

Esa vocecita que intenta hacerse escuchar desde el fondo de mi cabeza me recuerda que debería estar luchando por mi vida, ¿no? Porque, si esta mujer ha aparecido por aquí preguntando por el diario y me ha drogado, es razonable pensar que no pretende dejarme viva. Por desgracia para la vocecita, no consigo reaccionar ante esa certeza. Es como si mi cerebro ya no supiera determinar el orden de importancia de las cosas.

Es extraña esta sensación en la que todo ha perdido importancia, a pesar de que, en el fondo, sabes que no debería ser así.

Así que, ordenando mal mi lista de prioridades, contesto a su pregunta.

—Cameron le habló del diario a Eduardo. Pensamos que vendría él.

—Anoche Eduardo me contó a mí lo del diario.

Parpadeo, confusa. ¿Eso significa…?

—Pensamos que solo lo había hecho Eduardo —farfullo.

—¿El qué?

Cada segundo que pasa me siento más cansada, me cuesta más hablar. Sé que no debería dormirme, pero qué más da. Solo quiero cerrar los ojos y…

Un golpe en la mejilla me despierta. Descubro que tengo a la madre de Cameron de cuclillas a mi lado. Debería aprovechar para abalanzarme sobre ella, pelear por escapar de aquí, ¿no? Pero estoy tan agotada…

—¿A qué te refieres? —me dice—. ¿Qué crees que ha hecho Eduardo?

—Cameron y yo… creíamos que él… mató a Julieta. Y a Izíar.

Ella se alarma.

—¿Cameron cree que Eduardo las mató?

—¿No fue él?

—Claro que no. Él no sabe nada.

Habla como si la idea de que Cameron piense que su padre es un asesino la horrorizara. Entonces me doy cuenta de que no es eso, sino que se está dando cuenta de que Cameron sabe. Sabe que alguien mató a Julieta, alguien de su familia. En estos momentos cree que fue su padre, pero es cuestión de tiempo que se entere de la verdad.

La verdad… Me pregunto cómo hemos podido equivocarnos tanto. Bueno, en realidad no íbamos tan desencaminados. Al fin y al cabo,

sigue siendo cierto que el asesino vivía bajo el mismo techo que Cameron. Pero, desde que unimos la pista del coche azul con la del coche de la línea roja… Ah, ahí está nuestro error. Resulta que, al final, Julieta sí que tenía motivos para dudar de sí misma. Se confundió. Desde el principio creyó que el asesino era un hombre, pero era una mujer. El alcohol, la pastilla que había tomado… Fueron suficientes para una equivocación que nosotros arrastramos.

Fue la madre de Cameron. Ella sola. Pero… si Eduardo no sabe nada de todo esto, entonces ¿por qué la madre de Cameron las mató? ¿Y cómo descubrió que Julieta era la testigo del asesinato de Izíar?

—¿Por qué las mataste?

De repente, parece enfadarse. A sus nervios se les han sumado alarma y contrariedad. Es como si nada estuviese sucediendo según lo que había previsto. Pues mira, ya somos dos.

—Chica, ya está bien de hablar. ¿Ves esto? —Me muestra la jeringuilla con la que me ha inyectado la droga. Todavía hay líquido dentro, llega más o menos por la mitad—. Si no me dices dónde está el diario, tendré que metértelo todo. Y entonces no podrá salvarte ningún médico.

—¿Me llevarás al médico?

—Sí, claro que sí. —Fuerza una sonrisa y una expresión amable, pero sé que miente… y no consigo que me importe—. Venga, cuéntamelo.

—Cameron lo envió justo ayer por correo. A los padres de Julieta.

—¿Qué?

—Y grabamos un vídeo contando todo. Pero creíamos… que fue Eduardo. Lo recibirá mucha gente.

No añado más porque me he quedado agotada solo por decir esas pocas frases. La madre de Cameron parece horrorizada. Se pone de pie y se lleva las manos a la cabeza.

—¿Qué habéis hecho?

Estoy tan atontada que por un momento pienso que me está pidiendo que se lo vuelva a contar. Después, mi cerebro medio dormido procesa que no, que solo está consternada. Poco a poco, voy teorizando sobre por qué mató a Izíar. ¿Fue «solo» porque tuvo un lío con Eduardo? ¿O fue porque se enteró de que era una periodista que pretendía destapar los trapos sucios de su marido? Quizá fue una mezcla de ambas cosas… En cuanto a Julieta, no sé cómo la descubrió, pero es evidente que se quitó de en medio a una testigo indeseada. Y ahora pretendía hacer lo mismo conmigo, y luego… ¿De verdad creía que un nuevo suicidio o asesinato no iba a convertir la situación en insostenible?

Aunque da igual lo bien o mal pensado que estuviese su plan, porque Cameron y yo se lo hemos dinamitado. Esto va a explotar. No sé si culparán de las muertes a Eduardo o a ella, o quizá a ambos, pero habrá consecuencias graves.

La madre de Cameron me mira como si no supiese qué hacer, ni consigo misma ni conmigo. Parece una leona asustada, a punto de echarse a llorar. Por un momento da la sensación de que va a rendirse. Pero la indecisión dura menos que un parpadeo. Carraspea y se obliga a recomponerse.

—Tenemos que irnos. —Se me acerca—. Ponte en pie.

—No. —Me sale como si fuese una niña pequeña, pero es que sé que irme con ella no es buena idea.

—¿Recuerdas esto? —Vuelve a mostrarme la jeringuilla, que sigue llevando en la mano. Sin esperar mi respuesta, me coloca las manos debajo de las axilas y tira de mí con una fuerza sorprendente. Gimo por el dolor en el hombro, pero, sin casi darme cuenta, estoy de pie —. Vamos, bonita.

Niego con la cabeza, pero hace pasar mi brazo derecho por encima de sus hombros y me abraza por la cintura para ayudarme a caminar. No quiero ir, pero la obedezco, y maldigo la droga que me ha inyectado porque no me resisto cuando abre la puerta y salimos.

Me va a matar. Lo sé y no estoy haciendo nada por evitarlo. Me matará igual que mató a Julieta. Y Cameron… No sé si Cameron también se ha enamorado de mí, pero sé que le importo. Si yo también muero… Su madre tiene que saberlo.

—Julieta era la novia de Cameron.

—Cállate.

—Si me matas…

—¡Cállate! —Se le rompe la voz. Jadea por el esfuerzo y los nervios. Parece que se esté viniendo abajo otra vez—. Yo solo intentaba proteger a la familia de los líos de faldas de Eduardo.

En un momento muy absurdo, en vez de preocuparme porque no haya negado que va a matarme, me pregunto cómo murió Julieta exactamente.

—¿A Julieta también la drogaste?

—Sí. No sufrió.

Se me escapa un resoplido al escuchar su tono de pesar, como si de verdad le hubiese sabido mal hacerlo. Pero bien que lo hizo, no te jode. Lástima que no esté en condiciones de convertir mis pensamientos en palabras, porque me quedaría bien a gusto.

—Hijaputa.

Bueno, al menos me ha salido algo.

Y hemos alcanzado el coche. La madre de Cameron abre la puerta del copiloto y pretende que entre. Tengo un pequeño momento de lucidez, uno en el que parece que el mensaje «debo luchar por mi vida» consigue trascender. Apoyo la mano derecha contra el borde de la puerta para resistirme.

—No…

—Vamos, ¡entra!

El grito es agudo, estridente, el de alguien a punto de perder los estribos por completo. La madre de Cameron me empuja, impaciente.

—Eh, ¿qué está pasando aquí?

Las dos nos giramos hacia la voz del recién llegado.

Bruno. ¡Bruno! No tengo ni idea de qué hace aquí, precisamente ahora, pero me alegro tanto de verlo… Nunca habría dicho que él despertaría este sentimiento en mí, pero de verdad que, si pudiese, sonreiría.

Se está acercando a nosotras con el ceño fruncido, pero, cuando reconoce a la madre de Cameron, se queda parado.

—¿Karen?

Yo veo mi oportunidad.

—¡No quiero ir con ella!

No debo de pronunciarlo tan bien como a mí me parece, pero es suficiente. El desconcierto de Bruno se convierte en extrañeza y enseguida en alarma cuando la madre de Cameron hace un gesto con la mano… y entonces siento un pinchazo en el cuello.

—¡Eh! —grita él, echando a correr hacia nosotras.

Noto que el mismo calor de antes se me extiende desde el cuello hacia el resto del cuerpo. Oh, ahora sí que estoy perdida, perdida, perdida.

Curiosamente, no siento miedo. No sé decir si esta falta de sentimiento es buena o mala, pero desde luego es extraño. Saber que vas a morir y que no te importe.

Entonces la madre de Cameron me empuja sin miramientos hacia Bruno, que se detiene derrapando sobre el suelo polvoriento del camino y logra sujetarme antes de que me desplome.

—¡Eh! —Vuelve a gritarle a la madre de Cameron, pero la única respuesta es una puerta que se cierra y un motor que arranca—. ¡Eh!

Si antes ya tenía la sensación de estar moviéndome entre algodones, ahora se me multiplica. Los párpados me pesan, todo mi cuerpo parece convertirse en plomo. Soy incapaz de moverme de entre los brazos de Bruno.

El coche de la madre de Cameron se aleja tan rápido que nos envuelve una nube de polvo.

Bruno me mira y veo el pánico en sus ojos, en la tensión de su boca. Quiero decirle que no se preocupe tanto, que estoy bien, no me duele nada. Ya ni noto el hombro.

—¿Qué te ha hecho?

—Droga… Tengo sueño.

—Joder. Maia, joder. Maia, no te duermas, por favor.

Yo puedo intentarlo, pero es que los párpados me pesan tanto…

—Vamos a buscar ayuda, ¿vale? —añade Bruno.

Noto cómo me pasa un brazo por debajo de los hombros y el otro por debajo de las rodillas, y me levanta al vuelo. Creo que empieza a

recorrer el camino en dirección al pueblo.

Me doy cuenta de que tengo que decirle algo importante. Al menos que lo sepa alguien. Cuando hablo, solo consigo hacerlo en un susurro, no tengo energías para más.

—Ella mató a Julieta y a la periodista. —Bruno me mira un momento con los ojos muy abiertos, pero no se detiene—. Cameron… Dile que lo siento. Y a mi padre.

Ya está, ya lo he dicho. Suspiro, satisfecha por haber conseguido que alguien más lo sepa.

—No te duermas. Tienes que hacer un esfuerzo —suplica Bruno.

Pero me he quedado sin fuerzas, ni siquiera consigo abrir los párpados. Ya no puedo más. Me rindo al sueño, que tampoco es tan grave. La idea de dormir me parece de lo más razonable.

Y entonces se me ocurre que voy a morir como lo hizo Julieta. Las dos nos dormiremos… y ya está. Ahora sé que Julieta no sufrió. Esto no está tan mal, ¿no?

Desde el fondo de mi cabeza, la vocecita grita que sí que está mal. Se desgañita, se queda afónica chillándome que luche, que no puedo perder la batalla.

El problema es que ya es demasiado tarde.

Sí, me temo que he perdido.

CAPÍTULO 21

- Primer intento de llamada por parte de Bruno: Llamada sin contestar



- Mensaje de Bruno a Cameron: «coge el puto teléfono. estoy con Maia. URGENTE»

- Llamada de Cameron a Bruno:

Bruno: Cameron, joder, ya era hora. Tienes que ir al ambulatorio de Sabiñánigo. Estoy con Maia. Tu madre… Joder, ya no sé si respira. Maia, ¡Maia!

Cameron: Bruno, ¿qué pasa?

Bruno: ¿Que qué pasa? Pues que he ido a ver a Maia a ver si estaba bien después de la mierda de ayer y tu madre… Que le ha metido algo con una jeringuilla y ahora no se despierta. ¡Cuidado que viene un coche!

Cameron: ¿Qué quieres decir con que no se despierta?

Bruno: Que tu madre la ha drogado, ¿vale? Me he encontrado al padre de Sofía y estamos en el coche, ya nos esperan en el ambulatorio, y no sé si allí podrán ayudarla, pero… ¿Qué coño está pasando, tío? Ha dicho… Ha dicho que tu madre mató a Julieta y a una periodista…

Cameron: ¿Qué…? ¿Cuánto tardáis en llegar al ambulatorio?

Bruno: No sé, estamos yendo a toda leche. Creo que… Creo que en quince minutos llegamos.

Eduardo Muñoz (se le oye a través del teléfono de Cameron): ¿Cameron? ¿Qué haces aquí?

Cameron: Papá. ¡Te voy a matar!

La llamada se corta.

Lo primero que veo es la luz. Demasiado brillante. En realidad, no la estoy viendo. Es… Creo que me llega a través de los párpados cerrados. Tras esa primera sensación, es como si mi cerebro se activara del todo y se conectara con el resto de mi cuerpo. Los párpados me pesan. Todo me pesa a pesar de que estoy tumbada. No puedo mover el brazo izquierdo. Hay algo clavado en mi brazo derecho. La cabeza me duele.

¿Y por qué hay tanta luz? Frunzo el ceño mientras me esfuerzo por abrir un poco los ojos. Estoy en la habitación de un hospital. Papá está sentado en una silla, a mi lado, mirando hacia la ventana por la que entra el sol. Parece haber envejecido otros cinco años de golpe. Está agotado, como si llevara días sin dormir. Todavía no sé cómo he llegado hasta aquí, pero sé que está así por mi culpa. Yo le he hecho esto.

Entonces me descubre mirándolo y se incorpora de golpe.

—Maia. —Creo que pulsa un botón que hay en la barandilla de la cama. Habla con voz suave—. Eh, ¿cómo estás?

Intento moverme un poco porque estoy empezando a notar otras cosas además del cansancio y la pesadez. Me duele el cuerpo, como si llevara demasiado tiempo sin moverme.

—Ten cuidado con el hombro. No te hagas daño.

Sigo su mirada hacia mi brazo izquierdo y descubro por qué no lo puedo mover: lo tengo inmovilizado con una aparatosa férula. Parpadeo, desconcertada.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—¿No te acuerdas?

—Eh… —Lo intento, pero no doy para más.

—No te preocupes, algunas cosas irán volviendo —me asegura—. Llevas un par de días despertándote un poco y volviéndote a dormir.

—¿Qué? —Intento sentarme en la cama de golpe, pero no consigo levantarme ni tres centímetros.

—Hoy te veo más despejada que las otras veces. Eso es bueno —dice papá, esforzándose por sonreír.

Al verme obligada a quedarme tumbada, la única manera que tengo de expresar mi desconcierto y frustración es frunciendo el ceño. Llevo dos días en el hospital… No recuerdo absolutamente nada. Tampoco cómo llegué ni por qué. Entonces, algo regresa. Bruno. Mirándome muy asustado, diciéndome algo. ¿Por qué estaba tan asustado? El sonido de un coche alejándose tan rápido que nos envolvió una nube de polvo… ¡La madre de Cameron!

Ahora sí, todo regresa de golpe. El diario de Julieta, Cameron, las dudas, tantas dudas, el plan que urdimos para conseguir la confesión de Eduardo… Y entonces, la madre de Cameron. Esa parte es más confusa, los recuerdos son como breves destellos. El pinchazo en el brazo, la caída, yo arrastrándome por el suelo y empujando una silla… Ella mató a Julieta e Izíar. Y también quería… matarme a mí. De hecho, llegué a pensar que lo había conseguido. Pero estoy viva. Me duelen la cabeza y los ojos. En realidad, me duele todo el cuerpo. Estoy agotada, el hombro me palpita y siento unas ligeras náuseas. Estoy hecha un asco. Estoy fatal. Pero estoy viva.

Los ojos se me humedecen, abrumada por la toma de conciencia. He pasado un año sumergida en un pozo, sin saber qué sentido tenía la vida, para qué valía la pena levantarse por las mañanas.

Ahora no podría sentirme más agradecida por el simple hecho de poder abrir los ojos, respirar, ver a papá… todavía preocupado, agotado. No me cuesta imaginarme lo que debe de haber sido esto para él. Hace poco más de un año perdió a mamá, si me llega a perder también a mí…

—Papá, lo siento tanto… —Se me escapa un sollozo y me echo a llorar, presa de la culpabilidad.

—Eh, ven aquí.

Con mucho cuidado, me abraza y me acuna mientras lloro por lo que le he hecho sufrir. También por la tensión de todas estas semanas, porque alguien estuvo a punto de matarme.

—No sabía cómo hacerlo. Quería contártelo todo, pero…

—No te disculpes. —Me chista con suavidad.

—Pero… —Me callo, pues todavía no sé qué ha pasado desde que perdí la conciencia. Mi cerebro va lento, yendo paso a paso. Aun así, me angustio—. ¿Dónde está Cameron? ¿Está bien? ¿Y su madre? ¿Qué pasó, papá? ¿Cómo…?

—Eh, te prometo que luego te lo cuento todo. Cameron está… —Se interrumpe, duda—. Ha venido a verte un par de veces. Su madre ha sido detenida. Luego te doy detalles, ¿vale? Pero ahora necesito que acabes de despertarte y asegurarnos de que estás del todo bien.

Me resigno con un suspiro y, poco a poco, se me pasa el llanto. El abrazo de papá me ayuda. Sé que no quiere mis disculpas, pero siento que le debo tantas…

—Sé que desde lo de mamá… —empiezo, pero se me rompe la voz y tengo que volver al principio—. Sé que estabas muy

preocupado por mí. Pero te prometo que estoy mejor y que… Nunca había tenido tantas ganas de vivir, papá.

Respira una vez con fuerza.

—Vale —dice, y ahora el que está llorando es él, así que yo también lloro un poco más, y, cuando unos minutos más tarde entra la enfermera, nos encuentra así y nos pregunta si necesitamos un rato más, pero ya estamos mejor.

Entonces, durante un buen rato hay un continuo ir y venir de doctoras y enfermeras. No las conozco de nada, pero parece que se alegran mucho de verme despierta, y se nota que papá les cae bien. Primero me hacen comer un poco, aunque solo me entra medio yogur. Después, dos doctoras me hacen un sinfín de preguntas y me piden que haga pequeños movimientos para asegurarse de que no tengo secuelas por la sobredosis del calmante que me inyectó la madre de Cameron. Otra médico me informa de que, cuando me caí, no solo se me salió el hombro de sitio, sino que me fracturé no sé qué hueso y tendrán que operarme para extraerme un par de fragmentos que se han quedado por ahí dando vueltas. Eso hará que tenga que pasar unos días más en el hospital, pero creen que debería recuperarme sin problemas. También pasa a verme una psicóloga que nos habla del estrés postraumático y sus señales, y al final de todo me piden que me levante e intente caminar un poco porque llevo demasiado tiempo acostada. Supero la prueba, pero al acabar estoy tan cansada que es tumbarme y quedarme dormida al instante.

Cuando despierto a la mañana siguiente, lo primero que hago es pedirle a papá el móvil para llamar a Cameron. Necesito hablar con

él, escuchar su voz, saber cómo está. Papá duda.

—Vamos por partes. Tu teléfono lo tiene la policía, pero, si quieres hablar con Cameron, puedes intentar hacerlo desde el mío. Me dio su número. Pero envíale un mensaje antes de llamarle, está… —Suspira con tristeza—. No está muy bien, Maia. Su madre está detenida, su padre también va a tener problemas, y se siente muy culpable por lo que te pasó a ti.

—No es culpa suya. Fue idea mía —me apresuro a aclarar.

—Lo sé. Pero se siente responsable por haberlo aceptado —replica, pasándome su teléfono.

Me falta tiempo para enviarle un mensaje a Cameron preguntándole si puede hablar. Solo de pensar en lo que debe de estar pasando, siento una desagradable opresión en el pecho.

Aunque tengo la esperanza de que el teléfono suene enseguida, le pido a papá que me cuente todo lo que sepa de lo sucedido, que resulta ser mucho. Lo desgrana sin poder evitar que en algunos momentos le tiemble la voz. Cada vez, a mí se me humedecen los ojos al pensar en lo mal que se lo he hecho pasar.

Al parecer, tras quedarme dormida en brazos de Bruno, él cargó conmigo hasta el pueblo, donde se encontró con el padre de Sofía y me llevaron a toda pastilla hasta el ambulatorio de Sabiñánigo, donde me hicieron una primera intervención. Allí una ambulancia me llevó a un lugar donde pudo aterrizar un helicóptero, que me trajo hasta el hospital de Huesca.

Toda una aventura que no estaría contando si esa mañana Bruno no se hubiese acercado a la cabaña para asegurarse de que estaba bien. Nunca habría imaginado que acabaría estando tan agradecida a alguien que, de entrada, me caía tan mal.

En cuanto a Karen, la madre de Cameron, gracias a que Bruno llamó a emergencias para avisar de lo sucedido, la detuvieron en cuanto entró en Sabiñánigo. Estaba en plena huida hacia delante, con la intención de salir del país y luego vete a saber qué. Pero, una vez detenida, lo confesó todo. Los asesinatos de Julieta e Izíar. Que intentó matarme a mí.

Karen se enteró de que Eduardo tenía una aventura con Izíar, quien solo pretendía conseguir información para escribir un artículo sobre sobornos a políticos de la zona para construir edificios de viviendas y hoteles. Karen intentó comprar el silencio de Izíar, pero, cuando no funcionó, la mató. Su intención era proteger a su familia de la ruina. No quería que el futuro de Cameron se viese comprometido por algo así. Yo no puedo evitar poner los ojos en blanco. Vaya manera de ayudar a su hijo, convirtiéndose en una asesina.

El caso es que sabía que alguien la vio cometer el asesinato. Y cuando unas semanas después Eduardo y ella entraron en el pueblo con el coche y vio cómo Julieta miraba a Eduardo, comprendió que ella era la testigo y que creía haber reconocido al asesino. Unos días después la siguió mientras salía a pasear por el pantano y la drogó como a mí. Hundió su cuerpo y su móvil en el agua, y dejó otras cosas fuera para que pareciese un suicidio. Al escuchar esto, siento náuseas. Julieta sí que yace en el fondo del pantano.

Karen no sabía que era la novia de Cameron. Según le ha contado la policía a papá, se siente más culpable por eso que por los dos asesinatos en sí.

Tras el asesinato de Izíar, pidió ayuda a un policía amigo, tanto de ella como de Eduardo, para que la ayudara a borrar cualquier

prueba, incluidas grabaciones de cámaras de seguridad. También exigió a Eduardo cambiar de coches con la excusa de que había llevado en ellos a su amante y que no quería volver a subirse en ellos. Y por eso Cameron y yo creímos que el cambio de coches era otra prueba contra Eduardo.

—Es una situación muy complicada, Maia —dice papá al contarme esto—. Cameron me ha explicado que, a pesar de todo, sus padres se quieren mucho. Cree que su padre querrá apoyar a su madre y… Ya puedes imaginarte cómo está.

El estómago se me retuerce. Vuelvo a comprobar el teléfono, que sigue mudo.

Entonces papá me suelta un par de bombas. La primera, que, tras lo sucedido, Lucas se asustó y fue a comisaría, donde confesó su relación con los responsables de la macroplantación de marihuana… que sobornaban a tres policías para que los dejaran tranquilos. Uno de ellos es el que ayudó a Karen a encubrir el asesinato de Izíar. La segunda, que, sin querer, también hemos destapado que el padre de Cameron tenía sobornados a unos cuantos políticos de la zona.

—Habéis destapado algo muy gordo —concluye papá, que parece no saber si sentirse orgulloso o apesadumbrado. Empiezo a decirle que siento no haber confiado en él, pero me interrumpe negando con la cabeza, rotundo—. He tenido tiempo de darle muchas vueltas y entiendo que no lo hicieras. Yo habría llevado el diario a la policía, o a los padres de Julieta, no estoy seguro. Y entonces sin duda habría habido algún tipo de interferencia. Así que… Creo que viviré el resto de mis días en una contradicción. Estoy orgulloso por lo que has conseguido, pero ojalá no te hubieses arriesgado así.

Siento que algo en mi pecho se afloja y me permite respirar mejor. Pese a ello, quiero explicarme, que lo entienda bien.

—Al leer el diario de Julieta, sentía que se lo debía. Y después a Izíar.

—Lo sé, cariño, lo sé.

Nos acabamos dando otro abrazo, que se interrumpe cuando llegan dos policías que me hacen un montón de preguntas. Cuando salga del hospital, tendré que ir a comisaría para que me hagan más preguntas, y es posible que me pidan testificar en uno o dos juicios… En fin, que a papá y a mí nos esperan unos meses entretenidos.

A primera hora de la tarde, vienen a verme Sofía, Alba y Bruno. Sofía y Alba son incapaces de esconder la consternación. Creo que se sienten muy culpables porque nunca cuestionaron que Julieta se suicidara, y es como si la hubiesen abandonado. También a Cameron. Pero se alegran de forma muy sincera de que yo esté bien. Cuando se despiden, Bruno, que hasta ahora no ha abierto la boca, se queda un momento en la habitación. Se acerca a los pies de la cama y apoya las manos en la barandilla. La sujeta con fuerza.

—Gracias por salvarme —le digo.

Él niega con la cabeza y hunde los hombros. De repente parece derrotado.

—Nunca había pasado tanto miedo, Maia. —Se queda un momento en silencio. Duda—. Sé que fui un gilipollas contigo desde el principio.

Me encojo de hombros.

—Al final me salvaste la vida, supongo que estamos en paz.

Se le escapa una sonrisa a su pesar, pero enseguida vuelve a ponerse serio.

—Gracias por lo de Julieta.

Esta vez soy yo la que niega con la cabeza. Puede que ahora sepamos quién la mató, pero sigue estando muerta. Me invade la pena, que se multiplica al ver la de Bruno. Él no salía con Julieta, pero creo que no me equivoco al afirmar que también estaba enamorado de ella.

—Cuídate, Maia.

Se despide con un gesto de la cabeza.

Al quedarme sola, suspiro, desanimada. Agradezco mucho que hayan venido a verme, pero me duele no tener noticias de una persona en concreto. Le he enviado más mensajes, lo he llamado varias veces, pero sigo sin respuesta de Cameron.

Aparece unas horas después, cuando estoy terminando de ver una película en la tableta que papá me ha conseguido y él ha bajado a comprarme un dulce con mucho chocolate porque hace rato que no hay nada que me apetezca más.

En cuanto entra en la habitación, me arranco los auriculares de las orejas.

—¡Cameron!

Si fuese por mí, saltaría de la cama y correría hacia él. Pero entre el cabestrillo, una vía conectada a una botella de suero y que todavía estoy un poco torpe, solo consigo incorporarme.

—No, no te muevas.

Se acerca rápido, preocupado. Me acuna la cara entre las manos.

—Siento no haberte contestado, estaba…

No contesta, y me besa con cierta desesperación, como si llevara demasiado tiempo esperando el momento.

—¿Cómo estás?

—Bien —le aseguro. No parece convencido—. De verdad, estoy mejor y me pondré bien.

—Ya, pero tendrás que pasar por quirófano.

Tiro de él para que se siente en la cama, lo más cerca posible de mí. Ahora que puedo observarlo bien, descubro los rastros del agotamiento en su rostro. No parece que estos últimos días haya dormido mucho. Pongo la mano derecha en su mejilla, y él cierra los ojos e inclina la cabeza para apoyarse en ella.

El gesto no me parece suficiente.

—Espera —le digo. No sin cierta dificultad, me arrodillo en la cama, quedando un poco más alta que él—. Ven aquí.

Lo abrazo con todo el brazo derecho, intentando compensar de alguna manera la falta de mi otro brazo. Él no se resiste demasiado. Acaba abrazándome también y apoya la cabeza en mi pecho. Lo oigo suspirar, sollozar un poco.

No voy a preguntarle cómo está, porque ya lo sé. Tampoco voy a decirle que todo irá bien, porque eso no lo sé. No tengo ni idea de qué va a pasar con su vida, pero quiero que le quede claro que estoy aquí para él.

—No debí aceptar que te usáramos de cebo.

—Cameron, deja de sentirte culpable por eso. La idea fue mía. La decisión fue mía.

No insiste. Tras unos segundos, se aparta y vuelve a besarme. Esta vez, hay algo en su beso que no me gusta. Parece que vaya a…

—He venido a decirte adiós.

—¿Qué?

—Maia… —Niega con la cabeza. Por un momento, parece perdido —. Hasta hace unos días, creía que mi vida no podía ir peor. Y ahora… No creo que debas estar cerca de mí.

—¿Por qué? —pregunto, incapaz de esconder el pánico en mi voz.

Resopla sin humor.

—¿Vas en serio? Mi propia madre intentó matarte.

—Es cierto, pero tú no eres tu madre.

Lo digo con toda la firmeza de la que soy capaz porque necesito que entienda que lo tengo muy claro. Es algo en lo que he podido pensar estos días. Que la madre del chico del que estoy enamorada intentara matarme es… una puta mierda, pero fue ella quien me hizo daño, no él.

—Quiero estar aquí para lo que necesites, Cameron —añado—. Sé que estás en una situación muy jodida. Déjame estar…

—No —me interrumpe. Coge la mano con la que todavía lo sujeto y me la aparta—. Lo único que hago es hacer daño a las personas que me importan.

—Eso no es cierto.

Da un paso hacia atrás. De repente ya no parece desolado ni necesitado de apoyo y consuelo. Es como si se hubiese endurecido de golpe.

—Haz tu vida, Maia. Y olvídame.

Sale de la habitación sin mirar atrás.

—¡Cameron!

Ni siquiera intento perseguirlo, porque tardaré tanto en bajar de la cama que ya se habrá largado.

—¡Cameron! —vuelvo a gritar.

Me quedo ahí sola, arrodillada en la cama, sintiendo cómo el corazón se me parte en mil pedazos. Por un momento, la rabia me sube por la garganta. Ojalá tuviese algún objeto a mano que pudiese lanzar contra la pared. Será cobarde. ¿Por qué me aparta así?

La puerta se abre y la esperanza me invade. Cameron se ha dado cuenta de que no puede hacer esto y ha dado media vuelta para regresar a mí. Pero solo es papá.

—¿Todo bien? Acabo de cruzarme con Cameron y parecía…

Se me escapa un sollozo roto, incontrolable.

—Vale. —Comprendiendo qué ha pasado, entra en la habitación y se asegura de cerrar la puerta.

Acabo tumbada de nuevo en la cama, acurrucada, llorando desconsolada, mientras papá se limita a hacerme compañía mientras me acaricia la cabeza. La última semana han pasado cosas terribles. Pero esta es, con diferencia, la que más duele.

Tres meses después, papá y yo volvemos a Bolcáriz. Solo es para una visita breve. Hay algo que debo hacer.

Desde que me operaron y me dieron de alta del hospital, han pasado muchas cosas. Regresamos a Madrid. Me reencontré con Vero y Paula, a las que no me merezco; fue como si no las hubiese bloqueado, como si no hubiese pasado meses desaparecida ni hubiesen tirado la toalla conmigo. He empezado la universidad, he conocido a gente nueva. Estoy viendo una psicóloga una vez a la semana porque sufro pesadillas y algunos días me cuesta salir de casa sola. Estrés postraumático y esas cosas. Una mierda, pero estoy mejor. Papá también está mejor. Se ríe más. Consigue dormir

casi todas las noches. Estamos aprendiendo a vivir sin mamá. Hay días en los que siento que soy una nueva Maia. Sé que suena a cliché, pero ahora aprecio más la vida. No la doy por sentado.

En todo este tiempo, no he sabido nada de Cameron. Llegué a enviarle un mensaje: «Si necesitas cualquier cosa, llámame. por favor», decía. No hubo respuesta. Ya sé que nunca fuimos pareja y que tan solo coincidimos unas semanas, pero le echo mucho de menos. Hay momentos en los que me da rabia pensar en lo que habríamos podido llegar a ser si hubiéramos tenido la oportunidad. Es injusto, pero aunque sea difícil sé que debo quitármelo de la cabeza. Me digo que debo decirle adiós, seguir con mi vida como él mismo me dijo, pero todavía no lo he conseguido. Algún día.

Es decir, hoy no hemos venido a Bolcáriz por Cameron. Después de comer en la cafetería, donde Sonia me ha dado un abrazo que casi me parte en dos, dejo a papá con su café y me acerco sola al pantano, a una de las pequeñas y solitarias playas que Cameron me descubrió durante nuestras excursiones. Saco el papel que llevo en el bolsillo.

Es una carta que he escrito para mamá y Julieta. Doblo el papel con cuidado, hasta que consigo tener un barquito decente. Después, lo deposito con cuidado en el agua y lo empujo. La corriente suave del pantano se lo lleva. Me quedo ahí unos instantes, observando cómo se va haciendo pequeño.

Después, le doy la espalda y me alejo.

CAPÍTULO 22

Mamá, Julieta,

Puede parecer extraño que os escriba una carta a las dos, pero, para mí, siempre estaréis unidas.

Vuestras muertes son una muestra de lo injusta que puede llegar a ser la vida.

Hay días que, al pensar en vosotras, lloro. No podréis volver a sentir el olor del césped recién cortado, notar las cosquillas de las olas del mar cuando acarician vuestros pies en la orilla, recibir un abrazo de apoyo cuando tienes un mal día, reíros hasta que se os salten las lágrimas, bailar junto a la persona que amáis.

Mamá, papá intentó enseñarme a voltear la tortilla de patatas, pero lo único que conseguí fue que saliera volando. Papá volvió a reírse con esa carcajada que acaba en un ronquido de cerdito. Ojalá hubieses estado allí.

Julieta, conocí a tu hermana y comprendí por qué la adorabas. Es increíble. Ojalá pudieses ver la mujer en la que se convertirá.

Es difícil aceptar que a veces la vida sea tan injusta, que pueden pasar cosas malas. Hay días que no lo consigo. Me enfado por lo que te hicieron, Julieta. O, mamá, te echo tanto de menos que es como si tuviese un cuchillo clavado en el pecho.

Pero entonces papá o Vero o Paula me dan el abrazo que necesito y me cuesta un poco menos aceptarlo. Y me doy cuenta de que quiero apreciar las cosas buenas que tengo. La mousse de chocolate del abuelo, descubrir en clase de qué maneras asombrosas el cuerpo consigue sanar, la gente a la que quiero. Quiero vivir el amor, quiero ver dónde estaré dentro de diez, veinte, treinta años.

El camino no siempre es fácil, pero quiero recorrerlo. Consciente, con los ojos abiertos. Os echaré de menos. Pero sé que algún día, en algún lugar, volveremos a vernos.

Os quiere,

Maia

Cameron

Creo que me iré a vivir al Reino Unido.

Mi vida es un puto desastre, es lo mejor que puedo hacer.

Mi abuela británica, la madre de mamá, me ha propuesto que me traslade allí a estudiar y me parece una buena idea. ¿Será una manera de huir como un cobarde? Puede. Pero es lo que hay. Nunca podré dejar de escapar de todo lo que ha pasado.

Lanzo una piedra al pantano que antes tanto amaba y que ahora odio. Por lo que le pasó a Julieta, por lo que estuvo a punto de pasarle a…

Aprieto los dientes y lanzo otra piedra. Voy poco abrigado para las temperaturas de mediados de octubre. Tengo frío, pero no me importa.

Si me largo, me sabrá mal por mis abuelos españoles. Están instalados en casa desde finales de julio, desde la debacle. Quieren que me mude a Madrid con ellos, que vuelva al barrio de Salamanca. Ellos fueron los primeros en tener dinero en la familia, no papá.

Papá…

Me llama casi cada día, pero paso de contestarle. Está instalado en Huesca. Se mueve entre Sabiñánigo, intentando que la policía y Hacienda le pillen el mínimo de chanchullos posible, y la cárcel donde está mamá, visitándola siempre que puede. Porque ya ha dejado claro que no piensa dejarla de lado.

No hemos vuelto a hablar desde el día que me trajo una carta de ella. Cuando la hice trizas delante de su cara sin ni siquiera abrirla,

me dijo que lo sentía mucho, que estaba muy arrepentida. Me importa una mierda lo arrepentida que esté. El mal ya está hecho. No quiero saber nada de ella. Ni de papá, por apoyarla.

Ese día, tras lo de la carta, fui al hospital a decirle adiós a Maia. Después regresé a casa, destrocé mi habitación y me pasé no sé cuántos días tumbado en la cama. Solo me levantaba para ir al baño y comer lo que los abuelos me dejaban en el escritorio cuando ya no podía más con el hambre.

La abuela nunca se ha caracterizado por ser una mujer paciente, ni por ser de las que se sientan a esperar a que las cosas se solucionen por sí mismas. Una mañana, entró en mi habitación acompañada por un hombre. Era Jaime, un psicólogo que vino a verme cada día hasta que accedí a volver a trabajar. No sé cómo lo consiguió, no recuerdo mucho de esos días.

Desde entonces, todos mis días son iguales. Las mañanas de lunes a domingo reparto bebidas, por las tardes me dedico a hacer kilómetros con la moto y, de alguna manera, antes de cenar siempre acabo visitando el pantano.

Solo tengo una actividad extra: una vez a la semana, el abuelo me acompaña a ver a Jaime. Es su manera de asegurarse de que no me salto la sesión. Supongo que podría enfadarme porque me hacen sentir como si tuviese diez años, pero no soy capaz de hacerlo. Llevan meses instalados aquí solo por no dejarme solo, ¿cómo voy a echarles nada en cara?

En cualquier caso, no le estoy poniendo las cosas fáciles a Jaime. Hay días que siento mucha pena por mí, y otros, como hoy, en que me consume la rabia. No es solo que haya perdido a mis padres de golpe, es que los odio. Hay momentos en los que quiero volver a

destrozar mi habitación, pero no lo hago por mis abuelos. Un día acabé en mitad del bosque liándome a hostias con todo lo que tenía delante. Acabé partiendo una rama que encontré en el suelo contra el tronco de un árbol.

Jaime quiere que trabajemos en estas «explosiones». Me parece bien porque después siempre me hacen sentir como una mierda. Yo antes no era así. No empezaron hasta que pasó lo de Julieta.

Mi teléfono vibra. Lo compruebo por si acaso es un mensaje de los abuelos. Pero no, es Sofía, compartiendo algo en el nuevo grupo que creó con Alba y Bruno. En algún momento de agosto se acercó a hablar conmigo. Se disculpó porque habían pensado mal de mí, pero no se lo puedo tener en cuenta porque yo pensé mal de ellos, de todo el mundo. Me animó a escribir en el chat, a que volviésemos a hablar, pero no sé. De momento no lo he hecho.

Lanzo otra piedra al agua.

Jaime me dice que lo de venir cada día al pantano no es una manera de estar con Julieta, es una manera de autocastigarme. Eh, y puede que tenga razón, pero es que, verás, mi propia madre mató a una pobre mujer, mató a Julieta porque la vio cometer el asesinato cuando venía a verme a mí porque me había enfadado con ella, y estuvo a punto de matar a Maia, porque yo acepté usarla como cebo y encima ni siquiera estaba allí para ayudarla cuando todo se torció. Tuvo que salvarla el puto Bruno.

Joder, hay momentos en los que no sé si mi vida se ha convertido en una tragedia o en una comedia patética.

Sí, lo mejor que puedo hacer es largarme de aquí. De Bolcáriz y de España. Nada me retiene.

Me quedo observando el agua.

Algo en la superficie llama mi atención.

Primero pienso que es un reflejo, pero después distingo que es un objeto. Quizá basura. Lo sigo con la mirada sin lograr identificarlo. Continúa llamándome la atención porque es muy… blanco. Sigue flotando por el agua, acercándose. Es… ¿un barquito de papel?

Sonrío. No es algo que haga mucho últimamente, pero la idea de que alguien haya hecho un barquito de papel y lo haya metido en el agua lo consigue. Habrá sido algún crío. Lo sigo con atención, viendo cómo se acerca a la orilla. Se quedará aquí atascado. No sé en qué punto del pantano lo habrán soltado, pero me parece una pena que su viaje acabe aquí.

Me acerco a la orilla con la intención de darle un empujón para que vuelva a alejarse con la corriente. Al acuclillarme, algo me sorprende. Hay algo escrito a mano en el papel con el que han construido el barquito. Quizá antes era una carta. Me dispongo a moverlo con el dedo índice cuando una palabra llama mi atención.

Julieta.

Tan solo dudo unos segundos. Cojo el barquito y lo despliego con cuidado. El papel ya está muy húmedo y no quiero que se rompa. Sí, es una carta. Siento una mezcla de confusión y aprensión al ver a quién va dirigida.

«Mamá, Julieta».

Lo comprendo al ver la firma.

El corazón se me acelera, miro a mi alrededor. ¿Maia está aquí?

Vuelvo a estudiar la carta. Siento la tentación de leerla, pero logro contenerme a tiempo. Ha escrito una carta a su madre y a Julieta, y ha dejado que el agua se la llevara. Es una despedida. No puedo leerla, es personal.

Pero me quedo con la carta en las manos, porque esto significa que Maia está aquí. Algo se me quiebra en el pecho. Sé que lo mejor que puedo hacer por ella es mantenerme bien alejado, pero cada célula del cuerpo me pide echar a correr hasta encontrarla. No, no debo hacerlo.

Sintiendo en el pecho el mismo agujero que el día que le dije adiós, doblo el papel hasta que vuelve a ser un barquito y lo deposito de nuevo en el agua. Lo empujo con cuidado y la corriente se lo lleva de nuevo. Creo que se hundirá pronto, pero eso es lo que ella buscaba.

Lo observo alejarse, despidiéndome de Maia.

No volveré a verla más.

Recuerdo el día en que la conocí. Tras ese primer momento en el que creía estar viendo a Julieta, me atrajo la tristeza que desprendía. Pero había un brillo en su mirada, algo irónico, perspicaz. Ella decía que no, pero sí que es misteriosa. Hay gente que con tan solo observarla puedes imaginar qué está pensando. Hay otras personas, en cambio, de las que quieres saberlo, pero son más difíciles de leer. Me fascinó desde el primer momento. Y por eso me fastidió tanto cuando, tan solo un día después, me tenía miedo.

De ahí que me resultara tan fácil verle el plumero cuando empezó a acercarse a mí, pero a la vez… Seguía sin poder leerla del todo, continuaba fascinándome. Hacía mucho tiempo que no me gustaba nadie, que nadie conseguía hacerme reír de verdad. Y al final resultó que estaba arriesgando su vida para descubrir la verdad sobre la muerte de dos mujeres. Así que, eh, resulta difícil no enamorarse de alguien así.

Y por este mismo motivo debo mantenerme alejado de ella. No la merezco. Ella no se merece toda mi mierda.

El corazón se me encoge cuando recuerdo ese último día en el hospital. Su expresión cuando le dije que me olvidara, la desesperación con la que me llamó cuando ya me alejaba. Después de todo lo que ya había sufrido, yo le causé ese dolor. Pero lo hice por su bien, ¿cómo iba a dejarla estar a mi lado? Siempre que me vea, siempre, recordará que mi madre intentó matarla. No quiero que viva así. No quiero que tenga que aguantar mis crisis porque mi familia ha implosionado, porque mi vida se ha ido al garete.

El barquito sigue alejándose y la presión en el pecho empieza a ser insoportable.

Me dijo que quería estar ahí para lo que yo necesitara.

Después me escribió, pidiéndome que la llamara si necesitaba cualquier cosa. «Por favor», añadió.

¿Por qué me lo pidió por favor? Era yo el que deseaba con todas mis fuerzas tenerla a mi lado, era yo el que debía suplicar, no ella.

Pero la eché de malas maneras.

«Por favor».

Mierda. Me froto los ojos con la base de la palma de las manos, desesperado. Fui un gilipollas. Sigo pensando que no se merece que me acerque a ella, pero…

Doy la espalda al pantano y echo a correr.

Desde lo que sucedió en la cabaña, evito acceder al pantano por ahí. Voy por el otro lado del pueblo, como si fuese a la playa de la Calavera. Alcanzo la carretera y corro cuesta abajo hasta que entro en el pueblo y llego a la plaza Mayor, el primer lugar donde mirar si

buscas a alguien. Podría intentar llamarla por teléfono, pero no quiero que la primera vez que hablamos en meses sea así.

Escruto las mesas de las terrazas de los restaurantes, aunque ahora ya se llenan poco porque hace demasiado frío. Cuando alcanzo la de la cafetería, Sonia sale a llevar unos cafés.

—¿Has visto a Maia?

—Han comido aquí, pero ya se han ido… —dice como si le supiera mal, señalando con la cabeza en una dirección—. No tiene pinta de que vayan a volver por…

Echo a correr sin esperar a que acabe de hablar. En Bolcáriz no hay tantos sitios donde se pueda aparcar. Decido arriesgarme y voy directo al aparcamiento que hay en la entrada, donde suele dejar el coche la gente de fuera.

Tan solo hay tres vehículos. Dos personas están a punto de subirse en uno de ellos.

Maia, Marcos.

No tardan en verme aparecer. Paro de correr y sigo avanzando hacia ellos, caminando, luchando por recuperar el aliento. Me alegro tanto de verla que me echaría a llorar.

Está muy guapa. Ya me lo pareció el día que la conocí, pero estos meses le han sentado muy bien. Ya no lleva el brazo en cabestrillo. Se ha cortado un poco el cabello.

—Cameron —dice. Me observa con prudencia, igual que su padre.

Quiero acabar de acercarme a ella, preguntarle cómo está, pero no me atrevo. Entonces veo que ella también duda y mira de reojo a Marcos. Él enseguida carraspea.

—Eh, vale. Pues… Me voy a tomar otro café.

Maia sonríe un poco avergonzada.

—Gracias, papá.

A ella le sonríe. A mí… Su mirada dice muchas cosas que podrían resumirse en un: «Ya tuve que consolarla una vez, no quiero que vuelvas a hacerle daño».

Marcos cierra la puerta del coche y se aleja, de regreso al pueblo. Cuando ya está a cierta distancia, me atrevo a hablar.

—Hola.

—Hola —dice con suavidad. Sigue estudiándome con esa prudencia.

—¿Cómo estás, Maia?

—Estoy… mucho mejor. Tengo mis días. Pero estoy bien.

Asiento. Me alegra ver que está saliendo adelante. Nos quedamos en silencio un momento. Ella se mantiene detrás de la puerta del coche, como si fuese una protección. Hay tantas cosas que querría decirle, preguntarle, que ni siquiera sé por dónde empezar. Me decanto por lo fácil.

—¿Has empezado la universidad?

—Sí. —Hace una mueca—. Llevo tanto tiempo sin estudiar que voy a flipar un poco, pero ya me pondré al día.

Volvemos a quedarnos en silencio. Hay algo más que quiero preguntarle. Si sus nuevos compañeros de clase la tratan bien, si ha conocido a gente nueva, si ha conocido a alguien… Si me ha olvidado, tal y como le pedí.

Pero me acobardo, porque la respuesta puede doler demasiado, y acaba hablando ella primero.

—¿Cómo estás, Cameron? —pregunta con suavidad.

No lo hace por compromiso. Quiere saberlo de verdad, y quiere saber la verdad. Se la doy.

—Enfadado. Perdido. Atascado.

Sí, estoy atascado en la rabia y en la autocompasión. Es triste, pero siento mucha pena por mí mismo. Y estoy así por culpa de mamá, a la que nunca podré perdonar. En cuanto a papá… No sé, la abuela me ha dicho que quizá algún día pueda comprender su posición, pero yo qué sé. Falta mucho para ese día, si es que llega.

—Te entiendo —dice con una sonrisa triste.

Sé que me entiende. Sus motivos son otros, pero también ha estado ahí.

—¿Y qué estás haciendo? ¿Sigues en ese trabajo…? —pregunta.

—Sí, repartiendo. Voy en moto, visito el pantano. Pero…

Me callo. Iba a contarle que quizá me vaya a vivir al Reino Unido, pero, ahora que la tengo delante, me doy cuenta de que no hay nada que me apetezca menos.

Que la revelación me llegue al tenerla delante me empuja a darme cuenta de algo más. Maia ha marcado un quiebro en mi vida, un antes y un después. Llegó un día de mediados de junio y lo puso todo patas arriba.

Me empujó a descubrir la verdad. Hasta hace tres meses, llevaba dos años atascado en el mismo sitio, sin perspectivas de que mi vida cambiase. No sabía qué le había pasado a Julieta, en el fondo seguía esperando a que apareciera… Pero ella llegó de repente y retiró la cortina que escondía tantos secretos. La realidad que me descubrió es fea y complicada, y duele y, eh, para qué negarlo, en estos momentos siento que mi vida está peor que hace tres meses, pero… ¿prefiero la dureza de la verdad o seguir viviendo en la ignorancia, en la oscuridad?

No me cuesta contestar esa pregunta. Ni siquiera dudo.

Prefiero la luz a la oscuridad. Maia me dio una oportunidad para salir del agujero en el que estaba y seguir adelante con mi vida. Con heridas y arañazos, pero las heridas se curan. Algunas dejan cicatriz, sí, pero puedes convivir con ellas.

Ella me tendió la mano para estar a mi lado mientras me curaba, también después. Sabía que no sería un camino fácil para mí, pero quería recorrerlo a mi lado. Y yo la rechacé.

Esta nueva revelación me golpea con fuerza. Fui un idiota. Un imbécil.

—Lo siento, Maia. —Se me rompe la voz al decirlo.

Ella alza las cejas. Se le nota que no está segura del motivo de esa disculpa.

—En el hospital —aclaro—. Siento haberte apartado así.

—Ah —dice, mientras asiente. Se queda mirando el suelo unos instantes.

Entonces se aparta de la protección que le ofrecía la puerta del coche y camina hacia mí sin dudarlo. Me abraza.

No me resisto. Dejo que me pase los brazos por encima de los hombros, yo la rodeo por la cintura y cierro los ojos. Me pierdo en el olor dulce de su melena, en tener su cuerpo entre mis brazos. Estos meses la he echado de menos, pero tenerla aquí lo vuelve especialmente doloroso.

Entonces susurra algo en mi oído:

—Las acciones de tus padres no te definen, Cameron. Cuando te miro, te veo a ti. No a tu madre.

Es como si esas palabras me abrazaran y se fundieran en mi pecho, en mi corazón. Se me escapa un suspiro que acaba siendo un pequeño sollozo.

«Sigo pensando que no lo merezco», quiero decirle, pero me freno porque tiene razón. No soy responsable de las acciones de mis padres. Ella lo tuvo claro desde el principio, yo he necesitado más tiempo para creérmelo.

Se aparta, me sujeta el rostro entre las manos y me mira a los ojos.

—¿Lo entiendes? ¿Lo crees? —pregunta.

Asiento, perdiéndome en su mirada. Y maravillándome de lo que transmite. Es como si… siguiera creyendo que yo valgo la pena.

Una pequeña llama de esperanza se enciende en mi pecho. A pesar del daño que le hice… ¿sigue mirándome así?

—Mi vida es un desastre. Yo soy un puro desastre —se me escapa.

—Si quieres, te hablo del año que me pasé tirada en el sofá. O del día, no hace tanto, que descubrí que no me atrevía a salir sola de casa —replica con una pequeña sonrisa—. Paso a paso, Cameron. Irá mejorando.

Sigue acunándome la cara, mirándome a los ojos. Me atrevo a cubrir una de sus manos con la mía. Me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Ojalá no te hubiese pedido que te olvidaras de mí —confieso. La voz se me vuelve a romper.

—He intentado hacerte caso —dice. La miro, interrogante, sin atreverme a sacar conclusiones de ese «he intentado». Me parece que pasa una eternidad antes de que añada—: No me ha salido muy bien.

Aprieto los labios para contener la sonrisa. Noto el pulso en el cuello, un poco desbocado. Los dedos me tiemblan un poco cuando

me atrevo a colocar, con mucha suavidad, un mechón de cabello tras su oreja.

—Oye… Tú crees que… —Me interrumpo un par de veces por la emoción y tengo que carraspear—. ¿Crees que todavía estoy a tiempo de contestar al último mensaje que me enviaste?

Maia:

Si necesitas cualquier cosa, llámame. Por favor

Las mejillas se le sonrojan un poco. Me encanta cuando lo provoco yo.

—¿Qué contestarías? —susurra.

—¿Puedo llamarte ahora?

Ahora es ella la que intenta contener la sonrisa, pero no lo consigue.

—Claro. Llama cuando quieras.

Entonces me besa. Primero cierro los ojos y suspiro, pero después la estrecho entre mis brazos y me pierdo en ese beso, sediento. Nuestras lenguas se encuentran, nos acariciamos el cuerpo, nos besamos como si hiciese años que no nos veíamos.

La esperanza me explota en el pecho y se expande por mi cuerpo. Esto es un nuevo inicio, ¿no? Una nueva oportunidad. Por primera vez en mucho tiempo, me siento ligero, optimista. No será todo un camino de rosas, pero esto es… muy bueno.

Deberíamos tomárnoslo con calma. Tenemos que hablar, ver hacia dónde va esto. Pero no conseguimos hablar mucho más antes de que el padre de Maia regrese de tomarse su café.

Nos apartamos intercambiando una mirada cómplice. Los dos estamos despeinados, los labios sensibles por los besos.

Después de prometernos seguir hablando por mensajes y videollamadas, me quedo en el aparcamiento hasta que su coche desaparece por la primera curva de la carretera. Y entonces sucede otra cosa por primera vez en mucho tiempo: regreso a casa sonriendo.

Durante la cena, hablo con mis abuelos.

Y después, antes de acostarme, le envío un mensaje a Maia.

Cameron:

¿Churros o porras?

Maia:

Porras, vaya pregunta. ¿Por?

Cameron:

Por saber a qué invitarte cuando esté instalado en Madrid

AGRADECIMIENTOS

Cada vez que me siento a escribir los agradecimientos de una novela me entra la inseguridad porque no sé en qué orden es mejor incluir a la gente. ¡Todo el mundo me parece igual de importante! Pero como es imposible escribir todos los nombres a la vez, no le daré más vueltas. Venga, vamos allá.

En primer lugar, gracias a ti, lectora o lector, por haber leído el libro y llegado hasta aquí; gracias por leer. Gracias a todas las personas que hablan de sus lecturas en blogs y redes sociales, gracias a todos aquellos que nos enviáis mensajes a los autores contándonos lo mucho que os ha gustado alguno de nuestros textos. Nos dais la vida.

Gracias a Míriam Valenzuela por contactarme con esa primera idea para escribir esta novela y por encontrar el tiempo de añadir comentarios positivos a las notas para ir mejorándola. También quiero agradecer el trabajo a todo el equipo de Penguin Random House Grupo Editorial que ha hecho posible este libro. Me sé algún nombre, pero no todos. Hacen falta muchas manos y ojos para que una obra vea la luz. Y no podría estar más feliz con la portada y el maravilloso título que han creado, a los que sé que dieron muchísimas vueltas.

Gracias a Patricia García Ferrer por hablar bien de mí y a Anna Roldós por ser mi ángel de la guarda en redes sociales.

Gracias a todas mis amistades, que ya han asumido que tiendo a pasar temporadas desaparecida porque vuelvo a estar perdida en la escritura de una historia muy intensa o de muchas historias a la vez. Y, cómo no, a mi familia les debo agradecer el apoyo y comprensión

siempre que me encierro a escribir un libro. Algún día, quizá dentro de cien años, conseguiremos encontrar el equilibrio perfecto entre escritura y vida familiar.

UN MISTERIO ROMÁNTICO CON PÁGINAS SELLADAS. ABRE EL CAPÍTULO ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE.



Todos los pueblos esconden secretos. Algunos matan.

Desde la muerte de su madre, Maia siente que se ha quedado atrapada en un mismo lugar.

Por eso, cuando llega a Bolcáriz para pasar el verano, lo último que espera es encontrar un diario oculto.

Pertenece a Julieta, una chica que murió dos años atrás.

Cuanto más lee, más dudas aparecen sobre la versión oficial de su fallecimiento.

Y en el centro de todas las preguntas está Cameron.

Misterioso. Solitario. Imposible de olvidar.

Mientras la atracción entre ellos crece, Maia empieza a descubrir que el pasado sigue muy vivo.

Y que alguien hará lo que sea para mantenerlo enterrado.

A veces, enamorarte es la parte menos peligrosa de la historia.

Emma Colt es autora de novela romántica y suspense romántico. Estudió Comunicación audiovisual y trabajó como editora de guiones antes de dedicarse por completo a la escritura de libros, películas y series. Desde 2017 publica historias que combinan emoción y tensión con ritmos adictivos



Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Amèlia Mora
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Magnific, por las ilustraciones

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de la cubierta: © Jovana Milanko

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-272-5752-8

Compuesto en: www.voringran.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: editorialmolino
X: @EdMolino
Instagram: @editorialmolino
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Cuenta atrás para salvarte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21

Capítulo 22
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Emma Colt
Créditos